

HISTORIA

TODO ES

\$ 5.00 - Nº 79 - DICIEMBRE DE 1973

\$2.50

SARMIENTO EN PARÍS



**UN BANCO ENTRE
INDIOS Y
FERROCARRILES**

**ARGENTINA-BRASIL:
DEL IMPERIO A
GETULIO VARGAS**

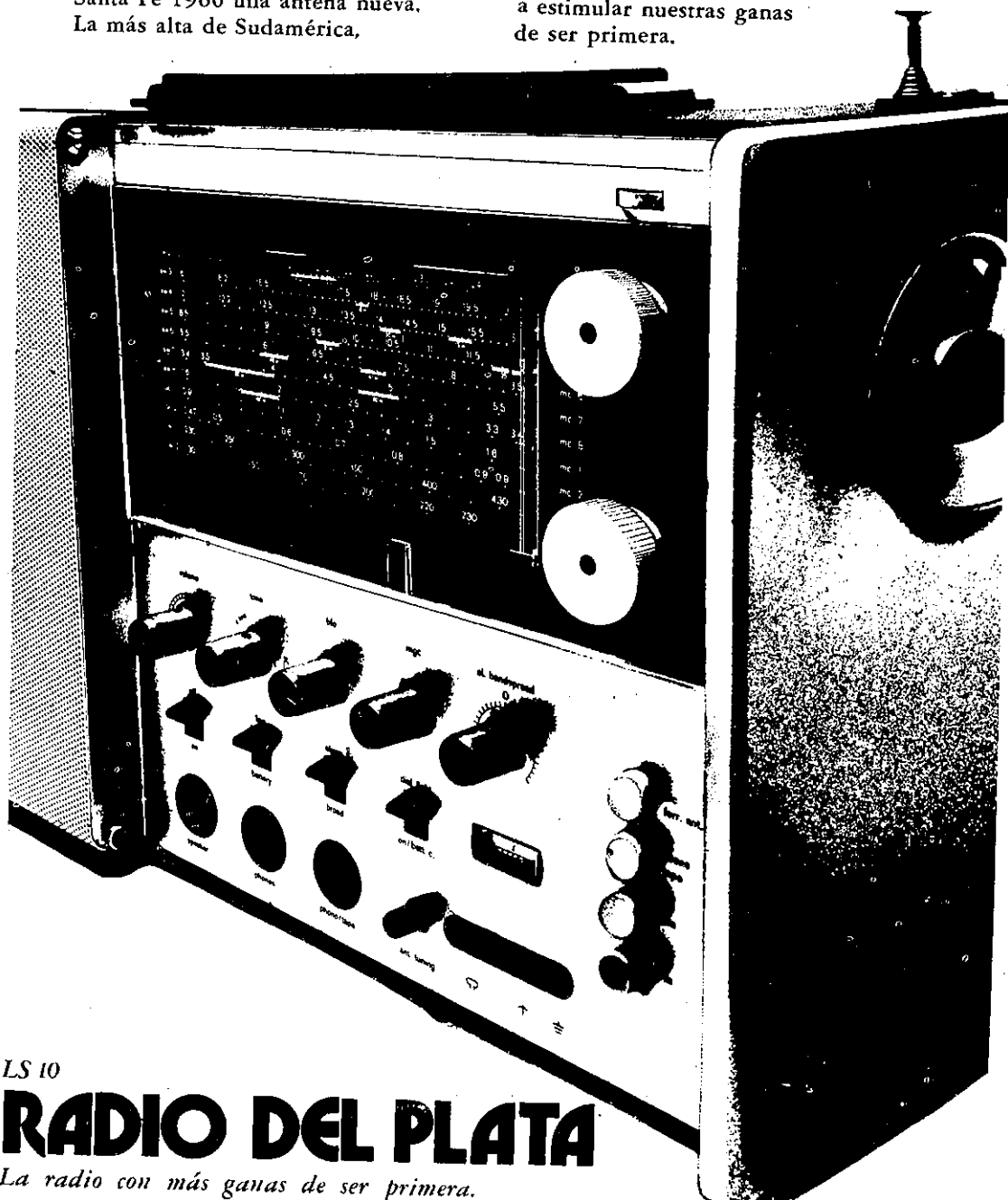
EN ESTEREOFONIA Y FRECUENCIA MODULADA, SOMOS LOS PRIMEROS, Y LOS MEJORES.

Fuimos la primera radio que transmitió en estereofonía.

Fuimos la primera también en frecuencia modulada.

Ahora para ratificar nuestras ganas de superación, inauguramos en Santa Fe 1960 una antena nueva. La más alta de Sudamérica,

Con ella perfeccionamos aún más nuestras emisiones para que Ud. recepcione mejor. Disfrute de esta nueva realización, escuchando la seleccionada programación que le ofrecemos durante las 24 hs. Ese será el mejor premio a nuestro esfuerzo. Un motivo más para alentarnos a estimular nuestras ganas de ser primera.



LS 10

RADIO DEL PLATA

La radio con más ganas de ser primera.

un mundo maravilloso para disfrutar

CAMPING - TURISMO - MINITURISMO
CAZA - PESCA - NAUTICA - ARMAS
TIRO - FAUNA - FLORA

...Y muchas informaciones más
en Revista WEEK END, la
más especializada en su géne-
ro, que le hará conocer un mun-
do distinto a Ud. y su familia.

Además, la mejor y más actua-
lizada CARTOGRAFIA de cada
una de las provincias de la
Argentina, en un desplegable
mensual para consultar cuando
Ud. viaje o estudien sus hijos.

REVISTA

WEEK END

124 Páginas para consultar toda la Familia
APARECE EL ULTIMO JUEVES DE CADA MES



¿y en caza cómo andamos..?

...nosotros andamos muy bien porque AGRO NUESTRO se especializa en CAZA MAYOR de noticias, para que toda la Familia Agraria Argentina se actualice con respecto a lo que ocurre en nuestro campo.

Y en casa también andamos muy bien porque AGRO NUESTRO con sus 63.000 ejemplares es la revista de mayor tiraje en América Latina. (Por eso nuestros anuncios venden más).

AGRO
nuestro

La Revista Argentina del Hogar Agrario
EN ROSARIO:
Gral. Mitre 1132 - T.E. 62779
EN BUENOS AIRES:
Av. J. B. Justo 839 - T.E. 772-6202

AMIGO LECTOR:

A mediados del mes pasado tuvimos oportunidad de participar en el Congreso de Historia del Federalismo realizado en La Rioja en el marco de la Semana de los Caudillos.

En el transcurso de sus debates, un historiador catamarqueño mencionó la posición antirrosista que sustentó Felipe Varela, vinculándola con su posterior actitud antimilitarista; a juicio del expositor, Varela había mantenido siempre una coherente postura federalista contra el centralismo porteño. A esta afirmación otro congresal objetó que el centralismo porteño no era la misma cosa cuando lo ejercían Mitre o Rosas y calificó de "ingenuidad política" la actitud antirrosista de Varela.

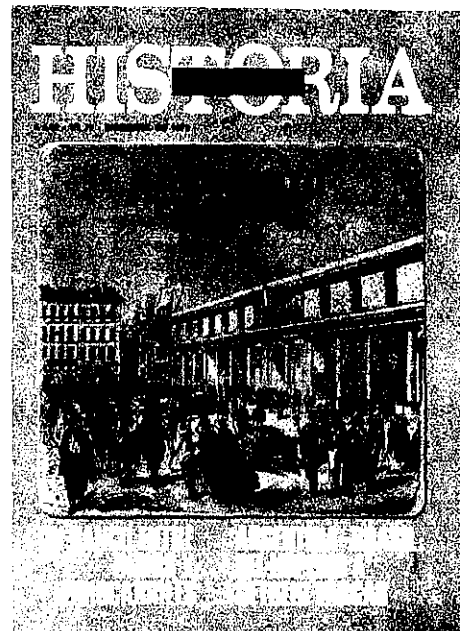
Terciamos entonces en el debate para plantear la incongruencia de atribuir a los caudillos populares del Noroeste una carga de ingenuidad cuando estaban contra Rosas, y un contenido de lucidez cuando se enfrentaban con Mitre. Dijimos que si Brizuela, el Chacho, Varela y otros conductores provincianos del siglo pasado se habían alzado contra Rosas, seguramente reflejaban un sentimiento mayoritario o, al menos, muy difundido entre sus paisanos, puesto que la esencia del oficio del caudillo es su representatividad. Y sugerimos que, aunque no pueda ponerse en duda el saldo que Rosas dejó a la formación nacional, puede suponerse por vía de hipótesis que su régimen, para las comarcas del Noroeste, no fue positivo. A partir de estas conjeturas planteamos la necesidad de convocar un congreso que esclareciera los problemas vinculados con Rosas y el Noroeste, para echar luz sobre ese aspecto nebuloso que suelen eludir los historiadores revisionistas del litoral y crea dudas en aquellos del Interior que mantienen un juicio positivo sobre el Restaurador pero no encuentran manera de adaptar este juicio con su simpatía lugareña por los caudillos regionales que lo combatieron.

La iniciativa encontró buena acogida entre los congresales y el presidente, que dirige la Junta de Estudios Históricos de Catamarca, comprometió el esfuerzo de la institución para realizar en 1974 una amplia reunión de historiadores en torno al tema.

Ojalá pueda concretarse. Este punto debe dilucidarse sin temor y sin prejuicios, en tiempos que asisten a la oficialización de la vindicación de Rosas y la exaltación de los grandes caudillos del siglo pasado. Porque es posible que el sistema montado por Rosas no haya tenido efectos parejos en todas las comarcas argentinas; es conjeturable que su política económica no haya sido beneficiosa para ciertas regiones y que sus intervenciones militares hayan provocado allí malestar y resentimiento; es probable que en determinadas zonas no se hayan comprendido los altos objetivos que el Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina persiguió con indeclinable constancia. Si es así, hay que aclararlo. La imagen histórica de Rosas, sus grandes contribuciones al país, no quedarán invalidadas por ello.

Y de paso, se entenderá la complejidad del quehacer político, que a veces impone injusticias inevitables. Saint-Just decía que "no se puede gobernar sin culpas". Acaso el estudio de este aspecto de la historia de Rosas contribuya a captar mejor el drama de algunos hombres de gobierno, obligados a optar, escoger, entre alternativas no deseadas, que la fuerza tremenda de la realidad imponen a su pesar...

FELIX LUNA



Este es el París que vio Sarmiento en 1846: ciudad fascinante, contradictoria y llena de atractivos para el joven sudamericano.

HISTORIA

TODO ES

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir..."

(CERVANTES, Quiljote, I, IX)

Prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta revista, en castellano u otro idioma.

AÑO VII - Nº 79 - DICIEMBRE 1973

EDITORIAL: TOR'S S.C.A. Redacción:

DIRECTOR: Félix Luna México 4256
T. E. 99-2323

EDITORES RESPONSABLES:
Alberto y Ricardo Honegger

SUMARIO

LOS DIAS DE SARMIENTO EN PARIS. — Los cuadernos de nota de Domingo Faustino Sarmiento permiten a E. M. S. Danero reconstruir con precisión fotográfica algunas de sus jornadas en la ciudad que lo deslumbró y donde obtuvo algunos módicos triunfos **pág. 8**

LA PRIMERA BUENOS AIRES SE FUNDO EN PARQUE PATRICIOS. — La vieja polémica sobre la exacta ubicación de la fundación realizada por don Pedro de Mendoza en 1536 adquiere una nueva perspectiva a través de la tesis de Guillermo Furlong que la ubica en las cercanías del actual Parque Patricios **pág. 24**

MARIANO MAZA, EL IMPLACABLE REPRESOR. — La imagen histórica del coronel Mariano Maza es la de un degollador prolijo al servicio de las represiones rosistas en el interior. Fernando A. de Baldrich aporta datos que contribuyen a modificar este juicio **pág. 32**

UN BANCO CORDOBES ENTRE EL FERROCARRIL Y LOS INDIOS. — Este mes el Banco de Córdoba cumple un siglo de existencia. Alfredo Terzaga reconstruye los difíciles momentos que rodearon una fundación cercada por innumerables dificultades y sostenida por la fe de unos pocos cordobeses **pág. 42**

ARGENTINA-BRASIL: EL EQUILIBRIO. — Cuarta y última secuencia de la serie que publica Miguel Angel Scenna. En este capítulo final se describe el período que culmina con la caída de Getulio Vargas en 1945 **pág. 62**

Y TAMBIEN

EL DESVAN DE CLIO. — Curiosidades y rarezas en el desván de la Historia. Las dice León Benarós **pág. 18**

LECTORES AMIGOS **pág. 5**

LOS DIAS DE SARMIENTO EN PARIS

por
E. M. S.
Danero



*El Sarmiento de 1846,
hambriento de Europa,
dejó en su cuaderno de
anotaciones sabrosos de-
talles de su estadía en
París.*

[illegible]

Es ésta la relación circunstanciada de algunas de las actividades de Domingo Faustino Sarmiento en París, durante el lapso que va del 9 de mayo al 12 de setiembre de 1846. Puede pasar por una crónica biográfica. O bien por una biografía hasta cierto punto novelada. Abonada está por el Diario de gastos, las Obras completas, la Correspondencia y otros documentos recopilados por el prócer, a los cuales se agrega la crónica diaria de aquel período y otros testimonios consultados por el autor, particularmente en la capital de Francia, en los años 1955 y 1958.

En lo concerniente a cualquier similitud que se encontrara en las expresiones, ideas, sentimientos y descripciones hechos por el biografiado, el autor se apresura a declarar que a Sarmiento le pertenecen, y fueron extraídos o adaptados de sus escritos, crónicas de viajes y correspondencia. Era lo justo. De otra manera no podía ser.

Esta obra, dado su carácter, así como por su tono extraño a todo alardeo de preciosismo literario, se presenta sin notas, acotaciones, encomillados e indicación de fuentes.

LOS DIAS DE SARMIENTO EN PARIS

AHORA, A PARIS...

Domíngio Faustino Sarmiento desembarcó el 6 de mayo de 1846 en el puerto de El Havre, de Francia. Había salido de Valparaíso el 28 de octubre del año anterior, permaneciendo breves temporadas en Montevideo y Río de Janeiro. El 9 de mayo, desde Rouen, le escribió a su amigo Carlos Tejedor. "Avise usted a los míos, que he tocado tierra en Europa, que he abrazado, más bien dijera, esta Francia de nuestros sueños". Estaba a cuatro horas de París... "Siéntome, sin embargo —agrega— que no soy el huésped, ni el extranjero, sino el miembro de la familia, que nacido en otros climas, se acerca al hogar de sus antepasados, palpitándole el corazón con la anticipación de las sensaciones que le aguardan, dando una fisonomía a los que sólo de nombre conoce, y tomando prestados a la imaginación, objetos, formas y conjunto, que la realidad destruirá bien pronto, pero que son indispensables al alma que, como la naturaleza, tiene horror al vacío..."

Pero, Sarmiento tenía prisa por seguir adelante. Visitó rápidamente la ciudad de Cornetille y de Boieldieu y, aquel mismo día, con su pasaje del ca-

mino de hierro, en primera, salió para la meta de su prolongado viaje. Consigna aquel hecho en la misma carta, donde dice un lacónico: "Ahora, mi amigo, ¡a París!"

Fue en las primeras horas de la tarde y era su compañero, como lo había sido durante el viaje a bordo del Rose, monsieur Tandonnet, falansteriano, discípulo de Fourier, bienamado del "Padre" Enfantin y, además, hasta su salida de Buenos Aires, admirador de Rosas y rendido cortesano de Manuelita. Inconvenientes todos estos que la prolongada travesía del Atlántico y las pláticas en la cámara del vapor francés, muy pronto obviaron. Porque Tandonnet era, además de comunicativo y servicial, representante de El Correo de Ultramar, que publicaba en París el ducho, camaleónico y muy relacionado don Xavier de Lasalle.

Así, el para muchos insólito convoy ferroviario, bordeando el coruscante Sena, pasó por Vernon, hizo alto en la pequeña y agraciada Nantes, describió una amplia curva apartándose del lecho del río y, luego de la floresta de Saint Germain, resoplando vapores y con crujir de hierro, avanzó por las blancas llanuras de Saint Denis.

El viajero no reparó en detalles. Lo apremiaba la llegada. No miró siquiera la característica butte de Montmartre, con sus caseríos, molinos y vífidos; ni el macizo verdor del Bois de Boulogne; ni la amenaza belicosa del Mont Valerien; ni aquel mar ilimitado de tejados acribillados por estrambóticas y retorcidas chimeneas.

Y es que llegaba anónimo, receloso, oscuro, aturdido por la estruendosa y silbante entrada del convoy bajo las arcadas de la flamante estación de Saint Lazare.

Debatíendose entre las muchas personas que aguardaban a los que, como él, echaron pie a tierra, salvos de la riesgosa prueba que implicaba el viajar en aquel flamante y poco tranquilizador artilugio, símbolo de los más modernos días, Sarmiento a duras penas escuchó a Tandonnet, el cual, instándolo a avanzar, le decía:

¡Vamos, amigo mío!

UN HOTEL EN LA CHAUSSEE D'ANTIN Y UNA CENA EN "LES FRERES PROVENCAUX"

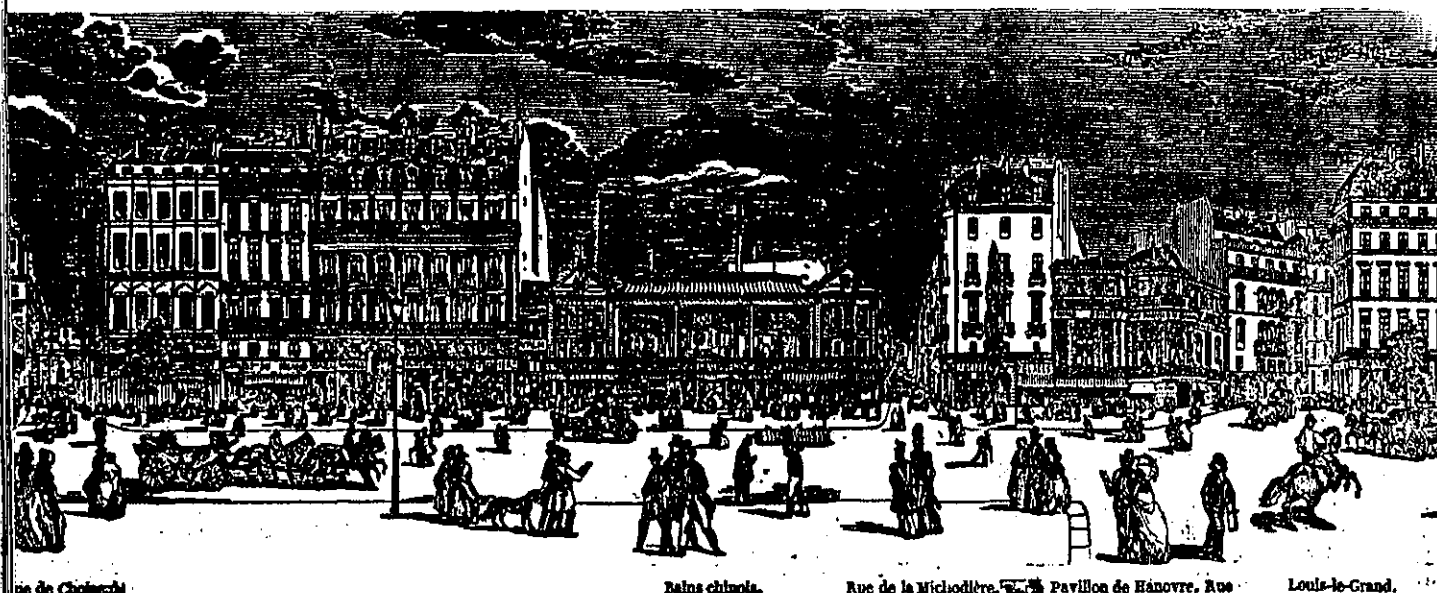
Como en Le Havre, se precipitaron sobre Sarmiento los corredores de hoteles. Tandonnet, encrespadas las negras barbas, los apartó con energía, imponiéndose. Empuñó su saco de viaje e instó a su aturdido compañero a que, haciendo otro tanto, le siguiera. En pos de ellos, agobiado por las rústicas petacas del sudamericano, siguió el comisionista.

—¿Tiene usted dónde ir?— preguntó Sarmiento, a Tandonnet, deteniéndose de pronto, mientras el mozo casi lo atropellaba.

—Creo que sí... Siempre que París no haya cambiado mucho... Veremos... Ahora, lo esencial, es conseguir un carruaje con capacidad para todo esto.

Ante la estación, varios estaban al borde de la acera de

Vista del centro de París tal como lo vio Sarmiento en 1846 recorriendo el Boulevard des Italiens desde la Rue de Choiseu hasta la Rue Lepelletier.

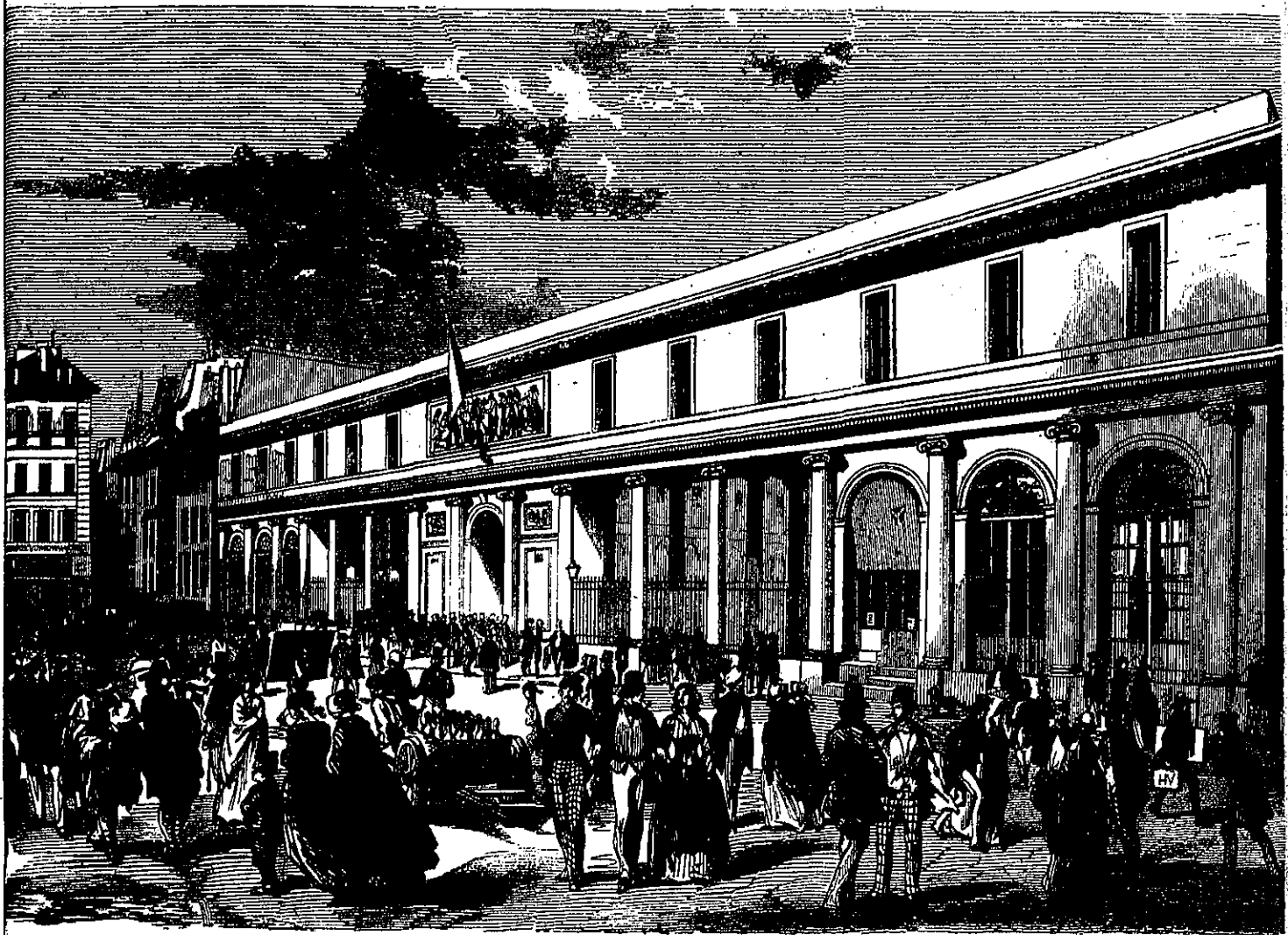


Rue de Choiseu

Bains chinois,

Rue de la Michodière, Pavillon de Hanovre, Rue

Louis-le-Grand.



Vista exterior de la Escuela de Medicina de París.



Café de Paris.

Rue Talbott.

Tortoni.

Maison-Dorée.

Rue Laflitte.

Café Riche.

Rue Laffitte.

LOS DIAS DE SARMIENTO EN PARIS

la rue de Saint Lazare. Cargadas las valijas, Tandonnet, le indicó al auriga:

—Hotel de la Paix... Me parece que la esquina de la Chaussée d'Antin y la rue Neuve des Mathurins...

El cochero hizo restallar el látigo y puso en movimiento el cargado carricoche.

Avanzaron por la calzada ancha y animada. Caía la tarde. Cuando llegaron a una plazuela, frente a un cuartel, señalando la calle que allí desembocaba, Tandonnet, ya en tren de azeado clicerone, le explicó a Sarmiento:

—Esta es la rue de Clichy. Al fondo hay un hotel que conocen muchos elegantes y periodistas de París... Es la prisión para los que no pagan. Un alojamiento bueno y económico. La pensión la abonan los acreedores y uno disfruta de tranquilidad, comodidades y hasta de ciertos lujos.

—Pues... podemos ir allí... —sugirió Sarmiento.

—Por el momento, no. Hay que comenzar por tener deudas... —arguyó Tandonnet, sentencioso.

El carruaje, a los pocos metros, dobló hacia la derecha, enfiliando por una avenida mejor pavimentada. En las esquinas, entre los árboles, había cafés. Residencias lujosas, algunas de imponente aspecto, flanqueadas por jardines, alternábanse con portales coronados por escudos nobiliarios y pesados adornos y florones. Las verjas y los muros estaban coronados por cuidada vegetación. Era la ciudad y la campaña amalgamadas, confundidas gratamente para alojar a gente acaudalada y de la nobleza.

—Hermoso barrio...

—Sí, pero bastante desacreditado en época no muy remota... Aquí ha vivido la flor y nata —lo que nosotros decimos la crème— de la perdición y de la cortesía galante. La aristocracia transformó el pantano que era. Aquí en lugar de ese cuartel, por ejemplo, estaba le village des Porcherons...

—Con menos eufemismos, nosotros diríamos el rincón de los

chancheros—, comentó Sarmiento.

—¡Eso es! De todas maneras, cerdos, puercos y porquerizos siempre ha habido en este mundo infame— dijo el discípulo de Fourier.

—Está usted inspirado... —comentó Sarmiento, deseando llegar.

—Es para abreviarle el trayecto... Ya estamos... Ahí, en la acera de enfrente, tiene la casa donde murió Mirabeau.

—Supongo que se encontraría a sus anchas entre la dorada cortesía...

—Bien... Ya llegamos.

Descendieron. Acudió un valet, solícito. En el vestibulo apareció monsieur Bourlier, el propietario del Hotel de la Paix, que ocupaba un amplio inmueble, con frente a las dos calles. A Sarmiento, le destinaron una habitación en el segundo piso, con ventanas a la ochava de la esquina. Desde ellas se divisaba la animación del cercano boulevard de los Capuchinos. En la esquina de éste, otro café, muy iluminado, era un hervidero de gente.

—Bien... Póngase usted en condiciones. ¿Le aguardó en el salón, dentro de media hora...? ¿le parece?

Sarmiento cerró la puerta que daba al alfombrado pasillo. Fue la primera, una impresión de desconcierto, de íntimo regocijo, de profunda emoción. ¡Al fin! Estaba en París. Frente a las ventanas bordeadas por espesos cortinados, en la estancia alfombrada y lujosa, sentado en el lecho amplio y muelle, bajo el ampuloso dosel, en aquella atmósfera un poco pesada, sintió que la ciudad llegaba hasta él, penetrándole, haciéndole suyo. Así, sentado, apoyados los puños sobre el sedoso acolchado, lo golpeó una y otra vez, fuerte y acompasadamente, diciéndose en forma repetida:

—¡Al fin! ¡Al fin! ¡Al fin!

En un segundo lo abarcó todo, su vida íntegra, sus ilusiones, sus luchas, sus ambiciones, sus dolores, sus fracasos, sus rebeldías, sus amores, sus odios, sus treinta y cinco años de existencia nómada, arrojado siempre de un hogar querido, su viaje desde el otro lado del mundo. Y ahora, la realidad era ésta. Así. Estaba allí, en París.

—¡Al fin! ¡Al fin! ¡Al fin!

El ámbito lujoso y señorial, como nunca lo había tenido, era suyo. Suyo era, también, la libertad de moverse, de desenvolverse, cual si hiciera meses,

años, siglos, que estaba allí. Suyo era todo aquel mundo de posibilidades y de aventuras, de conocimientos y de realizaciones.

Mentalmente, pensó en los familiares, en los que quedaron en América. Pero, más que en ninguno, pensó en el amigo Montt, el presidente chileno, que, pese a habérsela proporcionado a él, no había disfrutado de esta incomparable ventura.

A la media hora, descendiendo por la alfombrada escalera, pasó por el primer piso donde echó una ojeada hacia el salón comedor cuyas mesas disponían los criados. En la planta baja, en el despacho, se encontró con monsieur Bourlier, abundante en reverencias y ademanes, hablando con el eficiente Tandonnet.

—¿Estamos?

—Estamos.

Salieron y echaron a caminar hacia la iluminada esquina del Boulevard. El atardecer estaba fresco, agradable. Se detuvieron ante algunos escaparates. Sarmiento, hasta entonces, no los había visto jamás, tan iluminados y atrayentes, envueltos por los amplios cristales. Le llamó particularmente la atención el de la tienda La Chaussée d'Antin, en el 9 de la misma. Lo examinó con detenimiento. Al reanudar la marcha, le dijo a su amigo:

—Mañana o pasado tendré que hacer algunas compras aquí... He de renovar mi guardarropas provinciano...

—Ya lo hará... Ya verá por ahí cosas mejores... En París, no sólo hay que vestir con elegancia; es menester hacerlo en casas elegantes. El perfecto dandy huye de las grandes tiendas...

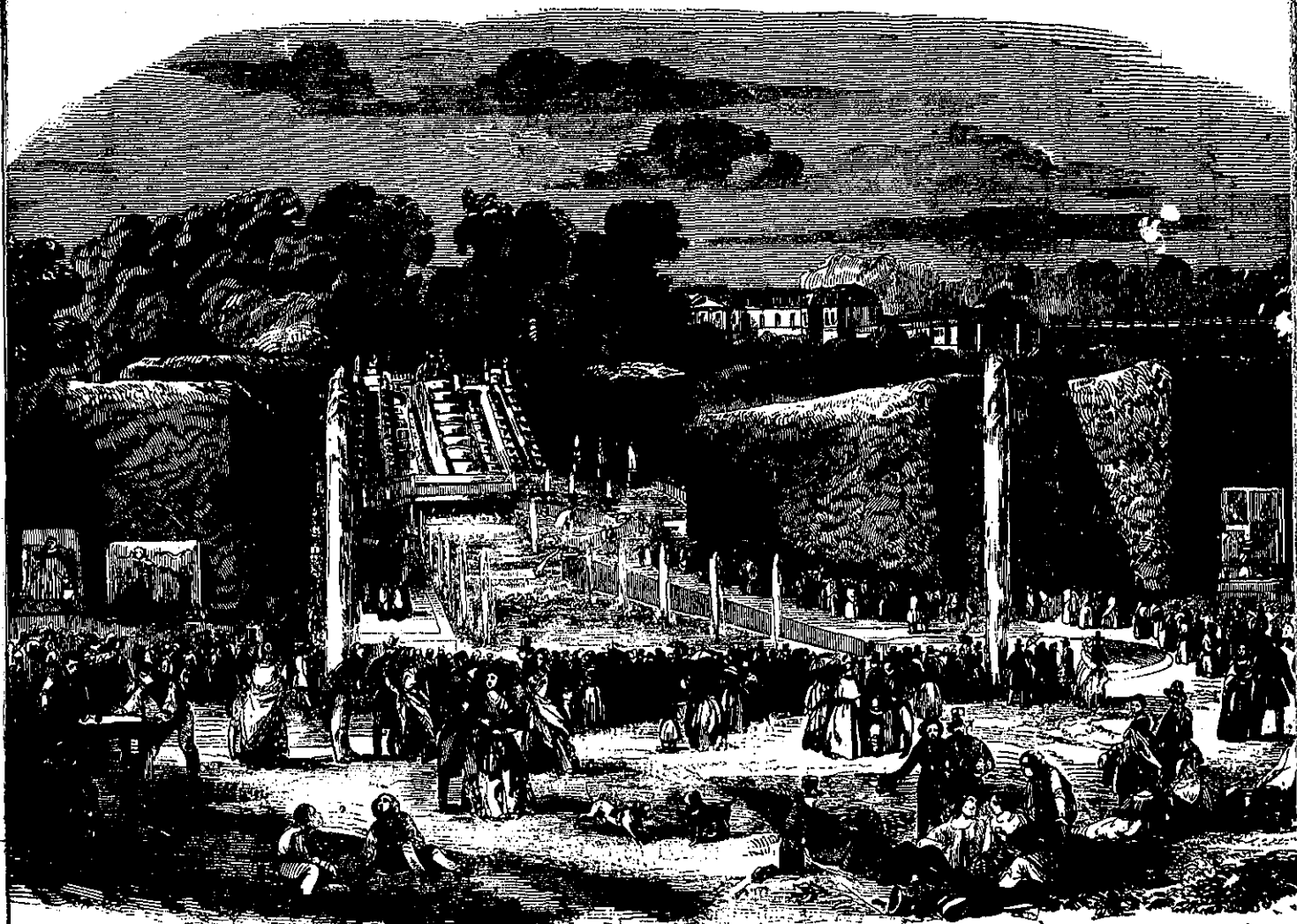
—Muy informado está usted...

—No lo digo yo; lo recomiendo Balzac...

Así llegaron al Boulevard. Orientarse no era fácil. Dieron unos pasos poco menos que a la deriva. Un fiacre se aproximó a la acera y quedó libre. Tandonnet le hizo señas y ordenó que los condujera hasta el Palais Royal.

En el trayecto, mientras Sarmiento miraba hacia una y otra acera, su mentor prosiguió:

—En París encontrará restaurantes para todas las bolsas, pero también, y esto es lo esencial, para todos los estados del alma. Además comprobará que nadie, en absoluto, repara en su presencia. Lujoso o mísero, el lugar donde usted se refugia, ya sea para alimentarse, ya



Las cascadas del Parque de San Cloud.

sea para estar a solas, siempre le resultará acogedor. París es, por excelencia, la ciudad donde la soledad resulta siempre grata. Impera aquí el espíritu de Juan Jacobo... El maître ceremonioso o el patrón jovial y confiado, ambos le acogerán a usted igual, para los dos será el cliente bienvenido, y le recibirán como el fomoso Prevost del Tortoni, diciéndole. "Monsieur a-t-il eu la bonté de désirer quelque chose?"

Tandonnet se empeñó, con provecho también para él, en que Sarmiento conociera aquel aspecto tan esencial de la ciudad.

El flacre se detuvo ante el perron del Palais Royal, por la parte en la calle de Beaujolais.

Aunque las rejas del jardín ya estaban cerradas, recorrieron parte de las galerías, bien iluminadas por las lámparas de las arcadas y las luces de los escaparates. No muy lejos, en

el 88, encontraron la entrada de los Trois Frères Provencaux cuyos propietarios, desde luego, no eran hermanos ni provenzales, aunque sí estaban casados con sendas hermanas de esta procedencia. Barras y Bonaparte, se decía, habían sido clientes de la casa y, por lo mismo, la había frecuentado el rudo Blucher en los días de la ocupación, después de Waterloo. El menú era tentador y los precios, después de todo, no resultaban una exorbitancia. En la cartela ponían: Tête de veau en tortue aux truffes, 3 francos; un demi-poule truffée, 4; beef-stake, 1,50; Choucroute, 2,50; Homard, 5; media, 2,50; una bouteille de Beaune, 2; bouteille de Château-Laffite, 10 francos.

Fue una cena pantagruélica y Sarmiento, aquella noche, anotó el importante gasto de doce francos.

Al salir, recorrieron todavía

las no muy concurridas galerías. El Palais Royal estaba bastante decaído. Ya no era lo que en los días de Luis XV, cuando por allí desfilaba todo París. Había perdido su febril vida, no era el palpitante corazón de París del Imperio, cuando las jolies filles de moeurs aimables recorrían las galerías y bajo transparentes telas, exhibiendo sus atractivos, incitaban a los paseantes a penetrar en las casas de juego y los lupanares. Luis Felipe, luego de usufructuar como príncipe, en todos sus escabrosos aspectos, aquel famoso lugar, al llegar a rey creyó moralizarlo. En 1838, un decreto terminó con el juego, y las tiendas y lugares de diversión comenzaron a declinar. La vida elegante y nocturna fue trasladándose al Boulevard. Esto lo ignoraba Tandonnet, que había estado ausente de París unos cuantos años. De manera que al salir se

LOS DIAS DE SARMIENTO EN PARIS

mostró un poco defraudado y mohino.

SOLO EN PARIS, Y UNA CENA EN EL BOULEVARD



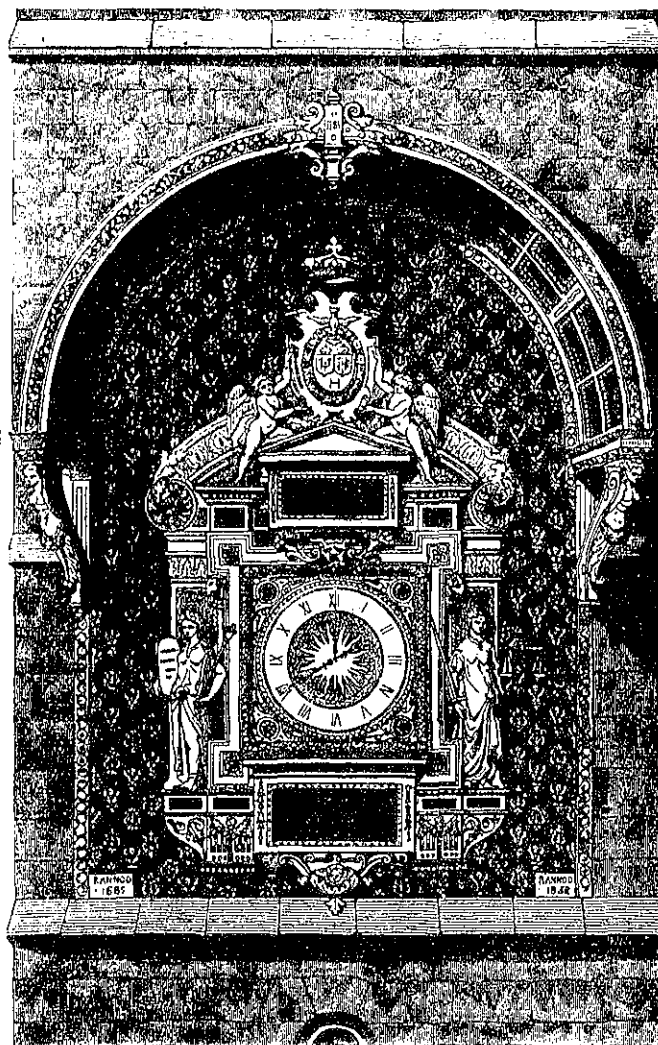
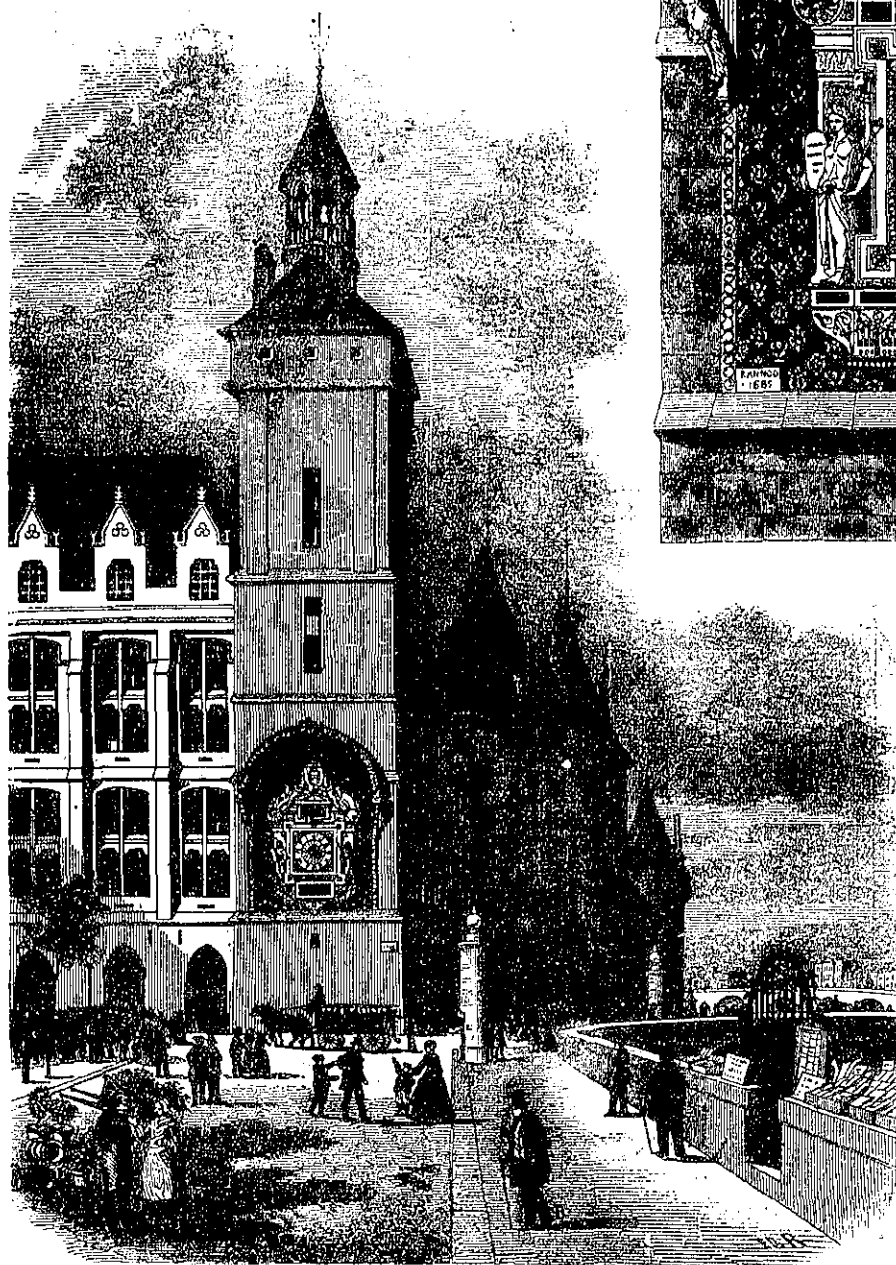
Una callejuela del viejo París hacia mediados del siglo pasado.

TODO ES HISTORIA Nº 79

Desde luego —y experimentó, de inmediato, el deseo de comunicarlo a sus amigos de Santiago de Chile— no estaba Eugenio Sué en París. El dandy, novelista popular y **fashionable**, creador de tantos amantes apasionados y de héroes byrones-camente perversos, cínicos y elegantes, hallábase ausente. El triunfo del autor de **Los misterios de París** y de **El judío errante** perjudicó al creador de **Arturo** y de **"El gitano"**, de **Plick et Plok** y de **Latréaumont**, fantarrón de los vicios, como le acababa de llamar Balzac con un poco de envidia. Se había pasado a la otra banda, ofendiendo en su altivez al **faubourg** y al **Jockey Club**. El escritor de procedencia burguesa arrivista —y tronado— al que madame de Rauzan llamada "mi buen amigo", de pronto, se volvió, no ya hacia los orleanistas, sino que se mezclaba complacido con los republicanos, los **car-magnols**, los **jacobinos**! De los salones saltó al arroyo. Sus personajes, vulgares y abyectos, exhibíanse en grabados esta-tuillas y hasta en las pastelerías. La Gousaleuse, Jacques Ferrand, Pipelet, madame d'Harville, lady Sarah, y el rengo Tortillard, con la inquieto Rigolette, reinaban en el Mabilie y en otros tablados desde hacia cuatro años. El progenitor de tales monstruos era fabulosamente rico: los luses corrían a raudales por sus manos (jabonados previamente); en sus fiestas íntimas las criadas "vestían a la moda ateniense" y hasta algo menos, casi como las **despechugadas** del Palais Royal de los días dorados y pecaminosos para escribir sus nauseabundas novelas populacheras. Decían que Sue se calzaba im-polutos guantes de seda, mojando su pluma en un tintero de oro justipreciado en 11.000 francos; y, colmo de escándalo y ludibrio, las flores, derramadas a raudales, perfumaban el estudio en su residencia de la rue Pépinière. Desde luego, todo esto eran habladurías de sus colegas despachados y desplazados, y de los aristócratas que no le perdonaban la afrenta. La realidad era que el **lion hermoso** y esbelto, el supremo elegante de las

tribunas del Jockey Club, aquel de los ojos más inteligentes y dulces del mundo, se habían puesto un tanto grueso, aburguesándose y enriqueciéndose, y prefiriendo apartarse del Boulevard y de París.

Además, en poco tiempo, por disposición de Luis Felipe y su activo colaborador el conde de Rambuteau, París había cambiado. Con el agregado de que Eugenio Sué había falseado la topografía y retrasado la cronología de la ciudad. En realidad, casi no existían las pocilgas y los vericuetos donde Los misterios comienzan "al anochecer de un día frío y lluvioso de octubre de 1838, cuando un hombre



La Torre del Palacio de Justicia con su reloj restaurado en 1846.

LOS DIAS DE SARMIENTO EN PARIS

vestido con busa azul, pantalón del mismo color y un sombrero de paja usado y de ala ancha en la cabeza cruza el puente del Cambio..." Esto defraudó bastante al joven Sarmiento...

En la Cité, las callejas ya no eran tan angostas que casi se tocaban los tejados de las casas opuestas, todas de color negruzco y con ventanas de marcos viejos y carcomidos. Ni se veían portales sucios y asquerosos, dando entrada a escaleras fétidas, tenebrosas y tan empinadas que sólo se podía subir por ellas asléndose a una cuerda sujeta a la pared mediante garabatos de enmohecido hierro...

Una de las típicas ferias entre religiosas y galantes del París del siglo pasado.



En contados diez años, por lo menos, en aquella parte de París, el escenario había cambiado. Se había abierto por medio de la Cité una magnífica calle que atravesaba desde el Palacio de Justicia hasta la plaza —el parvis— de Notre Dame, iluminada a gas de hidrógeno, bordeada de esas típicas tiendas parisenses envueltas en cristales como gasas transparentes, graciosas y coquetas como una novia. Esto lo anotaba Sarmiento preguntándose, todavía, en vano, dónde fueron los puñetazos del Churriador con Rodolfo y dónde vendía sus fritangas la Pegriotte, personajes de su admirado Sué.

Era domingo, y en su primera mañana en París, quiso llegar al corazón mismo de Lutecia, a la isla de los **Parissi** que, como una nave, a finales del siglo III, abroquelada su abigarrada población entre las murallas, sólo disponía del Petit Pont y del de Norte Dame como vínculos con el mundo.

La noche anterior, Sarmiento, antes de recogerse, luego de separarse de Tandonnet, había recurrido el Boulevard. La habitación del hotel, con sus muebles antiguos y su confort moderno, al regresar, pasadas las doce, habíale acogido gratamente. Temprano, en el domingo, abrió los ojos disfrutando desde el lecho de la perspectiva de aquella parte de la Chaussée d'Antin y las residencias fronterizas. Salió. Los criados del hotel recién iniciaban la limpieza. Efectuó el trayecto hasta la Cité bajo el sol realmente glorioso. Llegó de todas maneras, preguntando a unos, guiándose por sus vagos conocimientos; buen rastreador criollo, al fin y al cabo. Pero, con los pies molidos por los tremendos y seculares adoquines parisinos. Al penetrar en la Cité lo hizo, triunfador en su primera salida, ni más ni menos, y como correspondía: por el Pont du Change.

Se encontró con el frente de Notre Dame cubierto con el andamiaje armado por Viollet-le-Duc para restituirle sus características del siglo XIV. Empujó la puerta de la mampara que defendía la entrada del portal más antiguo, el de Santa Ana. Lo envolvió materialmente la música del órgano. Una misa cantada, inesperada para él, fue la acogida. El gótico, con sus columnas remontándose hacia las bóvedas, acucló el súbito vuelco místico. En Notre Dame la impresión superó a la de Rouen. Se conmovió hasta las

lágrimas —¡másculas y siempre justificadas lágrimas las suyas!—. Tuvo la plenitud de que el sueño aparentemente irrealizable, lo estaba realizando, lo cumplía en aquel recinto sagrado y milenar. Su anhelo ya era un hecho; su juvenil ambición, cosa lograda. Las voces, cascadas y lejanas, de los canónigos en el coro, convirtiéronse en el acompañamiento de su plegaria espontánea e improvisada, en la que involucró a todos los afectos y todos los amores lejanos. Su diestra trémula palpó el frío y rugoso sillar del pilar de la derecha, el primero, bajo el órgano. Fue como un contacto filial sobre el brazo de padre erguido y fuerte que allí estaba dispuesto a endurecerle aún más para la lucha que le aguardaba, para reconfortarle, para endulzarle los sinsabores pasados. Mástil pétreo de una nave muchas veces secular, allí estaba plantado con la emotiva e innegable belleza de los símbolos perdurables.

Cuando Sarmiento volvió al parvis, deslumbrado por el sol meridiano, tropezó con una dama. Sonrióle ella. Sonrió él. Casi sin darse cuenta. Sin saber por qué. Descubriéndose, la saludó. Respondió ella con graciosa sonrisa.

—¡Hermoso día!

—¡Hermoso, madame!

Ella siguió su camino. Sarmiento hizo otro tanto, por la acerca del Hotel Dieu. ¿Quién era? ¡Vaya uno a saberlo! Era la mujer feliz, como él feliz, en un luminoso domingo de París.

Empero, algo perduraba, respetado por los sacrílegos empresarios de demoliciones. Cerca encontró la rue de Glatigny, con sus casas inclinadas y su rosario de guardacantones con rumbo al Sena, cortada por la de Marmusets. Aquel lugar, hacia siglos, había sido el **Val d'Amour**, creado por Luis el Santo, con su minucioso reglamento para la prostitución, profesión que no era contradictoria ni impedía el ejercicio de la piedad cristiana, que obligaba a las fugaces sacerdotisas del amor venal a llevar pendiente de la cintura el jarro de plata, con el cual invitaban a beber en sus **clapiers**, en sus "conejas", sin omitir, en la pecadora mano, el libro de oraciones. Subsistían algunos **impasses** tenebrosos y laberínticos como el de Sainte Marine. Era aquél, al fin, el París romántico, barruntado y añorado, turbio y enigmático, contra el que poco podían las ordenan-

zas policiales, los edictos conminatorios y las mortandades revolucionarias o punitivas; pero cuyas piedras centenarias y maderos gruesos y retorcidos terminaban por lo regular bajo el fuego de los súbitos incendios o la acometida de los que, demoliendo edificios, creían ahogar el inconvencible espíritu rebelde de un pueblo.

¿Y la rue de la Colombe, contorneándose con su entrada en la Basse des Ursins? Allí, ante una gran ventana enrejada, florecida por unos arbustos que contenía un enorme cajón, en la penumbra de un figón, destacándose su mantelillo blanco, descubrió Sarmiento una mesa tendida. No vaciló y entró. Una muchacha gentil y jovial le sirvió el almuerzo: jamón con papas fritas, paté, crema de **marrrons** y su frasco de rojo vino de postillón.

Cuando concluyó, Sarmiento, satisfecho, le preguntó.

—Et, après?

—Après on fait l'amor —repuso ella con una desenvoltura propia de las muchachas del **Val d'Amour**.

(Luego anotaría él en su libretita de gastos, minucioso y franco: **Des betises**.)

Todavía recorrió la Isla. Sentado al borde del lecho del río, bajo un árbol, próximo al **quai des Fleurs** hasta cerró los ojos en un repentino e insoportable sopor. Más tarde, ya descansado, emprendió el regreso hacia su hotel disfrutando de la placidez de la tarde dominical. Tropezó con algunas busconas. Ninguna de ellas bonita. Las esquivó con prudente sonrisa. Resignadas algunas, sin mirarle, se restituían a su portal o se arribaban al muro propicio. Después fue su soledad en el silencio de las callejuelas en las que comenzaban a reinar las sombras y el claroscuro de los portales. De esta guisa continuó hasta restituirse al ya familiar bullicio del Boulevard.

Cuando estuvo en el Hotel de la Paix, Tandonnet, desfavorido, hirsutas las barbas con un azoramiento que después de todo, estaba justificado, le reprochó:

—Pero, monsieur Sarmiento: ¿Dónde ha estado usted todo el día?

El le echó una mirada entre sonriente y burlona, y repuso:

—¿Dónde habría de estar? ¡Solo y en París, hombre de Dios! ♦



Personajes,
hechos,
anécdotas,
curiosidades
de la
Historia.

DES VAN DE CIO

por
León
Benarós

LAS SALIDAS DE VELEZ SÁRSFIELD

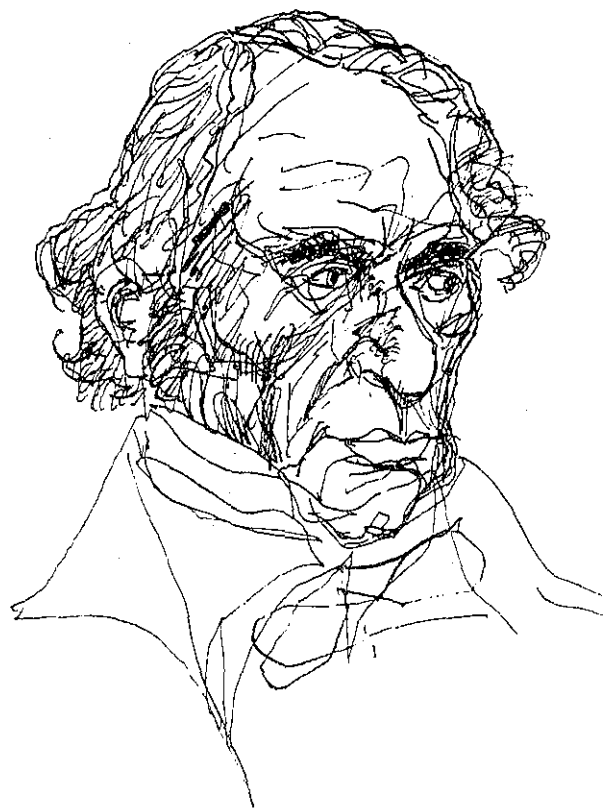
El juriconsulto Dalmacio Vélez Sársfield, autor del Código Civil Argentino, era conocido por sus salidas de picardía provinciana, con las que solía desorientar a su ocasional contendor. En cierta ocasión cuando era ministro de Sarmiento, ocurrió en el Senado la anécdota que Manuel M. Zorrilla relata así: "Una vez acababa de dar en el Senado unos informes que le habían pedido, y, habiéndose tocado incidentalmente otros asuntos, hizo ciertas declaraciones que sirvieron de base al general Mitre, que estaba al frente de la oposición, para pronunciar un discurso combatiendo las ideas del Poder Ejecutivo. El mismo ministro comprendió que había ido demasiado lejos y trató de retroceder. Interrumpió a su contendor y le dijo que iba a evitarle un trabajo inútil declarando que, llevado impensadamente por el sesgo inesperado dado a la cuestión, había hecho algunas afirmaciones que eran de su cuenta exclusiva y personal, pues, no habiendo tenido ocasión de hablar con el presidente de la República sobre los puntos tocados, no podía conocer su opinión al respecto.

Esta declaración quitaba naturalmente todo fundamento a la catilinaria empezada.

—Si bien el señor Ministro —dijo entonces el general Mitre— tiene títulos sobrados para ser escuchado con interés y respeto en todos los momentos y en todas partes, sólo puede ser considerado en este recinto como el órgano oficial del Poder Ejecutivo, y si no nos ha traído la palabra del presidente de la República, ¿por qué ha hablado entonces?

—De entrometido, nomás, señor —contestó el doctor Vélez.

Con una respuesta semejante, no podía seguir la discusión en el tono con que había empezado y el incidente terminó en medio de la hilaridad general, de la que no pudo exceptuarse ni el ilustre contrincante del ministro..."



EL COLERA Y LA GUERRA DEL PARAGUAY

Sobre la epidemia de cólera en Buenos Aires, hacia 1867, informa Francisco Latzina en su Diccionario geográfico argentino (suplemento, primera entrega), Buenos Aires, 1906: "En los 27 años (1872/98) han muerto de cólera asiático en la capital de la República 2.197 personas, o sea el 8,2 por ciento de la mortalidad total de dichos 27 años. De cólera infantil murieron 403 (1,5 por ciento) y de cólera nostras 157 (0,6 por ciento). De cólera murieron sólo 25 en el arriba mencionado lapso de tiempo. El 19 de marzo de 1807 se presentó el primer caso de cólera en el Rosario, el que fue importado de Corrientes, que lo había recibido del ejército al-

liado del Paraguay. La epidemia cesó a mediados de junio del mismo año. El cólera del año 1867 apareció en febrero en Río de Janeiro y llegó el 16 de marzo al Paso de la Patria, con los contingentes brasileros para el ejército aliado y la marina Imperial, donde estalló inmediatamente con gran violencia. Entre las tropas, que a la sazón se hallaban en Curuzú, se enfermaron 4.000 hombres, y 2.400, y entre ellos 87 oficiales, murieron. En el campamento de Tuyutí no hizo la epidemia tantos estragos, y, sin embargo, ya en mayo llegó el número de los que se habían enfermado de cólera a 11.000.

INOCENTE SUPERCHERIA EN BUENOS AIRES, EN 1790. UN LIBRITO SUPUESTAMENTE ATRIBUIDO A CONFUCIO O A UN BRACMAN

Entre las curiosas y valiosas publicaciones de la Imprenta de Niños Expósitos —colección que casi llegó a completar entre nosotros el escribano Oscar Carbone— figura un raro librito de moral práctica, que lleva el título de "Economía de la vida. Obra compuesta por un antiguo Bracmán, traducida sucesivamente a la lengua china, inglesa, francesa, y de ésta a la española. Por don José Méndez del Termo. Reimpresa y dedicada al señor don Martín José Altolaguirre por don José de Silva y Aguilar, Administrador de la Real Imprenta de Niños Expósitos. Con licencia en Buenos Aires, en la misma imprenta. Año 1790". Comenta sobre la obrilla el crítico e historiógrafo Juan María Gutiérrez: "Este precioso librito, «cuanto pequeño en su volumen tanto mayor en la materia que trata», según la expresión de su editor bonaerense, es un tratado de sana moral, escrito en un lenguaje agradable y en un muy puro castellano. Su autor anónimo supone que fue hallado en el país de los Lamas y que unos lo atribuyen a Confucio, y otros al Bracmá Dandamis, quien, según algunos historiadores europeos, mantuvo relaciones epistolares con Alejandro Magno. Tradújole un inglés a este

idioma, y dirigió el manuscrito a un lord amigo suyo con una carta datada en Pekín a 12 de mayo de 1749. Esta es la ficción ideada para justificar el estilo oriental y forma sentenciosa de esta obra, escrita visiblemente por un europeo versado en los libros de la Santa Escritura, muy especialmente en los de Job, David, Salomón y de los Profetas.

Más de un siglo ha pasado sobre este libro (aceptando como real la fecha de Pekín); pero no ha envejecido aún, y no dudamos —comenta Gutiérrez— que una nueva edición de él sería lucrativa para quien la emprendiese y provechosa para lectores argentinos. No podemos menos que mencionar aquí una circunstancia muy significativa, con respecto a la influencia que puede tener un libro sobre la dicha de una familia que medita sus sablas páginas. Uno de los dos ejemplares que hemos examinado de esta edición de Buenos Aires de la Economía de

la vida humana, ha sido conservado en una casa de campo, antigua, cuyos miembros se señalan por su patriotismo, por su inteligente laboriosidad y por el deseo de practicar buenas acciones.

El Administrador de la imprenta dedicó este libro al señor don Martín José de Altolaguirre... Altolaguirre era un amigo entusiasta de la agricultura y se esforzó por aclimatar en el país el cultivo del cáñamo y del lino y de otras plantas exóticas igualmente útiles. Todo Buenos Aires conoce la quinta que conserva tradicionalmente su apellido. Allí, en aquel paraíso pintoresco, deberíamos levantar nuestro «jardín de plantas», adornándolo con las estatuas de Altolaguirre, de Belgrano, de Vieytes, mancomunados entonces con ardor sin igual para el estudio práctico de la agricultura, a fin de promover por medio de ella el desarrollo de la riqueza pública".

FELIPE IBARRA, GOBERNADOR DE SANTIAGO DEL ESTERO. LA COMPETENCIA DE SU HERMANO FRANCISCO. TRETA PARA SER DECLARADO GOBERNADOR VITALICIO

En La Revista de Buenos Aires, que dirigieron Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola, en el N° 73 (Buenos Aires, mayo de 1869, tomo XIX), Juan B. Muñoz da cuenta de la siguiente treta de Felipe Ibarra para mantenerse en el cargo de gobernador de Santiago del Estero: "Tocamos ya el año 1835, cuando Ibarra contaba ya 15 años de gobierno, por reeleccio-

nes sucesivas, arrancadas mañosamente de la titulada Sala Provincial.

"Acercábase el día de repetir la farsa y hacerse reelegir, pero esta vez tenía que luchar con un competidor fuerte, cual era su propio hermano que, ofendido por algunas injusticias de que él mismo había sido víctima, resolvió disputarle la elección. Parece indudable que la



mayoría de los diputados estaban en favor de don Francisco y que, de no haber sido descubierto el capítulo, Ibarra hubiera quedado fuera de la escena; pero nunca falta un Judas, como se dice vulgarmente, y los manejos del coronel Ibarra fueron descubiertos a su hermano por un fraile que estaba en el secreto.

"No atreviéndose Ibarra a proceder contra su hermano que, otra parte, parecía tener alguna popularidad y cierto influjo entre los diputados, se resolvió a emplear la astucia y preparar su golpe de estado. Dirigióse al efecto a la Legislatura manifestándole muy respetuosamente la imposibilidad de rendir las cuentas generales de su administración sin una prórroga de dos meses, que solicitó y que le fue concedida de la mejor buena fe.

"Durante esos dos meses se ocupó Ibarra en ponerse en contacto con los comandantes de campaña que, según su sistema bárbaro de gobierno, eran una especie de caciques, con derecho de vida y muerte sobre los habitantes de su jurisdicción. Encargóles sigilosamente que cada uno por separado, por sí y a nombre de los habitantes de su partido, le dirigiese un oficio nombrándolo gobernador vitalicio con facultades extraordinarias, y declarando nulos todos los poderes dados a sus representantes.

"Los comandantes de campaña, hechuras todos del go-

TODO ES HISTORIA Nº 79



bernador Ibarra, llenaron al pie de la letra sus deseos, y antes que expiraran los dos meses ya tenía en su poder los diplomas de su nombramiento.

Grande fue la sorpresa de los representantes de la Provincia cuando, reunidos para oír el mensaje del Ejecutivo y proceder a la nueva elección, se presentó el escribano don José M. Gundian con los oficios de los comandantes de campaña, que, abiertos, puso en manos del presidente de la Sala.

"El golpe era mortal, sobre todo para una Sala atemorizada y compuesta en su mayor parte de hombres serviles y acostumbrados a la sumisión. A medida que el presidente iba leyendo las actas y las destituciones o revocaciones de poder de cada departamento, los diputados destituidos se iban retirando, de manera que la última acta la oyó sólo el presidente, y los pocos vecinos que asistían a la barra".

PRECIOS MAXIMOS PARA SASTRES Y ZAPATEROS EN BUENOS AIRES: MITAD EN DINERO Y MITAD EN FRUTOS DE LA TIERRA (1610)

Debido a los abusos en que parecían incurrir los sastres y zapateros de Buenos Aires en la época colonial, el Cabildo, reunido el 30 de agosto de 1610, acordó un arancel "con la obligación de recibir la mitad del precio de las hechuras y obras que hicieran con frutos de la tierra, como es: harina, trigo, sebos, maíz, candelas, pan, vino y tocino, y la otra mitad en plata". La tarifa fijada fue la siguiente:

Para los sastres. "Un vestido entero de hombre llano de paño raja o rajeta, que se entiende calzón, ropilla y capa, aunque lleve faja o pasamano, 10 pesos. Un jubón, 3 pesos. Un capotillo de dos faldas, aforrado, 3 pesos. Unas mangas de hombres, sin ojales, 1 peso y de seda peso y medio. Un gabán llano, 4 pesos y con ribete, 8 pesos. Un vestido de muchacho de 8 a 10 años, llano con capa, seis pesos. Una ropa de mujer llana, de raja o rajeta, con su ribete o pasamano, 6 pesos. Una basquiña llana, 3 pesos. Un jubón de mujer, llano o con molinillo, 4 pesos. Un faldellín con solo una faja, 2 pesos, y siendo a la francesa, 3 pesos

De lo cual no excedan, pena de 4 pesos por tercias partes cámara, juez y denunciador, por la primera vez, y por la segunda la pena doblada; y que los frutos que se le diese sean a los precios que corrieren con la plata en la mano.

Para los zapateros: Zapatos de hechura, 1 peso. Botas llanas, 2 pesos. Id. de camino, forradas con ribete, 3 pesos. Zapatones abrochados, 1 peso. Pantuflas con corcho, peso y medio. Chinelas de mujer, peso y medio. Zapatillas de mujer, con solo plantilla, 6 reales. Botinas, 1 peso".

SASTRES FRANCESES PARA JUAN MANUEL DE ROSAS. UNA CHAQUETA QUE LE QUEDO CHICA. UN CHALECO CON PINTITAS Y MUCHO PAÑO AZUL

La natural repulsión que Juan Manuel de Rosas mostró a todo lo que fuera celeste no se extendió, por lo que parece, al paño azul. Así lo demuestran las facturas de "Lacombe y Dudignac", sastres franceses que vestían al Restaurador. Una factura del importante cliente, de agosto 27 de 1830, dice así:

"SU EXCELENCIA DON JUAN MANUEL DE ROSAS

a Lacombe y Dudignac

Agosto 27 de 1830

	DEBE
Un chaleco de lanilla color ante finísimo	\$ 35
Un pantalón de paño azul con franjas bordadas	" 140
Un chaleco de seda color pasas	" 35
Una chaqueta de paño azul para su hijo	" 70
Una chaqueta " " " " " " más	" 70
Un chaleco	" 14
Un pantalón de paño azul	" 50
Un frac de paño azul	" 175
Dos pantalones de paño azul	" 155
Un chaleco cottonia color ante	" 25
Un " " con pintitas	" 24
Una chaqueta de merino azul con 20 pesos de aumento sobre la anterior- mente, se hizo y se me volvió por chica	" 20
	\$ 812

Buenos Aires, el 30 de octubre de 1830

Recibí el importe

DUDIGNAC

Varias cosas llaman la atención en la factura: la chaqueta "para su hijo", al que el Restaurador mantuvo en un alejamiento poco menos que secreto, y el hecho de que los audaces sastres franceses se atrevieran a cobrar a Rosas una chaqueta que les había sido devuelta.

ASPECTOS CIENTIFICOS DE LA CAMPAÑA DE ROSAS AL SUR

Los libros de historia dan poca importancia al aspecto científico de la campaña, destacando solamente el militar, como si los hechos ocurridos en el plano social, religioso o económico no tuvieran ningún valor.

Por ello este trabajo está destinado a poner en claro que el aspecto científico de la campaña posee un valor inapreciable.

22 de marzo de 1833. A las 16.30 de este día desde la Guar-
dia de San Miguel del Monte, al
mando de Juan Manuel de Ro-
sas, se pone en marcha hacia
el desierto la división denomi-
nada izquierda.

Inicio el avance el Cuartel Ge-
neral, que es la custodia personal
de Rosas, y lo sigue el batallón
Escolta, milicianos de infantería
montada, un piquete de artillería
con cinco piezas y 25 marinos
que tripularán en el río Colora-
do. Completan esta expedición
de 2.000 hombres y 6.000 caballos,
una nutrida impedimenta de ca-
rretas con los abastecimientos,
yeguas, manadas de bueyes,
mujeres y comerciantes.

Acompañaron a los soldados,
hombres de ciencia especialmen-
te designados para efectuar ob-
servaciones astronómicas, tales
como medición de longitudes y
latitudes, ocultación de estrellas,

declinación del sol y comproba-
ción de los eclipses del primer
satélite de Júpiter, así como re-
gistros de temperaturas de la
presión atmosférica y de la di-
rección de los vientos. Los acci-
dentes topográficos debían ano-
tarse cuidadosamente día tras
día, indicando ubicación de las
montañas, el curso de los ríos
y la calidad de sus aguas, las
características del terreno, de
sus pastos y de su vegetación en
general.

Los objetivos de interés para
la historia natural que se encon-
traran en el camino debían ser
descritos minuciosamente. Todos
los elementos que parecieran de



importancia científica tales como piedras, yesos, arcillas, sales, minerales o vegetales diversos habrán de ser clasificados convenientemente y enviados a Buenos Aires para su posterior análisis y estudio.

Además, se explorarían palmo a palmo los ríos Colorado y Negro, levantándose mapas sobre el recorrido de los mismos, sus costas, su caudal de agua y sus condiciones de navegabilidad.

Entre quienes participaron de la campaña para estos trabajos especializados se encontraban el erudito científico italiano Nicolás Descalzi, el ingeniero agrónomo Feliciano Chiclana (h) algunos pilotos y marinos avezados como Thorne, Bathurst, Amores, Lynch, Elsegood, Scaillet y otros.

El célebre Darwin, en su viaje alrededor del mundo, estuvo en el campamento del Colorado, donde realizó algunos trabajos de investigación que consignó más tarde en una de sus obras, si bien a las observaciones de lugares, fauna, flora de la región añadió datos peregrinos, como decir que Rosas y sus hombres eran soldados españoles que estaban guerreando contra los indios...

La labor desempeñada en estas circunstancias por el Departamento Topográfico de Buenos Aires, a cuyo frente se encontraba por entonces el teniente coronel don José de Arenales fue destacable. Las instrucciones fueron hechas con precisión y detalle y están fechadas en Buenos Aires el 14-3-1833 y firmadas por el astrónomo Ottavio F. Mossotti, sabio de renombre mundial radicado temporariamente en nuestro país por aquellos años.

En el aspecto científico, quien
TODO ES HISTORIA Nº 79

más se destacó fue el astrónomo don Nicolás Descalzi, quien dejó consignadas sus observaciones con toda rigurosidad en su Diario de Viaje y en los cuadernos que puso a su disposición el Departamento Topográfico.

Por fortuna, las medidas precautorias tomadas han impedido se perdieran tan valiosos testimonios.

Las observaciones originales, escritos con letra más que aceptable fueron luego meticulosamente volcadas al papel con la comodidad conveniente en Buenos Aires así, junto con aquellos escritos en una media lengua italoargentina, figuran otros como los diarios de Rosas, de Pacheco, de Lynch, así como numerosa documentación, todo lo cual permite rehacer buena parte del aspecto científico de la campaña.

El objetivo principal de las instrucciones en las observaciones astronómicas era la determinación de las longitudes y latitudes por las cuales pasaría la expedición de Rosas.

Con respecto a éstas, calculadas, en dicha expedición, el examen de los datos consignados en los distintos diarios revela una notable exactitud de las mismas, si bien debe aceptarse algún margen de error proveniente más que todo de la natural incomodidad para efectuar observaciones sobre la marca.

Cada uno de los datos —temperatura, vientos, estado atmosférico— debían ser anotados al amanecer, al mediodía y a la puesta del sol. Lamentablemente, la rotura del barómetro impidió que se hiciera lo propio con la presión.

La lectura de los partes diarios de la correspondencia pública y privada, tanto de los jefes entre sí como los amigos que estaban en Buenos Aires, demuestran el interés especial de observar, recoger y anotar cuanto pudiera servir para un mejor conocimiento del sur, tanto en el aspecto topográfico como en el geológico, hidrográfico, zoo o fitogeográfico.

A veces son simples definiciones empíricas, hechas sobre la marcha, un ejemplo: "esta es una región de buenos pastos"; y otras veces, las anotaciones son más detalladas, y a menudo son referencias a costumbres y hábitos de los indios, lo que constituye un valioso testimonio para los estudiosos.

Otro de los propósitos cientí-

ficos de la expedición de 1833 fue el estudio prolijo de los ríos Colorado y Negro. Para ello se contrataron los servicios de algunos capitanes y pilotos quienes, a bordo de goletas y lanchones efectuaron los trabajos asignados por el Departamento Topográfico u otros que las circunstancias aconsejaran.

Consistían principalmente en recorrer minuciosamente ambas vías fluviales para trazar un mapa exacto de los mismos, con indicaciones de latitudes y longitudes, descripción de sus costas, de la profundidad y caudal de sus aguas y de cuantos elementos pudieran servir para ilustrar los mapas y cartas de la provincia y aumentar los conocimientos acerca de la región.

El resultado de esta exploración fue publicada por Pellegrini en la Revista del Plata hacia el año 1854.

En cuanto al ingeniero agrónomo don Feliciano Chiclana, efectuó diversas mediciones, como las que tomó entre Patagones y la isla de Choele Choele a las distancias que tomó por indicación de Rosas entre Patagones y el mar y luego por la costa de éste, hasta el Colorado.

En la proclama que Rosas dirigió el 11 de marzo a los soldados del sur les expresaba, entre otros conceptos que la expedición daría como resultado la apertura de nuevas vías de comercio y a la actividad inteligente, riquezas no conocidas y bienes no sospechados "que la naturaleza guarda en los ríos y en las montañas". Insistió en la necesidad de poblar la zona del río Colorado, única manera de asegurar el dominio efectivo de esa región. Aseguró un extraordinario porvenir a la población del Fuerte Argentino de la Bahía Blanca, fundado años antes de acuerdo con sus directivas.

Calculaba que en ambas márgenes, podrían establecerse 100 estancias de nueve leguas cuadradas cada una que entre todas se criarían un millón de cabezas de ganado vacuno.

Es evidente que Rosas, cuya actividad personal había estado ligada hasta entonces a la producción agropecuaria y muy especialmente al trabajo de los saladeros, atribuía a tanta importancia fundamental a tales planes para la vida económica de la provincia. Es bueno notar la importancia que le asegura a Chile como mercado consumidor de ganado en pie cuando la exportación de carne por vía atlán-

CONDUCTA POPULAR AL ACERCARSE A BUENOS AIRES EL EJERCITO URQUICISTA. BURLAS AL LLEGAR A LA GUARDIA DE LUJAN. ESTUDIADA INDIFERENCIA

En sus *Memorias* (1842-1852), el general uruguayo César Díaz describe, sorprendido, la actitud reticente o francamente rosista de los pueblos por que atravesaban las tropas de Urquiza, antes de la campaña que culminó en la batalla de Caseros. Al llegar a la Guardia de Luján, la situación es la que anota en sus apuntes: "Tres días hacía que Pacheco la había abandonado; y del mismo modo que el pueblo de Pergamino, había quedado entregada a las mujeres, a los viejos y a unos cuantos extranjeros. Cada familia de cuantos la habitaban había visto partir alguno de sus deudos, porque ningún hombre de los que eran capaces de manejar las armas había podido sustraerse a la obligación de ser soldado. Muchas de estas familias veían amenazada su existencia o su futura suerte en los peligros en que iban a hallarse expuestos sus padres, esposos o hijos y, sin embargo, es de notar que, con tan justos motivos de aflicción, no se les veía derramar una lágrima ni se los oía exhalar una queja. Al contrario, parece que estaban resignados en su situación y que confiaban en su destino. Manifestaban hacia nosotros la misma estudiada indiferencia que los habitantes del Pergamino; y a los signos exteriores con que éstos habían hecho conocer su parcialidad por Rosas, agregaban

otras acciones, que denotaban con harta claridad sus sentimientos. A varios oficiales que fueron en comisión, del servicio o con licencia, visitar el pueblo, les encargaban, como por burla, al pasar por las puertas de sus casas, que si el ejército nuestro ganaba una batalla tuviesen compasión a los vencidos. El hecho parecerá increíble, pero no por eso es menos cierto; yo mismo lo he oído referir a uno de esos oficiales. Exageraban el número y calidad de las tropas de Rosas, y estaban persuadidos de que el ejército libertador era insuficiente para llevar a cabo la empresa, temeraria, según ellos, en que se había empeñado. Traían a la memoria todas las tempestades políticas que aquel había deshecho o conjurado, durante el largo período de su gobierno, ya sea que hubiesen nacido en el interior, ya hubiesen tenido origen en el extranjero; y tenían por cosa averiguada que saldría también victorioso del nuevo peligro que lo amenazaba.

Yo creo que estas desdichadas gentes suponían a don Juan Manuel munido de un secreto talismán, que le daba el poder de dominar todas las situaciones de su vida, inspirándole virtudes sobrenaturales; pues no es posible interpretar de otra manera estas ridículas aprehensiones de su espíritu obcecado".

tica decayera accidentalmente.

La idea de poder llegar al interior sin pasar por Buenos Aires no debe considerarse sólo desde el punto de vista económico sino, sobre todo, desde la trascendental faceta política que tal eco hubiera significado como que el encontrar una vía hacia el interior independiente de Buenos Aires suponía un golpe de cuidado para el centralismo porteño.

La campaña resultó un éxito completo tanto en el plano militar como científico, y a principio de 1834 Rosas decidió regresar a Napostá, dando fin a la campaña del sur después de un año de trabajos y fatigas.

Sin embargo, antes de concluir, reforzó las guarniciones de Fuerte Argentino y de Carmen de Patagones, así como establecer un eficiente sistema de postas entre estos puntos y Buenos Aires.

Se trataba de disposiciones de singular importancia, no solamente para la seguridad contra el indio sino para defensa de la "soberanía nacional". Indudablemente tendría en la mente el golpe intentado por los brasileños siete años antes y el zarpazo de los ingleses a las Malvinas durante el gobierno de Balcarce.

Desgraciadamente la trascendencia de la campaña de 1833 ha sido relegada a un segundo

plano por muchos escritores de historia; otros sólo han destacado su aspecto militar que era notable desde el punto de vista estratégico y táctico. Pero en la faz científica, apenas hay quien haya escrito algunas líneas para destacar el trabajo realizado por quienes acompañaron a la expedición.

Sea este justo homenaje a aquella campaña que no sólo logró abrir nuevas fronteras, sino también afianzar la soberanía nacional, y conocer nuestros ríos, suelo, y riquezas naturales para mejor explotación de nuestro patrimonio.

SUSANA B. MACEIRA

Under theil dieses Welt-
buchs von Schiff-
fabriken.

Warhafftige Be- schreibung aller

vnd mancherley sorgfeltigen Schiff-
farten/ auch viler vnbelanten erfundnen Landtschaften/ Insu-
len/ Königrichen/ vnd Eredren/ von derselbige gelegenheit/ wesen/ gebreuchen/
sitzen/ Religion/ Kunst vnd handterung. Item von allerley gewächß/
Metallen/ Spitzereyen/ vnd anderer dinge mehr. so von ihnen in vnser
Landt geföhrt vnd gebracht werden.

Auch von mancherlen gefahr/ freit vnd scharmäheln/ so sich zwischen ihnen vnd
den vnsern/ beyde zu Wasser vnd Lande/ wunderbarlich zugetragen. Item von
erbschicklicher/ seltsamer Natur vnd Eigenheiff der Leutheffer/ Dergleichen vörhin in keinen
Chronicken oder Historien beschriben/ mit schönen Concordanzen vnd einem vollen
förmlichen Register/ zur förderung des gemeinen nutz
zusamen getragen.

Durch Ulrich Schmidt von Straubingen/ vnd andern mehr/ sodaß selbst
in eigener Person gegenwertig gewesen/ vnd solches erfaren.



Druck zu Frankfurt am Main/ Anno 1567.

Por lo que toca a la ubicación de la primitiva Buenos Aires, establecida, en febrero de 1536, por don Pedro de Mendoza, se han escogido tres puntos diversos: 1) la Vuelta de Rocha, sobre la margen izquierda del Riachuelo, y muy cerca de la actual desembocadura del mismo; 2) el llamado Alto de San Pedro, que es la zona alta del Barrio de San Telmo, o cruce de las calles Humberto 1º y Balcarce, y 3) en Retiro, sobre las barrancas de la Plaza San Martín que dan a la Plaza Británica (1). Esta postrera teoría, sostenida débilmente por Carlos Roberts, nunca llegó a contar con adeptos; la de la Vuelta de Rocha fue la preferida, hasta hace unos tres decenios; la que ubica la primitiva Buenos Aires, en el Alto de San Pedro, en las vencidades del Parque Lezama, es la opinión o teoría ahora prevalente(2).

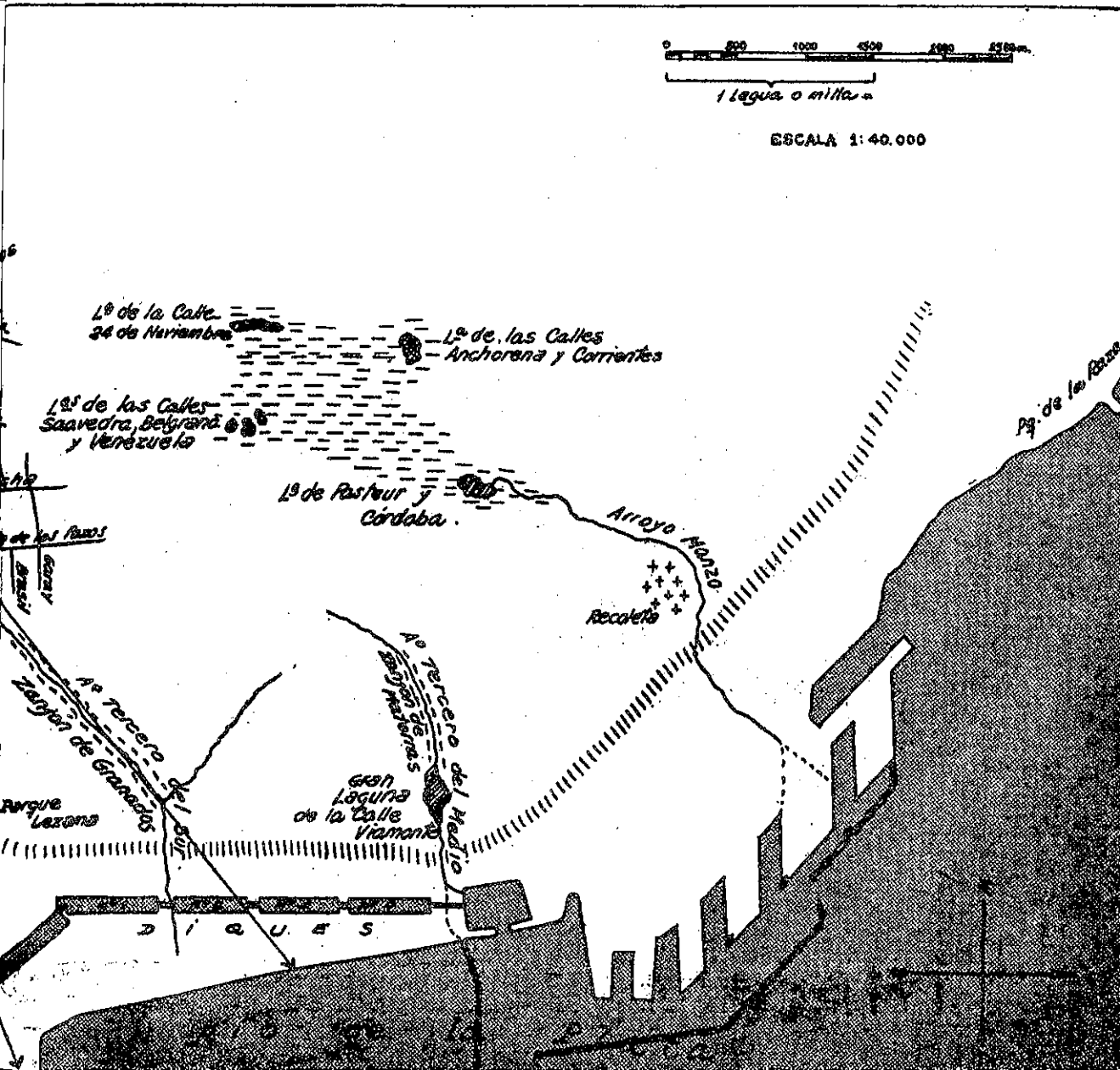
TODO ES HISTORIA Nº 79

La ubicación de la primera Buenos Aires según la tesis de Guillermo Furlong. (Izquierda) Portada de la primera edición de la crónica de Ulrich Schmidel de 1567

por
Guillermo
Furlong



La primera Buenos Aires se fundó en Parque Patricios



La primera Buenos Aires se fundó en Parque Patricios

Creemos, sin embargo, que ninguna de estas tres ubicaciones se aviene con un hecho que consideramos fundamental para acertar con la ubicación de aquella primera Buenos Aires y el hecho, a que nos referimos, está en perfecta armonía con cuanto nos dicen los cronistas: los habitantes de aquella primera Buenos Aires perecieron de hambre, por no contar con los necesarios alimentos.

Ya de entrada, rechazamos como espúreas las tan conocidas láminas que, desde fines del siglo XVI, acompañan el libro



de Ulrico Schmidel, y en particular la que lleva el título de **Bonas Aeres - Río della plata oder parana**,⁽³⁾ en la que aparece la ciudad, a orillas del Río de la Plata, y junto a ella, a pocos metros de la muralla, se encuentran cinco canoas de factura europea. Claro está que nada de esto nos lleva a calificar de espúrea esta lámina, pero la inmensa casona que se ve en primer plano, y que era sin duda la destinada a Pedro de Mendoza, es una pura fantasía del dibujante alemán que ilustró el libro del soldado bávaro. Además de la planta baja, con la gran puerta de entrada, hay otros dos pisos con cuatro ventanas sobre la fachada y tres a los costados, y por encima de estos tres pisos, hay un amplio desván con ventanitas a cada lado. Aquello es un hermoso palacete, que podría estar en Frankfurt-am-Mein, en Dortmund o en München, pero no en aquella efímera y famélica Buenos Aires de 1536. El anónimo ilustrador de Schmidel hojé el volumen, que debía valorar con visiones gráficas de los hechos referidos en el mismo, pero lo hizo sin analizarlos mayormente, de donde sus errores, coincidentes éstos con los de los tantos historiadores que, después de él, se han ocupado de la obra de Schmidel⁽⁴⁾.

EL HECHO CIERTO

Cierto es que, asentados los españoles en aquella primera Buenos Aires, les fue imposible proveerse de los necesarios alimentos, y, a las pocas semanas de estar allí, el hambre los comenzó a atenacear, hasta amenazar acabar con todos ellos y con la población misma. "La gente, nos dice Schmidel, no tenía qué comer, y se moría de hambre, y padecía gran escasez fue tal la pena y el desastre del hambre, que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros todo tuvo que ser comido"⁽⁵⁾. El mismo cronista, testigo presencial de los sucesos, relata el conocido episodio de los dos ajusticiados, y nos dice que "en la misma noche, por parte de los españoles, ellos han cortado los muslos y otros pedazos de carne del cuerpo, y (los han) comido".⁽⁶⁾

Ni se crea que Schmidel fan-

Don Pedro de Mendoza, el infortunado primer fundador de Buenos Aires.

taseó, ya que Francisco de Villalta, desconocedor del libro de éste, pero conocedor de la tradición, escribió, pocos años después, en una de sus cartas que "era tanta la necesidad y el hambre que pasaban [los hombres de Pedro de Mendoza] que era espanto, pues unos tenían a su compañero muerto tres o cuatro días, y tomaban la ración por no poder pasar la vida"⁽⁷⁾, y otro de aquellos primeros cronistas, el versificador Villafañe, después de referir actos de crudo canibalismo, nos dice, con referencia a los soldados españoles, que unos se hallan tirados tras los fuegos, por los humos y las cenizas ciegos, /y otros tartamudeando, y no fueron pocos los que morían mudos y rabian-do"⁽⁸⁾.

¿Cómo es posible explicar este hecho innegable, si la ciudad de Buenos Aires estaba a la vera del Río de la Plata? Si estuviera allí ¿qué les costaba a los moradores de la misma caminar unos metros, tal vez sólo dos o tres, y pescar cuanto les fuera necesario para su alimentación? El no haberse valido de la pesca ¿no es argumento elocuentísimo de que la población estaba en un punto alejado del Río de la Plata?

EL RIO DE LA PLATA SIN PECES

Hay una solución fácil, pero sin un adarme de fundamento, ni histórico, ni geográfico, y es el decir que entonces no había pescado en el Río de la Plata. Este carecía de pesca. Aunque parezca inconcebible, modernamente se ha alegado esta causal y se ha escrito lo que sigue. "Santa María de los Buenos Aires [se fundó] en la tierra pobre de los Querandíes, que no aceptaron servidumbre. Río sin peces, pampa desolada y sin frutos... y un hambre como la de Jerusalem, que llevó sin exageración al canibalismo"⁽⁹⁾.

Ninguna seriedad hay en estas frases⁽¹⁰⁾. El mismo Schmidel refiere cómo, en una ocasión, llegó él a las orillas del Río de la Plata, y vio que eran "buenas aguas de pescar", y nos dice también que los indios tenían "Mucho pescado y harina de pescado, también manteca de pescado"⁽¹¹⁾. En los primeros decenios del siglo XVII, escribió Vázquez de Espinosa que el Río de la Plata era "abundantísimo de pescado" y había "sábalo, dorado, pacús redondos y chatos, a manera de ra-



El soldado alemán Ulrico Schmidel según la edición latina de 1599.

ya, surubí largo y punteagudo como agujas, sin escamas, patís que es como casón, sin escamas, menudos, en tanta abundancia que con un poco de tocino, a la luna, se recogía grandísima cantidad, el cual es muy sano, y remedio de muchos pobres" (12).

Nada en absoluto nos autoriza a opinar, que en 1538, estaba tan falto de pescado el Río de la Plata, que los hombres, que vivían junto a sus aguas, morían de hambre por no haber pesca, ni siquiera algunos "Plis-costomus Commernif", hoy tan despreciados por las gentes, que los llaman "viejas del agua". A aquellos hambrientos les habría satisfecho, tanto o más que el surubí, el dorado o la raya, y no tan sólo en el Río de la Plata, sino también en los ríos del Tucumán, había mayor abundancia de peces en el siglo XVI, que en el siglo XX,

pues Sotelo Narváez nos informa que esos cursos de agua eran abundantes en pesca y "tenían sábalos y otros géneros, y éstos en abundancia" (13).

Lógica, por demás, infantil, la que, partiendo de un hecho, que no era "cierto" llegar a negar que había habido pesca en el Río de la Plata a fin de explicar la terrible hambre que afligió a la población, en vez de examinar ese hecho "cierto" y comprobar que era un hecho "falso", y para ello bastaba leer lo que escribió el mismo Schmidel. Refiere éste cómo los "sudosichos Querandies nos han traído diariamente al Real, durante catorce días, su escasez

(1) Cf. Enrique de Gandía, *Crónica del magnífico Adelantado don Pedro de Mendoza*, Buenos Aires 1936, de la que es un extracto: *Primera fundación de Buenos Aires*, en *Historia de la Nación Argentina*, III, Buenos Aires 1961, 119-145, y la abun-

dante bibliografía que consigna sobre el tema, p. 153.

(2) Recuerda Gandía cómo Eduardo Madero y Paul Groussac situaron la primitiva Buenos Aires en la actual Vuelta de Rocha, fundados en lo que dijo Ruiz Díaz de Guzmán, que Mendoza metió sus naves en el Riachuelo "del cual media legua arriba fundó una población que puso por nombre Santa María" (p. 141) y recuerda después (p. 148) cómo "el señor Aníbal Cardoso situó con acierto la fundación en lo alto de la meseta y estuvo cerca de la verdad al señalarla en la orilla izquierda del zanjón de Granados, a unos pocos centenares de metros del Alto de San Pedro". La teoría de Roberts "según la cual Buenos Aires se habría levantado en la barranca de la actual plaza de Retiro, diremos que en apariencia no se juzga inaceptable porque se basa en el hecho de medir la media legua señalada por Guzmán desde el alto de San Pedro, boca norte del Riachuelo, "hacia arriba", es decir, hacia el norte, lo cual llevaría correctamente la fundación al Retiro".

(3) En la edición latina de 1599, *Vera historia*, que es traducción de la ed. alemana de 1567, esta lámina se halla entre pp. 22 y 23, y ha sido reproducida en incontables ocasiones. Lafone y Quevedo, *Ulrich Schmidel, Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*, Buenos Aires 1903, la reproduce en la p. 150.

(4) Ulrico Schmidel, ed. Lafone, pp. 151-152. Conviene no olvidar que la obra de Schmidel ha llegado a nosotros con variantes sensibles por proceder las diversas ediciones de manuscritos diversos, siendo, según parece, el autógrafo, terminado en 1534, del que se valió el doctor Mondscheim en 1893 para la edición que publicó en ese año. A esta edición responde la versión de Wernicke. La latina de 1599 está hecha a base de una copia lateral, con no pocas variantes. Lafone se valió de la edición Langmantel, de 1889, que se basa en otras dos copias, diversas de la antes citada.

(5) Ulrich Schmidel, ed. Wernicke, Buenos Aires 1944, p. 40. Sobre lo que fue el hambre en aquella Buenos Aires de Mendoza, véase Ernesto J. Fitte, *Hombre y desnudeces en la Conquista del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1963, pp. 91-180.

(6) Ulrich Schmidel, ed. Lafone y Quevedo, p. 152.

(7) Esta carta de Villalta está reproducida entre los apéndices, pp. 303-324, de la mencionada edición de Schmidel, realizada por Lafone y Quevedo.

(8) Se han ocupado de Miranda de Villafañe y recitado, o en parte, su composición política, Enrique Peña, *El padre Luis de Miranda*, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, t. XXIV, 1906, pp. 514-518, y también José Torre Revello, *El clérigo Luis de Miranda de Villafañe*, en *La Prensa* de Buenos Aires, 26 de enero de 1936, y Enrique de Gandía, *Luis de Miranda, primer poeta del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1936.

(9) Relación varía de Hechos, Hombres y cosas de estas Indias Occidentales, Selección y notas de Alberto M. Salas y Andrés Ramón Vázquez. Prólogo de Gonzalo Losada. Editorial Losada. Buenos Aires 1968, p. 55.

(10) Según la traducción de Wernicke, "hay buenas aguas de pesca en ese mismo paraje" (p. 40) y según la de Lafone (p. 15) "eran aquellas aguas muy abundantes de pescado", y en la traducción que publicó Pelliza y que es la anónima publicada en Madrid, en 1749, se lee que "aquellas aguas son maravillosamente abundantes de pescado" (p. 24). La versión latina (p. 13) nos dice que *sunt enim aquae ibi mirabiliter piscosae*. W

(11) Así traduce Wernicke, mientras Lafone escribe: "hallamos harto pescado, harina y grasa del mismo" (p. 150).

(12) Vázquez de Espinosa, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Washington 1948, p. 632, n. 1792.

(13) Pedro Sotelo Narváez *Relación...* (1582) en *Municipalidad de Buenos Aires. Documentos históricos y geográficos relativos a la Conquista y colonización rioplatense*, I, Buenos Aires 1941, p. 81.

La primera Buenos Aires se fundó en Parque Patricios

de pescado y carne, y sólo faltaron un día, en que no nos trajeron qué comer" (14).

Pero si la población estaba a orillas del río, en la Vuelta de Rocha, en la Plaza San Martín o en el Alto de San Pedro ¿por qué habían de depender de los indios para su manutención? Decir que carecían de los necesarios aparejos de pesca, sería, tratándose de marinos y de quienes habían cruzado el océano, pescando a diario para su alimentación, una aserción tonta, tan tonta, tan sin base como el decir que no había pesca en el río de la Plata. (15)

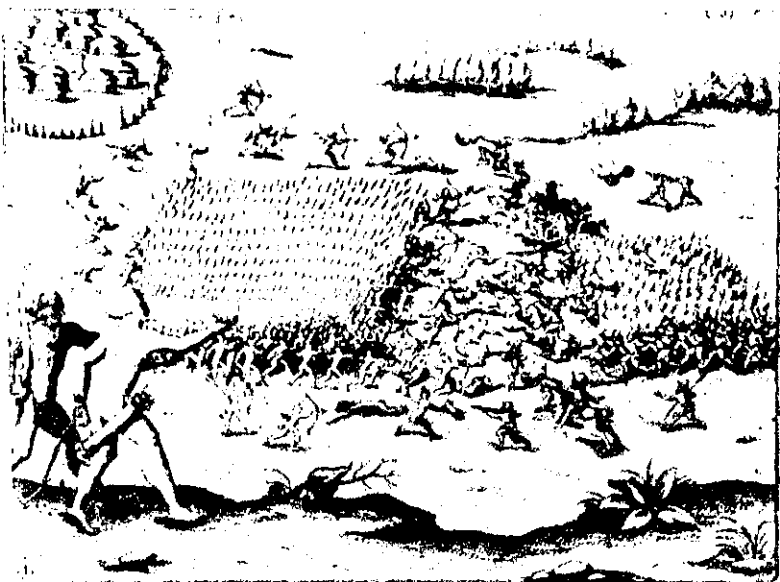
SIN RECURSOS PROPIOS

Pero el hecho cierto, referido por Schmidel, es que, no bien los españoles establecieron su Real y población, en la Vuelta de Rocha, o en el Retiro, o en el Alto de San Pedro, o, como nosotros sostenemos, en las cercanías del Puente Uriburu, recibieron la comida que les traían los indígenas, y si no contaban con esa alimentación, se quedaban en ayunas. Tal fue el caso durante catorce días, pero al cabo de ellos, y cuando los españoles habían consumido cuanto tenían de alimenticio, los indios se cansaron de proveerles de pescado, y entonces nuestro General, don Pedro de Mendoza, envió en seguida un alcalde, de nombre Juan Pavón, y con él dos peones, pues estos susodichos indios estaban a cuatro [millas o] leguas de nuestro Real.

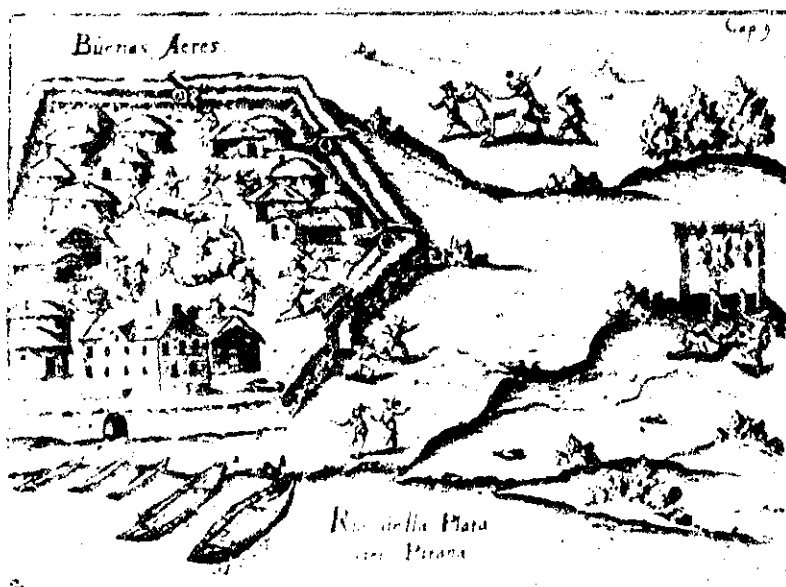
Si los indios pescadores, que sin duda tenían sus "habitats" junto a las aguas del Río de la Plata, estaban a distancia de cuatro millas del Real, parece deducirse que dicho Real estaba también a cuatro millas de donde estaban los indios, y por consiguiente dicho Real estaba a igual distancia de donde estaba la costa del Río de la Plata, donde pescaban los susodichos Querandies.

Como se refiere en la historia de Schmidel, el citado alcalde Pavón, lejos de ganarse las simpatías de los proveedores de antes, se malquistó con ellos, y

TODO ES HISTORIA Nº 79



La ciudad de Buenos Aires según el ilustrador de la edición de 1599. En realidad las naves no habrían estado en el Río de la Plata sino en el Riachuelo.



El ataque de los indios querandies a Buenos Aires, según la misma edición.

mucho fue que en aquella ocasión salvara su vida y la de sus pocos compañeros. Cierto es que, de regreso al Real, causó "alboroto" con las noticias de que fue portador, "alboroto" que se basaba en el espectro del hambre, que habría de venir sobre los pobladores, si no obtenían pescado u otros alimentos por parte de los indios. Entonces trescientos lansquenetes con treinta caballos, "y yo en ésto he estado presente", según se expresa Schmidel, par-

tieron a la costa del Río de la Plata, y después de espantar a los indígenas, la mayoría de los cuales fugó a sus escondites, "allí permanecimos tres días; después retornamos a nuestro Real, y dejamos unos cien hombres de nuestra gente, pues hay buenas aguas de pesca en ese mismo paraje; también hicimos pesca con las redes de ellos, para que sacaran peces, a fin de mantener la gente, pues no se debe más de seis medias onzas de harina de gra-

sa, todos los días, y tras el tercer día se agregaba un pescado a su comida, y la pesca duró dos meses, y quien quería comer un pescado (además del que se le daba tenía que andar las cuatro millas o leguas de camino en su busca" (16).

No se necesita ser un historiador avezado a la interpretación de viejos papeles, para coleccionar de estas frases, cómo aquella Buenos Aires de Pedro de Mendoza estaba a distancia de cuatro millas o leguas del Río de la Plata, y que sólo a esa distancia se podía hacer, y en efecto se hizo, abundante pesca, durante dos meses, y si alguien quería comer más pescado había por su cuenta y riesgo que recorrer esas cuatro leguas o millas, que eran las que había entre la población y el Río de la Plata, en cuyas aguas había pesca abundante.

Pero, ¿cómo es posible compaginar todo esto con el hecho, que ahora se considera clertísimo, de que la dicha población estaba en el Alto de San Pedro, a pocos metros, tal vez dos o tres, a lo más quince o veinte, de las aguas del Río de la Plata o del Paraná?

BUENOS AIRES SE FUNDO SOBRE EL RIACHUELO

Fuera de la recordada lámina, que es pura superchería, no hay una sola frase de cronista alguno que nos sugiera que la Buenos Aires de Pedro de Mendoza, estaba cabe nuestro gran río o junto al mismo, o en sus inmediatas cercanías, y Juan Rivadaneira en su *Relación*, que es de 1581, llama "rrio de buenos ayres" al Riachuelo, y en uno de sus mapitas consigna el "rrio de buenos ayres do tuvo pueblo la gente de don Pedro", y Fernández de Oviedo, más explícitamente, escribió que Mendoza estableció el Real "a la par de un río pequeño, que entra en el río grande", esto es, sobre el Riachuelo que desemboca en el Río de la Plata (17).

De época muy anterior son otros documentos que manifiestan que aquella primera Buenos Aires no estuvo, ni pudo estar, en el Alto de San Pedro. Tal el de Francisco de Villalta quien, en 1556, nos informa que el fundador de la primera Buenos Aires había establecido la dicha población en un punto alejado de la costa, tan alejado de ella que era "forzoso no tan solamente pescar los indios para nuestra sustentación, pero

Warhafftige Historien

Einer Wunderbaren

Samart / welche Ulrich Schmidel von Straubing / von Anno 1534- bis Anno 1554 in America oder Newenwelt / bey Brasilia vnd Rio della Plata gethan. Was er indigenen Nammchen Jahren aufgestanden / vnd was für seltsame Wunderbare Lander vnd Leut er gesehen: durch ermelten Schmidel selbs beschrieben / An jent an der an Tag geben mit Verbesserung vnd Corrigierung der Stadt / Lander vnd Fildn namen / desgleichen mit einer notwendigen Landtaffel / Figuren / vnd anderer mehr

Erkierung / gezeiget /

Durch /

LEVINVM HVLIVM.



NORIBERGAE,

Impensis Levini Hulsi 1599.

Portada de la edición de 1599 del libro de Schmidel.

aún los cristianos", exponiéndose éstos a perecer a manos de aquéllos, en el viaje de ida y de vuelta, y por esto "los capitanes acordaron de aconsejar a Don Pedro hiciese pueblo

con la gente, envió a su hermano, don Diego de Mendoza, con 300 soldados y 30 buenos caballos (entre los cuales iba yo) mandándole que, tomando el pueblo de los indios, los prendiese o matase a todos (halló a 3.000 querandies). Pero cuando llegamos ya tenían 4.000 indios de sus amigos y familiares de socorro" (p. 23). El original de la frase "que estaban a cuatro leguas", en latín "quatuor enim miliaribus sui populi Carendies a nostris castris morabantur" coincide con el alemán: "4 meil von unsern leger", lo que Wernicke tradujo fielmente al escribir que los tales Querandies "estaban a 4 leguas de nuestro real", aunque indebidamente puso leguas donde el original pone meil, millas.

(15) Así traduce Wernicke, mientras Lafone escribe que "entonces nuestro general don Pietro Manthosa despachó un alcaide llamado Johann Pabon, y él y 2 de a caballo se arrimaron a los tales Querandies, que se hallaban a 4 millas (leguas) de nuestro real" (p. 148).

(16) El texto latino (p. 23) dice así: "si quis aliquin piscibus vesci vellet, necesse erat ut eos per quatuor miliaria pedes quareret". El texto original correspondiente a la frase "y quien quería comer un pescado tenía que andar las cuatro millas de camino en su busca", es como sigue: "und wer ein fisch essen volt, der must die 4 meil wechty dornach geen".

(17) Cita de Gandin. *Primera fundación*... p. 141

(14) El texto latino de 1589 dice así: "Hi Carendies per dies quatuordecim liberaliter de sua tenuitate impertiverunt et quotidie pisces et carnes ad nostra castra attulerunt, uno die excepto, quo proreus non venerunt ad nos. I. - deo nostro praefectus, Dominus Petrus Mendoza, nomine Jan. Baban et duos milites ad eos misit, quatuor enim miliaribus sui populi Carendies a nostris castris morabantur... (pp. 12-13). En la edición de la "Historia y descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay por Ulderico Schmidel. Con una introducción y observación crítica por Mariano A. Pelliza, Buenos Aires 1881, que es la traducción publicada a mediados del siglo XVIII, por Barta, y a mediados del siglo XIX, por Pedro de Angelis, se dice que "cuatro días trajeron pesca y carne al Real y porque faltaron uno, envió Mendoza a Ruiz Galán, Juez, y otros dos soldados a ellos (que estaban a cuatro leguas). Pero los indios los maltrataron, y volvieron al Real con 3 heridos. Viendo Mendoza esto, y que Galán se mantenía

La primera Buenos Aires se fundó en Parque Patricios

más abajo de donde estaba éste, que podrá haber cuatro leguas más abajo" (18).

Si todavía hoy hay quienes, al ver un plano de la ciudad de Buenos Aires, tienen la impresión de que la parte superior corresponde al Norte y la inferior corresponde al Sur, nada

extraño es que Villalta, ya en 1556, incurriera en igual error: "más abajo de donde estaba éste" pueblo equivale a decir más al Sur, no más al Oriente, y señala la distancia de "cuatro leguas más abajo", o más al Sud, lo que correspondería al punto donde debió Pedro de Mendoza de haber fundado la ciudad, esto es, en un punto cercano al Alto de San Pedro. El mismo Villalta nos informa que estaba la dicha población "en una tierra cava y empantana-da", y abundante en "mosquitos, que apenas dejaban reposar" (19). Digamos sin rebozo que es imposible compaginar todo esto, con el Alto de San

Pedro, que hasta ahora ha contado con las simpatías de los historiadores.

A CUATRO MILLAS DEL RIO DE LA PLATA

Lo que está fuera de toda duda es que la Buenos Aires de Pedro de Mendoza estaba a cuatro millas o leguas del Río de la Plata, y también es cierto que estaba a media milla o media legua, según unos, o a un cuarto de milla o legua, según otros, del Riachuelo. Es el mismo Schmidel quien nos informa que los navios de la Armada, "estaban surtos hasta a media milla de nuestra ciudad de Buenos Aires" y sabemos que hubo a la sazón dos núcleos de población, debidas a esa distancia, en uno de los cuales se encontraba lo principal de la población, esto es, la embrionaria ciudad de Buenos Aires, y en el otro se hallaban recalados los barcos, con los marinos carpinteros de ribera, calateadores, etc. Confirma esta realidad el hecho de que las tres iglesias, que había en el núcleo principal fueron incendiadas por los indios, pero la que se hallaba, a media o a un cuarto de milla o de legua de distancia, para servicio de los marinos y de los que estaban donde estaban los barcos, no fue incendiada, pero, en una inundación, las aguas del Riachuelo la echaron abajo.

UNA SINTESIS

En los primeros días de febrero de 1536, procedentes de la Isla de San Gabriel, frente a la Colonia del Sacramento, comenzaron a llegar a nuestras costas rioplatenses las naves, trece o catorce en número, que componían la magna y lucida armada de don Pedro de Mendoza, trayendo a bordo mil quinientos a mil ochocientos hombres y mujeres, entre tripulantes y viajeros. Como días antes habían llegado unos expertos y examinado nuestras costas, aquellas naves enfilaron a la desembocadura del Riachuelo que, a la sazón, se hallaba a la altura de la actual calle Viamonte y así la recorrieron de norte a sur hasta la Vuelta de Rocha, y, desde este punto, tomaron el rumbo Este-Oeste, hasta llegar a lo que es, en la actualidad, el Puente Uriburu (20). Al sur de éste, formaba el Riachuelo dos inmensos semicírculos o meandros casi circulares y allí dejaron a los n-

Wahrhafftige vnd liebliche Beschreibung

der ersten etlicher fürnemen Indiamischen Vnderthanen vnd Insulen die vormal in dieser Chroniken gedacht vnd erstlich in der Schrifft von Pedro de Mendoza von Spanien, get mit großer Gefahr erkündigt vnd von ihm selbst, bey unsern fleißigst beschriben vnd dargelhan.



Nächst als ich von Interfess auß auff Hispanien zu einer Stadt mit namen Calles dahin kam. Welches auß dem Calles. Was redend in vierzehn tagen ankam. alda ich vor gemelter Stadt gesehen: ein Balena oder Walisch so in schritt lang gewesen. Auf welchem man. Thunnen in der groß als Deringe Thunnen. voll Schmalz gezogen hat.

Bei unserer Stadt Calles sind gewesen 12. große Schiff von aller nation vnd nottusse wolgerüstet die nach Riodelaplata in der Indiamischen vollen. Auch sind alda gewesen 12. Spanier vnd 12. Hochdeutsche vnd Niederländer vnd Sachsen. Vnd unser aller Oberster Hauptmann war genant Petrus Mandosia.

Vnder diesen 12. Schiffen hat eine zugehöre Herren Sebastian Neidhart vnd Jacoben Weller zu Nürnberg. so ihren factor Herrn rich Pasine mit Kaufmannschafft nach Riodelaplata geschickt. Wir denen bündel vnd andere als Hochdeutsche vnd Niederländer vngeschiedlich bis in die. Wanne wolgerüstet mit Büchsen vnd gewehr nach Riodelaplata gefahren.

Als wir nun dazubist hin kommen. sind wir nachfolgendes mit ebenmeltem Herren vnd Obersten Hauptmann von Sibylla mit 12. Schiffen aufgefare in oberem Jar an S. Bartholomaeus tag vnd sind kommen zu einer Stadt in Hispania die heist S. Lucas das ist weit von Sibylla. Alda wir dann von wegen vieles vngestümmen Winds bis auff den ersten Septembris des vorgemelten Jars stillstehen mußten.

Vnd als wir von dannen abgeschiffe sind wir zu dreien Insulen vnd dazubist bey einander gelegen. Können heist die erst Demerisse die ander Kummro die drit Palman. vnd sind von der Stadt S. Lucas bis in diese Insulen vngeschiedlich. Wenden. In dieser Insulha bin ich die Schiff außger heilet. Diese Insuln gehören Ray. May. zu Lucia vnd wohnen lauter Spanier darinnen sampt Weib vnd Kinde. Vnd alda vnd der Zucker gemacht. Wir sind auch mit dreien Schiffen in Palman Können vnd da gelegen 12. Wochen vnd die Schiff widerumb mit Proviant versehen vnd gestärkt.

Nachdem aber unser Oberster Petrus Mandosia. oder o. Weil mega von ensilage vnd vnauff inseln gebort. So betten wir auff unserm Schiff des Herren Obersten Vetteren / Jörgen Mandosia / welcher

Primera página de la crónica de Schmidel en la edición de 1567.

TODO ES HISTORIA Nº 79

vios "como en una caja", según la expresión de uno de aquellos primitivos cronistas⁽²¹⁾. Sobre la ribera izquierda del Riachuelo y cabe el lugar donde se hallaban los barcos, se formó una reducida población de doscientas a trescientas personas, pero para el grueso de la población se buscó un lugar alto, ajeno a las posibles inundaciones del Riachuelo, y, en efecto, se eligió un solar a media milla, o algo menos, al norte del punto donde habían quedado depositados los navíos, y en ese solar, con todas las de la ley, se fundó, el día 22 de febrero de 1536, la ciudad de Buenos Aires.

Para fijar el solar elegido para nuestra ciudad hay dos datos de la mayor valía: sabemos que distaba cuatro millas del punto más cercano al Río de la Plata y sabemos que estaba a media milla, o poco menos, del fondeadero o puerto, lo que corresponde a la región comprendida entre lo que es ahora la Avenida Antonio Sáenz y la calle Monteagudo, y entre la calle José C. Paz y la Avenida Caseros. Allí, sobre lo que son ahora los verdes campos de la plaza José C. Paz y los del Parque Patricios, se levantaron los galpones, donde almacenar tanta rica vajilla traída de España, y las tantas mercaderías como habían venido en los barcos, y en lo que son ahora los jardines del Hospital Policial "Bartolomé Churrua", Hospital José M. Penna y Maternidad María M. de Mouras, debió de surgir el Cabildo, la Cárcel, la Casa del Adelantado y, en torno de estas casas reales, las de los mil quinientos moradores. Una vigorosa empalizada, de unos dos a tres mil metros de extensión o de circuito, defendía a la nascente población contra los posibles y aún probables ataques de los vecinos indígenas, aunque de facto para poco sirvieron. Tres iglesias erigían sus débiles torres por sobre aquella apretujada Buenos Aires de 1536.

Allí estaba ella, en un punto relativamente alto, ya que su cota era de 17 metros, y aunque se sabía que, con correrse unos quinientos metros más al noroeste, había planicies de altura doble de la anterior, se prefirió estar cerca de los navíos, para mutua defensa y también por ser el Riachuelo la única fuente de aguas. Aún así había que andar más de setecientos metros para aprovecharse de ellas.

CUAL FUE EL ERROR DE PEDRO DE MENDOZA

Con una somera idea de estas regiones, adquirida por las noticias que le habían llevado los técnicos, que desde San Gabriel había él despachado, enderezó Pedro de Mendoza sus navíos a la boca del Riachuelo, la que entonces estaba, más o menos, a la altura de la calle Viamonte, dobló hacia el sur por las aguas de dicho Riachuelo, y, al llegar donde se halla la actual boca de ese curso de agua, dobló hacia el poniente, y subió hasta que, allá por lo que es ahora el Puente Uruburu, advirtió menor profundidad en las aguas, y allí estableció lo que denominó Puerto de Nuestra Señora de Santa María de Buenos Aires, y, a media legua o milla o a un cuarto de legua o de milla, al norte del Riachuelo, estableció el Real o asiento militar, o la fracasada Ciudad de Buenos Aires.

Es posible que hubiese elegido ese sitio, alejado de la costa, ya para evitar sorpresas, por parte de posibles piratas, o "insultos", como entonces se decía, por parte de alguna expedición de portugueses, quienes consideraban lusitanas esas regiones; también es posible que se ubicara allí para no tener roces con los indígenas que, en número de unos cuatro mil, conforme nos dice Schmidel, ocupaban la región, esto es, la costera, donde había agua potable y había abundante pescado. Estimaba Pedro de Mendoza que establecidos provisoriamente tierra adentro, sobre el curso del Riachuelo, a nadie molestarían y de nadie serían molestados, y que en breve serían dueños de estas regiones.

Pensó, claro está en la alimentación de la gente, pero, a la vista de inmensos campos con abundantes ciervos, gamos, avestruces, nutrias, armadillos, y con abundantes volátiles, y cabe el llamado Río de los Navíos, en el que no faltaría algún pescado, creyeron contar con los suficientes medios de subsistencia, pero falló en sus cálculos, ya que había, según parece, escasa o ninguna pesca en el Riachuelo, y mientras tuvieron caballos, y los indios les eran amigos, pudieron perseguir y cazar los ciervos y las avestruces, pero les fueron faltando los caballos, y los animales cazables se fueron retirando de aquellos campos, o llevados por el instinto de conservación o a impulsos de los indios,

que miraban por la subsistencia de esos animales, que ayudaban a la de ellos. Lo cierto es que dependieron de los indios para su alimentación, y aunque éstos les llevaron lo suficiente, durante los primeros catorce días, después se negaron a proveerles, y acaeció lo que fue el principio del fin.

En conclusión, decimos que:

1) La primitiva Buenos Aires, la fundada por don Pedro de Mendoza, no estuvo sobre el Río de la Plata.

2) Toda la documentación nos dice que se estableció tierra adentro, bastante lejos del Río de la Plata.

3) Según Schmidel, estuvo ubicada a distancia de cuatro millas del Río de la Plata, y a media, o a un cuarto de milla, el norte del Riachuelo.

4) De acuerdo al conjunto de noticias, que nos han dejado los cronistas, así los de la primera como los de la segunda hora, aquella Buenos Aires estuvo Riachuelo arriba, y dentro de lo que es el actual perímetro de la actual ciudad de Buenos Aires, en la parte sur de la misma, pero sobre la ribera izquierda o norte de dicho Riachuelo, en un punto cercano a lo que es ahora Puente Uruburu y Parque de Patricios. ♦

(18) Francisco de Villalta, en Lafone, Ulrich Schmidel, oc. p. 308.

(19) Francisco de Villalta, en Ulrich Schmidel, ed. Lafone, apéndice A, p. 308. El historiador Raúl A. Molina recuerda cómo Lope Vázquez Pestafia escribió que Pedro de Mendoza había establecido su Real, o primera Buenos Aires, en un terreno "muy bajo y sin árboles". Cf. *Primera crónica de Buenos Aires*, en *Historia*, n. 1, Buenos Aires 1955, p. 90.

(20) El tonelaje de la nao *Magdalena* era de 200 toneles y el del galeón *Santon*, que era la almirante, también de 200 y el de la carabela *Santa Catalina* era de 140, la *Trinidad* de 120, la *Anunciada* de 80, y el de un patache sería de 40 toneladas. Cf. Eduardo Madero, *Historia del Puerto de Buenos Aires*, Buenos Aires 1892, t. 1 y único, p. 96. Escribe Gandía: "En este brazo norte se refugiaron los navíos de Mendoza, especialmente los de más toneladas, como la *Santa Catalina* y otros. Los prácticos de entonces decantaron sus ventajas. Hernando de Montalvo escribía, en 1590, que "Buenos Aires tiene muy buen puerto, que es un riachuelo, y dentro de él tiene cuatro y cinco brazas de fondo. El canal para entrar en él tiene muchas veces doce palmos y otras catorce y veinte, con aguas vivas" o alta marea. Primera fundación... 141.

(21) Ruy Díaz de Guzmán escribió que la segunda Buenos Aires "está situada sobre el propio Río de la Plata, cuyo puerto es muy desabrido y corren muchos riesgos los navíos aurtos en él, donde dicen los pozos, por estar algo distantes de la tierra. Mas la Divina Providencia proveyó de un riachuelo, que tiene la ciudad por la parte de abajo (esto es, al sud) como una milla, tan acomodado y seguro que, metidos dentro de él los navíos, no siendo muy grandes, pueden estar sin amarrar, con tanta seguridad como si estuvieran en una caja".



Mariano Maza con su uniforme de coronel. Abajo: La plaza de Catamarca después del triunfo de las tropas federales en 1840. (Grabado de la época).

por
Fernando A.
de Baldrich

El nombre del coronel Mariano Maza es tabú en la historiografía argentina. La sentencia que condenó a muerte a Marco Avellaneda en Metán en el año 1841 y la campaña de Catamarca en el mismo año, constituyen la argumentación que se ha usado para presentarlo con rasgos llenos de exageración e injusticia o en todo caso, para medirlo con una vara muy distinta a los prohombres de su época. De origen distinguido, fue federal neto e inclaudicable rosista pese a la tragedia que envolvió a su tío, el Dr. Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes de Buenos Aires, y a su primo, el teniente coronel Ramón Maza, fusilado en relación con la conspiración de 1839. Refugiado después de Caseros en la República Oriental del Uruguay donde se había casado en segundas nupcias en el año 1848, durante el sitio de Montevideo, con María Dolores Oribe y Contucci, hija del presidente, general Manuel Oribe, terminó allí sus días. De ese matrimonio descienden distinguidos hombres públicos de ambas orillas del Plata, y entre ellos, el escritor Enrique Larreta, nieto por línea materna del coronel Maza.



MARIANO MAZA

EL "IMPLACABLE REPRESOR"



MARIANO MAZA

NACIMIENTO - GUERRA CON EL BRASIL - OTROS SERVICIOS - PRIMER CASAMIENTO

Había nacido en Buenos Aires, en 1809, hijo de don Mariano Joaquín de Maza, oficial del Cuerpo de Arribeños y encargado de la fortaleza de Buenos Aires, cuando el Virrey Sarmiento abandonó la ciudad, con motivo de la primera invasión inglesa y de doña Martina Pérez.

Inició su carrera militar en 1827 en la guerra con el Brasil, en el Regimiento 17 de Caballería, a órdenes del coronel Manuel Isidoro Suárez, el héroe de Junín. Al término del conflicto fue destinado al Regimiento Patricios de Caballería de Buenos Aires, donde alcanzó el grado de sargento mayor (equivalente al Mayor de hoy). Participó en la campaña de Córdoba contra el "supremo poder militar" del general Paz que terminó con el histórico y certero tiro de boleadoras. Intervino después en la Revolución de los Restauradores que culminó con la segunda elección de Rosas como gobernador de Buenos Aires. El 29 de febrero de 1832, había contraído matrimonio en la Parroquia de Nuestra Señora de la Merced en Buenos Aires con Dolores Díaz, natural de Montevideo e hija de D. Benito Díaz y de Da. Petrona Perea, casamiento en el que fue testigo su tío, el Dr. Manuel Vicente Maza.

SERVICIOS NAVALES - PRIMER JEFE DE LA INFANTERIA DE MARINA

En julio de 1834, Mariano Maza es destinado al Departamento de Marina donde se le asigna el Comando de la Brigada de Artillería de Mar que ejerció hasta 1838, en que asciende a teniente coronel de Caballería y recibe el mando de la Brigada de Infantería de Mar. Desempeñando el cargo lo sorprendió su ascenso al grado de coronel de Caballería, el 11 de diciembre de 1839, "año 30 de la

TODOS ES HISTORIA Nº 79

Libertad, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina", según consta en un despacho cuyo original se conserva en la estancia "Acelain" en Tandil, propiedad de sus descendientes Rodríguez Larreta Anchorena. Este comando naval no sería el último que desempeñaría el coronel Maza en esa fuerza a lo largo de sus años de servicio, en que reemplazó incluso interinamente, al almirante Brown, como Jefe de la Escuadra Argentina.

Llaman la atención estos destinos en la Armada que hacen suponer que el coronel Maza tal vez antes de su ingreso al Ejército, haya prestado servicios o recibido instrucción naval.

Fue en virtud del cargo desempeñado, el primer jefe de la Infantería de Marina Argentina, ya que desconocemos que antes haya existido ese cuerpo en forma orgánica en nuestro país.

VUELTA AL EJERCITO - CAMPANA CONTRA LAVALLE Y LA COALICION DEL NORTE

En la campaña del Ejército Federal contra la sublevación de Lavalle y la coalición del Norte, lo encontraron como jefe del Batallón "Libertad", al frente del cual y a órdenes del general Oribe, participa del triunfo de Quebracho Herrado sobre Lavalle, el 15 de noviembre de 1840, y a órdenes del general Pacheco en la victoria de Sancalá que aniquiló a la mejor división del ejército de Lavalle.

Posteriormente al frente de una división, será adelantado en dirección de la Rioja y Catamarca, que ocupará el 31 de marzo de 1841, luego de haber batido en la villa de Amadores, al gobernador provisorio D. Francisco Marcelino Augier, nombrando en su reemplazo al coronel Juan Eusebio Balboa.

Marchará después para ponerse junto con el coronel tucumano Celedonio Gutiérrez, a órdenes del coronel Hilario Lagos, con la misión de actuar sobre la frontera con Tucumán donde se encontraba el general Lamadrid.

El 19 de setiembre de 1841, participa en la batalla de Famaillá, última de Lavalle, donde ocupa el centro del dispositivo del Ejército Federal.

En el parte de la batalla dirá Oribe: "El bravo Coronel D. Mariano Maza, a la cabeza de su batallón, se arrojó sobre la infantería y artillería enemiga".



Dolores Oribe de Maza, hija del presidente oriental y esposa del coronel Maza.

JUICIO Y CONDENA DE MARCO AVELLANEDA

Se encontraba el Ejército Federal en Metán, adonde se había dirigido después de Famaillá, cuando le tocó al coronel Maza presidir el Consejo de Guerra que condenó a Marco Avellaneda a la última pena, luego de ser detenido y entregado traicioneramente por el capitán Gregorio Sandoval de la escolta de Lavalle, que así se pasaba al enemigo.

Mucho se ha atacado al coronel Maza, por la sentencia, considerando el hecho aisladamente y omitiendo casi siempre, la situación de excepción por la que atravesaba el país.

La Confederación Argentina acababa de tener una guerra con el Mariscal Santa Cruz (Bolivia) que tenía ambiciones expansionistas sobre el norte argentino, en la que éste había tenido el apoyo de los unitarios.

Lavalle actuaba en combinación y con el apoyo de Francia que en 1838, había tomado por la fuerza la isla de Martín García, luego de una heroica defensa realizada por la pequeña guarnición comandada por el bravo Gerónimo Costa entonces teniente coronel y posteriormente, bloqueaba a Buenos Aires.

La coalición de la Liga del Norte se pronunció en apoyo de Lavalle y contando también con el auspicio de Francia. ¿Es exa-

gerado suponer que todo esto debía ser considerado traición a la patria? Y si a ello agregamos la reacción producida por el asesinato del gobernador legal de Tucumán, general Alejandro Heredia, prestigioso guerrero de la independencia y Comandante en Jefe del Ejército Argentino contra el Mariscal Santa Cruz, hombre culto y generoso que creía en la fusión de los partidos. Si consideramos que Heredia había terminado asesinado por los mismos unitarios, a quienes protegía en contra de la opinión de Rosas que lo había advertido, puede inferirse que la suerte de Avellaneda, directamente vinculado al asesinato, estaba echada en el mismo momento de su detención.

Sin duda la circunstancia de que el condenado dejara un hijo que andando el tiempo llegaría a ser presidente de la Nación Argentina —Nicolás Avellaneda—, daría relevancia al hecho entre tantos ocurridos durante esa misma época por ambos bandos. Sólo como ejemplo recordemos que Lavalle ordenó en ese mismo año los fusilamientos sin juicio previo, del coronel guerrero de la Independencia y del Brasil Mariano Fortunato Boedo y de Manuel Pereda, del general Fernando Villafañe y de los coroneles Franco y Guerrero entre otros, vieja costumbre que le venía de los tiempos de Dorrego y que de paso, es un rotundo desmentido a ciertos

historiógrafos que sostienen su arrepentimiento del crimen de Navarro.

Que Lamadrid ordenó ese mismo año de 1841, el fusilamiento entre otros del coronel D. José Loreto Cabrera, ex oficial de Belgrano y de Güemes, glorioso mutilado de la batalla de Salta.

Que en Santiago del Estero había sido asesinado el coronel Francisco Ibarra, hermano del gobernador.

Vicente D. Sierra en el Tomo IX de su *Historia de la Argentina*, dice al respecto de Avellaneda "La ley de represalias de la época que el propio Avellaneda había proclamado, lo hizo una de sus víctimas". Y agrega "Marco Avellaneda fue idealizado posteriormente con el título de «mártir de Metán», llegándose hasta una deshumanización de su figura para convertirlo en un fogoso revolucionario que perece por la causa de la libertad". Veamos la verdad. El fusilamiento de Avellaneda reposó sobre los siguientes fundamentos legales:

1º) Connivencia venal con el enemigo invasor, en guerra exterior declarada legalmente;

2º) Instigación y coparticipación criminal en el asesinato de la más alta autoridad de la provincia;

3º) Exacciones y confiscaciones.

Es posible que en la pequeña perspectiva familiar provinciana se haya creído que había en él

una gran promesa para la patria. Visto desde una mayor distancia, no aparecen tales dotes. Se advierte que era un resentido, con desmedidas ambiciones políticas, lo que le hizo pensar en la incomprensión de sus compatriotas, sin derecho a ello, pues durante la administración del general Heredia, a quien aduló, ocupó altos cargos. Era ateo o presumía de tal. La muerte de un amigo le arrancó palabras como éstas: "El infierno me trague si Dios no es negro mozambique o federal..."

No fue leal. El 19 de noviembre de 1838 escribía a Mauro Carranza para que interpusiera su influencia ante Ibarra y le decía:

"En las presentes circunstancias él es el protector nato y la única esperanza de Tucumán". ¡Ibarra la única esperanza de Tucumán, según Avellaneda! Pero Ibarra no quería saber nada con él, y así se lo comunicó al propio gobernador Piedrabuena, lo que trastornó a Avellaneda, quien escribió a Pío Tedin: "Pero aquí no se ha trabajado sólo para extinguir el espíritu público: se ha trabajado también para que Ibarra nos domine. SOY EL UNICO QUE SE HA EMPEÑADO EN FRUSTRAR ESTAS CRIMINALES TENTATIVAS, sin haber recogido otro fruto que el atraerme la enemistad de Ibarra". Y agregaba: ¿No es Ibarra uno de esos hombres funestos?... ¿No es un



La batalla de Arroyo Grande, que salvó la integridad argentina.

cacique que ha hecho de su patria un pueblo salvaje, sin leyes y sin instituciones? ¿No es un hombre inmoral, sin fe, sin honor, sin patriotismo?

Alberdi le escribió que las únicas cabezas que había en Tucumán capaces de concebir una idea eran el Padre Pérez y Zavalia. Meses después, Zavalia fue acusado de traidor y trató de descargar sobre él las consecuencias de un robo en el que ninguno de los dos quedó limpio.

Avellaneda contaba con el dinero de los franceses, y así se lo dijo a Manuel Solá en una carta en que se lee:

"Esto es indudable primo. Por lo demás, si el gobierno de Bolivia o el Cónsul de Francia nos mandan alguna plata podremos salir de nuestras trampas..."

Finalmente, su complicidad fue notoria en el asesinato del general Heredia, a pesar de que, cuando este ilustre militar se hizo cargo del gobierno de la provincia, Avellaneda hizo su elogio en los siguientes términos:

"La flor de vuestros años se marchitó con el valor de las batallas y, llegado a una edad más provechosa, cuando debierais buscar el descanso en el seno de vuestros deudos y de vuestros amigos, os entregáis con nuevo ardor al servicio de esa patria que tan querida os fue siempre, y que tanto os debe. Así le consagráis vuestra vida toda entera; servís de ella, señor, para conquistaros otra popularidad más honrosa, y la única verdadera: la popularidad que da la historia".

El medio de que se había valido Avellaneda para conseguir recursos había sido el terror, llegando a firmar con Lamadrid un decreto donde se condenaba con la pena de muerte a quienes se negaran a recibir papel moneda emitido por un "Banco Hipotecario", creado por ellos al efecto y con la confiscación de sus bienes, a quienes cerrasen sus casas de comercio para no vender.

Avellaneda, alma y nervio de la coalición del Norte fue ejecutado el 3 de octubre de 1841.

Tiempos agitados aquellos de 1841 para el coronel Maza que debería partir nuevamente a Catamarca donde el gobernador federal Balboa había sido depuesto por José Cubas, uno de los jefes de la coalición del Norte, el mismo día en que Lavalle era derrotado en Famailá por Oribe y cinco días antes de que lo fuera Lamadrid en Rodeo del Medio por Pacheco.

Mientras marcha, Maza se enteró de la noticia de la muerte de Lavalle ocurrida en casa de Zenarruza¹ en Jujuy y al informar de ello a Rosas se advierte la euforia por el hecho que además aseguraba el fin de esa guerra. El enemigo más temido, Juan Lavalle, el héroe legendario de la independencia sudamericana pero extraviado de nuestras guerras civiles, había caído para siempre. Quedaba en Catamarca ese buen vecino que era don José Cubas y sus partidarios, comprometidos con la coalición y por lo tanto acusados de traición por su alianza con Francia y Maza debía, por segunda vez, marchar allí para sofocarla. "Habrá violín y habrá violón" anunció y lo hubo.

Ya en ocasión de la primera campaña de Catamarca, con fecha abril 23 de 1841, había escrito a Oribe: "Cuando recibí su muy apreciable y me enteré de la maldad y perfidia de los salvajes, mandé fusilar al salvaje Luis Monterola y tres más prisioneros de los del salvaje Córdoba y desde hoy en adelante no daré cuartel a ningún salvaje, éste es el premio que deben recibir".²

Maza al frente del Batallón "Libertad" intimó la rendición a Cubas que se había parapetado con seiscientos hombres y como éste la rechazara, tomó por asalto a la ciudad, en lo que se conoce como la batalla de Catamarca, el 29 de octubre de ese año 1841. Cubas capturado cinco días después, fue pasado por las armas al igual que muchos de sus compañeros.

Maza escribió frases apasionadas e irreparables respecto de su acción en la campaña que lógicamente se volvieron andando el tiempo contra él. Esos escritos sin embargo no son como los de Juan Cruz Varela y Salvador María del Carril, asesinos intelectuales de Dorrego ya que éstos al incitar a Lavalle, tomaban la precaución uno, de dejar sin firma su carta y el otro, de pedirle que la rompiera, lo cual demuestra que tenían conciencia de su instigación al crimen he-

cha con frialdad, premeditación y alejados del lugar del peligro.

Maza estaba en medio de la lucha, arriesgando su vida y si bien no lo justificamos, creemos en cambio que debe ser medido con la misma vara que se empleó para otros del "partido de la civilización" y sobre todo, sostenemos que no puede ser sacado de su época y de las circunstancias históricas que le tocó vivir. Coincidimos con Magariños de Mello cuando dice al respecto: "En realidad fue hombre de mano dura, que hizo sin vacilaciones la guerra a sangre y fuego que impusieron los unitarios".³

Maza que no era historiador como Mitre, ha sido juzgado tal vez más por lo que escribió que por lo que realmente hizo.

Mitre en ese sentido fue muy cuidadoso y no cometió esa imprudencia, pese a que su acción y responsabilidad en la masacre de Villamayor o a través de Arredondo, Sandes, Iseas, Venancio, Flores, Rivas y Paunero fue tan dura como la que realizó Maza en Catamarca y además reiterada. No nos extendemos en otros ejemplos para no salirnos del tema pero fueron, sin duda, muchos y reiterados los casos en el siglo pasado.

REGRESO A BUENOS AIRES

La Coalición del Norte había sido vencida y de Catamarca

El coronel Martiniano Chilavert, héroe de Ituzaingó, fusilado después de Caseros por orden de Urquiza.





El general Gerónimo Costa, héroe de Martín García en 1838. Fue fusilado en Villamayor en 1856 por orden de Mitre.

marchó a incorporarse al Ejército Federal que se encontraba en Tucumán, desde donde en marzo de 1842, continuó viaje a Buenos Aires pasando por Santa Fe que había sido ya recuperada para la causa federal.

En Buenos Aires, fue designado por Rosas en el mando interino de la escuadra por ausencia del almirante Brown, con el título de "Comandante en Jefe de las Fuerzas Marítimas en Operaciones sobre las de los salvajes unitarios de Montevideo".

En esa condición condujo una operación naval sobre Montevideo pero sin poder batir a los buques de Rivera que eludieron el combate a favor de la poca profundidad del río donde se estacionaron y se cubrieron detrás de buques de banderas de países neutrales.

Al término de estas operaciones entrega nuevamente el mando al almirante Brown, vencedor en "Costa Brava" de la escuadra comandada por Garibaldi, hecho de armas silenciado por ciertos historiadores liberales del almirante, a quien dan por muerto históricamente en la guerra con el Brasil, no obstante la importancia de sus servicios durante el gobierno de Rosas.

LA BATALLA DE ARROYO GRANDE

En octubre de 1842 vuelve a embarcar con destino a Entre Ríos a fin de reforzar el Ejército Federal y participará en la batalla de Arroyo Grande, el 6 de diciembre de ese año al frente del Batallón Libertad.

La batalla de Arroyo Grande constituye un hecho de trascendental importancia en la vida de nuestra patria y sólo es explicable su desconocimiento u olvido por el sectarismo que ha caracterizado a la historiografía oficial de la Argentina.

En Arroyo Grande se jugó la integridad del territorio nacional y una derrota, hubiera significado la pérdida de Entre Ríos y Corrientes pues el designio de Rivera y de algunos argentinos era de que el río Paraná fuera el límite internacional, anexando la mesopotamia argentina al Estado Oriental. Los directoriales de Buenos Aires, origen del partido unitario habían hecho este ofrecimiento a Artigas hacia más de veinte años y el caudillo federal lo había rechazado consecuente con su ideal de la patria grande. Así los unitarios por su parte, también eran consecuentes con sus propios antecedentes.

El Ejército Federal fue comandado por Oribe que estuvo secundado por los generales Angel Pacheco y Justo José de Urquiza y los coroneles José María Flores, Nicolás Granada, Pedro Ramos, Cayetano Laprida, Manuel Urdinarrain, Mariano Maza, Gerónimo Costa y Ramón Bustos entre otros.

En el parte de la victoria dice Oribe que los batallones del centro del dispositivo federal al mando de sus jefes "teniente coronel D. Gerónimo Costa y coronel graduado D. Mariano Maza, marchaban de frente con un paso imperturbable, conservando su alineación y arrastrando los fuegos de la otra batería y de los otros dos fuertes batallones enemigos de la izquierda; pero nuestros bravos los aterraron al fin con sus fuegos bien dirigidos y los obligaron a dar la espalda, abandonando todo su material".

Maza como hemos dicho, comandaba el Batallón Libertad y Costa el Batallón Independencia.

Fructuoso Rivera que había arrebatado el mando al general Paz por celos y porque éste se oponía a su sueño anexionista, todo lo perdió en la batalla y hasta su chaqueta, su sable y sus pistolas.

Oribe antes de cruzar el río Uruguay destinó al general Ur-

quiza sobre el correntino Pedro Ferré, aliado de Rivera que emigró al Paraguay.

LA GUERRA GRANDE

En Montevideo, viendo venir-se al vencedor de Arroyo Grande y presidente legal del Estado Oriental, el gobierno delegado por Rivera y aliado de los emigrados unitarios argentinos, designó como jefe de la defensa al general Paz.

El 16 de febrero de 1843, Oribe se instalaba en el Cerrito de la Victoria anunciándolo con 21 cañonazos que fueron contestados por el almirante Brown al frente de la escuadrilla mientras izaba la bandera oriental en la nave capitana, hechos con los que formalmente se inicia el sitio de Montevideo por tierra y por agua.

Más de nueve años llenos de vicisitudes y alternativas, duraría la lucha entre sitiadores y sitiados, apoyados éstos últimos por la intervención de Inglaterra y Francia, más disimulada al principio y después abierta y formal del Brasil.

Entre los sitiadores a orden del presidente general Oribe dueño de casi todo el Estado Oriental menos de su capital, se encontraba el "Ejército Argentino de Vanguardia" y formando parte de él, el coronel Mariano Maza al frente del Batallón Libertad.

Como bien dice Mateo J. Magariños de Mello en su obra "El gobierno del Cerrito", nos encontramos en presencia "de dos guerras civiles paralelas y combinadas. La unitario-federal en la Confederación (Argentina) y la blanco-colorada en la República (Uruguay). En ambas el mismo origen y el mismo sentido. En la primera, el bando federal, gobernante legítimo, asilando y protegiendo al bando blanco, expulsado del poder en la segunda por la intervención extranjera. En la segunda, el bando colorado, dueño del poder por el apoyo foráneo, protegiendo y asilando al bando unitario desterrado de la Confederación".

Este es uno de los tantos hechos que marcan la auténtica fraternidad en la vida y en la historia de argentinos y orientales.

1 Por error se dice Zenavilla, repitiendo al Gral. Oribe que tal vez influido por la existencia de ese apellido en el Uruguay así lo consignó equivocadamente en lugar de Zenarruza, familia tradicional de Jujuy.

2 Citado por Magariños de Mello en "El gobierno del Cerrito", Tomo II, pág. 1030-31.

3 Misma obra. Tomo II, pág. 1030.

LOS HIJOS DE RIVADAVIA

El Batallón "Libertad", llamado muchas veces con el nombre de su jefe, conforme a una vieja tradición militar, era la unidad argentina más importante y numerosa del arma de infantería que participaba del sitio de Montevideo. Acantonó en Chopitea durante toda la guerra y estaba constituido por una Plana Mayor, seis compañías de infantería, una compañía de cazadores (tropa montada) y una compañía de artillería.

En enero de 1844, revistaban 48 oficiales y 1.089 hombres entre clases y tropa efectiva que en 1851 se mantenía con pocas variantes: 42 oficiales y 906 clases y tropa lo que da una idea de su importancia en la época.

Al principio del sitio y como segundo jefe figuraba el entonces sargento mayor D. José Celedonio Elordi, pariente de Maza y marino veterano de la guerra contra el Brasil y que después fue jefe de la escuadrilla naval argentina en el Uruguay. Pero lo notable del caso, es la presencia en el batallón del ayudante D. Bernardino Rivadavia, y años más tarde del teniente 2º D. Martín Rivadavia, ambos hijos de don Bernardino que como su otro hijo el sargento mayor D. Joaquín Rivadavia en otros destinos, sirvieron al gobierno de Rosas.

Al frente del Batallón "Libertad", Mariano Maza participó de todos los hechos de armas que se produjeron durante el sitio, entre el que tiene relevancia el Combate de las Tres Cruces donde a órdenes del general Ángel Pacheco, rechazaron ventajosamente la salida general de los sitiados a órdenes del general Paz, el 24 de abril de 1844.

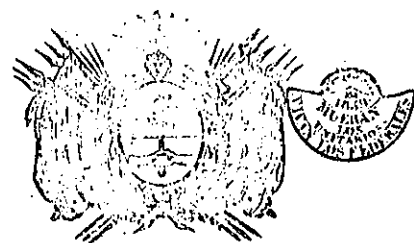
En otras ocasiones obtuvo también triunfos que acrecentaron el prestigio personal que disfrutaba.

Dice Magariños de Mello que "por su posición social y su prestigio, Maza representó en el Cerrito el papel de un Encargado de Negocios Argentino ad honorem".

El 3 de junio de 1848, el co-

TODO ES HISTORIA Nº 79

¡VIVA LA FEDERACION!



EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES—

ATENDIENDO a los meritos y servicios del Sr. Coronel Comandante de la Brigada de Infantería de Mar D. Mariano Maza
ha resuelto en confidencia el Grado de Coronel de Caballería de Suiza

concediéndole las gracias, excepciones y privilegios que por este título le corresponden—

POR TANTO manda y ordena, se haga, tenga y reconozca por tal Coronel graduado de Caballería de Suiza por lo que se le expide el presente despacho, del que se tomará razón en la Contaduría General de la Provincia—

Dado en la ciudad de Buenos Aires, a diez días del Mes de Diciembre de mil ochocientos treinta y tres, Año 3º de la Libertad, 2º de la Independencia, y 1º de la Confederación Argentina—

Juan M. de Rosas

Por orden del Sr. Dip. Genl.
El Jefe de Negocios Cor. de Guerra

En Ejecución confiere el Grado de Coronel de Caballería de Suiza, al Sr. Coronel de la misma arma, Comandante de la Brigada de Infantería de Mar D. Mariano Maza.

Despacho firmado por Rosas ascendiendo a coronel de Caballería a Mariano Maza, a la sazón comandante de la Infantería de Mar.

ronel Mariano Maza, que era viudo, contrajo matrimonio con Dolores Oribe, hija del presidente oriental, el que se celebró en la Restauración y fijaron su domicilio como no podía ser de otra manera, en el Cuartel General del Cerrito.

El Encargado de Negocios de España en Montevideo, D. Carlos Creus, que lo visitó en 1849, relata que: "Se había ya prolongado mi visita unos tres cuartos de hora, cuando el General Oribe me condujo a otra ranchería inmediata para presentarme a su señora y a su hija mayor casada con el Coronel Argentino don Mariano Maza. Tan-

to este caballero y su esposa como su madre, señora del General Oribe, nos recibieron del modo más atento; y debido sin duda, a la asistencia de esas dos damas la conversación fue tomando un tono ligero, festivo y cordial, perdiendo la circunspección o reserva que hasta entonces la había caracterizado. Conocía que la acogida terminaba, y al retirarme el Coronel Maza y las dos señoras me hicieron todos aquellos ofrecimientos de costumbre que las personas de buena educación saben sazonar con ciertas palabras especiales cuando quieren marcar su aprecio".⁴

CAPITULACION DE ORIBE ANTE URQUIZA

Escapa al propósito de este trabajo analizar las causas políticas y militares de la caída de Rosas, tema sobre el que han dejado trabajos tan llenos de mérito historiadores de la talla de Saldías, José María Rosa, Julio Irazusta y Vicente Sierra. Desde el punto estrictamente militar, no obstante su manifestación parcialidad, el mérito del libro del general Sarobe sobre Urquiza es innegable.

Sólo diremos nosotros que el fracaso militar reconoce en la inmovilidad a que sometieron Rosas y Oribe al "Ejército Unido de Vanguardia" de argentinos y orientales que sitiaban a Montevideo, su primera y causa más importante.

El ataque inmediato que con ese ejército veterano y valiente y con otras fuerzas concurrentes debió haberse llevado contra Urquiza no bien conocido su pronunciamiento, no se realizó. Ciertamente es que Urquiza sería protegido por la escuadra del Brasil, superior a la Argentina en buques y armamentos, pero también es cierto que nunca ningún ejército ha conseguido la victoria dejando la iniciativa al enemigo y esto último fue lo que se hizo hasta el hartazgo y así llegó Caseros. Además en el momento del pronunciamiento, el ejército brasileño aliado de Urquiza recién estaba concentrándose en la frontera de Río Grande a más de 500 kms. en un periodo lluvioso y con malos caminos.

Cuando después de varios meses de seguir aferrados al estéril sitio y ya objetivo militar se-

cundario, Rosas quiso recuperar al Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina que operaba en el estado oriental o lanzarlo sobre territorio brasileño con misión ofensiva, ya fue tarde.

Sin duda tampoco era Oribe por entonces, el mismo de la gesta de los 33 Orientales, de Ituzaingó o el más reciente de Quebracho Herrado o Arroyo Grande. Estaba postrado por largos periodos, ya afectado gravemente por la enfermedad que lo llevaría a la muerte en 1857.

Su inactividad que aparece con caracteres increíbles había favorecido el entendimiento de Urquiza con algunos de sus jefes más importantes que defecionaron cansados en general de la larga guerra que se libraba en su suelo.

El general Servando Gómez que desde Paysandú debía oponerse a Urquiza, resentido por cuestiones personales con Oribe, defecionó y franqueó el paso hacia Montevideo.

Los demás comandantes de Oribe se replegaron y de nada sirvió el brillante éxito que obtuvo el Comandante General de Cerro Largo, coronel D. Dionisio Coronel, el 11 de setiembre de 1851 contra la división brasileña que tenía a su frente y que era la vanguardia del Barón de Yacuhy.

El Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina quedaba en situación crítica sin posibilidad de replegarse sobre Buenos Aires y fue en esas circunstancias que el Cnel. Martiniano Chilavert concibió la idea de llevar la guerra al estado brasileño de Río Grande que propuso a Rosas en un memorial con fecha 11 de setiembre⁴ y que éste aprobó, orden que debía transmitir su edecán el coronel Ramos y a lo cual Oribe se interpuso, tal vez para no perturbar sus negociaciones de paz convencido que no quedaba otro remedio e impidiendo así, que los jefes argentinos en el Estado Oriental la conocieran.

Los objetivos comunes de argentinos federales y orientales blancos que operaban en el Estado Oriental, habían dejado de ser los mismos. Para éstos lo era en ese momento la paz por separado que se les ofrecía abandonando al aliado de la víspera. Para los argentinos en cambio, el objetivo era la defensa de la patria contra un general

Coronel Pedro Ramos, antiguo granadero de San Martín y edecán de Rosas.



⁴ Citado en la obra de Elisa Silva Cazet "Manuel Oribe".

⁵ Reproducción por José María Rosa en "La Caída de Rosas", pág. 553 y 554.

sublevado y unido al Brasil y a los orientales colorados.

Los hechos posteriores demostrarían a esos blancos orientales que la paz y la reconciliación sólo fue un sueño de verano y que eliminado Rosas, el Brasil impondría por la fuerza a sus aliados colorados.

Urquiza también los abandonaría cediendo a la acción de la política mitrista y fue Francisco Solano López quien debió cubrir el vacío dejado por Rosas y lo hizo hasta las últimas consecuencias frente a la política dirigida por el Brasil. Los blancos orientales pagaron caro su error de 1851 y sólo pudieron volver al gobierno un siglo más tarde.

La paz engañosa y por separado de Rosas que convinieron los blancos, no fue lo que la consecuencia de Rosas hacia ellos merecía.

Rosas pudo haber hecho la paz por separado que Rivera intentó muchos años antes, pero la lealtad hacia su aliado, presidente legal del Estado Oriental fue inmovible y no titubeó ante ventajas, conveniencias o intrigas, respetando siempre los derechos de la soberanía uruguaya que tenía hasta entonces precisamente en el general Manuel Oribe, al primero de sus defensores.

TRAGEDIA DEL EJERCITO ARGENTINO EN EL ESTADO ORIENTAL - LA DIVISION AQUINO

Pactada el 7 de octubre la paz por separado de Rosas, Oribe que había tenido la intención de volver desde el Puerto del Buceo a Buenos Aires con el ejército argentino, ante la imposibilidad de verificarlo por la oposición de la escuadra brasileña en el Río de la Plata, debió ceder y lo dejó librado a su suerte lo que equivalía a entregarlo a Urquiza.

El 8 de octubre de 1851, la paz fue consagrada y las tropas orientales de Oribe reconocían al general Eugenio Garzón que acompañaba a Urquiza, como su nuevo comandante.

TODO ES HISTORIA Nº 79

Mientras, la división argentina abandonada a su suerte como en una ratonera, cortada la posibilidad de retirada hacia Buenos Aires por barco y ante la inminencia de ser incorporada al ejército de Urquiza se debatía en la más cruel y furiosa desesperación y se dirigió al Puerto del Buceo.

Un grupo de alrededor de 50 jefes y oficiales encabezado por los coroneles Pedro Ramos, Mariano Maza, Gerónimo Costa, José María Flores, Juan Isidro Quesada, Nicolás Granada, Manuel del Carmen García y Ramón Bustos, consiguió refugiarse en la corbeta británica "Tweed" comandada por Francis Russell, pidiendo ser transportados a Buenos Aires.

Los oficiales subalternos y tropa en las playas ante la imposibilidad de embarcarse, desesperados y furiosos rompían sus armas contra las rocas y las tiraban al río. Esta tragedia culminaría cuando parte de la división de caballería argentina puesta por la fuerza a órdenes del coronel Pedro León Aquino del ejército de Urquiza, ya en suelo patrio, se sublevó el 11 de enero de 1852 en "El Espinillo", provincia de Santa Fe y asesinó a su comandante y jefes principales y se presentó a Rosas en Buenos Aires. Esta lealtad de esos modestos y bravos soldados a su patria y al gobierno que defendían desde hacía veinte años, la pagarían con sus vidas después de Caseros. Urquiza ordenó la cacería humana de la llamada división Aquino que fue aniquilada y colgados sus hombres después de asesinados en los árboles de Palermo, como lo refiere el propio comandante de la división oriental que actuó en Caseros, general César Díaz.

Sarmiento escribiría al referirse a la división argentina incorporada por la fuerza al ejército de Urquiza, entre muchas observaciones acertadas, aquella de que sus soldados "tenían por él, por Rosas, una afección profunda, una veneración que disimulaban apenas".

CASEROS - EXILIO DE MAZA

Rosas recibió a los jefes argentinos que pudieron eludir la capitulación con entusiasmo menos a su edecán el coronel Ramos, con quien aunque confiaba en su lealtad, estaba disgustado por no haber transmitido sus órdenes de nombrar comandante entre los jefes argentinos para conducir al ejército en operaciones sobre el imperio del Brasil o sustraerlo de la rendición de Oribe.

Maza se hizo cargo del comando de uno de los cuerpos veteranos de infantería en Palermo y marchó el 25 de enero de 1852 a Santos Lugares.

Participó en la noche del 2 de febrero, víspera de la batalla, en la junta de guerra convocada por Rosas junto al general Agustín de Pinedo y a los coroneles Hilario Lagos, Martiniano Chilavert, Pedro José Díaz, Gerónimo Costa, Julián Ciriaco Sosa, Ramón Bustos, Juan José Hernández y José María Cortina.

Durante la batalla ocupó con su cuerpo de infantería las proximidades del palomar de Caseros frente a la división brasileña, hasta que todo se desmoronó.

EXILIO EN EL URUGUAY - NUEVAS LUCHAS - SU MUERTE

Después de Caseros, Maza volvió al Estado Oriental donde se reunió con su mujer e hijos y se acogió a la amnistía del 8 de octubre de 1851, que sellaba el fin de la Guerra Grande.

Con fecha 3 de abril de 1852, fue borrado de las listas de revista del ejército argentino.

En el Uruguay actuó en apoyo del partido blanco y fue reconocido en el ejército por el presidente Berro el 16 de julio de 1863. Posteriormente actuó en defensa del gobierno de Aguirre como comandante de la quinta brigada que componía la división San José, el Batallón de Guardias Nacionales y el Batallón de Policía del Ejército de Montevideo. Lo tardío de su designación y la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos, casi no le permitieron actuar contra el general Venancio Flores que apoyado por el Brasil y por Mitre entró vencedor en la capital el 21 de febrero. A fines de 1865, Venancio Flores a la sazón dictador con título de Gobernador Provisorio, enemistado con los colorados conservadores y buscando la reconciliación con los blancos, ofreció a Maza, con quien había militado en el mismo cuerpo cuando Rivera invadió las Misiones, el cargo de ministro de Guerra que éste no aceptó.⁷

En 1870 apoyó la revolución del partido blanco encabezada por el coronel Timoteo Aparicio siendo jefe de la artillería en la batalla del Sance, el 25 de diciembre de 1870. Fue incluido en las cláusulas del convenio de paz de 1872.

Algunos autores han tomado como verdaderas y reproducido, ciertas referencias biográficas

tomadas por el capitán de fragata Jacinto R. Yaben, que son erróneas y en las que él reconoce haber incurrido.⁸

Dice Yaben en su extraordinario trabajo "Biografías Argentinas y Sudamericanas" que el coronel Maza fue edecán del presidente oriental coronel don Lorenzo Latorre y que en el desempeño de ese cargo había recibido la comisión de ser el portador de un retrato de Marco Avellaneda que el presidente Latorre enviaba a su colega argentino Dr. Nicolás Avellaneda. Que como Maza se había excusado, Latorre había reiterado la orden lo que había conmovido al coronel y que al día siguiente se supo que había fallecido víctima de un ataque de apoplejía fulminante.

Ni Maza fue edecán del presidente Latorre ni existió tal misión.

La habilidad unitaria ha sido muy fértil para inventar anécdotas ajenas a la verdad que algunos autores desprevenidos y de buena fe suelen tomar como ciertas.

El presidente Latorre, por el contrario, distinguió siempre al coronel Maza, no obstante haber militado en bandos opuestos, como lo demuestra la circunstancia de haberlo incluido por decreto de junio de 1876, en la lista de los guerreros de la Independencia, máximo galardón a que podía aspirar un militar en la República Oriental del Uruguay.

Murió a los 70 años el 22 de junio de 1879, existiendo algunos daguerrotipos de esos últimos años, donde aún resalta la enérgica mirada de sus ojos azules y su tipo apuesto y distinguido, que ha sido una de las características físicas de muchos de sus descendientes. ♦

6 El 2 de octubre, embarcaron rumbo a Buenos Aires en el vapor francés "Flammarion", doña Agustina Contucci de Oribe mujer del Gral. Oribe y doña Dolores Oribe de Maza con sus pequeños hijos y junto a ellas la esposa del Cnel. Francisco de Lasala, Jefe del Estado Mayor.

7 Archivo General de la Nación - Montevideo - Archivo de Bernardo P. Berro.

8 El señor Cap. Yaben, con la honradez y hombría de bien que lo caracteriza, ha manifestado al autor de este trabajo haber salvado el error apuntado para una futura edición corregida y aumentada a alrededor de 20.000 biografías sudamericanas, que ojalá algún día puedan conocer la luz y que serán el trabajo más completo en su género publicado en Hispanoamérica.

Piccirilli, Romay y Gianello en el "Diccionario Histórico Argentino", han incurrido en el error de repetir la que fue edecán de Latorre.



Coronel Dionisio Coronel, comandante general de Cerro Largo, vencedor de una división brasileña del barón de Yacuhy.

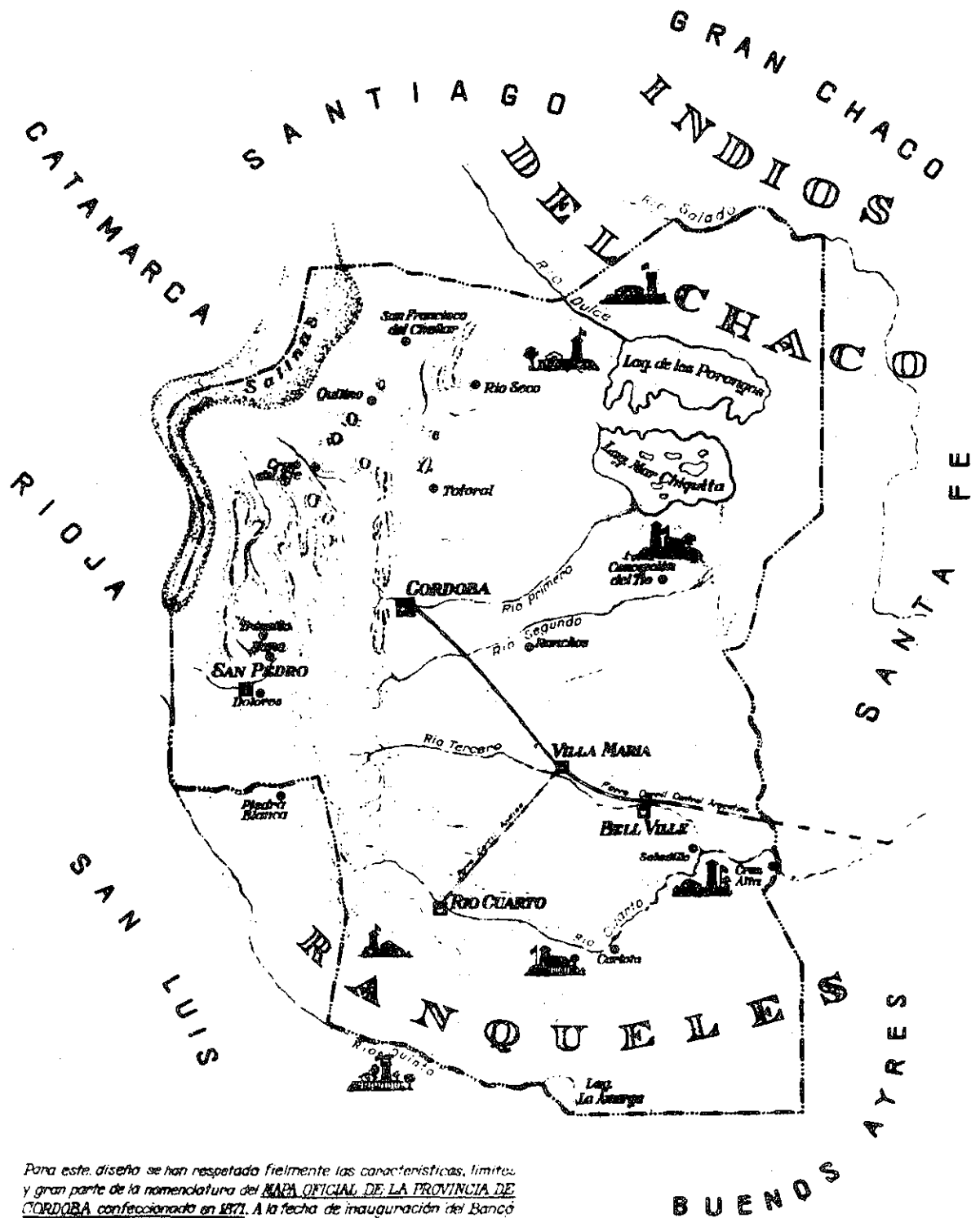


Mariano Maza en 1871 (original en poder de su biznieta, doña Josefina Larreta Anchorena de Zuberbühler).

BIBLIOGRAFIA

- 1) Arnold Prudencio: "Un soldado argentino", EUDEBA 1970.
- 2) Fernández Saldaña José M.: "Diccionario uruguayo de biografías (1810-1940)".
- 3) Irazusta Julio: "Vida política de Juan Manuel de Rosas".
- 4) Magariños de Mello Mateo J.: "El gobierno del Cerrito".
- 5) Olmos Ramón Rosa Pbro.: "Historia de Catamarca".
- 6) Pivel Devoto Juan E. y Alcira R. de: "Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)".
- 7) Rosa José María: "La caída de Rosas".
- 8) Saldías Adolfo: "Historia de la Confederación Argentina".
- 9) Sarobe José María: "Urquiza".
- 10) Sierra Vicente D.: "Historia de la Argentina", Tomo IX.
- 11) Silva Cazet Elisa: "Manuel Oribe".
- 12) Yaben Jacinto R.: "Biografías argentinas y sudamericanas".

Primeras Sucursales del BANCO PROVINCIAL DE CORDOBA



Para este diseño se han respetado fielmente las características, límites y gran parte de la nomenclatura del MAPA OFICIAL DE LA PROVINCIA DE CORDOBA confeccionado en 1871. A la fecha de inauguración del Banco Provincial (septiembre de 1873) existía la línea férrea de Córdoba a Rosario, y estaba próxima a terminarse la del Andino, de Villa María a Río Cuarto. Las regiones del Noroeste y del Sur estaban aún en poder de los indios.

Dibujado por José Alberdi, 1917
por el Sr. ...



UN BANCO CORDOBES ENTRE EL FERROCARRIL Y LOS INDIOS

por Alfredo Terzaga

Mapa oficial de Córdoba de 1871, con los ferrocarriles Rosario-Córdoba y Andino, y con indicación de las primeras sucursales creadas por el Banco Provincial. La frontera del sur, llegaba sólo hasta el río Quinto, pues no se había efectuado aún el gran avance de las campañas de 1878 y 1879. Lo mismo ocurría en la frontera del noreste, donde aún quedaban algunos fortines.

“¿Si el negocio es tan bueno, por qué no lo hacen otros?”. Esta pregunta entre insólita y candorosa era lanzada por uno de los senadores de la oposición, en la Legislatura cordobesa, cuando se trataba la iniciativa de crear un banco con participación oficial, en las sesiones de mayo de 1872. La argumentación del tenaz oponente —el senador don Luis Warcalde— no se fundaba, como vemos, en razones muy sólidas, sino en una ocurrencia ocasional y bastante pedestre. Lejos estaba dicho senador de suponer que ese banco, de parto tan difícil, llegaría a alcanzar una existencia centenaria, y que esa sola entidad absorbería más del cincuenta por ciento de todos los depósitos y préstamos otorgados por la totalidad de las instituciones bancarias que funcionan en dicha provincia. Tampoco sospecharía el senador que el “negocio” sería efectivamente tan bueno como para arrojar, en el último ejercicio completo (1972), una utilidad líquida de más de dos mil trescientos sesenta y cinco millones de pesos viejos.

UN BANCO CORDOBES

A un siglo de distancia, cuesta creer que el establecimiento de una entidad de crédito, destinada a ser enérgica propulsora del desarrollo económico provincial, suscitara en Córdoba tanta polémica como la que ocasionó el proyecto oficial para crear lo que actualmente se denomina Banco de la Provincia de Córdoba. Pero algunos rasgos económicos de esa época —típica época de transición—, y la excepcional preeminencia de los comerciantes en una provincia como Córdoba, contribuyen a explicar esa resistencia, así como el supuesto ideológico de que si alguien debía hacer un buen negocio, debieran ser los particulares y no el Estado. Las raíces de tal actitud deben buscarse, por cierto, en una época anterior, donde el papel de la intermediación comercial buscaba imponer su política sobre los intereses de la producción inmediata, en este caso la ganadería. Tal disputa de intereses se hizo muy nítida a partir de Pavón, cuando los más conspicuos representantes del sector comercial se convirtieron en aliados constantes de Buenos Aires. Sin embargo, pocos años antes, el conflicto se había diseñado claramente, en oportunidad de discutirse en el Congreso de la Confederación el proyecto de los famosos **Derechos Diferenciales**, que tan poderosamente contribuirían al progreso de Rosario.

MUCHO COMERCIO Y POCO CIRCULANTE

La importancia comercial casi de excepción que tenía la provincia de Córdoba podía apreciarse con algunos datos muy expresivos, no ya de la época que comentamos, sino aún de la mitad del siglo, poco antes de Caseros, Tucumán, Salta y Santiago del Estero, por ejemplo, fletaban carretas en gran número, que entraban a Buenos Aires con cargas diversas provenientes de cada una de esas provincias nortenas. Sin embargo, y según dato consignado por Dorfman en la primera edición de su *Historia de la Industria Argentina*, por cada mil carretas que entraban anualmente a Buenos Aires de esas tres provincias juntas, entraban también dos mil quinientas carretas provenientes nada más de Córdoba, con una variada carga de cueros vacunos, lana, trigo y hasta harina, tafiletes, botas, tejidos, tabaco, minerales y otros productos.

La intensidad de semejante tráfico comercial puede ponderarse mejor si se recuerda que la población total de la provincia no llegaba entonces a noventa mil habitantes, y que la extensión territorial era considerablemente menor que la que Córdoba adquiriría a partir de 1880 con la incorporación efectiva de las tierras ganadas al indígena. Pero el mercado bonaerense, que absorbía toda esa producción, era generalmente quien también proveía o anticipaba los capitales con que los comerciantes cordobeses pagaban en su medio esa producción, fletaban las tropas de carretas y a su vez adquirían en la ciudad del Puerto mercaderías de importación.

Paralelamente a la vitalidad de ese comercio ininterrumpido entre Córdoba y Buenos Aires, las transacciones comerciales en el mercado interno cordobés se veían entorpecidas por la escasez del circulante y por el descrédito de una moneda metálica de pequeños valores o de baja ley, como ocurría con los cuartillos y los medios reales acuñados en la provincia, que corrían en competencia con las monedas de otras provincias y de Chile y Bolivia. Ese problema, que se iría agravando con los años, era la pesada herencia de la desarticulación de la antigua unidad virreinal, aumentada para el caso con los males propios de una versión insular del federalismo, versión que las provincias no habían seguramente deseado ni buscado, pero a la que estaban forzadas ante la disyuntiva de bastarse si mismas, tal como ocurriera, por iguales motivos, con las aduanas interiores.

Dada la solidez del vínculo existente entre los más fuertes comerciantes del Interior —particularmente los de Córdoba y Tucumán— y el mercado de Buenos Aires, es fácil explicar la oposición que encontraría la **Ley de Derechos Diferenciales a la Importación** (1856), ampliada posteriormente también para la **Exportación** (1858), que implicaba la ruptura del lazo comercial entre el Puerto y el Interior, y establecía de hecho una guerra aduanera con el Estado separado de Buenos Aires en favor de Rosario, puerto de la Confederación. Alberdi, desde Europa, sostenía en una carta a Gutiérrez que “los derechos diferenciales como principio son condenables por la Sana economía; pero como excepción pueden ser santificados por la política económica, en ciertas circunstancias. Son como la guerra, condenable en sí, pero necesaria en ciertos casos” (1).

Cuando los derechos diferenciales fueron ampliados en 1858 para la exportación, la oposición política y comercial subió de tono, y se manejaron argumentos que ponen nitidamente de relieve la naturaleza del problema y la índole de los intereses del sector comercial.

Justiniano Posse, diputado cordobés en el Congreso de la Confederación, y ya por entonces figura de primer plano en el grupo liberal de la provincia, sostuvo lo siguiente: “En Córdoba, por ejemplo, hay 40 ó 50 acopiadores de frutos que con un capital de 10, 20 ó 30 mil pesos, ponen en juego 100 ó 150 mil al año. Este exceso de capital es facilitado por individuos de Buenos Aires o Montevideo, que reciben no sólo un interés, sino también una comisión por la venta de los frutos que remiten” (2). Como se advierte por la exposición de Posse, era suculenta la ganancia por parte de quienes anticipaban el capital comercial y, dicho sea de paso, era también grande el número de 40 ó 50 acopiadores cordobeses para una sociedad de población tan reducida...

Coincidiendo con la oposición de Justiniano Posse en el Congreso del Paraná, un nutrido grupo de comerciantes de Córdoba dirigió un petitorio al presidente Urquiza solicitándole que intercediera para que la ley no pasara en el Congreso. Sostenían, entre otras razones, que sería el capitalista quien impondría el precio de los productos; que la tasa de interés subiría en proporción a la escasez de dinero, y que se disminuiría la riqueza pública por el sofocamiento de la libertad comercial. El documento, publicado por la distinguida historiadora Beatriz Bosch, lleva numerosas firmas. Resulta de interés destacar que todas o casi todas corresponden a personajes que luego se destacarían políticamente en los dos



Vista interior de uno de los pabellones de la Exposición Nacional de Industrias inaugurada por Sarmiento en Córdoba en 1871.

sectores en que después de Pávon se dividió el llamado Partido Liberal de Córdoba: Félix de la Peña, Nicolás Peñaloza, Aureliano Cuenca y Cía. Seferino Ferreyra y Cía., Dionisio Centeno, Vicente Ocampo, Laureano Deheza, Nilamón de la Lastra, Martín Ferreyra, Gregorio Román, José Alejo Román, Julio Fraguero, Benigno Acosta, Justino Urtubey, Eloy Novillo, Bouquet y Cía., etc.

El memorial elevado a Urquiza mencionaba también, como argumento tangencial, la identificación entre capital comercial y capital circulante. Quizá más allá de la intención de sus autores, este argumento apuntaba a una realidad muy concreta, pues la circulación, no satisfecha de ningún modo con las monedas oficiales, era suplida, por mano de los comerciantes, con aquella función que sólo los bancos pueden cumplir con un mínimo sentido social: la función del crédito. El crédito estaba en manos de particulares, a plazos muy cortos y a intereses muy altos.

UNA EMPRESA FALLIDA

Por la misma época en que comenzaba la discusión sobre la ampliación de los Derechos Diferenciales, asumía la gobernación de Córdoba un eminente pensador y tímido político: don Mariano Fraguero. Sus proyectos en materia de Economía Política y reforma social, inspirados en la más severa ortodoxia del sansimonismo (3), no dejaron el menor rastro en su acción de hombre público. Fue de una extraordinaria osadía en sus libros escritos en Chile (*Organización del Crédito y Cuestiones Argentinas*). Una excesiva prudencia, en cambio, guió sus pasos como Ministro de Hacienda de la Confederación Argentina, oportunidad en que creó el primer Banco Nacional, emitió un papel moneda que nadie aceptaba y reglamentó —sobre un leve trasfondo de sus ideas chilenas— el Crédito Público y las funciones bancarias y de Tesorería de la Confederación. En 1858 ocupaba una banca de Senador en el Con-

greso del Paraná, que renunció para hacerse cargo de la Gobernación de Córdoba, obtenida en elección hartamente discutida, donde Fraguero, gracias al apoyo de los diversos grupos liberales, logró derrotar al candidato del partido federal, Santiago Derqui, por entonces Ministro del Interior.

Las ideas sansimonianas de Fraguero, de aplicarse en un medio tan pequeño y localizado como, Córdoba hubieran quedado convertidas realmente en un verdadero "socialismo utópico". Pues ¿cómo imponer la filosofía de una sociedad de productores —que tal es el sansimonismo— una sociedad donde gravitaban con fuerza excepcional los intermediarios comerciales?

No resulta casual, sin embargo, que la iniciativa de crear en Córdoba la primera institución oficial de crédito, partiera precisamente del gobierno de Fraguero, a quien los problemas de este tipo habían preocupado siempre y que además tenía de ellos una experiencia directa, por haber pertenecido al Banco de Buenos Aires y luego al llamado Banco Nacional. La creación cordobesa fue modesta por la falta de un capital adecuado, pero llenó una necesidad y pudo alcanzar, si bien lánguidamente, más larga vida que el Banco Nacional de la Confederación, creado por el mismo Fraguero durante su Ministerio en el Paraná. Así fue como nació, por ley del 20 de octubre de 1858, la *Administración de Depósitos y Consignaciones Judiciales*, llamada popularmente *Caja de Depósitos*.

Esta Caja tenía a su cargo la custodia y administración de los siguientes fondos: el numerario y documentos reembolsables del Hospital de Be-

(1) BOSCH, Beatriz: *Centenario de la Ley de Derechos Diferenciales*, en Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas, Año 2, N° 2, Rosario, 1957 (Universidad Nacional del Litoral).

(2) BOSCH, Beatriz: *La Ley de Derechos Diferenciales a la Exportación*, en el mismo Anuario, año 5, N° 5, Rosario, 1961.

(3) Ver TERZAGA, Alfredo: *Mariano Fraguero, un socialista en tiempos de la Confederación*, en *TODO ES HISTORIA*, N° 53, julio 1972.

UN BANCO CORDOBES

lén; los depósitos consignados a la Tesorería de la Provincia; los fondos de la Tesorería municipal de la ciudad de Córdoba; los depósitos y consignaciones judiciales; los fondos destinados a establecimientos públicos y a la atención de deudas de la Provincia; todos los fondos del "tesoro fiscal"; los depósitos que quisieran hacer en la Caja los particulares, sociedades o corporaciones; los de la Sociedad de Beneficencia; los de sociedades anónimas, Cajas de ahorros, de seguros, de socorros mutuos y otras entidades que se establecieran en el futuro y mientras tales fondos permanecieran sin invertirse; los legados o imposiciones a censo, etc.

Por uno de los capítulos de la ley respectiva, la provincia de Córdoba se constituía en responsables y garantía de todas las operaciones efectuadas por la Caja y, por otro, se disponía que "los fondos que la Administración acumulase con los provechos de los depósitos y consignaciones, serán propiedad de la Provincia de Córdoba, y no podrán, en ningún tiempo ni en caso alguno, aplicarse sino a operaciones de crédito para facilitar capital a las clases industriales y trabajadoras". Esta previsión se complementaba con la orden de descontar "documentos que juzgare seguros del comercio y de las clases industriales, al interés que haya fijado, con tal que dichos documentos tengan cuando menos dos firmas y que su plazo no exceda de tres meses".

Las fallas de esa estructura, más llena de buenas intenciones que de posibilidades de cumplirlas, han sido juzgadas así por el ingeniero Manuel E. Río, en su utilísima obra sobre las finanzas cordobesas del siglo pasado: "Desgraciadamente, por la carencia de recursos a disposición del Gobierno, la Caja nació con los defectos fundamentales que impidieron su desarrollo y degeneraron su administración hasta llevarla a la bancarrota. Faltábale, en primer lugar, un capital propio que le permitiera realizar sus operaciones cuando otros establecimientos semejantes le enajenaron parcial o totalmente los depósitos voluntarios, que en los primeros tiempos habían de proporcionárselo. En segundo lugar, ni los administradores ni el Presidente gozaban de compensación alguna, de un estímulo que les compelería a contraerse al desempeño de sus funciones y a no abandonarlas, como lo hicieron, a manos subalternas entregadas al arbitrio de un solo empleado" (4).

Se explica que, en tales condiciones, la Caja de Depósitos llevara una existencia penosa, que se prolongó unos doce años, hasta que, luego de un informe técnico del experto don Carlos Bouquet, tuviera que disponerse su liquidación en 1871. Pero había dejado una experiencia útil, y fue precisamente para tomar a su cargo la Caja y reorganizarla, que en 1873 se creó el Banco Provincial de Córdoba.

Pero antes de ello, los cordobeses pasaron por otra experiencia en materia de crédito: la de los

bancos particulares, que además tenían legalmente facultades para emitir moneda.

LOS BANCOS PARTICULARES

El hecho de que la moneda oficial circulante, despreciada por la mezcla de metales de baja ley, no tuviera preferencia, a pesar de ser escasa, y si la tuvieran, en cambio, los billetes emitidos por simple particulares reconocidamente solventes, es una muestra elocuente de lo que era la realidad económica cordobesa por esos años: un pueblo de productores forzosa y penosamente austeros, un Estado pobre de solemnidad y, entre medio, un grupo de intermediarios comerciales ricos y prósperos, que acaparaban en sus manos una función pública tan delicada como la del crédito, y que hasta acudían con sus préstamos en auxilio del Estado en ciertos casos de extrema necesidad. Era, en cierto modo, una supervivencia, si bien actualizada con nuevas características, del papel esencial que Córdoba había jugado en el pasado como nudo indispensable de aquella corriente comercial que tenía un polo en Lima o en el Alto Perú, y el otro en Buenos Aires.

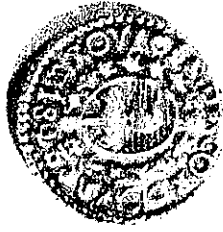
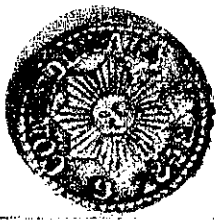
Durante la década del 60 al 70, uno de esos sólidos comerciantes, don Pablo Barreller —que años más tarde ocuparía la presidencia del Banco Provincial— fue el primero que tuvo la iniciativa de emitir papel moneda. Por la misma época, el gobierno se decidió a enfrentar el problema del crédito y de la escasez de numerario y ya que no tenía capital para hacerlo por su cuenta, hizo sancionar una ley en noviembre de 1869, disponiendo que "todo individuo o sociedad debidamente autorizada, tiene derecho a establecer en la provincia bancos de descuentos y emisión".

La ley respectiva dispuso que el capital de tales bancos no podría ser menor de cien mil pesos bolivianos o su equivalente en moneda de curso legal en la República. Esta última exigencia no era sino una expresión de deseos o más bien una ficción, pues no existía por esa época ninguna moneda de curso legal en la república, si es que no quiere entenderse por tal los billetes emitidos por el Banco de la Provincia de Buenos Aires, cuya circulación siguió al avance de los ejércitos porteños después de Pavón pero sin conseguir en modo alguno desplazar a los "bolivianos", que seguirían utilizándose hasta después de creada por Roca la primera moneda nacional, y cuya coexistencia con esta última en los mercados del interior se expresaría, de hecho, en la famosa discusión sobre bimetalismo o monometalismo.

La ley cordobesa de bancos particulares dispuso también que las sucursales de bancos domiciliados fuera de la provincia, para funcionar en ella y circular en ella sus billetes, debían ajustarse al requisito del mínimo de capital exigido a los bancos locales. Para asegurar las funciones de interés público asignadas a las emisiones particulares de billetes, la ley creó el cargo de Inspector de Bancos, cuyo sueldo de ciento cincuenta pesos fuertes sería pagado por partes iguales por todos los Bancos, y que tendría, entre otras obligaciones, la de controlar las emisiones y visar los billetes que se lanzaran a la circulación.

El infaltable don Carlos Bouquet, futuro amigo de Roca, futuro ministro de Viso, futuro suegro de Figueroa Alcorta y también futuro presidente del Banco Provincial, fue el que tuvo a su cargo esta Inspección de Bancos.

En virtud de esta ley abrieron sucursales en Córdoba algunos bancos domiciliados fuera de la provincia, como el Banco de Italia, el Banco de



Monedas cordobesas acuñadas en 1843 y 1848, durante el gobierno del brigadier don Manuel López, y que continuaron circulando muchos años después.

Londres y el Banco Argentino y otros creados por comerciantes locales, como el Banco Otero y más tarde el Banco de Río Cuarto, todos los cuales emitieron papel moneda, aunque nunca alcanzaron a cubrir sino en mínima parte las necesidades de circulante para las transacciones grandes y pequeñas del movimiento económico provincial.

Simultáneamente con el funcionamiento de tales bancos privados, seguía operando, en la forma penosa que ya sabemos, la vieja Caja de Depósitos, a cuyas tareas propias se le agregó las de retirar y quemar los billetes que circularan al margen de la ley.

NUEVOS HORIZONTES, NUEVAS EXIGENCIAS

Con la llegada del ferrocarril a Córdoba (1870) y con la Exposición Nacional de Industrias (1871), afloró a la superficie de la conciencia pública la evidencia de profundos cambios que se operaban ya en la estructura económica del país y de la provincia, a raíz del estrechamiento de vínculos sólidos entre la Argentina y el mercado mundial, en una relación de dependencia cuyos riesgos y consecuencias futuras no pudieron prever, seguramente, ni los más entusiastas sostenedores de ese tipo de relación, si se exceptúa, por cierto, a quienes representaban en forma directa los intereses del invasor capital extranjero. Al lado de los sectores puramente comerciales, que por muchos años seguirían gravitando con decisivo peso en la economía cordobesa, comenzaron a adquirir una importancia nueva los de la incipiente agricultura extensiva, y los de la ganadería, sin contar algún otro que, como la tradicional y languideciente minería, veía también en el ferrocarril la esperanza de una revitalización que nunca se produjo.

Fue precisamente a fines de 1870, y como parte de los trabajos preliminares de la Exposición Nacional de Industrias, que se realizaron en un campo de Río Segundo, a las márgenes del río homónimo, sembrado de trigo y alfalfa, los ensayos de más de 180 máquinas y utensilios agrícolas, enviadas a ese objeto desde el puerto de Rosario, y entre las que había modernas segadoras, trilladoras a vapor y de tracción a sangre, y arados de diversos tipos.

A este espectáculo, que contó con la presencia del ministro nacional Nicolás Avellaneda, y de Eduardo Olivera, presidente de la comisión organizadora de la Exposición, se sumaron luego, en los suburbios de la propia ciudad de Córdoba los

trabajos de la Quinta Experimental de Santa Ana, o "Parque de Culturas Comparativas", como se lo llamó. Se cultivaron allí 79 variedades de trigos y cebadas, maíces, remolachas, etc., 210 variedades de hortalizas; 52 variedades de viña y diez variedades de frutales, además de gran cantidad de flores y árboles de adorno. "Con los cultivos cosechados en Santa Ana se donó por intermedio de la Sociedad Rural Argentina, a toda la República, 61.230 paquetes de legumbres, flores y cereales" (5).

Para la tradicional ciudad de Córdoba, estos trabajos, coronados luego con la apertura de la Exposición, a la que concurrieron 2.671 expositores, constituían sin duda una fiesta insólita y una promisorio apertura hacia nuevos horizontes. Se comprende, en consecuencia, que frente a tales perspectivas las necesidades de capitales y sobre todo de crédito ya no pudieran ser cubiertas con los muy restringidos y, nada filantrópicos préstamos de los grandes comerciantes mediterráneos.

Hacia falta un banco, un verdadero banco capaz de servir de verdad al interés público, y que fuera, en consecuencia, o un Banco del Estado, o con participación decisiva de éste. Mas eso fue, precisamente, lo que desencadenó la oposición contra el proyecto respectivo y, muy particularmente, contra la primera de ambas posibilidades, o sea de que fuera el Estado quien controlara el crédito y demás funciones bancarias.

Esa oposición no podría explicarse solamente por las pequeñas rencillas lugareñas, si no se vinculara estas rencillas, de una manera u otra, a cuestiones generales de política nacional que apasionaban a todo el mundo, y que tienen en la Exposición Nacional una de sus claves.

SIGNIFICADO POLITICO DE LA EXPOSICION

Desde un principio, la iniciativa de realizar la Exposición Nacional de Industria contó en Buenos Aires con la decidida oposición de los adversarios políticos del presidente Sarmiento, tales como los mitristas, separados de su antiguo aliado cuando éste asumió la Presidencia, y de otros que, si no ser mitristas, como el senador santafesino Nicasio Oroño, tenía viejas cuentas pendientes con el sanjuanino.

Esta oposición se hizo más nítida, y más enardecida cuanto más próxima estuvo la Exposición, y más aún después de realizada, pues los opositores del presidente le asignaron un sentido político del que sin duda no carecía.

Porque hay que decir que, efectivamente, la Exposición Nacional de Córdoba no fue solamente una optimista fiesta del progreso y de las transformaciones que el país comenzaba, ni tampoco la minúscula ocasión para que Sarmiento, como lo hizo, surcara en un bote el lago del Paseo Sobremonte, junto con sus ministros Vélez Sarsfield y Avellaneda, sino también un verdadero conclave de política nacional, encaminado particularmente al problema de la sucesión presidencial que debía efectuarse en 1874, y aunque el año 71 pareciera fecha demasiado prematura para ello. Pero la violenta desaparición de Urquiza, producida el año anterior, había privado a Sarmiento

(4) RIO, Manuel E.: "Las finanzas de Córdoba en los últimos veinte años". Dirección Gral. de Estadística. Córdoba, 1900.

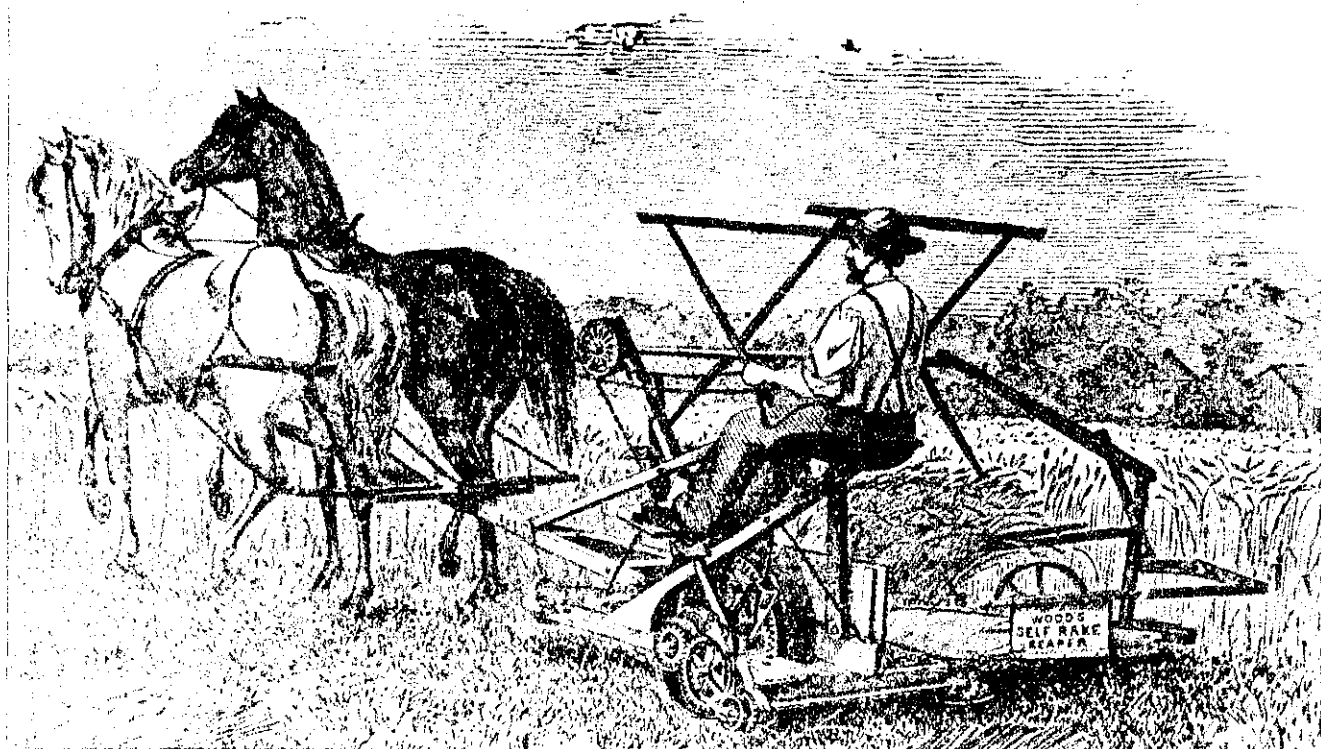
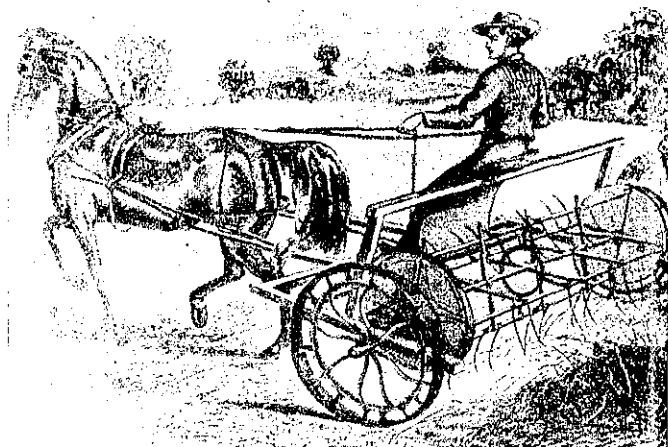
(5) RAVELIO, Carlos: *Eduardo Olivera (Reseña biográfica)*. Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. Buenos Aires, 1928.

UN BANCO CORDOBÉS

—reconciliado con el vencedor de Caseros— de la más sólida estructura en que el sanjuanino se apoyaba para hacer contrapeso a la oposición de Buenos Aires y sobre todo del partido mitrista. La Exposición Nacional, y el viaje de Sarmiento a Córdoba, proporcionaron la oportunidad para hacer, con los gobernadores de provincia y con los directores de la política oficial, los indispensables reajustes de líneas.

Durante su estada en Córdoba, en efecto, el presidente mantuvo reuniones con el gobernador de Córdoba, don Juan Antonio Alvarez; con los gobernadores de Salta, San Luis, Santa Fe y Corrientes; y con los delegados especiales enviados por los gobiernos de La Rioja, Mendoza, Santiago del Estero, San Juan, Tucumán, Jujuy y Buenos Aires. Que en esas reuniones se habló también de política, es algo que no cabe duda, como lo prueba el hecho de que Balbiano, gobernador de Corrientes y adversario de la probable candidatura de Avellaneda, se fuera de Córdoba visiblemente disgustado y sin despedirse del presidente de la República... Pero Sarmiento y Avellaneda, que con la Exposición Nacional y con creaciones como el Observatorio y la Academia de Ciencias habían

convertido a Córdoba en un pivote esencial de su política, se las compusieron para recoger en cierto modo la herencia federal dejada vacante por Urquiza, y combinarla con los sectores de liberales autonomistas, muchos de ellos también de tradición federal, aunque el cambio político, en el caso particular de Córdoba, se produjo con bastante lentitud, pero también con la seguridad de un verdadero movimiento de péndulo. El gobernador Alvarez, que había sido electo para el cargo como hechura del viejo liberal mitrista don Félix de la Peña, tenía como ministro de Hacienda a un liberal autonomista: el doctor Tomás Garzón, antiguo jefe civil de la revolución que en 1852 derrocara al brigadier don Manuel López, el del



largo gobierno de diecisiete años. Pero el sector autonomista no actuaba en la ocasión como un todo unido, puesto que otro foco de atracción política se había creado en Buenos Aires con el autonomismo de don Adolfo Alsina que también aspiraba a la presidencia de la Nación. Y el alsinismo tenía bastantes amigos en Córdoba, como los yernos del propio De la Peña y como don Luis Vélez, que aun no se había escindido de sus correligionarios los autonomistas de Córdoba, como ocurriría en las vísperas de 1880. Y don Luis Vélez, uno de los fundadores del famoso "Eco de Córdoba", y legislador provincial entonces, fue otro de los adversarios del proyecto de crear un banco "porque no podía autorizar para contraer empréstitos ni mucho menos dar carta en blanco a un gobierno cuya composición no le inspiraba fe ni confianza". (6).

Todas esas disidencias y matices dentro del espectro político cordobés, hacían muy titubeante la marcha del gobierno de la provincia, donde sólo se destacaba la muy fuerte personalidad y el empuje del ministro Tomás Garzón, quien, según su propia declaración, había aceptado el ministerio de Hacienda "impulsado únicamente por el deseo de ver realizada esta institución", decía refiriéndose precisamente al Banco.

NUEVOS INTENTOS

"Desde el año mil ochocientos sesenta y nueve —ha escrito Félix T. Garzón— ocupaba pues el

tapete la idea de un establecimiento de crédito que respondiera al estado de la Provincia y sirviera de medio para el desenvolvimiento o despertamiento de las diversas industrias y de las variadas fuentes de riquezas embrionarias o fuentes no abiertas aun al trabajo, o que empezaban a desarrollarse o luchaban, raquíticas, con la escasez de medios". El mismo autor, hijo del fundador del Banco, y futuro gobernador de la provincia (1910-1913), sostiene que el interés corriente de los préstamos particulares y de los bancos privados llegaba a la cifra, elevadísima para la época, del dieciocho por ciento anual (7). Ello explica los nuevos intentos que comenzaron a efectuarse para el crédito bajo la tutela oficial.

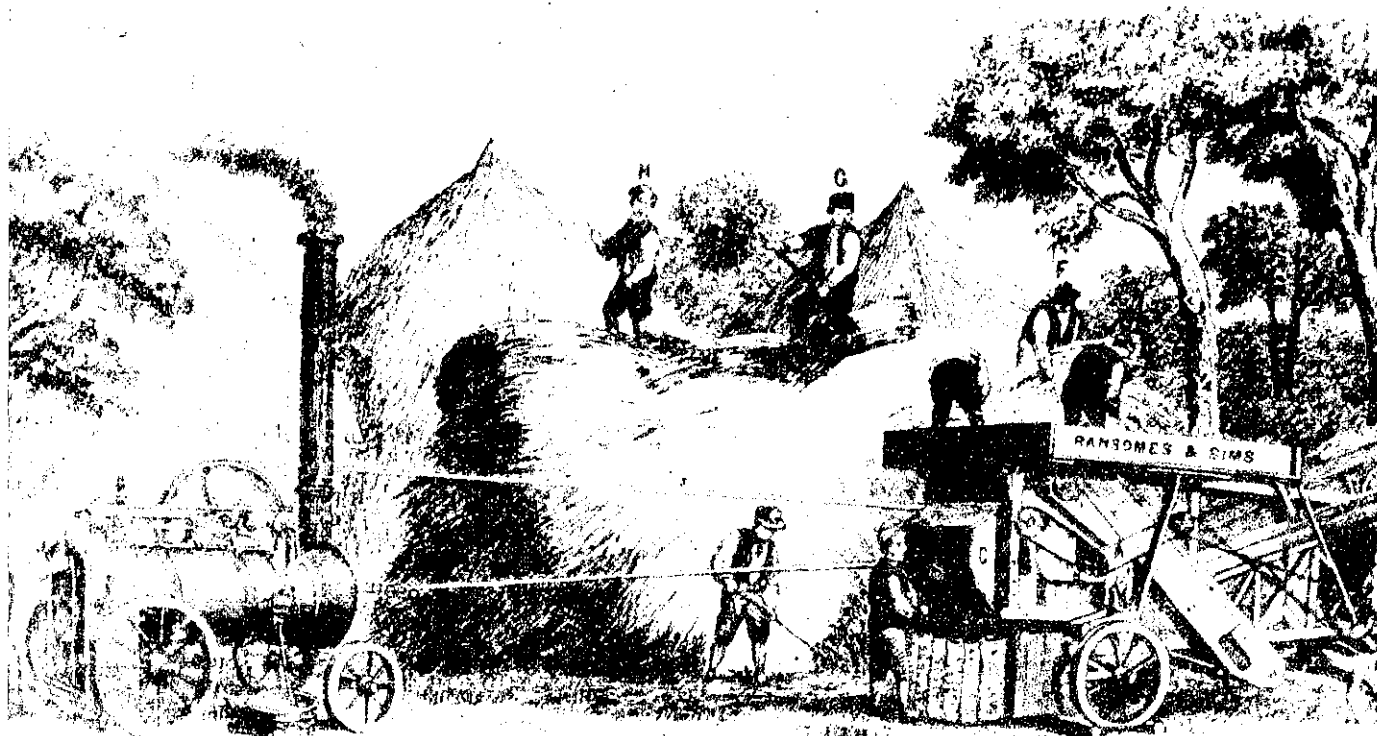
En 1869, o sea el mismo año en que se dictó la Ley de los Bancos Particulares, el gobierno de la provincia tuvo la iniciativa de un empréstito, que fue rechazado por la Legislatura, y que tenía por objeto revitalizar a la moribunda Caja de Depósitos creada durante la breve administración de Mariano Fraguero.

Otro proyecto de empréstito fracasó también, y cuando no fracasaban tales proyectos en la Legislatura, por una pertinaz oposición, fracasaban luego en la fase de su contratación, por la desconfianza de las excesivas imposiciones de los banqueros extranjeros ante quienes se gestiona-

(6) RIO, Manuel E.: *Op. cit.*

(7) GARZÓN, Félix T.: *Historia del Banco Provincial y Banco de Córdoba*. Imprenta Mercantil, Buenos Aires, 1923.

Máquinas agrícolas ensayadas en Córdoba en vísperas de la Exposición Nacional de Industrias (grabados de la época insertos en el Boletín de la Exposición —7 volúmenes— Publicación Oficial, Buenos Aires, 1872).



UN BANCO CORDOBES

ban, en el curso de los años 1872 y 1873, como fracasaria igualmente este recurso cuando Garzón había logrado obtener la ley de creación del Banco Provincial, sancionada el 27 de marzo de 1873, y que preveía un capital de tres millones de pesos fuertes. Lucas González, encargado por el ministro de gestionar un empréstito en Londres, escribale a Tomás Garzón una carta particular, en el mes de abril del mismo año 73, donde entre otras cosas decía, refiriéndose a los banqueros ingleses: "Yo trataba de persuadirlos sobre la conveniencia de poblar cuanto antes los terrenos situados entre Fraile Muerto y Villa María, en donde los inmigrantes obtendrían buenos resultados por encontrarse allí dos elementos indispensables: el agua y la leña. Ellos me contestaban con los indios, que los harían pasearse por ambas costas del Río Tercero, pareciéndoles una inhumanidad mandar allí colonos a perecer entre los salvajes. Tuve que hablarles más de una hora para demostrarles el error en que estaban, y creo que quedaron medio persuadidos" (8).

Esto de medio persuadidos era expresión de un piadoso optimismo. Mejor hubiera sido decir que no quedaron persuadidos "ni medio"... Pues los banqueros ingleses, que no eran sino los miembros del Directorio del Ferrocarril Central Argentino, conocían tanto o mejor que González la verdadera situación sobre la supuesta inexistencia del peligro del salvaje. Efectivamente, en fecha tan próxima como era el año 1871 —precisamente el de la Exposición Nacional de Industrias— la flamante población de Villa María, formada en torno a la estación ferroviaria, había sido objeto de un impresionante malón ranquelino. Y el mismo año 71, una invasión de ranqueles y de "cristianos renegados", consigna el coronel Juan Carlos Walther, había diezmado la guarnición militar del fortín Sarmiento, en el sur de Córdoba.

Elocuente manifestación de eso que los marxistas llamarían "el desarrollo combinado", la provincia de Córdoba ofrecía entonces algo tan moderno como el ferrocarril, que ya se había decidido proseguir hacia el Norte argentino, y algo tan atrasado como la indiada del sur, tanto más inquieta y desesperada cuanto más cercano intuía su fin.

El contacto entre el blanco y el indio, tanto en el sur de Córdoba como en el resto del país, tenía en cierto modo todas las características de una coexistencia entre dos culturas en crisis y disolución, que se aproximaban a veces en la común desgracia. Este fenómeno está probado por la existencia de "indios amigos" dentro de la frontera blanca, amistad que llegaría hasta la formación de batallones indios con oficiales indios durante la Conquista del Desierto, y también por la correlativa existencia de cristianos llamados "renegados", dentro del territorio indio: gauchos alzados o perseguidos de la justicia... Ello explica igualmente los periodos alternativos de guerra, de paz y de comercio entre blancos e indios, en las

tierras situadas sobre la línea de fronteras. Y el comercio con los indios era tan regular, y reputado seguramente de gran interés por los interesados, que en Río Cuarto se les llegaba a ofrecer productos diversos valiéndose de avisos periodísticos.

En efecto: en "La Voz de Río Cuarto", un periódico de formato "sábana" que aparecía tres veces por semana, fundado y redactado por S. Ostwald, puede leerse, en la edición del 17 de junio de 1876, este curioso aviso dirigido a las tribus.

INDIOS:

Se vende de una a cien fanegas de maíz pisingayo al precio de cuatro y medio pesos bolivianos, como igualmente pasto seco a un real arroba de buena calidad.- En esta imprenta darán razón. Río Cuarto, junio 17 de 1876.-

Manuel Tejada



Y otro aviso del mismo diario, que citamos por su directa vinculación con el tema de este artículo, revelaba bien a las claras el problema aun subsistente de la escasez y depreciación del circulante, precisamente en las monedas más usuales entre las clases populares para sus compras habituales. Era el aviso de una cigarrería, que utilizaba como réclame la recepción de la moneda pequeña por su entero valor.

Bajo el título de "CHIROLAS", sostenía este aviso que "para evitar la explotación de los pobres, se advierte que en la "CIGARRERIA DEL RIO 4", casa de Don Pedro Sueldo, se reciben las chirolas por su entero valor, es decir 5 chirolas por 9 reales".

EL CARACTER DEL BANCO

Rechazado el proyecto originario del ministro Garzón, para un empréstito de un millón de libras esterlinas para fundar un banco de emisión y descuento, luego otro del senador José Vicente de Olmos, autorizando un empréstito de 600.000 libras para la reorganización de la Caja de Depósitos. En el trasfondo de las discusiones respectivas se agitaba el problema de si el Banco debía ser oficial enteramente, como lo era precisamente la Caja de Depósitos, o sólo con participación del Estado. El fracaso de la Caja daba fuerza argumental a quienes sostenían que el gobierno debía solamente auspiciar una entidad de crédito que fuera "popular", eufemismo éste que en realidad

traducía la participación colectiva de accionistas particulares. El ministro Garzón, obsesionado por la idea de establecer un banco, no se aferró demasiado a la cuestión doctrinal, y como la mayoría de opiniones de los hombres consultados se inclinaba por esta segunda variante, el ministro la aceptó y se dedicó de lleno a hacerla triunfar, apartándose en esto de la opinión y consejos de su amigo el ministro nacional Nicolás Avellaneda que era partidario decidido de la forma enteramente oficial.

Cuando estaba a punto de aprobarse el proyecto de fundación del Banco, en marzo de 1873, Avellaneda dirigió a Tomás Garzón una carta de gran importancia sobre diversos aspectos técnicos del proyecto, y de notable claridad en lo que respecta a los derechos y participación del Estado. Con el tiempo, los conceptos del tucumano han venido a adquirir una evidente actualidad, como que, en esencia, se refieren a la prioridad estatal en materia bancaria y a la función social del crédito.

"Ustedes —escribía entonces Nicolás Avellaneda— con el objeto de entregar al público el Banco, haciendo desaparecer su carácter como Banco de Estado, se han ido demasiado lejos". Y continuaba: "Una vez constituido el Banco y colocadas las acciones, el público toma una denominación precisa. Son los accionistas".

Y eso era lo que objetaba Avellaneda en la misma carta, al sostener lo siguiente: "entregar plenamente el Banco a los accionistas, es darlo a su interés mercantil y privado, lo que no es justo cuando se trata de un Banco que en su parte

principal y casi en la totalidad de su capital, es fundado y sostenido por el Estado, es decir por el verdadero «público». Este se halla representado por los habitantes todos de la provincia, y el «público» de los accionistas, por unos pocos". Y luego agregaba esta advertencia que resultaría profética cuando el Directorio del Banco, en manos de particulares, resolviera cargar intereses al Gobierno por su mora en integrar las acciones de su parte, como si se tratara de un accionista cualquiera. La advertencia de Avellaneda era la siguiente: "Si el Estado no tiene sino una minoría en el Directorio, ésta desaparecería casi siempre en presencia de la mayoría de directores accionistas que llevarán la voz y tomarán el gobierno del establecimiento" (8).

A pesar de tales consejos, el Banco nació como entidad mixta, y con mayoría de los accionistas privados en la constitución de su Directorio.

La ley del 27 de marzo de 1873 autorizó a los señores José María Méndez, Belindo Soaje, Carlos Bouquet, Félix de la Peña, Julio Fraguero, Tristán Malbrán y Pablo Barreller para formar una sociedad anónima que tomara a su cargo la administración de la Caja de Depósitos y Consignaciones, y la convirtiera en un Banco de descuento, emisión y comisiones bajo la denominación de Banco Provincial de Córdoba, con capital de tres millones de pesos fuertes.

Uno de los artículos de esta ley —el 6º— deter-

(8) Dr. Tomás Garzón. IN MEMORIAM. Mercantili, Buenos Aires. 1925.

(9) Carta de Nicolás Avellaneda, en el IN MEMORIAM citado, pág. 142.

Billetes emitidos por el Banco Otero, entidad acogida a la Ley de Bancos Particulares de 1869.



UN BANCO CORDOBES

minaba: "El gobierno de la Provincia tomará tantas acciones cuanto importe el producido líquido del empréstito contraído en virtud de las leyes de 19 de agosto y 12 de diciembre de 1872, pagándolas en su totalidad a medida que reciba dichos fondos". Es decir que se fundaba el Banco y se instituta la participación del Estado en él sobre un cimientito por demás etéreo, pues el empréstito, cuya legalidad había sido discutida después de autorizado, no se había en realidad "contraído", ni se concretaría nunca... a pesar de los esfuerzos de Garzón por realizarlo.

EMPRESTITOS FRACASADOS

En abril de 1873, desde Buenos Aires, los banqueros Mallman y Cía. y Bemberg y Haimendhal se dirigían oficialmente a Garzón como ministro de Hacienda de Córdoba, expresándole: "Los ataques hechos por la prensa de Córdoba a la ley que autorizó el empréstito, demostrando la nulidad de esa ley, han producido el resultado que temíamos y que habíamos antes manifestado. Desconocida o puesta en duda la legitimidad de la ley, ha sido imposible realizar el empréstito. Lo peor es que levantada esta dificultad, han examinado la ley con la mayor prevención sublevando dudas que dificultan su realización". (El texto de la carta de Mallman y Bemberg es aquí confuso, pero suponemos que quienes "han examinado la ley con la mayor prevención" serían los banqueros europeos ante los que se recurrió para el empréstito...) Pero los banqueros de Buenos Aires, después de comunicar a Garzón una noticia tan catastrófica para la concreción del Banco, renuevan las esperanzas del ministro con el siguiente párrafo: "Sin embargo, tenemos la seguridad de que este empréstito será hecho, por nuestros agentes desde que procedamos a salvar las dificultades que se han originado...". Y seguidamente manifestaban su intención de reanudar las gestiones, para lo cual pedían nuevas órdenes.

Bien valdría, para la historia financiera del país y de Córdoba, hacer, con el acopio documental necesario, la historia completa de este empréstito fracasado y de las verdaderas causas del fracaso. No deja de llamar la atención el número de intermediarios y "agentes" que aparecen ofreciendo su buena voluntad al gobierno de la provincia, pero en realidad interponiéndose entre él y los probables concesionarios europeos del empréstito. A los nombres de Bemberg y de Mallman se agregan, en la correspondencia publicada en el *In Memoriam* de Tomás Garzón, los de Lucas González, Juan A. Fernández, Antonio Fraguero, Norberto de la Riestra y Tomás Armstrong. Seguramente el interés por las comisiones respectivas haría proliferar el número de intermediarios, sin contar los que se movían dentro de líneas rivales.

Por la misma carta de González que antes hemos citado a propósito del peligro de los indios, nos enteramos que no todas las dificultades pro-



Don Juan Antonio Alvarez, gobernador de Córdoba, durante cuya gestión se creó el Banco Provincial.

venían de los supuestos defectos de la ley cordobesa, sino de exigencias impuestas por los mismos banqueros a quienes se recurría. En Londres, éstos pretendían que la garantía del empréstito no fueran entradas especiales, como la ley disponía, sino todas las entradas fiscales. "A los banqueros ingleses les gusta la claridad en estas materias —escribía González— y exigen que la ley obligue las entradas generales de la Provincia, para el caso que las especiales no alcancen".

Otra de las objeciones de los banqueros ingleses era más gruesa aun en sus pretensiones: querían que se modificara el destino del empréstito, pues la suma de tres millones de pesos fuertes parecían mucho para el Banco "porque creían que era demasiado capital para la Provincia de Córdoba", según consigna también la carta que venimos citando.

En vista de que el famoso empréstito no se concretaba, el ministro Tomás Garzón optó por una variante drástica: la reducción del capital del Banco a sólo un millón de pesos fuertes, y la venta de tierras públicas para obtener esa suma. Una nueva ley, del 2 de julio de 1873, dispuso ambas cosas. Desde Buenos Aires, don Tomás Armstrong, que además de banquero era Director residente del Ferrocarril Central Argentino, y que había aconsejado a Garzón desistir de las gestiones del empréstito extranjero, se ocupó de buscar compradores para las tierras fiscales del sur de Córdoba (departamento Río Cuarto) y ofreció anticipar la suma de cien mil pesos fuertes que el gobierno debía entregar a la sociedad del Banco, como parte inicial de su aporte para que la enti-

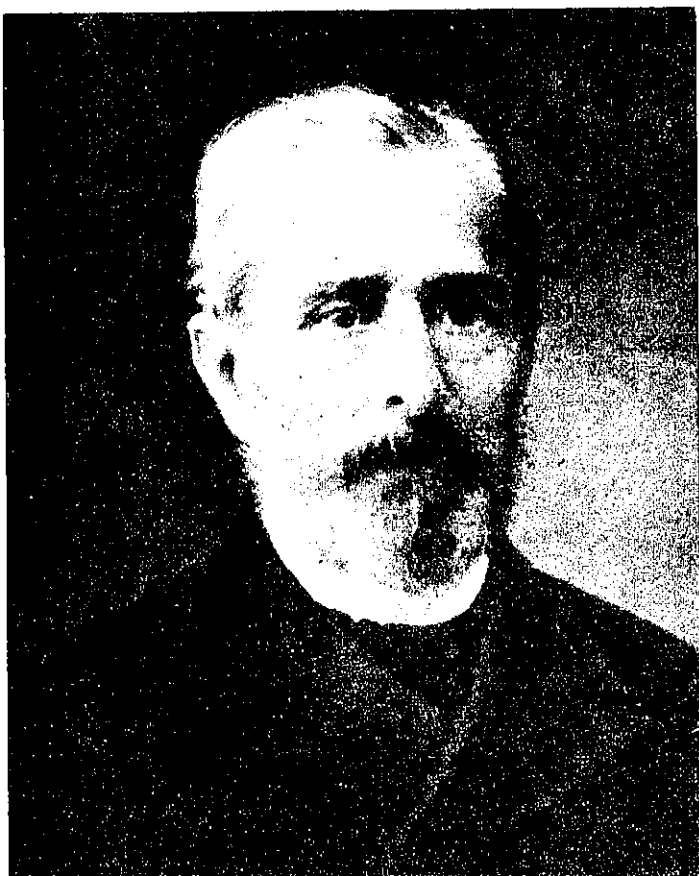
dad pudiera constituirse e iniciar sus funciones (10).

Mientras tanto, el 12 de junio se había realizado la asamblea de accionistas para proceder, entre otros objetos, a la constitución del Directorio. Por el sector privado fueron designados tres titulares: don David Carreras (que también fue el primer presidente del Banco), don Antolín Funes y don Roque Ferreyra. En agosto, el gobierno designó dos directores titulares como representantes suyos, don Carlos Bouquet y don Tristán Malbrán. Bouquet ocuparía la vicepresidencia.

Los cien mil pesos fuertes girados por Armstrong, y que correspondían a la cuota inicial del gobierno, ingresaron al Banco el 20 de septiembre, es decir dos días antes de la fecha fijada para la inauguración.

Pero Tomás Garzón ya no era ministro... El gobernador lo había despedido. Félix T. Garzón, en su *Historia del Banco Provincial* escribe al respecto: "El Sr. Juan A. Alvarez, que ejercía las funciones de Gobernador, hombre tímido y sin mayor capacidad política, sembrando la desconfianza, dio oídos a la oposición y no trepidó en sacrificar a su ministro de Hacienda, que en su propio sentir había hecho más que todos los ministros de hacienda, quince días antes de que la institución abriera sus puertas al público, pero, felizmente, cuando sus enemigos no pudieron detenerlo".

Doctor Tomás Garzón, ministro de Hacienda del gobernador Alvarez y fundador del Banco Provincial de Córdoba (retrato póstumo por Genaro Pérez, existente en la pinacoteca del Banco).



LOS PRIMEROS ACCIONISTAS

La primera suscripción de acciones para constituir la sociedad anónima que se comprometió a tomar la administración de la Caja bajo la forma de un banco, se había realizado ya a principios del año, el 9 de febrero de 1873, y a ella concurrieron, unos directamente y otros por poder, casi ochenta accionistas. Sería largo reproducir la lista completa, pero debe consignarse que en ella estaban representados los más importantes nombres del comercio local y de las profesiones, así como hombres que actuaban en los tres grupos tradicionales de la política cordobesa: liberales nacionalistas, liberales autonomistas y federales. Figuraban en ella, en efecto, el dos veces gobernador de la provincia don Félix de la Peña, liberal mitrista; el fuerte comerciante don José María Méndez; el liberal autonomista don Carlos Bouquet (que luego integraría el Directorio en representación del Gobierno); el diputado nacional don Clemente Villada, de tradición federal; el comerciante Nicolás Peñaloza, antiguo mitrista y yerno de Peña, convertido por entonces al alsiñismo; el federal Carlos S. Roca, que fuera gobernador Delegado de Mateo J. Luque; don Antonio Rodríguez del Busto, de larga actuación comercial, política e intelectual; el antiguo legislador en el Congreso del Paraná y periodista federal fundador de "El Progreso", don Ramón Gil Navarro; el comerciante y banquero privado don Pablo Barrelier; el antiguo autonomista y fundador del periódico "El Eco de Córdoba", don Luis Vélez y muchos otros hombres más de gran significación en la vida comercial y profesional de la ciudad, como Pedro Senestrarí, Carlos Rabellini, Otto Pabst, Jorge Poulson, Tristán Achával Rodríguez, Soaje Hermanos, David Carreras, Andrés Vázquez de Novoa, Marcelino Gacitúa, Julio Fraguero, Antolín Funes, Francisco Espinosa, etc.

En torno al Banco naciente, tan discutido y de parto tan difícil, desaparecieron por fin las diferencias políticas. Baste decir que hasta don Luis Warcalde, autor de la frase tan poco feliz con que comenzamos esta nota, resolvió suscribirse con cien acciones de cien pesos fuertes cada una.

En el mes de abril, el mismo Directorio provisorio dictó las instrucciones a que debía sujetarse la recepción de acciones en el interior de la provincia, y recomendó que los encargados de esa tarea procurarían "colocar acciones en el mayor número de accionistas posibles, aunque sea por pequeñas sumas, porque el gran interés que debe consultarse es el de hacer participar en esta institución a la mayor parte de nuestros provincianos".

Cuando por fin se había logrado integrar la parte de capital necesario, y se había cumplido los trámites de inscripción de la sociedad en el Tribunal de Comercio, fase donde también existieron dificultades, el Directorio del Banco alquiló una propiedad situada en calle 25 de Mayo Nº 24, entre las actuales calles San Martín y Rivadavia, frente al paredón del Convento de la Merced, para que en ella funcionara la nueva institución, y ordenó publicar avisos en los diarios "El Eco de Córdoba" y "El Progreso", comunicando que el lunes 22 de septiembre tendría lugar el acto de inauguración. El Directorio, que era presidido por David Carreras —elegido por el sector privado— cursó las invitaciones del caso a las autoridades de la provincia, comenzando

(10) Tomás Armstrong a Tomás Garzón, Buenos Aires, julio 16 de 1873. Carta incluida en el IN MEMORIAN citado, página 107.

UN BANCO CORDOBES

por el gobernador Juan Antonio Alvarez, y giró también una invitación especial al Dr. Tomás Garzón, pese a que éste había abandonado el ministerio días antes. Mientras tanto, ya se habían encargado a Buenos Aires distintos valores de los billetes que el Banco emitiría, todos los cuales habrían de llevar —del mismo modo que las emisiones que se lanzaran a la circulación en años posteriores— la fecha de marzo de 1873, correspondiente a la de promulgación de la ley de creación del Banco.

Esta fecha, impresa en casi todos los billetes del antiguo "Banco Provincial de Córdoba", ha inducido muchas veces a error a los curiosos y coleccionistas, sobre todo cuando las piezas no llevan el sello de la Inspección de Bancos. Para datar correctamente estos billetes, no queda, en la mayoría de los casos, otro recurso que averiguar en qué periodo actuaba el presidente del Banco que los firma.

Hemos buscado en vano, en la incompleta colección de diarios cordobeses del siglo XIX existente en la Biblioteca Mayor de la Universidad de Córdoba, los ejemplares de "El Eco" y "El Progreso" correspondiente a los días subsiguientes a la apertura del Banco con el objeto de reconstruir, en lo posible, los detalles menudos de

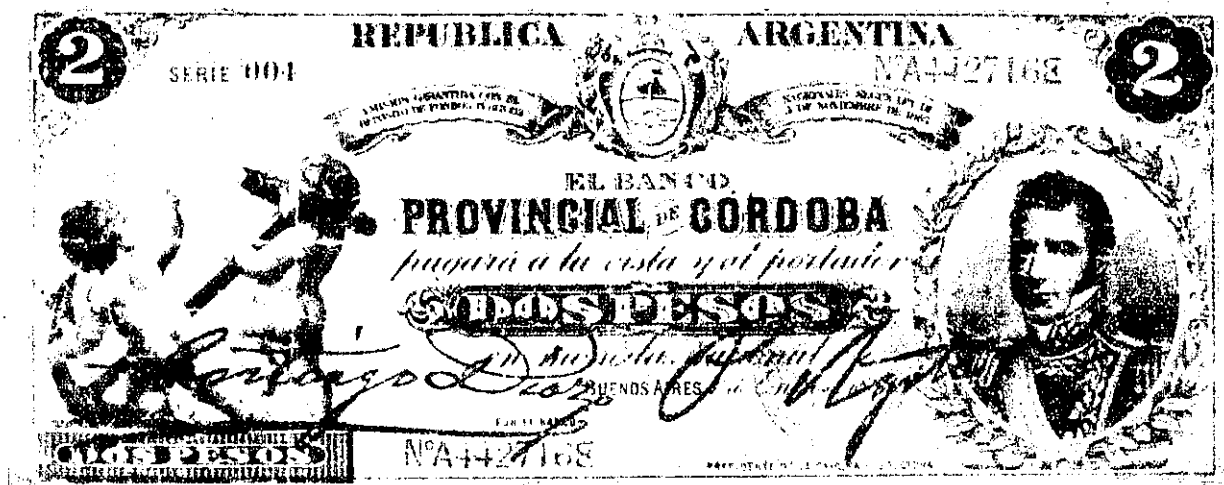
un acontecimiento de tanta trascendencia para Córdoba. Nuestro esfuerzo ha resultado inútil, pues de tales diarios sólo existen en dicha Biblioteca ejemplares aislados, y ninguno de esa época.

Sólo hemos encontrado un absurdo e hilarante comentario del famoso periódico "La Carcajada", "periódico jocoserio, burlesco y literario", según reza la aclaración que acompaña a su título, dirigido por el famoso don Armengol Tecera, quien durante muchos años más continuaría arrojando sobre el público lector la artillería de sal gruesa de un humorismo irreverente y de gusto bastante dudoso las más de las veces. El comentario sobre la inauguración del Banco, inserto en el número 133, del 28 de septiembre de 1873, comienza por esta frase nada reverencial: "Al fin parió la bu-rra", para congratularse luego de que, "después de tanto machacar", el Banco haya podido ser instalado... De dicho comentario periodístico, que extractamos en otro lugar de esta misma nota, puede deducirse que en el acto hubo cigarrros y cerveza, y que en él pronunciaron sendos discursos el gobernador Alvarez y el ex ministro Garzón, cada uno atribuyéndose los méritos de haber sido los padres de la criatura...

En su discurso del acto inaugural, Tomás Garzón sostuvo: "No es un Banco de Estado el que se ha formado, no: éste trae siempre desconfianza y temores que no dejan de ser fundados; hemos realizado la verdadera expresión de la ciencia económica: un Banco de todos y para todos". Tales palabras del fundador no eran, en realidad, otra cosa que un cumplido sobre la cuna de la criatura recién nacida, pues él, originariamente, había corpartido la tesis del ministro nacional Avellaneda y si aceptó la solución mixta con mayoría de accionistas privados en el Directorio, fue sólo para sacar adelante la iniciativa en que se había empeñado. Pero la verdad es que, como



Billete de \$ 50 bolivianos, con la efígie del Gral. Paz, emitido por el Banco Provincial de Córdoba.



Dos pesos moneda nacional, del Banco Provincial de Córdoba, correspondiente a una de las emisiones autorizadas por la Nación (Ley de Bancos Garantidos).

Avellaneda lo había sostenido bien, el Banco sería en verdad "para todos" sólo en la medida en que el Estado fuera ampliando su participación y su gobierno en la institución, como sucedería pocos años después, cuando sucesivas reformas introducidas en la época del juarismo, permitieron sacar la acción del Banco del círculo comercial de la Capital, y llevarla al interior de la provincia.

LOS AÑOS DE INICIACION

Los pocos meses que restaban del año 73, y la crisis mercantil y sobre todo política del año siguiente que culminaría en la revolución mitrista del 74, determinó que el Banco Provincial de Córdoba postergara hasta el 31 de diciembre de dicho año al cierre de su primer ejercicio. A esa fecha, sus depósitos ascendían a poco más de dos millones cien mil pesos bolivianos, y daba una ganancia del 14 % de su capital realizado, resultados verdaderamente notables para un banco que había iniciado sus actividades en medio de tales dificultades y con un modesto capital de sólo cien mil bolivianos.

En su obra ya citada, Manuel E. Río consigna sobre la iniciación del Banco lo siguiente: "atravesó la crisis del 75 y 76 reconcentrándose en ciertos momentos por la supresión de préstamos y descuentos y la exigencia de mayores amortizaciones, elevando además del 10 al 12 % la tasa del interés, lo que le permitió realizar ganancias del 21 % y repartir dividendos del 18 %. El Directorio se preocupaba ante todo de afirmar el crédito del establecimiento y de asegurar los sorprendentes resultados obtenidos, aunque no olvidara completamente la protección de los gremios comerciales. El año 77 se acentuó el periodo de declinación de la crisis y, terminada ésta, el Banco se encontró con plétora de dinero a principios de 1878, circunstancia que le obligó a bajar nuevamente hasta el 8 % el interés de sus préstamos". El dato aportado por el ingeniero Río es harto elocuente, en ese caso no sólo para explicar la solidez lograda por el Banco Provin-



Pequeño billete de cinco centavos fuertes.

cial de Córdoba en tan poco tiempo, sino también en cuanto indirectamente refleja la curva ascendente de prosperidad en que iba entrando la economía y el comercio de las provincias del Interior, casi de inmediato cohesionadas en objetivos políticos comunes en vísperas de la campaña presidencial de 1880. La irrigación del crédito a bajos intereses, el aumento del circulante (los billetes del Banco de Córdoba llegaron a circular también en San Luis y La Rioja) y las nuevas vías abiertas a la comercialización de los productos con la construcción de los ferrocarriles a Tucumán, y de Villa María a Río Cuarto (el Andino), son otras tantas expresiones del auge económico a que antes nos referimos, producido al declinar los efectos de la gran crisis de 1875, que en tan difíciles aprietos había puesto a la administración del presidente Avellaneda.

UN BANCO CORDOBES

EL BANCO Y EL HUMOR CORDOBES

Si el humor popular cordobés es reconocido actualmente por su propensión a la zafaduría de lenguaje, unidas a sus certeras dotes de observación, ha de admitirse que tiene sus claros antecedentes en el pasado, aunque la sociedad de entonces fuera muy distinta. Así lo prueba el testimonio de *"La Carcajada"*, un periódico dirigido por el famoso don Armengol Tecera, y que llevaba la aclaración de ser *jocoserio, burlesco* y también —no sabemos por qué— *literario*... y que se caracterizó por ser casi siempre opositor a los poderes cordobeses, pues fue antijuarista, anticlerical, rochista, cívico y finalmente radical hasta 1905, en que desapareció.

Su comentario sobre la inauguración del Banco Provincial en la edición del 28 de setiembre de 1873, comienza con la frase *"Al fin parió la burra"* y luego comenta, con supuesta precisión informativa, que *"la atmósfera estaba despejada y los rayos del sol reflejaban en la mollera de D. Antonio"*, aludiendo así al gobernador de la provincia, don Juan Antonio Alvarez. Puntualiza en seguida que *"las campanas de la Merced se inclinaban ante la presencia de Botón Bumbula que llegaba conducido por un coche y vestido de gran uniforme"*, y que *"la banda de música permanecía de pie firme y en*

ayunas, esperando sólo el momento oportuno para dejar oír sus descompasadas notas". El aludido por semejante apelativo no era otro que el invitado especial y fundador del Banco, el ex ministro Dr. Tomás Garzón.

Después de informar a sus lectores sobre la tensión producida en el público cuando el gobernador primero, y Garzón después, pronunciaron sus respectivos e intencionados discursos, pues lo que se disputaba era el mérito por la creación del Banco, *"La Carcajada"* alude sin nombrarlo al experto don Carlos Bouquet, con la siguiente frase: *"En seguida habló Carlitos, aquel que siempre está a las buenas"*...

Y el artículo concluye con los siguientes párrafos:

"Concluidas estas ceremonias, la concurrencia pasó a los lujosos salones que recuerdan la catástrofe de la Caja de Depósitos (de la que Dios lo libre al Banco) y allí se invitó con muy buena cerveza y cigarros y se pronunciaron otros brillantes discursos. Durante estuvo allí reunida la concurrencia, o más bien dicho, durante hubo cerveza y cigarros, Botón Bumbula fue colmado de felicitaciones.

"Después de esto, todo el mundo se apretó el gorro a su casa, dejando como es muy consiguiente abiertas de par en par las puertas de esa fuente de recursos que se llama Banco Provincial de Córdoba".

EL BANCO Y EL FERROCARRIL A TUCUMAN

En su conocida y utilizada *"Historia de los Ferrocarriles Argentinos"*, Raúl Scalabrini Ortiz sostuvo, en forma muy rotunda, que los presidentes provincianos actuaron poco menos que como agentes del imperialismo británico... Es una afirmación muy propia de un porteño cien por ciento, y además contradicha por el propio Scalabrini en el caso particular de la construcción del Ferrocarril a Tucumán.

Este ferrocarril, que estaba proyectado por los ingleses como una prolongación del Central Argentino, fue luego desahuciado por los mismos ingleses cuando advirtieron que esta línea podía servir para fomentar la salida de los productos subtropicales y mineros de las provincias del Norte, resultando que no estaba en sus planes, estrictamente limitados a la explotación de la

"factoría pampeana". Fue el Estado Nacional, en los meses finales de la presidencia de Sarmiento, el que resolvió hacer esta obra por su cuenta. Y el tucumano Nicolás Avellaneda la impulsó luego enérgica y sostenidamente, a pesar de las penurias financieras del Estado Nacional y de la sospechosa oposición que se levantó en Buenos Aires contra el proyecto y contra su constructor, Telfener, pese a que el costo por kilómetro era 50 % menor al declarado entonces por las líneas inglesas más baratas. Es Scalabrini quien proporciona tales datos, y detalla además las objeciones absurdas y alarmistas que la prensa de Buenos Aires difundía contra el ferrocarril a Tucumán.

El 48 % de la obra debía ser abonado al contado por el Gobierno Nacional, y el 52 % restante en fondos públicos que Telfener se obligó a aceptar al 95 %, cualquiera fuere su cotización en Bolsa.

Pero el Gobierno Nacional, en 1874, no estaba



Doctor Nicolás Avellaneda, quien, como ministro nacional aconsejó a Tomás Garzón que el Banco debía ser o un Banco de Estado o con predominio del Estado en su gobierno.



Don David Carreras, primer presidente del Banco de Córdoba, elegido por los accionistas particulares.

en condiciones de hacer pagos al contado en la proporción a que se había obligado y el ferrocarril corría el serio riesgo de paralizarse. Ello explica la intervención financiera de algunos intermediarios, tales como la casa Vicente Ocampo, de Rosario y, en nuestro caso del Banco Provincial de Córdoba que acudió prontamente con sus operaciones para contribuir a la financiación de obra de tanta magnitud.

Según lo consignan los Libros de Actas del Directorio del Banco, en abril de 1874 se había resuelto "tomar todos los giros que hiciese el señor Telfener, constructor del Ferrocarril a Tucumán". El junio del 74, el Banco Provincial de Córdoba toma a Telfener una letra por diez mil patacones; en julio, una por seis mil patacones. En noviembre la empresa constructora del ferrocarril solicita se le tomen giros sobre Buenos Aires por valor de 25 a 30 mil patacones, y el Directorio del Banco acuerda entregar de 10 a 15 mil, firmándose un vale a la vista, con la garantía de la Casa Vicente Ocampo, y con la obligación de dar letras una vez que el Banco lo pidiese. En diciembre del mismo año 1874, y ante una gestión de la empresa del ferrocarril, se acuerda otorgar la suma de 10 mil pesos bolivianos, para ser oportunamente reembolsada en letras con la garantía de la Casa Ocampo. Y con la misma garantía, se entrega a la empresa constructora del ferrocarril, en enero de 1875, la suma de veinte mil patacones reembolsable en letras sobre Buenos Aires.

No es del caso recordar aquí la intencionada y malévolamente campaña que en Buenos Aires se desató contra el constructor del ferrocarril y que finalmente le llevó a renunciar a la explotación de la línea, que también era parte de su proyecto. Pero sí debe destacarse que el Banco Provincial de Córdoba, primera institución oficial de crédito que funcionó en el Interior argentino, pudo acudir en auxilio de la Nación, sirviendo, en época tan temprana como la de sus modestos comienzos a la concreción de una obra constantemente amenazada de suspensión, no sólo por las penurias financieras del Estado Nacional sino también por la persistente campaña de críticas, que el propio Scalabrini Ortiz ha recordado en su ya citada "Historia de los Ferrocarriles".

Es indudable, después de los antecedentes citados, el mérito del modesto Banco Provincial de Córdoba en la realización de una obra de tanta importancia no sólo para las provincias del Norte, sino también para la integración efectiva del país, al aportar su cuota en la financiación del ferrocarril a Tucumán en forma de descuentos de letras y toma de giros, tipo de financiación que en la actualidad suele realizarse por lo común bajo la forma de "descuento de certificados de obras públicas". Ello inviste también de una significación especial a la presencia del Comandante de la frontera del Sur —asiento en Río Cuarto— general don Julio Argentino Roca, ya por entonces bastante acorobesado por el casamiento, las amistades y el domicilio, en los actos que tuvieron lugar en Tucumán cuando el

UN BANCO CORDOBES

presidente Avellaneda inauguró el ferrocarril, el 1º de noviembre de 1876.

UN BANQUITO RIVAL

Precisamente en el sur de Córdoba, donde el Banco Provincial tenía interés en instalar una sucursal para atender el movimiento comercial del ferrocarril y la conversión de sus billetes, había surgido, en ese año 1876, un pequeño banco que se oponía a tal instalación: el **Banco de Río Cuarto** en cuyo directorio figuraba, con carácter de vicepresidente, el fuerte estanciero de la frontera india, don Wenceslao Tejerina. Otro fuerte estancero del sur, don Ambrosio Olmos, se contaba también entre quienes daban su respaldo a este banco privado.

Respondiendo a esos intereses locales, el periódico "**La Voz de Río Cuarto**", en sus ediciones del 3 de mayo y del 21 de junio de 1876, se opuso a la proyectada instalación de una sucursal del Banco Provincial, por entender que Río Cuarto era escenario demasiado pequeño para contar con dos bancos, y atacó por lo mismo al Gobierno Provincial y a la persona del gobernador, Dr. Enrique Rodríguez, acusando a éste de haberse referido despectivamente a la institución ríocuartense, al llamar "banquito" al Banco de Río Cuarto. La amistad de Tejerina y Olmos con el general Roca y con su hermano Alejandro —estanciero también en la misma zona— así como las vinculaciones de este grupo con los cordobeses del sector de Viso y Juárez Celman, que ya gravitaban fuertemente en la política de la provincia, debe haber sido, seguramente, uno de los más poderosos factores para allanar esa oposición pues hacia 1880 el Banco de Río Cuarto cesaba sus actividades y Tejerina aparecía en Córdoba como miembro del Directorio del Banco Provincial y, algo más tarde, como presidente del comité cordobés del Partido Autonomista Nacional... Estando Tejerina a cargo de la presidencia del Banco Provincial, a fines de 1880, se decidió por fin instalar la sucursal en Río Cuarto, la que fue inaugurada el 1º de enero de 1881.

EN LOS AÑOS DEL JUARISMO

La palabra **juarismo** tiene todavía hoy, y también en Córdoba, una resonancia peyorativa, vinculada generalmente a la idea de fastuosidad, despilfarro y hasta corrupción. Tal connotación se explica por la larga y oscura leyenda elaborada conjuntamente por los dos enemigos mortales del juarismo o, más precisamente, por los enemigos de esa alianza nacional que entonces se denominó el "roqui-juarismo"; esos adversarios fueron el partido católico y el partido de los cívicos, prolongado en parte, este último, por el radicalismo después de 1893. Hoy puede decirse, sin embargo, que el juarismo no fue lo que entonces se pintó...

TODO ES HISTORIA Nº 79

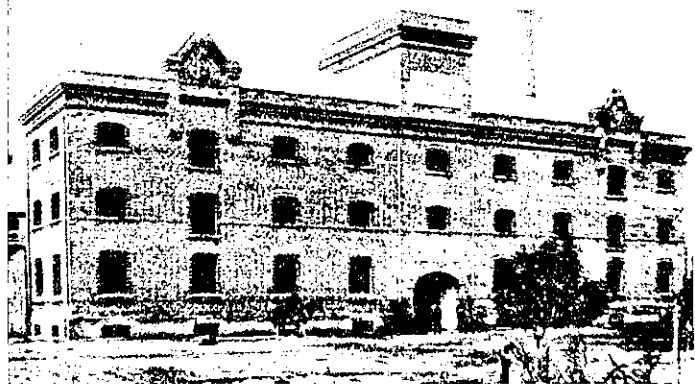
La fastuosidad y el despilfarro parecieron tales a los adversarios de Juárez, porque su obra de profundas renovaciones y de progreso material, realizada en menos de diez años se cumplió —nos atenemos siempre al caso de Córdoba— en una pequeña ciudad de adobes y de tejas donde la generación gobernante lo hizo todo nuevo, o poco menos: construyó obras de riego gigantescas para la época, puso la electricidad y las aguas corrientes, construyó plazas y mercados, y además remató la enorme tarea con obras que entonces se calificaron de "suntuarias" y que escandalizaron por ello a la rutinaria sobriedad aldeana. Las mayores de ellas fueron el edificio construido para el Banco y el estupendo Teatro, que a pesar del abandono de su conservación sigue siendo uno de los más grandes y bellos del país. La llamada **fastuosidad**, en consecuencia consiste en que el juarismo, en un período asombrosamente breve, puso cimientos y levantó paredes, pero también colocó la clave de bóveda y además conservó el impulso necesario para coronar la tarea con cornisas y decoraciones...

Y en lo que respecta a la supuesta "corrupción", digamos que ella no pasó de ciertos favoritismos y prebendas de manga ancha, que fueron amplificadas enorme y malévolamente por los adversarios después de 1890, y que en nuestro país —y no sólo en el nuestro— parecen acompañar, como la sombra al cuerpo, al predominio de un partido cuando este predominio es incontrastable. Pero se equivocaría el juicio histórico si tomara la sombra por el cuerpo.

En los **Libros de Actas** del Directorio del Banco Provincial de Córdoba, que constituyen un depositario muy incompleto, pues faltan los coplados de correspondencia y muchos otros documentos aparecen con alguna frecuencia, entre los años 1874 y 1881, operaciones de crédito, descuentos de letras y aceptación de documentos de



Wenceslao Tejerina: estanciero del sur de Córdoba, presidente del comité cordobés del Partido Autonomista Nacional y presidente del Banco Provincial de Córdoba, que propulsó la instalación de la sucursal en Río Cuarto.



Fábrica de Cerveza en Río Segundo, levantada en Córdoba durante el auge económico de la década del 80 (fotografía de 1888).

terceros a favor del general Julio A. Roca, de Miguel Juárez Celman, de Marcos Juárez, de Alejandro Roca y de Ambrosio Olmos, muchas veces con la garantía de uno u otro de los mismos personajes. La mayor parte de estas operaciones corresponde al año 1880, año de intensos trabajos políticos y preelectorales en que los nombrados estaban empeñados. La suma más grande que aparece en tales operaciones —\$ 20.000— suponemos parecería muy modesta si la pudiéramos comparar con los recursos movilizados en la misma época por el Dr. Tejedor y otros hombres del partido adversario, a través del Banco de la Provincia de Buenos Aires y de otros medios... Pero, volviendo a las citadas operaciones personales, digamos que, si algún tipo de favoritismo pudo existir en ellas no consistiría en otra cosa que en la frecuencia de tales acuerdos o en el mínimo interés que se aplicó en algunos casos, pues las garantías o avalistas eran firmas de indudable y reconocida solvencia, como ocurría con Alejandro Roca, Ambrosio Olmos o la casa Vicente Ocampo.

Tal es lo que hace a la historia menuda. En lo que respecta a la historia mayor, el juicio debe recaer necesariamente sobre la política que el juarismo siguió con el Banco y desde el Banco, cuando pudo hacerlo, en el período que va desde mayo de 1880, cuando Miguel Juárez asume la gobernación de Córdoba, hasta la revolución de 1890, cuando el mismo Juárez, presidente de la Nación arrastra en su caída a los juaristas cordobeses, comenzando por su hermano Marcos, entonces gobernador de la provincia.

Esa política conoce dos momentos esenciales: el primero, durante el gobierno de Miguel Juárez Celman cuando el Estado Provincial consigue arreglar con el Banco —dominado por el sector privado— la cuestión de la deuda que venía arrastrándose y creciendo, por la mora del Gobierno en integrar sus cuotas de capital. Fue una víctima a medias, pues el gobierno, tratado por el Banco como un simple particular, ya había aprobado, año tras año, los estados de cuenta donde también figuraban los intereses aplicados a la deuda del Estado situación absurda para "una institución pública creada con fines de administración pública", según lo había puntualizado Carlos Bouquet en 1878.

El segundo momento, y el más significativo de

la política juarista en el Banco, lo constituye, durante el gobierno de don Ambrosio Olmos, la esencial reforma de septiembre de 1886, que aumentó el capital de la institución, dejó en minoría en el Directorio al sector privado, e impulsó las operaciones del Banco, sacándolo del círculo restringido del comercio de la capital, para volcar el crédito en la agricultura y la ganadería, al mismo tiempo que creaba un importante número de sucursales en el interior de la Provincia.

Resulta notable y paradójico que esta ambiciosa reforma haya sido juzgada en forma tan opuesta por los dos autores que más se han ocupado de la historia del Banco Provincial. El Dr. Félix T. Garzón, cuya formación política había sido juarista, la condena por significar un avance del gobierno sobre el Banco y hasta por lesionar el "derecho de propiedad" de los accionistas particulares. Tal es, en resumen, el juicio contenido en su *Historia del Banco Provincial de Córdoba y Banco de Córdoba*. En cambio el ingeniero don Manuel E. Río, que siempre fue un antijuarista apasionado y un fervoroso militante del bando católico, la juzga en forma francamente positiva, aunque condena el optimismo ciego y la fiebre de especulación en vísperas del 90. Pero defiende rotundamente el papel del Estado en el gobierno del Banco. "Sólo el Estado, puede y debe girar letras a largos plazos descontables por la prosperidad general", sostiene Manuel E. Río en su obra, ya citada, sobre *Las Finanzas Públicas de Córdoba*. Y más adelante agrega: "Los efectos de la reforma se experimentaron inmediatamente. El Banco extendió su acción, fundó nuevas sucursales en la campaña, contribuyó en mayores proporciones al desarrollo de las industrias y ocasionó un movimiento de valores antes desconocido. Las sumas colocadas alcanzaron en el año 1886 a 3.043.134 pesos nacionales, comprendiendo la cartera, cuentas corrientes y sección hipotecaria, y las acciones llegaron a cotizarse por el doble de su valor escrito".

UN NUEVO EDIFICIO

El viejo caserón donde funcionaba el Banco, frente al Convento de la Merced, resultaba ya inadecuado para el movimiento de la institución, e incompatible, sobre todo, con la pasión constructora del juarismo. De modo que el Directorio presidido por don Santiago Díaz, un catamarqueño inquieto y dinámico, inició las gestiones necesarias para la construcción de un nuevo y grande edificio. De tales gestiones, sólo es posible reconstruir ahora lo que quedó asentado en los Libros de Actas, pues el resto de los papeles y la correspondencia —y hasta los balances del Banco Provincial!— desapareció en las periódicas quemas, ordenadas por esos temibles enemigos de los archivos que son los contadores bancarios, para quienes rige como un axioma la consigna de que no existe más pasado que el que alcanza su memoria...

Antes de finalizar el año 1877, el Directorio del Banco aceptó los planes presentados por el ingeniero y arquitecto italiano don Francisco Tamburini, autor también del proyecto del Teatro de Córdoba, del primer proyecto de ampliación de la Casa Rosada, del primer proyecto del nuevo Teatro Colón, y del edificio para Departamento de Policía en la Capital Federal, así como de la casa particular de Juárez Celman en Buenos Aires. Los planos de Tamburini aparecen firmados en el mes de mayo de 1877, y la obra, presu-

UN BANCO CORDOBES

puestada en la suma de \$ 900.000, se realizó en un tiempo récord si se piensa en sus proporciones, pues en el mes de mayo de 1889 se inauguró, coincidiendo con el ascenso al poder de Marcos N. Juárez nuevo gobernador de la provincia, y cuando sólo faltaban detalles de terminación y pinturas en algunos ambientes.

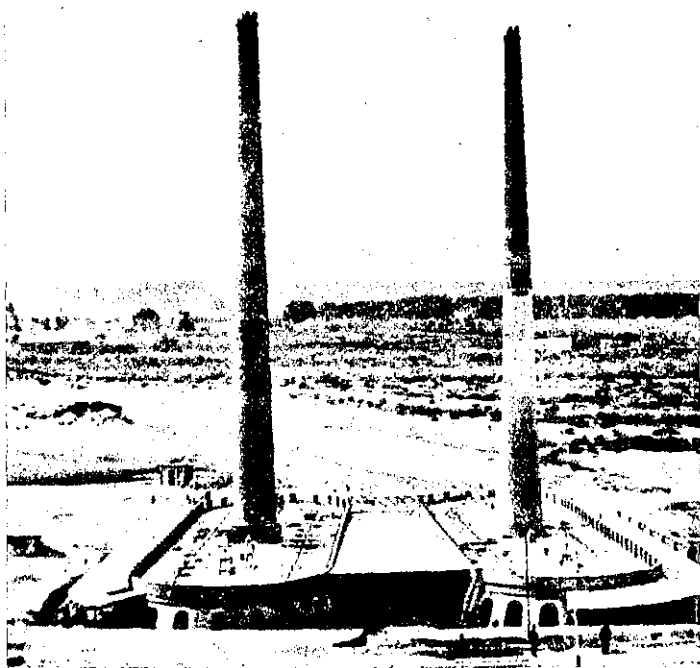
El diario católico "El Porvenir", que dirigían el presbítero Jacinto Ríos y el Dr. Juan M. Garro, publicó en su edición del día 17 la siguiente noticia: "Siendo hoy día de gran jolgorio oficial con motivo de la exaltación del Sr. Juárez al gobierno, los Bancos Nacional y Provincial no abrirán sus puertas, según lo previenen sus gerentes en el aviso que va en la sección respectiva".

Y el lunes 20 de mayo se realizó en los salones del edificio del Banco un gran baile para celebrar la asunción de Marcos Juárez y la inauguración del monumental edificio. El viernes anterior se había servido un banquete de homenaje a don Marcos, en el que hablaron, entre otros, Santiago Díaz, Lídoro Quinteros, gobernador de Tucumán, Lucio V. Mansilla y Ramón J. Cárcano.

EL FINAL DE UNA ETAPA

La expansión permitida por la reforma de 1886, con el consiguiente aumento de su capital, la instalación de sucursales en la campaña y la construcción del gran edificio que se alza hoy en el N° 166 de la calle San Jerónimo, de la ciudad de Córdoba, fueron como el canto del cisne del Banco Provincial en las vísperas de una etapa crítica como fue la de los años 1889 y 1890.

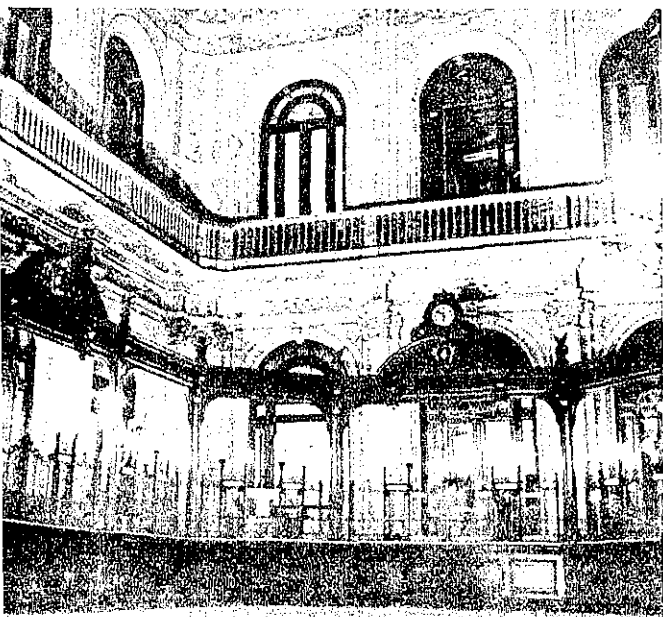
Ya al promediar la presidencia del general Roca, y a raíz de la creación por éste de la moneda nacional que expresaba la unidad monetaria del país, el Banco de Córdoba se vio abocado al problema de convertir sus emisiones, que constituían gran parte del circulante en el territorio provincial, (pues ya habían cerrado los bancos particulares) a la nueva moneda nacional. Y además del monto de las emisiones estaba el de su respaldo, pues los billetes del Banco Provincial de Córdoba, como otros del interior del país, tenían por base el valor de la plata, mientras en la plaza de Buenos Aires se operaba principalmente a oro⁽¹¹⁾. El problema no pudo ser resuelto satisfactoriamente por la Nación, sometida a la doble presión de unos y otros intereses, a pesar de las sucesivas reformas que se introdujeron en la ley monetaria. Mientras tanto, el Banco de Córdoba, como el de Santa Fe y luego el de Entre Ríos, prosiguieron con la emisión de billetes, situación a la que más tarde la presidencia de Juárez Celman intentó regularizar sin que se afectaran las soberanías provinciales, mediante el dictado de la Ley de Bancos Nacionales Garantidos. El primer banco que se acogió a esta ley fue el de Córdoba, el cual, por una interpretación excesivamente liberal de la Ley, y al parecer determinada sobre todo en mo-



Chimeneas en la Córdoba del 80: anticipando el auge industrial futuro, comenzaron a levantarse en Córdoba, en la época del juarismo, chimeneas como éstas, correspondientes a los hornos caleros de Omarini, a la vera del Río Primero.

tivos políticos, obtuvo que su parte en las emisiones garantidas no estuviese respaldada por metálico ni por depósitos efectivos sino por documentos, sistema que luego utilizaron otros bancos, todos los cuales, poco después, consiguieron también que se les permitiera aumentar las emisiones⁽¹²⁾. El resultado de tal política fue un extraordinario aumento de la circulación fiduciaria por la cual ha sido juzgada y condenada aquella ley de Bancos Garantidos, por la mayoría de los expertos que estudiaron el asunto.

Por nuestra parte, nos aventuramos a conjeturar que, dado el carácter mundial de la crisis que se avecinaba, resulta sin duda de una excesiva severidad imputarla a la tolerancia del juarismo para con la libertad del crédito bancario, la exageración de las emisiones fiduciarias o la corrupción de ciertos círculos que se movían alrededor del oficialismo. Un ensayista contemporáneo, tratando de ver aquél pasado sin las gafas tradicionales creadas por la leyenda, escribe, "Por otra parte, gran parte de las acusaciones de corrupción se basaba en el hecho de que grupos empresariales nuevos estaban recibiendo parte del crédito que antes se canalizaba a sectores más tradicionales de la actividad económica (el mismo tipo de motivaciones se hacía presente cuando la crítica señalaba la canalización de demasiados fondos hacia "provincias insolventes")⁽¹³⁾. Y el mismo autor, refutando la conocida acusación de que las presidencias provincianas de la década 1880/1890 se olvidaron de sus provincias para gobernar en favor del Puerto y del Litoral pampeano, sostiene, precisamente en relación con nuestro tema: "Por el contrario, durante la gestión de Juárez Celman el Gobierno trató incesantemente de canalizar fondos hacia un interior que le proporcionaba gran parte de



El gran hall central del Banco de la Provincia de Córdoba revela el empuje constructivo y el refinamiento de los años del juarismo. El autor del proyecto, ingeniero Tamburini, fue también el realizador del gran Teatro Oficial y de importantes obras en la Capital Federal.

La gran Sala de Acuerdos de Directorio del Banco de Córdoba. Fotografía tomada durante una exposición de pintura cordobesa realizada para conmemorar el 96º Aniversario del Banco.

sus apoyos políticos: la ley de Bancos Garantidos es un buen indicador de ello”.

Cuando por fin llegó la crisis de 1890 con sus conocidas consecuencias políticas, el Banco Provincial de Córdoba se encontró con una difícil situación que no pudo ser salvada: aumento del crédito en descubierto otorgado al gobierno de la provincia; aumento de las emisiones y de sus consiguientes obligaciones para con la Nación en virtud de la Ley de Bancos Garantidos; aumento de las obligaciones del Banco frente a sus depositantes en cuentas corrientes, y frente a los tenedores de las acciones colocadas para los sucesivos aumentos de capital. Diez días después de la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman, el gobierno de la Nación intervino el Banco Provincial, suspendió en sus funciones al Directorio, y en octubre suspendió también las operaciones.

Al asumir la presidencia del Banco don Carlos Bouquet, en 1891, la institución es desvinculada de la Ley Nacional de Bancos Garantidos, y se entra en una etapa de prudentes arreglos mientras las operaciones continuaban suspendidas. Una ley provincial de agosto de 1892 lo declaró “Banco de Estado” y otras leyes posteriores prescribieron la forma en que el Banco iría efectuando los cobros a sus deudores, hasta que en marzo de 1900 es dispuesta la reapertura plena del viejo “Banco Provincial de Córdoba”, en dos secciones, una de **Liquidación** y otra de **Descuentos**, esta última con un capital de un millón doscientos mil pesos moneda nacional.

Posteriormente la entidad fue reestructurada integralmente por ley de octubre de 1902, que dispuso la creación del **Banco de Córdoba**, como entidad íntegramente oficial que inició sus operaciones en 1903, con un capital de cuatro millones de pesos, proveniente en su totalidad de las secciones del antiguo Banco y de la estimación de su edificio, muebles y útiles.

Por una curiosa coincidencia histórica, le tocó a un hijo del fundador del Banco Provincial Dr. Tomás Garzón, el ahora ministro de Hacienda Dr. Félix T. Garzón, ser propiciador de la ley que creaba el nuevo Banco de Córdoba.

En los umbrales del siglo, el país y Córdoba cambiaban nueva y aceleradamente, pero no tanto, quizá, como en aquellos lejanos años de 1870 a 1880, cuando la instauración del crédito bancario en el Interior parecía una aventura, en un escenario calificado por presencias tan distintas y contrapuestas como el primer ferrocarril, los malones indígenas, la vida de fortines, los primeros inmigrantes y las primeras trilladoras... ♦

(11) Sobre el tema, ver CUCCORESE, Horacio Juan: *Historia Económica Financiera Argentina (1862-1930)*, en *Historia Argentina contemporánea*, Vol. III, Academia Nacional de la Historia.

(12) CUCCORESE, Horacio Juan: *Op. cit.*

(13) GALLO, Ezequiel: *La generación del ochenta (consideraciones sobre la gestión económica)*, en “Polémica”, N° 43: Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1971.

ARGENTINA-

por
*Miguel Angel
Scenna*

CUARTA PARTE

EL EQUILIBRIO

La figura de Getulio Vargas
preside la última etapa del
desenvolvimiento brasileño y
la afirmación de su papel de
"país llave" del continente.



BRASIL

CUATRO SIGLOS DE RIVALIDAD



La crucial coyuntura que en el plano de las relaciones exteriores vivió nuestro país en 1872, jamás podrá atribuirse a factores adversos, a la mala suerte, o a circunstancias que la cancillería no pudo manejar. Fue el producto de la falta de una política coherente de metas precisas, la resultante de la ineptitud personal y la ausencia de un cuerpo diplomático idóneo, la carencia de un sentimiento histórico, el exceso de improvisación y fatuidad, el amor por las frases vacías, la primacía de la politiquería de comité sobre los intereses de la Nación.

Todo eso unido y potenciado, convergió durante la presidencia de Sarmiento, llevándonos al borde de un desastre de imprevisibles consecuencias. Empero, cuando el sanjuanino subió al poder, las circunstancias externas pudieron manejarse de manera favorable. Se había ganado una guerra costosa y sangrienta: Brasil, primera potencia sudamericana en

ese momento, era aliada de la Argentina y tenía un Tratado que cumplir. Con lo primero se pudieron obtener los límites acordados en la Triple Alianza, por lo segundo detener las ambiciones de Bolivia, que anhelaba llevar sus fronteras hasta el río Bermejo, y sobre todo frenar las aspiraciones de Chile sobre la Patagonia, al tiempo que se evitaba la ocupación militar por tiempo indeterminado del Paraguay por tropas brasileñas. Las circunstancias políticas internas —de ningún modo un planteo de contorno continental— llevaron al canciller Mariano Varela a emitir la más sonora y vacía de las "doctrinas" surgidas en América: La victoria no da derechos, frase que no emergió aislada, sino que era expresión de una mentalidad definida, cuya mejor síntesis la había adelantado años atrás el propio Sarmiento cuando en su *Facundo* aseguró que: El mal que aqueja a la Argentina es su extensión.

ARGENTINA-BRASIL

Esa mentalidad fue la que primó en la generación liberal posterior a Caseros, que salvo muy honrosas excepciones mantuvo una verdadera "doctrina" de patria chica. Cuanto más pequeños fuéramos en territorio más fácil sería implantar la **Civilización** y terminar con la **barbarie** autóctona. Y no son palabras nuestras. Ese maestro en sofismas que fue Juan Bautista Alberdi lo expresó en letras de molde, imborrables: "¿Cómo hemos salvado la unidad nacional? Por el método de los navegantes en peligro: echando parte del cargamento al mar. Renunciando a Bolivia, al Paraguay, al Uruguay, a las Malvinas y a Magallanes. Todas estas cuestiones son guerras ganadas para la Argentina. No son fuerza ni riqueza las dimensiones territoriales hiperbólicas, sin poder civilizarlas por la población y el trabajo. Gracias a ello nuestro territorio siguió reduciéndose a expensas de quienes sustentaban criterios nacionales menos declamatorios pero más coherentes.

En vano se buscará a lo largo de la historia brasileña una obra homóloga al **Facundo** explicando a una supuesta élite intelectual que Brasil es demasiado extenso. Y como ocurre con la obra, no se hallará ningún estadista o teórico brasileño equiparable al autor argentino. Simplemente porque si alguien penso tal cosa, difícilmente llegara, no ya a presidente de Brasil sino a mero escribiente de ministerio. Muy por el contrario, la clase dirigente brasileña —que allí la hubo, compacta, aguerrida y patriota— desde los tiempos coloniales pensó obstinadamente que Brasil nunca era demasiado grande, y lejos de australes desiertos insalvables, selvas imponentes, ríos infranqueables, jamás dejaron de pujar tercamente por llevar cada vez más lejos la frontera nacional. La resultante de ese tesón son los ocho millones de kilómetros cuadrados del actual Brasil, que lo colocan entre el reducido club de naciones-colosos de tamaño continental.

PROBLEMAS CON BOLIVIA

La desastrosa conducción de las relaciones exteriores bajo Sarmiento, iniciada con las incoherencias de Varela y continuada con los torpes manotazos de Tejedor, culminaron con el lastimoso fracaso de la misión Quintana. Después de ello el cuadro quedó completo: la Triple Alianza deshecha, Paraguay ocupado militarmente por brasileños convertidos virtualmente en protectorado del Imperio, la paz firmada por separado entre Río de Janeiro y Asunción con todos los beneficios para el primero; los territorios acordados a la Argentina en disputa; Brasil a la espalda de Paraguay para enfrentar las exigencias de Buenos Aires; Bolivia presentando reclamaciones por su lado y Argentina profundamente desprestigiada en toda América. Además, al borde de una guerra con Brasil donde Paraguay y Uruguay obrarían como satélites del Imperio.

Tan grave era el peligro de un conflicto, que el gobierno de Sarmiento inició aceleradamente el equipamiento de las fuerzas armadas comprando armas automáticas y naves blindadas para los ríos, mientras en el Imperio hacían otro tanto,



Mariano Melgarejo: un tratado con Brasil que arrebató a Bolivia un enorme territorio.

reforzando las tropas en Río Grande do Sul y Paraguay. Para completar el cerco, comenzaron las infiltraciones chilenas hacia el río Santa Cruz y Bolivia se dio a la tarea de presionar sobre Buenos Aires, empujada desde Río de Janeiro. El asunto venía de lejos. Mientras el canciller Elizalde desentendía de los vecinos, el Imperio jamás perdió de vista el anillo de países hispano-americanos que lo rodea. Desde el momento de comenzar la Guerra del Paraguay, Brasil estuvo presente en La Paz con tres fines netos y claros: mantener a Bolivia apartada de una alianza con Solano López, azuzar sus ambiciones sobre el Chaco contra la Argentina y a la vez lograr un acuerdo de límites favorable. Consiguió las tres cosas. Como siempre, no envió al primer improvisado con ganas de hacer turismo, sino a alguien con las condiciones necesarias para alcanzar la meta propuesta. López Netto se llamaba el plenipotenciario que, sin ser una estrella de gran magnitud, era un eficiente negociador para el que no significó mucho trabajo moverse en el desorden y el marasmo político de Bolivia. Insistimos que Brasil movió sus piezas en Bolivia desde el comienzo de la Guerra del Paraguay, mientras la cancillería argentina no se dignaba prestar atención ni trataba de influir sobre ninguno de sus vecinos, dejando campo libre al Imperio.

López Netto tuvo suerte. Gobernaba en Bolivia uno de los personajes más alucinantes y pintorescos que haya producido el Altiplano: el general Mariano Melgarejo, hombre valiente y audaz, asombrosamente ignorante, maravillosamente corrupto y totalmente incapaz de presidir nada organizado. El ministro brasileño le llenó el pecho de condecoraciones, el bolsillo de dinero y el oído de halagos. Hizo extensiva su generosidad a la concubina del general y a los miembros del séquito y despaciosamente fue trabajando su obra. Argentina pedía el Chaco, al que Bolivia tenía derechos y con el cual podía llevar su dominio territorial hasta el río Paraguay, lo que le

daria acceso a la Cuenca del Plata, redondeando sus posesiones hasta el río Bermejo por el sur. Una Gran Bolivia que sería la primera potencia en el corazón del continente. En cuanto a los límites con Brasil... bueno, debía tenerse en cuenta que apenas se trataba de desiertos deshabitados sobre los que no podía haber cuestiones enojosas. Alguna condecoración sumada a los clásicos patacones, y en mayo de 1867 Melgarejo firmó el más lamentable tratado que jamás fuera concluido por la desdichada Bolivia. Por el mismo renunciaba a una extensa porción de territorio en Oriente, retrocediendo las pretensiones bolivianas unos setecientos kilómetros en línea recta sobre el eje del río Madeira hasta fijarlo en la desembocadura del río Beni. Todo lo que es ahora Rondonia y la región occidental de Mato Grosso pasaron a poder de Brasil. En la región de Santa Cruz de la Sierra se permitió a Bolivia acercarse al río Paraguay, pero no mucho, pues ambas orillas quedaron en poder de Brasil, de modo que mientras el Imperio impulsaba a Bolivia hacia el río Paraguay a través del Chaco disputándolo a la Argentina, le negaba por otro lado ese mismo acceso en su linde. Tal es la razón por la cual hoy Bolivia no tiene costas sobre esa importante vía fluvial, excepto en un corto tramo de unos cuarenta kilómetros donde se levanta Puerto Busch.

Nuestra cancillería, que dejó correr estas negociaciones con perfecta indiferencia sin preocuparse en absoluto por el Altiplano, recogió los frutos de su incuria tan pronto como terminó la guerra. Comenzaba a encenderse los fuegos de la discordia con Brasil cuando apareció en Buenos Aires un enviado del gobierno boliviano para plantear las reclamaciones de La Paz. La suerte quiso que este emisario, Reyes Cardona, careciera del mínimo imprescindible de capacidad para cumplir misión tan delicada. Ampuloso y vacío como una pompa de jabón, difícilmente pudo encontrarse individuo menos idóneo. "Hombre ingenuo, aparatoso, solemne, hiperbólico y arcaico", lo considera Cárcano. En su primera entrevista con Tejedor descerrajó un truculento discurso amenazando con la Prusia Sudamericana, que, por supuesto, vendría a ser Bolivia. Después de tan tremebunda exposición pidió la línea de los ríos Paraguay y Bermejo. Tejedor lo escuchó divertido y decidió no hacerse más problemas con el individuo, dejándolo de lado. Lo cual constituyó otro error, pues Reyes Cardona fue rápidamente captado por la esfera de influencia de Magalhaes, ministro de Brasil en Buenos Aires, y si en verdad el hombre carecía de peligrosidad, obró, dirigido por el diplomático imperial como eficaz espina irritativa sobre el gobierno argentino.

También equivocó el tiro Tejedor en otro sentido. En vez de limitarse a desechar las pretensiones bolivianas y dejar caer la indiferencia sobre el emisario debió contratacar reclamando la devolución de Tarija, territorio argentino usurpado por Bolivia y aún no cedido oficialmente. Tampoco asumió nuestro gobierno una posición enérgica cuando en abril de 1872 Bolivia creó el distrito del Gran Chaco englobando, por lo menos en el mapa, la región comprendida entre el Bermejo y Bahía Negra.

PRIMERA MISION MITRE

La actitud boliviana era una reacción a la disposición de Sarmiento, que ante el agravamen-

to de la situación con Brasil creó la gobernación del Chaco nombrando primer gobernador al general Julio de Vedia, con asiento en Villa Occidental, cargo que fue aceptado por el designado el 31 de enero de 1872. La medida fue típicamente sarmientina: aunque la Constitución establece claramente que es el Congreso el único que puede fijar nuevos territorios, el presidente prescindió del ligero detalle y procedió por decreto. La disposición, a su vez, acarreó la inmediata protesta del gobierno de Asunción, digitado desde Río de Janeiro. Sarmiento incluyó entonces el pedido de restitución de la isla del Cerrito en manos de la marina brasileña. La isla, perteneciente a Corrientes, había sido ocupada en 1844 por los paraguayos que desalojaron a los pobladores y se establecieron en ella. Durante la guerra fue base naval del Imperio por dominar estratégicamente la confluencia de los grandes ríos. Cuando Argentina exigió su restitución, Brasil se limitó a eludir el asunto alegando el material pesado que en ella tenía, el tiempo que tardaría en evacuarlo y de paso poniendo en duda la soberanía argentina sobre ella. Declarando no aspirar a su dominio, Río se manifestaba neutral, no abriendo juicio sobre si la isla era paraguaya o argentina. Nueva espina en el problema planteado con el Imperio. Las cosas alcanzaron extrema gravedad cuando el 3 de marzo de 1872 el Consejo de Estado de Pedro II aceptó todo lo actuado por su representación en Paraguay, ratificándose los acuerdos Cotegipe-Lolza, lo que implicaba la ruptura de la Triple Alianza y la paz por separado. La afrenta que ello significaba para la Argentina podía acarrear la guerra entre ambos países.

Entonces se movió el ministro Magalhaes, que en Buenos Aires sugirió nuevamente a Tejedor la conveniencia de mandar a Río de Janeiro un ministro plenipotenciario para solucionar el grave diferendo, suavizar las melladas relaciones y lograr un acuerdo razonable. Enfrentado ante la inminencia de una guerra de incalculables consecuencias, el gobierno de Sarmiento decidió negociar. El problema fue elegir negociador. Presidente y canciller convinieron al cabo, y en las deliberaciones pertinentes volvió a primar la política interna. Faltaban aún dos años para la renovación presidencial, pero la crujiente gestión de Sarmiento estaba capitalizando, de rebote, a su máximo enemigo político, el general Bartolomé Mitre, que se alzaba como firme candidato a la primera magistratura. Así pues eligieron a Mitre como graciosa manera de quemarlo en una misión que por fuerza habría de ser sumamente difícil y de resultados aleatorios. Esa fue la opinión corriente, tanto en Argentina como en Brasil. Cárcano transcribe⁽¹⁾ las siguientes palabras del historiador brasileño Nabuco: "Enviar a Mitre a Brasil con aquella embajada era una hábil maniobra política porque si fracasaba o cedía demasiado a las exigencias del Imperio, quedaba inutilizado para la futura elección presidencial".

Mitre dudó bastante antes de aceptar. No sólo comprendió lo peligroso de la misión para su futuro político, sino que persistía su completa disidencia con la línea Sarmiento-Tejedor, a lo que se sumaba un abierto distanciamiento personal con el presidente. Empero, se hizo cargo de la difícil tarea. En sus instrucciones, Tejedor

(1) Ramón J. Cárcano, *La Guerra del Paraguay*, tomo II, Ed. Vial, Bs. As. 1941, pág. 639.

ARGENTINA-BRASIL

prescribió que debía obtener una formal declaración del gobierno brasileño en el sentido de que la Alianza seguía vigente y que por tanto el Imperio daría su apoyo a las reclamaciones argentinas sobre el Chaco. En cuanto a los límites, Tejedor alentaba una verdadera confusión de sentimientos. Tan pronto opinaba que el Chaco se debía partir por el paralelo 22, entregando el norte a Bolivia para que accediera al río Paraguay quedando el sur para la Argentina, como afirmaba que debía fijarse en el río Verde, dejando librado al arbitraje el resto, como se conformaba simplemente con Villa Occidental. Con Mitre se acordó que, en último extremo, se aceptaría el límite en el Pilcomayo, más una franja que incluyera Villa Occidental.

El 6 de julio de 1872 llegó Mitre a Río de Janeiro. Difícilmente allí hayan recibido a un diplomático con menos cortesía. Un gélido ambiente que no ahorra desaires rodeó al enviado argentino. Con paciencia benedictina, Mitre hizo caso omiso y lentamente comenzó a trabajar, perdiendo semanas en la tarea de ablandar el ambiente. Los primeros contactos oficiales los tuvo con el canciller Manuel Francisco Correia, correcto funcionario que no pasaba de fiel fonógrafo del jefe del gabinete, vizconde Río Branco. Mientras se negociaba, ostentadamente Brasil reforzó sus guarniciones en Río Grande do Sul y Paraguay. El primer consejo de Mitre a Tejedor fue que el gobierno argentino reconociera el acuerdo Cotegeipe-Loizaga como un hecho consumado. Ratificado por el emperador, era inútil esperar una marcha atrás. Así se hizo y a cambio de tal reconocimiento Mitre logró que Brasil afirmara la plena vigencia de las determinaciones de la Triple Alianza. Acordado el primer punto de avenimiento, que distendía apreciablemente las relaciones, el gobierno carioca nombró plenipotenciario para tratar con el argentino al veterano José Antonio Pimenta Bueno, marqués de San Vicente. Nada más engañoso que el aspecto de este as de la diplomacia, que andaba por los 70 años de edad. "Enteramente imperfecta es su dicción, no por defectos físicos, sino por malos hábitos de la infancia que nunca enmienda a pesar de su esfuerzo... Es hasta físicamente uno de los hombres más feos de su época. Tanta conciencia tenía al respecto, que nunca consiente retratarse, como si quisiera guardar su fealdad únicamente para las personas de la casa." (2).

Cuando comenzaban las negociaciones, cayó por Río de Janeiro don Reyes Cardona enarbolando los derechos de Bolivia para intervenir en las conversaciones. San Vicente quiso aprovecharlo y propuso a Mitre que Argentina y Bolivia aceptaran al Brasil como árbitro de sus problemas en el Chaco. La negativa del general fue terminante: los asuntos con Bolivia los arreglaría la Argentina por su cuenta. San Vicente no insistió y poco después un cambio de situación en la Paz borró del paisaje a Reyes Cardona.

Otra tirada a fondo del brasileño ocurrió cuanto sorpresivamente dejó caer ante Mitre los derechos del Paraguay al territorio de Misiones y la isla del Cerrito. Negativa de Mitre a considerar

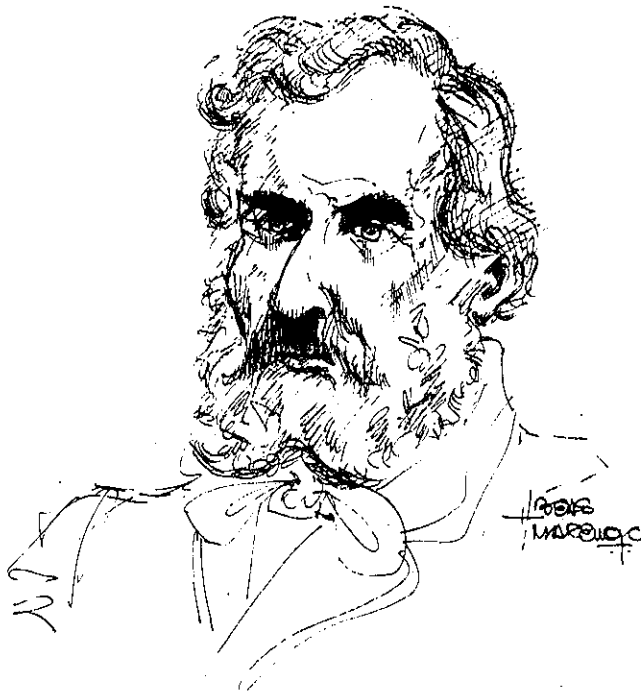
el asunto. El límite sobre el Paraná no estaba en discusión. Misiones y el Cerrito eran argentinas. Lo que se discutía era el dominio del Chaco boreal. Naturalmente, Mitre comprendía que después de todo lo ocurrido Argentina no podía aspirar a Bahía Negra, por lo cual debió aceptar una reducción de las pretensiones. San Vicente propuso que Argentina se conformara con la línea del Pilcomayo. Aceptada ésta, no habría más problemas y la paz se firmaría en el acto. Mitre insistió en el dominio de Villa Occidental. Al cabo, después de agobiantes negociaciones que se prolongaron durante meses, se llegó a un acuerdo el 19 de noviembre: Argentina reclamaba ante Paraguay la línea del Pilcomayo más una franja de territorio que incluyera Villa Occidental. El resto del Chaco pasaría a arbitraje. Mitre cometió el error de permitir que nada de ello quedara consignado por escrito. De acuerdo a la Triple Alianza, Brasil apoyaría la tesis argentina, si bien el general no pudo arrancar más que un suave apoyo "moral" que a los tres meses de firmarse la paz entre Buenos Aires y Asunción, Brasil retiraría sus tropas del Paraguay. Después de más de medio año de negociaciones Mitre regresó a Buenos Aires el 27 de diciembre de 1872. De acuerdo a Cárcano: "La misión de Mitre realiza las instrucciones de su gobierno, merece su aprobación y aplauso, reanuda la cordialidad al menos en las formas, permite la discusión sin la amenaza de las armas. Estas son sus consecuencias felices".

Lograda la paz luego de una de las misiones más difíciles de nuestra historia, Mitre fue recibido en triunfo al llegar a Buenos Aires. Era el indiscutido candidato a presidente para las elecciones que tendrían lugar año y medio después.

SEGUNDA MISION MITRE

Por más que la misión Mitre fuera pasible de discusión en algunos aspectos, no por ello deja de ser cierto que constituyó la actuación más destacada de la diplomacia argentina en esos años. Mantuvo la paz con el Imperio y abrió las puertas para concluirla con Paraguay. Precisamente de eso se trataba ahora. Debía enviarse un plenipotenciario a Asunción para terminar las cosas de acuerdo a lo convenido en Río de Janeiro. Sarmiento y Tejedor estuvieron de acuerdo en que el mismo Bartolomé Mitre debía ocuparse de la tarea. Posiblemente no fuera lo más acertado. Durante la misión en Río el áspero canciller había sostenido más de una polémica epistolar con el ex presidente, que llevó a un grado de distanciamiento personal difícilmente salvable a Mitre y Tejedor, al tiempo que ensanchó el abismo que separaba a aquél del presidente Sarmiento. Por otra parte, siendo el mismo Mitre candidato del partido opositor, era poco menos que inevitable que su posición política gravitara negativamente sobre la nueva misión que se le encomendaba. Empero, nuevamente Mitre aceptó. Tuvo largas conferencias con Tejedor burilando cuidadosamente las instrucciones a que debía atenerse. Mitre no confiaba mucho en el apoyo "moral" prometido por el Imperio, que podía ser retirado o condicionado en el momento oportuno. Sabía que Río de Janeiro difícilmente aceptaría nada más allá del Pilcomayo y, viéndole que la diplomacia de Varela y Tejedor hablar destruido las posibilidades argentinas al Chac

(2) Idem, pág. 707.



El canciller argentino Carlos Tejedor actuó frente a Brasil en función de la política interna de su país.

boreal, creía más conveniente negociar sobre esa base con el fin de apurar la paz con Paraguay. Tejedor, en cambio, insistía en la necesidad de retener Villa Occidental. Al cabo se llegó a un acuerdo, y las instrucciones de Mitre rezaban que debía lograr la línea del Pilcomayo más una franja que incluyera la Villa, pero si el negociador argentino llegaba a comprobar que ésta no era vital para los intereses nacionales, podía cederla quedando la frontera en el Pilcomayo. El resto del Chaco pasaría a arbitraje. El presidente Sarmiento estudió las instrucciones, estuvo de acuerdo con ellas y les dio el visto bueno.

En abril de 1873 Mitre se trasladó a Asunción. Llegó en pleno movimiento revolucionario anti-brasileño, que fue rápidamente aplastado. Demorado unos días por ese acontecimiento, en las primeras entrevistas con el presidente Jovellanos éste transparentó el deseo de ver desocupado el Paraguay por las fuerzas imperiales, pero el punto, de acuerdo a lo convenido en Río de Janeiro, estaba supeditado a la previa paz entre Argentina y Paraguay. Era evidente que Brasil levantaría escollos a las pretensiones argentinas para prolongar la ocupación, por lo cual Mitre prefirió adelantar por pasos progresivos, comenzando por fijar el límite en el alto y medio Paraná. El 7 de mayo quedaba convenido que la línea pasaría por el medio del río, con la isla de Apipé para la Argentina y la de Yaciretá para Paraguay. Al llegar al río Paraguay, Mitre estableció como indiscutida la soberanía argentina sobre la isla del Cerrito y los territorios al sur del Pilcomayo. Planteó entonces la cuestión de Villa Occidental. De inmediato el plenipotenciario brasileño, vizconde de Araguaya, marcó su posición, rápidamente apoyada por el representante paraguayo.

Mitre protestó por violar ello lo acordado en Río de Janeiro. No sólo Brasil negaba su famoso apoyo moral, sino que volvía al viejo plan agresivo contra la Argentina. Araguaya se limitó a mostrar a Mitre sus instrucciones, que prescribían esa posición. La mano de Río Branco aparecía claramente en Asunción con el propósito de que la paz no fuera firmada. En un aparte, el brasileño fue claro ante el argentino: Brasil no aceptaría otra línea que no fuera la estricta del Pilcomayo.

De acuerdo a sus instrucciones, Mitre estuvo dispuesto a ceder, pero antes se trasladó a Villa Occidental para sopesar su importancia eventual para la Argentina. Comunicó que era perfectamente prescindible para el desarrollo del Chaco central, al sur del Pilcomayo, y que constituía una avanzada militar de difícil defensa. Entonces, repentinamente, Tejedor varió sus instrucciones; a toda costa debía Mitre retener Villa Occidental; de ningún modo debía cederla al Paraguay. El giro de la cancillería provocó una áspera polémica entre el canciller y el plenipotenciario, que rozó de lleno el plano personal. Mitre le escribía: "Las nuevas y definitivas instrucciones que hoy me gobiernan, y que previenen hacer cuestión a todo trance de Villa Occidental, de la cual depende el éxito de la negociación, son opuestas a las que recibí al tiempo de ser nombrado, y que fueron acordadas conmigo, y alteran por lo tanto el plan de mi misión, el de mis operaciones en ella, su base, y hasta su resultado probable". ¿Qué había ocurrido? Que en Buenos Aires el canciller comprendió que, de firmarse la paz los méritos del éxito recaerían sobre Mitre y éste regresaría en triunfo sin que nadie pudiera evitar en adelante su elección como presidente de la República. La perspectiva era intolerable para el partido autonomista en que militaban Sarmiento y Tejedor. Se debía, pues, evitar una victoria de Mitre en Asunción.

El poco ameno intercambio de nota entre el general y el canciller muestran en Tejedor un franco afán de evitar todo acuerdo, sumando datos contradictorios, exponiendo detalles inciertos, perdiendo en un fraseo donde la profundidad y la coherencia brillan por su ausencia. Al cabo, el 21 de julio, Mitre le exigió que se dignara enviarle instrucciones precisas, finales, concretas. Justo lo que Tejedor no estaba dispuesto hacer; por ello en agosto le ordenó suspender la misión y retirarse. Mitre regresó a Buenos Aires, elevó el informe correspondiente y el 9 de noviembre de 1873 presentó su renuncia como plenipotenciario. Tejedor había logrado su fin, Mitre había fracasado trabando con ello su acceso a la presidencia. Claro que el asunto costaba la paz con el Paraguay, que seguiría ocupado por Brasil, además de la nueva tensión con el Imperio que acordaba un verdadero triunfo para Río Branco al asentar el protectorado sobre la república guaraní, pero todo eso era secundario. Nuevamente el interés nacional se supeditaba al minúsculo interés de un partido. Para completar su ciclo de desaciertos y torpezas Tejedor, siempre teniendo por norte evitar que Mitre fuera presidente, no encontró mejor camino que publicar las cartas confidenciales en que el general manifestaba su parecer de que el límite debía fijarse en el Pilcomayo, renunciando a Villa Occidental. Con ello pretendió desmerecerlo ante el electorado, olvidando que también perjudicaba en el exterior su propia teoría de retener Villa Occidental. Este modelo de canciller arrojó la carta a la cara de Mitre sin prever que Brasil la recogería en el acto para volverla en su contra.

ARGENTINA-BRASIL

LA MISIÓN TEJEDOR

Terminaba la presidencia de Sarmiento y el problema del Paraguay se hallaba a fojas uno. En los seis años transcurridos el Imperio había aprovechado el tiempo para asentar su dominio. La república guaraní era territorio militarmente ocupado y políticamente un simple protectorado brasileño. El fin de Río de Janeiro era convertir ese protectorado provisorio en definitivo, que al cabo del tiempo pudiera desembocar sin mayor esfuerzo en la anexión lisa y llana. La cancillería argentina había perdido todas las bazas y desperdiciado las mejores oportunidades. Entonces, cuando todo parecía culminar en un gigantesco fracaso, del mismo Paraguay sometido surgió el impulso que daría a Tejedor su único triunfo, permitiendo frenar las ambiciones del Brasil.

Casi un lustro de ocupación militar es suficiente para crear un sentimiento de resistencia. Sobre todo cuando esa ocupación es dura y extorsiva, como la que Brasil mantuvo en Paraguay. Rápidamente creció un fuerte sentimiento nacional, antibrasileño, profundamente arraigado en la tierra, decidido a evitar la absorción del país por el Imperio. La tarea era difícilísima y estaba sembrada de peligros, pues el ojo de Río de Janeiro no se apartaba de lo que ocurriera en Asunción. Señala Cárcano que mientras el problema paraguayo fue siempre para Brasil de primera prioridad consumiendo largas y numerosas sesiones del Consejo de Estado, para el gobierno de Sarmiento nunca pasó de asunto molesto, tratado esporádicamente y a la ligera, sin constituir jamás tema de fondo en las reuniones de gabinete. Ningún agente argentino se movía en Asunción, que pululaba en espías brasileños destinados a detectar cualquier sentimiento adverso para reprimirlo. Mientras Argentina mandaba ministros a desgano a la capital paraguaya y siempre por tiempo limitado, pues nadie quería sacrificarse con el clima y la pobreza de Asunción, Brasil mantenía en forma permanente a sus mejores diplomáticos, como Río Branco, Coteipe y Araguaya. Con tales características, cualquier movimiento de resistencia paraguayo debía moverse con la máxima precaución y cuidado, cubierto bajo un insospechable manto probra-sileño como único medio de evitar su destrucción.

Hacia 1874 esa resistencia ya formaba un grupo selecto e importante, que reunía a lo mejor de la juventud paraguaya, con ramificaciones seguras en todas las escalas del gobierno. Conjurados en el mayor secreto, trazaron cuidadosamente los planes para liberar al Paraguay del Imperio. Uno de los jefes era el general Benigno Ferreira, en ese momento ministro de guerra por su aparente adhesión al Brasil, pero también estaba en la conjura el propio presidente Jovellanos, buena parte del Congreso y muchos altos funcionarios, todos nombrados por el Imperio. Entre dichos funcionarios se contaba un joven de 28 años, Jaime Sosa Escalada, famoso por su devoción incondicional a Río de Janeiro, que habría de jugar un primerísimo papel en esta historia.

Desde ya, los conjurados necesitaban la cola-

boración argentina. El problema era manejar las cosas sin que la clásica torpeza de nuestra cancillería echara a perder el asunto. Bajo cuerdas entraron en contacto con el jefe del partido autonomista, Adolfo Alsina, que los puso en contacto con Tejedor. El plan que proponía consistía en lo siguiente: el presidente Jovellanos renunciaría repentinamente, sin previo aviso. De inmediato sería enviado a Buenos Aires como ministro plenipotenciario y firmaría la paz con Tejedor. El pacto sería remitido sin demora a Asunción, donde el Congreso lo ratificaría sobre la marca. Paraguay entregaba Villa Occidental pero Brasil se vería obligado a retirar sus fuerzas dentro de los tres meses, como se había acordado con Mitre. El secreto del éxito consistía en la rapidez con que se ejecutarán los pasos para evitar la segura reacción imperial.

Todo marchaba bien cuando Jovellanos dio la voz de alto: los servicios de información brasileños habían pescado la punta de la madeja y estaban alertas. Debían dejarse las cosas quietas por el momento para no delatar a los participantes. En efecto, las sospechas de Brasil eran graves y el primer sospechoso era el mismo Jovellanos. A principios de 1874 Río Branco mandó a Asunción, como cuarto virrey del Paraguay, al barón de Gondim para reemplazar a Araguaya. Como



Bernardo de Irigoyen: rectificó en parte la política anterior a su gestión.

primera medida impuso a Juan Bautista Gill —hombre seguro— en el gabinete de Jovellanos, ya condenado por el Imperio. Se debía designar ministro plenipotenciario en Río de Janeiro y para el cargo Gondim eligió a un candidato insospechable para Río, Jaime Sosa Escalada. Como se preparaba el protectorado franco y abierto, el paraguayo debía limitarse a seguir las órdenes de Río Branco. Su papel era el de mero hombre de paja para los fines del Imperio. Ya los planes estaban muy adelantados. En junio de 1874, a raíz de un incidente con un marino brasileño, la escuadra imperial no encontró medio más expeditivo que bombardear una pequeña población argentina. Aquello podía significar un *casus belli*, pero el gobierno argentino, apretado por las elecciones presidenciales y las nubes revolucionarias se limitó a una protesta protocolar, desentendiéndose de la gravedad del asunto. Hay razones para creer que ese acto de prepotencia fue un puntazo sabiamente calculado para detectar la capacidad de reacción de la Argentina. Si aguantaba que le bombardearan una población, indudablemente soportaría sin muchos problemas que Brasil incorporara Paraguay. Así pues Gondim redactó las instrucciones de Sosa y se las pasó a Jovellanos para que les pusiera la correspondiente firma. En sus futuras negociaciones con el plenipotenciario argentino de ningún modo aceptaría otro límite que el del río Pilcomayo. Lo que no previó Gondim fue que Jovellanos, tras firmar las instrucciones, entregó otras a Sosa, aceptando la cesión de Villa Occidental a cambio del retiro de las fuerzas brasileñas. Heroicamente, este puñado de paraguayos se jugaban íntegros para salvar a su patria. Las instrucciones del presidente incluían estas conmovedoras palabras: "En el deseo de remediar en algo los males que aquejan al país, invocando su patriotismo, lo autorizó para efectuar los tratados con la República Argentina bajo la base de la desocupación inmediata brasileña, por más que a ello se opongan las instrucciones oficiales que, como Ud. sabe, han sido redactadas en la legación brasileña... Este paso, por insólito que sea, lo doy, señor Sosa, como ciudadano y magistrado, con la conciencia tranquila, pues usted no ignora el peligro inminente que corre la independencia de Paraguay, si este estado de cosas continúa". Al mismo tiempo, Jovellanos hizo llegar sus propias instrucciones a Tejedor, que al parecer abrió finalmente los ojos comprendiendo el alcance de lo que ponía en sus manos Paraguay.

Sosa llegó a Río de Janeiro y allí fue tratado como lo que creían que era: un mero síviente, un deleznable títere hecho sólo para la obediencia. Como el gobierno paraguayo no tenía dinero para mantenerlo, debió vivir de lo que le pasara el gabinete brasileño. No hubo humillación que no debiera soportar, vejámenes que no debiera tragar en silencio. Todo lo aguantó Sosa, mostrando siempre la mayor sumisión, ocultando sus sentimientos y esperando el momento oportuno. José María Rosa transcribe una carta que Sosa dirigió a Jovellanos (3). "Ellos son muy patriotas, como buenos brasileños, y todo lo hacen en bien de su país. Paguémosle nosotros en la misma moneda conspirando contra ellos y contra sus propias conspiraciones. Como paraguayos habremos cumplido con nuestro deber, y no tienen por qué reprocharnos esta conducta, desde que no hacemos con ellos sino exactamente lo que hacen con nosotros".

Río Branco, seguro y tranquilo de la marcha de

los acontecimientos, decidió apretar los últimos tornillos. Ya había elegido al plenipotenciario paraguayo, ahora eligiría al plenipotenciario argentino y, para remate, la sede de las reuniones. Sugirió a Tejedor que las mismas se llevaran a cabo en Río de Janeiro y manifestó su complacencia en que el negociador argentino fuera el mismo Carlos Tejedor. Por qué razón la cancillería argentina aceptó que se negociara en la capital brasileña un asunto que atañía a Paraguay y nuestro país, es un verdadero misterio, pero el traspíe dejó al descubierto que Brasil, dentro de su papel hegemónico, deseaba erigirse en Sumo Sacerdote de los asuntos del Plata, fijando a Río de Janeiro como Meca ineludible para resolver los problemas.

En octubre de 1874 Nicolás Avellaneda asumió la presidencia de la República en medio de la breve guerra civil desatada por el general Mitre, afectado por el fraude que acompañó a las elecciones. Terminado el asunto con el sofocamiento del movimiento —que perjudicó aún más el allcaído prestigio argentino— fue momento de elegir plenipotenciario para negociar en Brasil con Sosa Escalada. De acuerdo al deseo brasileño, fue designado Carlos Tejedor para la difícil misión. Qué razones pudo tener Río Branco para proponer a un hombre tan ríspido y poco amistoso hacia Brasil, no es fácil adivinarlo. Tal vez pensara que don Carlos —que había dado abundantes muestras de no ser diplomático— era un hombre ideal para llevar por donde conviniera o incluso para sacar de casillas si venía a mano. Lo cierto es que allí fue don Carlos Tejedor y en abril de 1875 se encontraba en Río de Janeiro.

Mantuvo varias entrevistas con Sosa, a escondidas y en altas horas de la noche, concertando la acción a desarrollar. Los servicios de inteligencia brasileños nada sospecharon porque Sosa, un incondicional, no estaba bajo vigilancia. Al cabo llegó el momento de dar el golpe. Reunidos brasileños, paraguayos y argentinos, Tejedor planteó la demanda argentina: límite en el Pilcomayo más una franja que incluyera a Villa Occidental, a cambio de lo cual Argentina renunciaba a las deudas de guerra. Socarronamente, seguro del terreno que pisaba, Río Branco se opuso con toda amabilidad, puesto que Paraguay no aceptaría esa solución y el Imperio estaba de acuerdo con lo que sostuviera Asunción. Sosa pidió la palabra y cordialmente Río Branco se apresuró a concedérsela. El paraguayo preguntó si Brasil apoyaría en todo caso la posición de su patria. ¡Claro que sí! Efusivamente Río Branco dio seguridades de que el Imperio avalaría lo que propusiera Asunción. Entonces estalló la bomba. Suavemente, Sosa aceptó la propuesta de Tejedor; Paraguay accedía entregar Villa Occidental si ello implicaba el retiro de las fuerzas brasileñas, como estaba estipulado.

Fue un momento sensacional. Río Branco, mudo por la impresión, pasaba de la palidez mortal al rojo subido, indignado hasta el ahogo. Uno de los brasileños presentes tosía repetidamente, tratando de llamar la atención de Sosa, que indudablemente se había equivocado de libreto. Libreto que prescribía también negar la soberanía argentina sobre la isla del Cerrito, solicitar la prolongación de la ocupación brasileña y dar por terminadas las negociaciones con Tejedor. El argen-

(3) José María Rosa, *La Guerra del Paraguay*, Ed. Peña Lillo, Bs. As. 1968, pág. 847.

ARGENTINA-BRASIL

tino los contemplaba con una sonrisa, disfrutando de la victoria después de tantos años de amargura. Sosa, con la cabeza gacha, lápiz en mano, dibujaba distraídamente sobre un papel. Al recuperar el habla, Río Branco, en el colmo de la ira, pidió una postergación de la conferencia. Rechazo de Tejedor. Entonces, con palabras duras, se dirigió Sosa pidiéndole una reconsideración. El paraguay contestó que no tenía nada que reconsiderar. No había nada que hacer, no había sido un error. Río Branco se encontraba frente a la peor derrota de su carrera. Tejedor manifestó que, vistas las cosas, no quedaba más por negociar y dio por terminado el asunto. El 20 de mayo de 1875 firmó con Sosa un tratado que parecía poner fin a las diferencias entre Paraguay y la Argentina, al tiempo que liberaba a la república guaraní de la ocupación brasileña.

Y después de firmar volvió a equivocarse. Sin comprender que debía ganar tiempo aceleradamente, se abandonó al halago del triunfo mientras los brasileños fletaban urgentemente un barco de guerra a Asunción con orden terminante para el Congreso de rechazar el acuerdo. Para colmo, Tejedor envió los documentos respectivos por correo brasileño. De ese modo, misteriosamente los destinados a la Asunción aparecieron en Buenos Aires y viceversa. Y para remate, se fue de Río de Janeiro sin despedirse del emperador, desaire que implicaba una imperdonable afrenta para el riguroso protocolo imperial. También se olvidó de Sosa. Sin comprender que dejaba en el aire a un hombre al que debía la única actuación airosa de su carrera diplomática, lo abandonó displicentemente. Sosa quedó en Río repudiado, cortado los víveres, condenado al escarnio y la miseria.

Y mientras la Argentina perdía tiempo, la orden brasileña llegó a la Asunción. El navío ancló de noche. De inmediato fueron levantados de las camas los representantes y reunido urgentemente el Congreso. El tratado Tejedor-Sosa fue rechazado por unanimidad y sin discusión. Ya no era presidente Jovellanos, depuesto por Gondim. El sucesor, Juan Bautista Gill, puso la firma correspondiente. Jaime Sosa fue declarado traidor a la patria y acusado de estar vendido al oro argentino. Brasil había parado prestamente el golpe, pero no por ello era menos dura la derrota, volviendo a agravarse las relaciones con la Argentina hasta el punto de ser otra vez inminente la guerra.

EL TRATADO IRIGOYEN-MACHAIN

Bajo sombríos presagios se reunió el Consejo de Estado imperial. Se habló de romper relaciones con la Argentina e incluso de declarar la guerra. La excusa sería el proceder descomedido de Tejedor, que al retirarse sin despedida había inferido una injuria al emperador. Era una forma de terminar de una vez con el crónico malestar que separaba a Río de Buenos Aires. Pero pronto primó la cordura. El Brasil de 1875 ya no era el Imperio de 1870. En otros términos, en 1875 Brasil no estaba en condiciones de encarar una guerra con la Argentina. El largo conflicto con Para-

guay había desgastado severamente al Imperio. Dificultosamente se habían reforzado las tropas liberando esclavos, y ello había generado una insalvable crisis de mano de obra. Por lo demás, Brasil, que entrara en la guerra enfrentando una mala situación económica, no pudo evitar que se agravara seriamente con los años hasta terminar en verdadero colapso. El Imperio hallaba dificultades para conseguir empréstitos y debía pagar elevados intereses, a la inversa de la Argentina, que incluso en plena guerra los consiguió con menos problemas y en mejores condiciones. La crisis económica había alcanzado a la banca brasileña, que tocó fondo cuando se produjo, ante el increíble asombro de muchos, la quiebra del todopoderoso barón de Mauá, que quedó en la ruina. "Como el vizconde tenía un gran sentido del honor, entregó hasta sus gafas de oro para pagar a los acreedores; después desapareció entregado a tareas inferiores para ganarse la vida, pues no sabía mendigar a nadie y menos al Imperio, que tanto le debía y no lo ayudó a sortear la falencia. Moriría en Niterói, viejo y olvidado en 1889, el mismo año de hundirse el Imperio que nunca pudo tampoco curar la herida de la guerra del Paraguay". (4)

El imperio económico-financiero laboriosamente levantado se esfumó en la nada. Brasil no tenía dinero ni ejército para una nueva guerra. Súmese a ello el creciente movimiento republicano y abolicionista despertado a raíz del conflicto con Paraguay y se tendrá a la vista un panorama social incierto de extrema gravedad. Meterse en esas condiciones en una aventura bélica no sólo haría peligrar la corona del emperador, sino la misma unidad del Brasil. En consecuencia no habría guerra, a pesar de que el Imperio gozaba en esos momentos con un invalorable aliado potencial, Chile, magníficamente armado y pertrechado, enzarzado en pleitos de creciente gravedad con la Argentina que llegaron al punto de estallido en 1876 (5). De manera que sólo quedaba por delante el camino diplomático.

La tarea corrió por cuenta de Pereira Leal, ministro en Asunción y suegro del ex canciller argentino Rufino de Elizalde. La prontitud del diplomático había permitido que el Congreso paraguayo, marcando un récord mundial de velocidad, rechazara el tratado Tejedor-Sosa, declarando traidor al último. En cuanto al presidente Avellaneda, decidió mandar en junio de 1875 a la capital paraguaya a Dardo Rocha, siguiendo con ello la tradicional conducta argentina de equivocarse en los elegidos. No sólo Rocha estaba lejos de ser diplomático, sino que aceptó a desgano su misión como un pesado compromiso. Su tarea, en condición de agente confidencial, era proceder al canje de ratificaciones del tratado Tejedor-Sosa, que ya estaba rechazado, es decir que como siempre la Argentina llegaba tarde a la fiesta. Pese a todo entró a negociar con idea de llegar a un nuevo tratado. Intentó mantener una entrevista a solas con el canciller paraguayo, Facundo Machain, pero fue en vano. Cada vez que se reunían, tras las primeras palabras caía de visita casualmente Pereira Leal y tenían que hablar de otra cosa. Rocha perdió la paciencia y llegó a sospechar de Machain, sin comprender las presiones a que estaba sometido éste y el presidente Gill. Después de

(4) Idem, pág. 34.

(5) Hemos tratado este punto en *Argentina-Chile. El secular diferendo*, TODO ES HISTORIA, N° 43, noviembre de 1970.

mostrar su fastidio de varias maneras, Rocha pudo entrevistarse con Gill. Prestamente llegaron a un acuerdo, pero como Rocha no era plenipotenciario, debía recabar la autorización pertinente. Viajó a Corrientes y telegráficamente pidió la plenipotencia, pero su ausencia de Asunción alertó a Pereira Leal, que barruntó de qué se trataba. Con la excusa de cierto asunto amoroso de un miembro de la delegación argentina con una dama de las altas esferas, el brasileño logró arruinar la misión Rocha. Por sugerencia suya, al aparecer don Dardo por la casa de gobierno con la plenipotencia en orden, el presidente se negó a recibirlo. El berrinche del argentino fue de antología. Quiso retar a duelo al primer magistrado y arreglar el asunto a sablazos. Tuvieron que demostrarle pacientemente que un ministro plenipotenciario no puede retar a duelo al jefe del Estado donde está acreditado. Enojado, se retiró a Villa Occidente y alegando que debía atender su estudio privado —extraña excusa para un diplomático— regresó a Buenos Aires sin molestarse en despedirse de nadie en Asunción.



Dibujo de la época significando el triunfo de la prédica abolicionista de Joaquín Nabuco.

En junio de 1875 ocurrió un hecho de primera importancia en Río de Janeiro. Arrastrado por la creciente crisis económica, política y social, desfazado por la derrota del acuerdo Tejedor-Sosa presentó su renuncia al emperador el barón de Río Branco, poniendo fin a un gobierno histórico que marcó, en los cinco años de su desarrollo, el punto más alto del Imperio brasileño. Con su retiro bien puede afirmarse que terminó la hegemonía brasileña en el Plata. En adelante Río de Janeiro deberá reubicar su posición ante una serie de nuevos factores, menos favorables que los manejados tan hábilmente por José María da Silva Paranhos, que falleció poco después, en 1880. Sucedió por el duque de Caxias, el viejo héroe militar y máximo soldado del Brasil, ocupó la cancillería el barón de Cotejipte. Como el mariscal era hombre de armas y no de Estado, quien manejó el gabinete fue en verdad Cotejipte.

También hubo cambios en Buenos Aires. En agosto el presidente Avellaneda nombró en relaciones exteriores a don Bernardo de Irigoyen. Por fin, después de tantos años de desaciertos, pudo decirse que la Argentina tenía canciller. Don Bernardo llevaba veinte años de exilio in situ por el grave pecado de haber sido rosista. A la inversa de otros —como Elizalde o Vélez Sársfield— jamás abjuró de su pasado y por ello fue desplazado y mantenido en cuarentena —pese a su gran capacidad y experiencia— desde 1852 hasta que Avellaneda se acordó de él.

Era el hombre para el cargo. Sin la posición comprometida de Elizalde, sin las estridencias de Varela, sin los desplantes de Tejedor. Suave, amabilísimo, maravillosamente lúcido y preciso, con un claro concepto de la soberanía nacional, “sabe hacer sin violencia las cosas violentas... Se pasa de los tropezones de un hacha al deslizamiento de una cinta de seda” (Cárcano). Sabía perfectamente que el presidente Gill y el gobierno paraguayo estaban sometidos a una estricta vigilancia brasileña y que sólo podrían librarse de ella con una eficaz ayuda argentina. Era menester apuntalar a los paraguayos, terminar con los problemas limitrofes y lograr el retiro de las fuerzas brasileñas. Y había que moverse con cuidado para evitar las interferencias de Pereira Leal, siempre atento y eficaz. Bajo cuerdas entró en contacto con Gill. Sirvió para ello un argentino radicado en Asunción, Adeodato de Gondra, que anhelaba la paz entre ambos países. Por su intermedio hizo llegar al presidente paraguayo la seguridad del apoyo argentino y su buena disposición para llegar a un acuerdo definitivo. Echadas las bases de la negociación, en octubre de 1875 envió como ministro plenipotenciario a Manuel Derqui. Por una vez la cancillería no se equivocaba en la designación. Derqui, hijo del que fuera presidente de la Confederación, era un sutil diplomático, suave pero enérgico, francamente proparaguayo, conocedor a fondo de los problemas de ese país y hasta del idioma, pues hablaba corrientemente el guaraní. El entendimiento con Gill y Machaín fue inmediato. Tanto que Pereira Leal se esmeró en arruinar la misión, preparándole una revolucioncita al gobierno de Asunción. Al estallar y mandar Gill fuerzas de represión, Derqui ordenó que dos batallones argentinos pasaran de Villa Occidental a la capital paraguaya, mostrando que estaba dispuesto a que las armas argentinas sostuvieran al gobierno. Pereira Leal intentó entonces llamar refuerzos de Mato Grosso. Con su inmutable cortesía, Bernardo de Irigoyen comunicó a la cancillería fluminense que ello obligaría a la Argentina a aumentar sus fuerzas en Villa Occidental. No fueron tropas brasileñas y Gill siguió siendo presidente.

Ya independiente de la tutela de Pereira Leal, el gobierno paraguayo se volcó hacia la Argentina en busca del acuerdo final. En nombre de Irigoyen, Derqui propuso que las negociaciones se llevaran a cabo en Buenos Aires, propuesta rápidamente aceptada. Se soslayaba el hasta entonces inevitable Río de Janeiro. Designado Facundo Machaín como plenipotenciario, fue recibido en triunfo en la capital argentina. Lo que pocos supieron es que el hombre, integrante de un gobierno sumido en la pobreza, debió vender las joyas de su mujer para pagar el viaje y la estadía de su misión y lograr la libertad de su patria.

De acuerdo a lo estipulado en la Triple Alianza, Irigoyen invitó a Brasil a mandar su representante para integrar el cuerpo negociador. Cote-

ARGENTINA- BRASIL

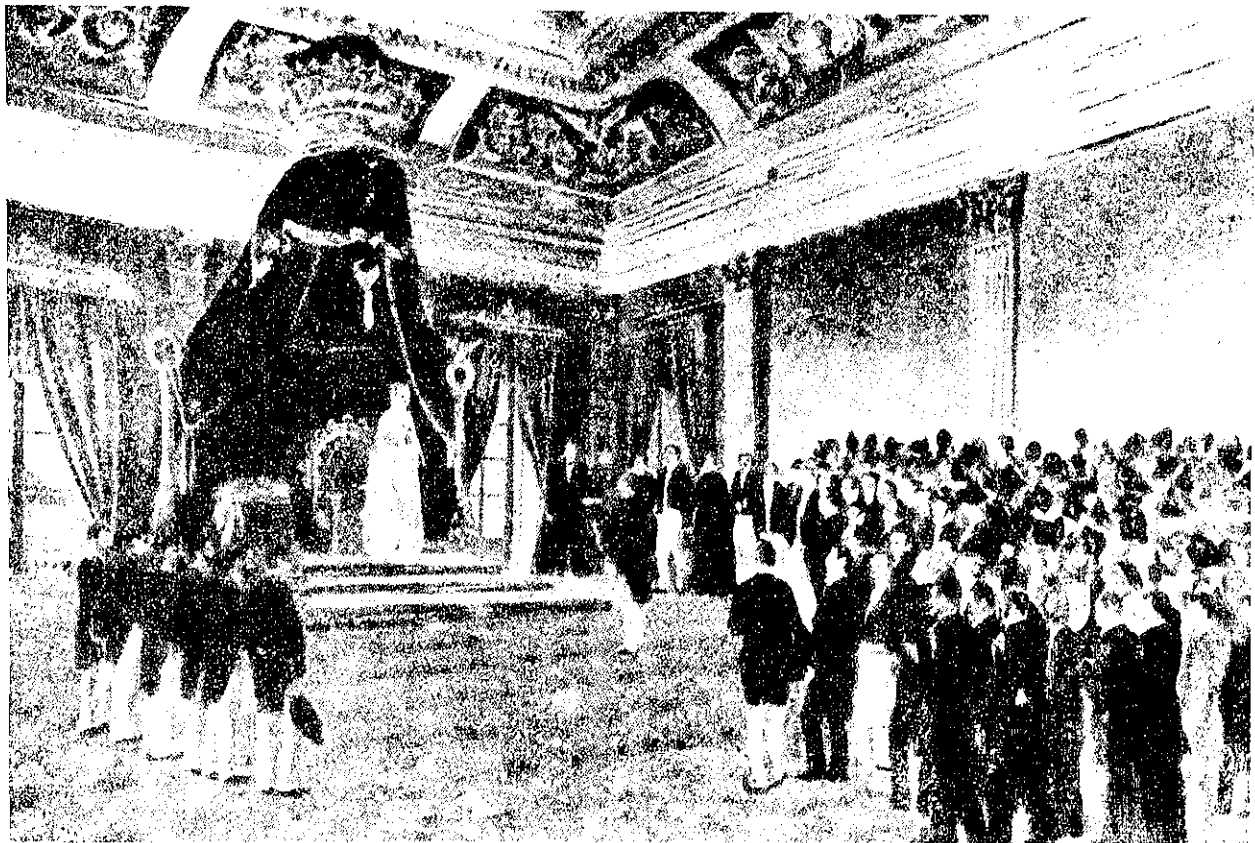
gipe designó al ministro en Montevideo, Francisco Javier de Costa Aguiar d'Andrada, y en enero de 1876 comenzaron las tareas. La primera propuesta de Irigoyen extendía la pretensión argentina hasta Bahía Negra. Era una mera finta. Un envite antes de rebajar. Cuando el paraguayo protestó, el canciller retiró su moción. Se habló de la franja de Villa Occidental, también resistida por Machín, y al final se llegó a un acuerdo, cantado de antemano, pues Irigoyen estaba dispuesto a ceder para consolidar la posición argentina frente a Chile. El límite sería el río Pilcomayo. En cuanto al Chaco boreal, se lo dividía en dos partes: entre el río Verde y Bahía Negra era reconocido paraguayo y Argentina renunciaba a todos sus derechos. El sector entre los ríos Verde y Pilcomayo pasaba al arbitraje del presidente de los Estados Unidos. El 3 de febrero de 1876 se firmó el acuerdo Irigoyen-Machain que puso fin a un conflicto de más de diez años de largo. Quedó convenido que en un plazo máximo de cinco meses serían retiradas las tropas de ocupación. Las fuerzas argentinas evacuaron Villa Occidental y en junio de 1876 los brasileños desalojaron por fin el Paraguay.

En 1878 el presidente Ruthford Hayes emitió su fallo, sin fundamentar las conclusiones: todo el territorio en litigio quedaba incorporado al Pa-

raguay. La República Argentina tendría por linde el Pilcomayo, exactamente como deseara la diplomacia brasileña. Desde entonces Villa Occidental cambió de nombre, para llamarse en adelante Villa Hayes. Debe destacarse que el delegado argentino en Washington, encargado de defender los derechos de nuestro país, fue enviado y luego olvidado. Pese a las repetidas exigencias de que le mandaran la documentación pertinente y se procediera a una investigación de archivos, nada se hizo. Simplemente se lo abandonó a sus medios, mientras Paraguay acumulaba probanzas de sus derechos al Chaco. Esta es otra característica de nuestra cancillería que, heredada de España, aún constituye una sólida tradición.

Triste fue la suerte de los negociadores paraguayos. El presidente Gill fue asesinado en la calle en 1876. Al año siguiente Facundo Machain, el hombre que vendiera las joyas de su esposa para solventar su misión, también perdió la vida en un atentado. ¿Y qué de Jaime Sosa Escalada? Abandonado en Río de Janeiro, fulminado como traidor a la patria, cerrados los caminos del regreso, destrozada su carrera, acabó recalando en Buenos Aires. Pobre, sin medios de vida, debió subsistir trabajosamente en empleos humildes y mal remunerados. Un día solicitó a su antiguo colega Carlos Tejedor una carta de recomendación para conseguir un trabajo que le permitiera cierta holgura. El intransitable y altanero don Carlos, olvidando cuánto debía a ese hombre que todo lo había sacrificado dándole el único triunfo de su carrera, contestó de acuerdo a su carácter bilioso y tremebundo. "Me fastidian esta clase de recomendaciones" (Cárcano), y le negó el favor. Sosa, que a los 30 años de edad aniquiló patriótica y

Firma de la "Ley Aurea" de abolición de la esclavitud.



concientemente su carrera, murió viejo y pobre en Buenos Aires, como modesto empleado de correos.

EL PROBLEMA MISIONERO

Una de las metas de Bernardo de Irigoyen era destruir el cerco que rodeaba a la Argentina, problematizada con todos sus vecinos no tanto por cuestiones emergentes de éstos, cuanto por la ineptia de nuestra cancillería, que por años no había atinado a labrar una senda positiva con objetos precisos. Solucionado el problema con Paraguay, tirantes y agresivas las relaciones con Chile, Irigoyen quiso allanar los asuntos pendientes con el Imperio para terminar con la larga guerra fría que nos separaba del gobierno carioca y aportar seguridades por ese lado. Con Brasil seguía en pie un problema limítrofe en Misiones: cuáles eran las vías de agua que servirían de linde entre los ríos Iguazú y Uruguay. Ya en tiempos de la colonia, españoles y portugueses habían fijado los ríos Pepirí Guazú y San Antonio Guazú, pero la falta de conocimientos directos y las imprecisiones geográficas sembraron dudas sobre su identificación. Los portugueses habían bautizado con esos nombres a dos ríos situados más al este de los que primitivamente así se llamaran, y hacia 1876 existía un enorme cuadrilátero, similar en extensión a la provincia de Tucumán, enmarcado por los ríos Pepirí, San Antonio, Chapecó y Chopín, sobre el cual ambos países reclamaban su soberanía.

Irigoyen sustentaba el criterio —por lo demás exacto— que en tanto hubiera problemas de límites pendientes no habría paz asegurada, por lo cual, dentro de su tónica pacificadora, invitó a Aguilar d'Andrada, representante brasileño en la firma de la paz con Paraguay, a tratar el problema misionero. Se abrieron negociaciones pero no se pudo llegar a nada pues la posición de ambas cancillerías era inflexible. Al retirarse Aguilar de Buenos Aires, Irigoyen mandó instrucciones a Domínguez, ministro argentino en Río, para iniciar sondeos con el gabinete fluminense. El canciller, barón de Coteigipe, no mostró interés y dio largas al asunto. Corría el año 1877 y la creciente inquietud política interna argentina, trabajada por el conflicto entre la provincia de Buenos Aires y el gobierno nacional, amenazaba desembocar en una guerra civil. En tal circunstancia, Coteigipe consideró preferible esperar para aprovechar a fondo la situación del vecino. Al finalizar la presidencia de Avellaneda, con el ejército argentino metido en la conquista del Desierto y la disidencia entre la primera provincia y la Nación sin miras de arreglo, Brasil adelantó posiciones al disponer la creación de colonias militares dentro del territorio misionero en litigio. El ministro Domínguez informó detalladamente de tales avances y aconsejó a nuestra cancillería algún gesto enérgico que frenara esa expansión, pero nada ocurrió. Ya no estaba Bernardo de Irigoyen y la cancillería permaneció muda, sin elevar ninguna protesta. Domínguez sugirió adelantar pobladores en la zona, incluso que se ocupara militarmente una región que corría serio peligro de ser absorbida por el Imperio, pero nada se hizo. Lo más que logró Domínguez fue que en una entrevista con Pedro II, emperador prometió desautorizar toda ocupación de tierras misioneras en tanto durara el litigio con Argentina.

La esperada guerra civil argentina se desató a

raíz de la sucesión de Avellaneda. La provincia de Buenos Aires se alzó contra la Nación bajo el liderazgo de Carlos Tejedor pero los tiempos habían cambiado. Ya Buenos Aires no podía imponer su voluntad al resto del país. El gobierno nacional aplastó la sedición y pasó a ser presidente el general Julio Argentino Roca. Poco después, en 1881, el ministro Domínguez, siempre preocupado por los avances brasileños, aconsejó a la cancillería reabrir negociaciones. El momento era propicio, pues la corte de Río daba muestras de buscar un entendimiento, al punto que la cancillería carioca propuso al gobierno argentino un acuerdo directo sobre el problema, que pese al caluroso apoyo de Domínguez, no halló eco en Buenos Aires.

El 16 de marzo de 1882 el gobierno nacional creó el territorio de Misiones como entidad política, lo cual generó una protesta del gobierno brasileño, que en junio consideró que se estaban realizando actos de jurisdicción en zona litigiosa, y junto con la protesta reiteró la propuesta de iniciar negociaciones. El canciller Victorino de la Plaza aceptó, recordando que cinco años antes una propuesta similar argentina había sido desestimada por el barón de Coteigipe, al tiempo que defendía el derecho de la Argentina a crear la gobernación de Misiones dentro de su territorio y señalando que eran los brasileños quienes tenían asentada una colonia militar en zona disputada, colonia que convenía desalojar antes de iniciar conversaciones. Hubo un cambio de notas al respecto, en que cada cancillería aseguró estar obrando en territorio propio, y al cabo Río de Janeiro propuso la formación de una comisión mixta que recorriera el terreno y en base a cuyos informes se resolviera el litigio.

El asunto quedó empantanado durante todo 1883 y casi todo 1884, pero a fines de este año, con la llegada del nuevo ministro brasileño, barón de Alençar, las cosas se pusieron en marcha al firmarse con el canciller Francisco J. Ortiz un acuerdo por el que se disponía la formación de una comisión exploradora cuya sede estaría radicada en la ciudad de Montevideo. Quedaba encargada de recorrer el terreno y trazar planos de los ríos Pepirí, San Antonio, Chapecó y Chopín, los cuales serían elevados a los gobiernos de Río de Janeiro y Buenos Aires, que sobre ellos trazarían el linde definitivo. Así comenzó el trabajo de reconocimiento directo del terreno, tarea que demandaría unos años antes de verse consumada. Presidió la delegación argentina el coronel José Ignacio Garmendia y la brasileña el barón de Capenema, que se reunieron por primera vez en 1885.

El reconocimiento de la disputada región misionera fue concluyentemente llevado a cabo. Se trazaron los mapas respectivos y no hubo mayores desacuerdos en la ubicación de los accidentes geográficos. Terminados los trabajos, fueron elevados los resultados en 1889. El 7 de setiembre el barón de Alençar y el canciller Norberto Quirno Costa firmaron un tratado en la legación brasileña, disponiendo que si en un plazo de noventa días ambos gobiernos no llegaban a un acuerdo directo para el trazado de la frontera, se trasladaría el diferendo al arbitraje del presidente de los Estados Unidos. En noviembre de 1889 se canjearon las ratificaciones que disponían el mecanismo para solucionar el litigio. Pero entonces ocurrieron eventos importantes en Brasil.

ARGENTINA-BRASIL

EL FIN DEL IMPERIO

Todas estas negociaciones se llevaron a cabo dentro de un marco cordial y aterciopelado, carente de las aristas y asperezas de antaño. Era una nueva tónica que obedecía al contexto distinto en que se movían ambas naciones, ya que en el decenio transcurrido desde la firma de la paz entre Argentina y Paraguay, muchas cosas habían cambiado. En nuestro país la guerra implicó la nacionalización del ejército. Los cuadros de oficiales que en ella intervinieron surgieron con una nueva conciencia y en adelante estuvieron presentes en el proceso político con espíritu de cuerpo, por encima de regionalismo. Fue el ejército el que impulsó a Sarmiento como presidente y fue también el ejército el que terminó con la aventura de Tejedor, que intentó repetir viejas hazañas alzando a la provincia de Buenos Aires contra el gobierno nacional. El ejército no obedecería en adelante a ningún jefe local y tras aplastar a las milicias entrerrianas de López Jordán y a los fusileros porteños de Tejedor, quedó dueño de un campo donde en adelante sería impensable promover movimientos de fuerza sin contar con su apoyo. Como culminación del proceso, fue un jefe del nuevo ejército nacional, el general Julio A. Roca, quien asumió la primera magistratura del país, asentado políticamente en una liga de gobernadores que se mantenía manteniéndolo a él, en una sólida trenza donde la oposición no tenía la menor perspectiva de prosperar. Por primera vez en muchos años Argentina adquiría una solidez política compacta y sin fisuras, beneficiada además por una prosperidad económica que, iniciada en gobiernos anteriores, adquirió bajo Roca un carácter explosivo, proyectando al país hacia un desarrollo vertiginoso que, si bien parcial y fragmentario, cambió profundamente la posición de la Argentina en América.

En Brasil también ocurrieron cambios significativos. Como en Argentina, del conflicto con Paraguay surgió un ejército nacional que se ubicó por encima de las milicias regionales, hasta entonces predominantes. Y como en nuestro caso, ese ejército traía una profunda preocupación política que lo impulsaba a seguir de cerca los procesos internos del Imperio. Como sus colegas argentinos, los cuadros militares tomaron espíritu de cuerpo, pero a la inversa de nuestro caso, la estructura imperial les cerró el paso hacia la intervención directa y activa. Todo debió quedar en silencio de momento, creando un sector conflictivo que se agravaría con los años. En cuanto a los intelectuales, las nuevas capas estaban sustancialmente adscriptas al positivismo, como entre los argentinos de la generación del 80, y eran devotos del progreso continuo e indefinido y sustentadores de un materialismo tal vez simple e ingenuo, pero marcadamente agresivo y militante.

Para el nuevo pensamiento, tanto monarquía como la esclavitud eran dos incongruencias insalvables para el progreso del Brasil. El positivismo era republicano, claro que de un republicanismo de minorías selectas, donde no cabía la presencia de un monarca coronado, remanente de

tiempos superados. En cuanto a la esclavitud, era una rémora que desprestigiaba al Brasil ante el mundo, al tiempo que impedía el acceso de importantes olas inmigratorias como las que se volcaban en la Argentina. En 1871 el gobierno de Río Branco proclamó la libertad de vientres. Ya no nacerían más esclavos en Brasil, pero la misma esclavitud seguía. Con esclavos se habían cubierto los muchos claros que provocó en las filas la guerra del Paraguay, generando problemas de mano de obra difíciles de salvar. Era anacrónico haber pedido la sangre de los negros para salvar al Brasil y luego mantener a los negros apartados de los beneficios de la Nación. Todos comprendían que la esclavitud tendría que terminar antes o después, pero muchos temían que un paso en falso provocara, como en Estados Unidos, una catástrofe nacional. En tanto, y marchando contra los tiempos, la institución peculiar se mantenía en pie. Afirma Caio Prado Junior (6): "Constituía ya entonces el brazo esclavo el mayor obstáculo para el desarrollo del país. No solamente su reconocida improductividad impedía el progreso de nuestra economía más allá de la grosera explotación agrícola que entonces poseíamos, sino que también, y principalmente, al degradar el trabajo en general, ahuyentaba el brazo libre de que carecíamos. Es ésta la principal causa de la reducida inmigración extranjera que tuvimos hasta la abolición. Así, a favor de la esclavitud estaban solamente los propietarios de los esclavos, y en contra, todas las demás fuerzas sociales y política del país".

Todo parecía indicar el inminente fin de la esclavitud. La supresión del tráfico negrero, al cerrar la importación, produjo una enorme elevación del precio de los esclavos, que dejaron de estar al alcance de quien no fuera fuerte propietario, lo cual redujo sensiblemente el número de amos. Más tarde la guerra del Paraguay obligó al gobierno a comprar gran cantidad de esclavos para libertarlos e incorporarlos al ejército. Luego la ley de 1871 al liberar a los hijos de esclavos, más la conjunción de los intereses nacionales, tornaban previsible el fin de la institución peculiar, cuando el auge del café le inyectó nueva vida, prolongando su presencia —y su peso negativo— sobre el desarrollo del Brasil.

Sabemos que al comenzar la guerra del Paraguay el Imperio poseía la más perfecta y sólida estructura económica de Sudamérica, con un aspecto aparente de macizo poderío. Empero, al iniciarse el conflicto existían signos de una crisis que se acentuó durante la larga contienda. El altísimo costo que representó la guerra y la posterior ocupación del Paraguay, la agudización del proceso económico negativo, la disminución del crédito brasileño, mostraron que esa estructura económica aparentemente tan sólida, carecía de firmes fundamentos. El golpe de gracia lo dio la crisis que azotó a las altas esferas financieras de Europa luego de 1870. Se esfumó el imperio económico brasileño, se hundió su máximo financiero, barón de Mauá, como ya señalamos y el Brasil debió retirarse sobre sus bases para aguantar el chubasco económico, que alcanzó su máxima violencia en 1875 y demandaría años para reponerse.

La misma crisis la sufrió Argentina en 1876, pero a pesar de la precariedad de su economía la

(6) Caio Prado Junior, *Evolución política del Brasil*, Ed. Palestra, Bs. As. 1964, pág. 118.



Joaquín Nabuco de Araujo, campeón del abolicionismo en Brasil.

soportó mucho mejor que Brasil y al cabo de cuatro años estaba en condiciones de reemprender su marcha ascendente de manera vertiginosa, en tanto Brasil permanecía en rezago. Otros cambios económicos sufrió el Imperio. A partir de 1870 el descubrimiento de diamantes en Sudáfrica desplazó del mercado al Brasil, cuyas piedras eran de inferior calidad. En los años posteriores a la guerra del Paraguay la base económica del Imperio se sustentaba en la explotación del azúcar y el algodón, con rindes decrecientes en el mercado mundial, pero a partir de 1885 se asistió a una verdadera explosión de la industria cafetera, al punto que Brasil pronto alcanzó el primer lugar en el mundo. Los cafetales se extendieron, partiendo desde las tierras de Río de Janeiro para expandirse hacia el sur, incorporando a la región paulista. Señala Tulio Halperin Donghi (7): "En Brasil el café avanza constantemente sobre tierras nuevas, cuya fertilidad agota; la zona cafetera es una franja en movimiento, que deja a su paso tierras semidesvastadas; ya en el momento de la expansión paulista, zonas enteras del Estado de Río de Janeiro llevaban la huella de una prosperidad pasada para siempre, junto con el vigor de la tierra que la explotación cafetera agota sin piedad".

Auge de los cafetales, crisis de algodones e ingenios azucareros, provocaron un desplazamiento de la población que, abandonando las zonas norteafricanas, empezó a correrse hacia el sur llevando el centro de gravedad desde Bahía a Río de Janeiro. Comienza a partir de entonces el tremendo problema del creciente atraso del nordeste brasileño,

llaga desde entonces no curada en el cuerpo del Brasil.

Algo más ayudó al nordeste a convertirse en zona expulsiva de población: en 1879 una sequía sin precedentes sumió en la miseria a Ceará, obligando a millares de hombres a emigrar en busca de sustento. Casi todos fueron absorbidos por las desiertas y selváticas regiones del Amazonas, hasta entonces no integradas económicamente al resto del país. El proceso coincidió con el inicio de la explotación del caucho y su creciente demanda en el mercado internacional. La cuenca del Amazonas se demostró excelente zona cauchífera y muy pronto los *siringueiros* se incorporaron al cuadro amazónico como nuevo elemento típico de la economía brasileña. El boom del caucho fue espectacular. La organización, como ocurría con los *engenhos* y las *fazendas*, se hizo en base a la gran propiedad, enormes explotaciones de gigantescas dimensiones, concentradas en pocas manos, con un sustrato laboral miserrimo que, con bajísima remuneración y tremendas jornadas de trabajo, apenas permitía un régimen de subsistencia. El caucho atrajo a las empresas extranjeras, tanto inglesas como norteamericanas, y un verdadero caudal de capitales se volcó sobre el Amazonas, adquiriendo buen número de las mayores explotaciones. Ese auge descomunal surgido en plena selva, dio una pátina dorada a la región amazónica, que pareció sumergida en una lluvia de oro. En el corazón de la jungla se había fundado en 1852 la ciudad de Manaus. Era una pequeña población tropical, alejada por distancias vertiginosas de todos los centros poblados del Brasil, a mil doscientos kilómetros de la desembocadura del Amazonas y a otros tantos de la frontera peruana. Manaus fue la mayor beneficiaria del boom cauchífero y a fines de siglo era una de las ciudades más fastuosas del continente, con más de cien mil habitantes y adelantos inusitados. En el corazón de la selva, dentro de la zona ecuatorial, se alzaba un imponente edificio de Ópera, magníficos hoteles, grandes mansiones y los tranvías eléctricos circulaban por las calles, en un despliegue de lujo y confort que apenas podían ofrecer las más grandes capitales del continente.

El auge del caucho siguió atrayendo población del cada vez más sumergido noreste, en tanto las explotaciones se extendían siguiendo la línea del Amazonas y sus afluentes. Fue así que los *siringueiros* llegaron a la región de Acre, territorio boliviano desierto y descuidado por el gobierno de La Paz, y allí se establecieron sentando las bases de una nueva expansión brasileña.

Después de 1880 la división internacional del trabajo quedó definitivamente establecida por Inglaterra, que consolidó un enorme imperio económico incluyendo a toda Sudamérica, y por tanto a la Argentina y el Brasil. Los capitales británicos acudían en cantidad creciente, adueñándose especialmente de ferrocarriles y servicios públicos, al tiempo que adecuaban las economías regionales al interés de la metrópoli, siempre base a explotaciones primarias para exportación en tanto Inglaterra proveía de manufactura de todo tipo. Argentina conoció el más espectacular desarrollo de su economía en base a la pampa húmeda, que aportó en abundancia las carnes y los cereales demandados por el mercado bri-

(7) Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Ed. Alianza, Madrid, 1969, pág. 806.

ARGENTINA-BRASIL

tánico. Brasil, con sus productos tropicales, entre los que se destacaba el café, superior en cifras al algodón, el azúcar, e incluso el caucho, se se ubicó también dentro de este esquema. En el medio las naciones menores, sobre todo Uruguay, que dejó de ser un protectorado brasileño para convertirse en factoría británica y como tal, debidamente protegida de sus dos vecinos, que en adelante debieron abandonar toda idea de Banda Oriental o de provincia Cisplatina. Convertidos en dos engranajes de un mismo mecanismo, cedieron las divergencias entre Argentina y Brasil, sumergidas en sus propios problemas de desarrollo.

Pero en el nuevo Brasil que emergía, a cada día que transcurría se hacía más evidente el anacronismo de la monarquía y la esclavitud. En 1883 el estado de Ceará proclamó la libertad de los negros y hacia 1888 la cantidad de esclavos, que en 1871 fuera de dos millones y medio, había descendido a unos 700.000, lo que implicaba menos del cinco por ciento de la población. Era evidente que con tales cifras la institución peculiar podía ser abolida sin generar catástrofes ni en el plano económico ni el social. Como una pera madura, la esclavitud caía por su propio peso, y estaba tan en el aire la abolición que para esta época muchos esclavos abandonaban espontáneamente las explotaciones buscando por su cuenta una libertad que no tardaría en llegar. El último reducto esclavista era el grupo de los grandes señores cafeteros, para quienes resultaba altamente lucrativa la explotación servil, y por tanto defendieron hasta el último momento sus privilegios. Fueron los últimos mohicanos que no pudieron detener lo irremediable. El 3 de mayo de 1888 la regente Isabel, en ausencia de su padre Pedro II, que se hallaba en Europa, decretó oficialmente el fin de la esclavitud en Brasil.

No pasó ninguna de las calamidades previstas. La particular evolución brasileña, que siempre evitó las transiciones bruscas y los terremotos políticos salvó con felicidad este escollo sin hundimientos económicos, explosiones sociales ni estallidos políticos. Para colmo de suerte, un aumento de los precios internacionales permitió aumentar los salarios en las fazendas, asegurando el trabajo y el pago de los ex esclavos, absorbidos por sus viejos amos. Así como se alcanzara la independencia sin guerra demoledora; así como concluyera el reinado de Pedro I casi entre pases mágicos, así terminó el problema de la esclavitud sin alterar el escenario.

Pero el fin de la esclavitud hirió de muerte a la monarquía. La abolición implicó la retracción de los grandes plantadores, último sustento firme de la corona, que en adelante, ofendidos con el emperador, se retrajeron dejando de sostenerlo. El anciano monarca quedó solo, aislado, frente a un movimiento republicano que no dejaba de crecer desde 1870, especialmente fuerte en Sao Paulo y Minas Gerais, que había ganado firmes posiciones en el ejército, presionaba para participar en la modernización del Brasil y primaba indiscutiblemente en las esferas intelectuales. Era inevitable el derrocamiento de la monarquía,

pero persistían los temores de lo que pudiera ocurrir, sobre todo el desencadenamiento de la anarquía y el fraccionamiento del Brasil por sus insuperadas contradicciones regionales.

Sin embargo todo se resolvió a la brasileña y el surgimiento de la república fue un parto sin dolor del que apenas se dieron cuenta los mismos brasileños. Una desinteligencia con un sector del ejército por una razón secundaria que de ningún modo ponía en peligro la estabilidad del trono, sirvió de desencadenante. El 15 de noviembre de 1889, días después de canjearse las ratificaciones del acuerdo entre Alençar y Quirino Costa, Pedro II enfrentó una rebelión de las tropas de Río de Janeiro encabezadas por el mariscal Manuel Deodoro da Fonseca, y ante la sorpresa del país abdicó al trono y se retiró a Europa. De la noche a la mañana quedó atrás el Imperio y nacieron los Estados Unidos del Brasil.

La República Argentina fue el primer país en reconocer al nuevo régimen brasileño. No sólo eso, sino que los edificios públicos, los cuarteles y los buques de guerra enarbolaron en sus mástiles la bandera del país hermano. Pero había dudas en la capital carioca. No había ningún rencor ni odio contra Pedro II sino un enorme respeto, por lo cual se pensó en un momento no desencadenar la república mientras viviera el anciano emperador. Que a tanto llegaba la gentileza revolucionaria fluminense. Pero al cabo primó el sentido de los nuevos tiempos y la república fue proclamada. En cuanto a Pedro II, se radicó en París rechazando la pensión que le ofreció la república. Vivió en la capital francesa pobremente los dos años que le restaban de existencia y falleció en una modesta pieza de hotel.

DE COMO SE PIERDE UN TERRITORIO

La flamante república era hija de un acto del ejército. No hubo ninguna participación popular en el fin del Imperio, como no la había habido en la declaración de la independencia. Obra de un ejército positivista, que llevó su filosofía hasta estampar el lema en la bandera y el escudo de la Nación: **Orden y Progreso**, asombrosamente parecido al "leit motiv" que otro general positivista, Julio A. Roca, adoptó para su gobierno. **Paz y Administración**. No hubo cambio de elenco en las altas esferas gubernativas. Se adoptó una constitución fielmente calcada de la norteamericana, como es canónico en Latinoamérica, pero en la realidad se estableció una república oligárquica con el poder firmemente concentrado en pocas manos, como en la Argentina. No hubo persecuciones políticas ni suspensión de la ciudadanía de nadie ni cárceles ni destierros. Los monárquicos se integraron al nuevo sistema y lo sirvieron con la misma eficiencia de siempre, pues en último término sólo eran servidores del Brasil. De manera que los estratos dirigentes permanecieron intactos en la república, figurando condes, duques, barones y marqueses en los más altos cargos, convirtiendo en un suave tobogán lo que pudo ser una brusca fractura.

Una de las primeras tareas del nuevo gobierno, encabezado por Manuel Deodoro da Fonseca, era cumplir el tratado firmado con la Argentina. Había un plazo de noventa días para llegar a un acuerdo directo. El canciller brasileño, Quintino Bocayuva, se trasladó a Montevideo y en unión de su par argentino, Estanislao Zeballos, puso manos a la obra sobre los planos e informes aportados por las comisiones exploradoras. El 30

de enero de 1890 culminaron las negociaciones, que se desarrollaron en un clima de cordialidad realmente excepcional. Ese día se firmó el Tratado de Montevideo, por el cual Argentina y Brasil ponían fin a su problema de límites trazando una raya que dividía en dos partes aproximadamente iguales al territorio en litigio.

Cuando Quintino Bocayuva regresó a Río, ardió Troya. Todos los partidos se alzaron el contra, repudiando la solución. Las grandes figuras de Brasil, el periodismo en pleno, incluso el ex emperador Pedro II desde París, se arrojaron contra Bocayuva despedazando su gestión en Montevideo. Brasil se sentía despojado de una tierra que le pertenecía y movilizaba hasta el último adarme de energía en defensa de lo que consideraba su derecho. Nada similar pasó en la Argentina. Ante la pasividad de todos, en medio de la generalizada indiferencia, se aceptó sin problemas lo resuelto por Zeballos. Nadie alegó que la parte que se entregaba al Brasil era por derecho argentina, y se dejó correr la cosa sin muestra de emoción alguna, mientras Brasil ardía con vehemencia. Pero debe destacarse el hecho de que a pesar de que esa vehemencia alcanzó alturas apasionadas, nunca, en ningún momento, se afrentó a la Argentina. Fue un verdadero modelo de nacionalismo correctamente entendido. Se defendía a Brasil sin intención de agraviar a la Argentina, por ello, de la masa de discursos, artículos, notas y panfletos que entonces salieron a luz, no hubo una palabra, una frase, que pudiera lastimar a nuestro gobierno o nuestro país. Al cabo, y después de una magnífica defensa que de su gestión hizo Quintino Bocayuva, el Congreso brasileño rechazó el Tratado de Montevideo.

Cerrado el camino de la negociación directa, quedaba el del arbitraje. De acuerdo a lo convenido sería árbitro el presidente de los Estados Unidos, y el problema fue girado a Grover Cleveland, mandatario de ese país. Para defender la posición argentina fue designado Estanislao Zeballos, Brasil nombró su abogado a un hombre cuya sola mención trae hondas reminiscencias del pasado para los rioplatenses: José María da Silva Paranhos, barón de Río Branco. Era el digno hijo de aquel formidable padre que diera las mejores horas al Imperio.

El proceder de cada delegación ante el árbitro es un perfecto ejemplo de cómo entendía cada cancillería el manejo de los intereses nacionales. Desde el momento que se planteó el litigio sobre las tierras misioneras, Brasil cuidó destacar funcionarios que en los archivos españoles y portugueses buscaron a lupa antecedentes y pasaron a peine fino los legajos, tomando cuidadosamente cada partícula, cada dato que asentara los derechos brasileños a la región. También se los acusó de hacer desaparecer la documentación que avalaba los derechos argentinos y es posible que algo de eso ocurriera. Frente a estos equipos de investigadores que incesantemente giraban a Río nuevos hallazgos, la cancillería argentina mantuvo una actitud displicente, incluso de criminal descuido. No sólo no se mandó a nadie a examinar los repositorios europeos, sino que ni tan sólo se tomaron el trabajo de revisar los que tenían delante de las narices, en la propia Buenos Aires, de modo que mientras Río Branco no dejó claros ni vacíos en su labor, Zeballos permitió que en los archivos locales quedaran gruesos legajos sin abrir, cubriéndose de polvo las pruebas del derecho argentino a la región disputada.



Partida de la familia imperial hacia el destierro en 1899.

En Estados Unidos, mientras Zeballos desplegaba un agudo sentido gregario, desarrollando una activa sociabilidad donde no se perdía fiesta, sarao o banquete que saliera al paso, Río Branco trabajó a la par del último secretario, cuidando cada argumentación, puliendo pruebas, pesando las palabras, componiendo lo que al cabo fue un modelo de presentación. El resultado final estuvo de acuerdo con tales antecedentes. El alegato de Río Branco es una obra maestra tanto del punto de vista jurídico como del histórico, preñado de erudición, poblado de documentos que apuntalaban la posición brasileña, en un grueso volumen donde no hay página de desperdicio. Frente a ello, la presentación de Zeballos es apenas un modestísimo folleto, anémico y lánguido, carente de convicción y de fuerza. No había posibilidad de duda en cuanto a la calidad de lo presentado por uno y otro. De ese modo, el 5 de febrero de 1895 Cleveland estampó su firma en el fallo: sin fundar la decisión, entregó todo el territorio en litigio a Brasil. La gobernación de Misiones se encogió en 11.500 millas cuadradas.

Cumpliendo con los compromisos contraídos, el gobierno argentino se aprestó a notificar al brasileño que acataba sin discusión el fallo arbitral, invitando a Río de Janeiro a proceder a la fijación del linde sobre el terreno. El 2 de agosto de 1900 se firmó en la capital brasileña el pliego de instrucciones para la comisión mixta demarcadora y por fin, el 4 de abril de 1910 se acordó un con-

ARGENTINA- BRASIL

venio por el que ambas naciones aprobaban los trabajos efectuados por dicha comisión.

Así terminó el pleito misionero, totalmente perdido para la Argentina. Después del fallo de Cleveland, y tal vez para paliar la triste impresión que dejara su misión, Estanislao Zeballos se permitió decir que después de todo, las cosas estaban bien, pues España no había tenido derechos reales a esa región y Portugal sí, vale decir que, de acuerdo a su razonamiento, habría aceptado un cometido donde sabía que la Argentina estaba equivocada y Brasil en lo cierto. Lamentablemente, el único equivocado en este partido era el señor Estanislao Zeballos, gracias a cuya incompetencia nuestro país perdió un territorio al que tenía pleno derecho, debidamente heredado de España. Años más tarde cuando los archivos argentinos que el señor Zeballos desdénó recorrer fueron examinados por Emilio Ravignani, aportaron con enorme sorpresa de éste un enorme acopio de datos que confirmaban la soberanía argentina sobre el territorio perdido. Como el mismo Ravignani habría de narrarlo, no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al contemplar con cuánto descuido, con cuánta incuria se había procedido en este negocio que nos costó un pedazo de suelo nacional del tamaño de Tucumán. El señor Zeballos había tenido esas pruebas al alcance de la mano, pero no de su capacidad diplomática.

Para colmo, del poco airoso papel cumplido, quedó una rémora que habría de pesar negativamente en el futuro. En adelante Estanislao Zeballos cobró al barón de Río Branco una furiosa inquina personal que nunca se cuidó de ocultar y que fue cordialmente correspondida por el brasileño. Después de fracasar como abogado de su país, Zeballos llevaría todas sus cargas afectivas a la cancillería, buscando un desquite que siempre le negó la estupenda solvencia de José María Paranhos.

EL BRASIL REPUBLICANO

La transición del régimen monárquico al republicano, si bien suave en su momento, no pudo evitar algún tardío coletazo de la reacción. En enero de 1892 se rebeló la fortaleza de Santa Cruz sin consecuencias. Pero gobernando el sucesor de Deodoro da Fonseca, Floriano Peixoto, que como Bismark fue llamado "el mariscal de hierro", la república debió enfrentar el más peligroso alzamiento armado de su breve historia. Ocurrió el 6 de setiembre de 1893 al sublevarse la marina, al parecer con intención de restaurar la monarquía y llevar al trono a la princesa Isabel, hija de Pedro II, razón por la cual se llamó restauradora a esta sedición. Los rebeldes no hallaron apoyo en el ejército y fracasaron sus intentos de desembarco, pero encontraron eco en Río Grande do Sul que se plegó al movimiento. La rebelión duró hasta marzo de 1894, en que el gobierno federal pudo dominar la situación consolidando el régimen republicano. Con la guerra civil concluyó el gobierno de los militares fundadores de la república, ocupando el poder los grupos oligárquicos regionales que en adelante regirían al país. La creación de los Estados Unidos

del Brasil implicó la adopción de un régimen federal más estricto que el argentino. Revivieron los viejos regionalismos que desde siempre planeaban sobre la Nación y se estableció un régimen donde el dominio de la tierra y la solución de sus problemas dejó de estar subordinado al poder central para trasladarse a la esfera local, con lo cual, al tiempo que se creaba un sistema más laxo, menos centralizado, se robustecía a las oligarquías regionales que desde los tiempos del Imperio dejaran pesar su influencia. Al crearse la república el grupo que rápidamente primó fue el de los grandes cafeteros concentrados en el Estado de San Pablo, y paulistas fueron los dos primeros presidentes civiles del Brasil, Prudente José de Moraes Barros y Manuel Ferraz de Campos Salles, que accedió al poder en 1898.

El 12 de octubre de ese año había jurado como presidente Julio A. Roca, elegido para un segundo período a raíz de la grave situación planteada con Chile que hacía temer la inminencia de la guerra. Al tiempo que armaba al país para el conflicto, Roca no dejó posibilidad diplomática de lado para

El mariscal Manuel Deodoro da Fonseca, primer presidente de los Estados Unidos del Brasil.



evitarlo. En febrero de 1899 tuvo lugar el llamado "Abrazo del Estrecho" con el presidente chileno Federico Errázuriz que distendió las relaciones con el país trasandino, pero sobre la marcha Roca se dio a la tarea de forjar una imagen internacional consolidada de nuestro país. En ese sentido cobraba importancia Brasil. Geopolíticamente, la Argentina corre el riesgo de ser apretada por una alianza entre Río de Janeiro y Santiago. Chile es uno de los dos países sudamericanos que no limita con Brasil, es decir que ambos países de "fronteras discontinuas" que los convierten en aliados potenciales contra el común país limítrofe, y una de las constantes de la cancillería chilena ha sido siempre atraer a Río de Janeiro contra Buenos Aires.

En los últimos años del siglo pasado las relaciones entre Brasil y Argentina eran lo bastante satisfactorias como para intentar un paso sin precedentes: la visita de los respectivos presidentes a las correspondientes capitales. Hubo sondeos argentinos por ese lado, que hallaron buen eco en Río de Janeiro. En consecuencia, en agosto de 1899 el general Roca, al frente de una fastuosa comitiva, llegó a la capital brasileña en viaje de visita a su colega Campos Salles. Por lo menos desde el punto de vista social, el acontecimiento fue deslumbrante. En otra oportunidad hemos señalado sobre este viaje del presidente argentino (8). "El hábil Roca sabía que no iba a sacar nada de Brasil, cuya cancillería jamás se dejó arrastrar a juegos extraños a los intereses propios, pero al menos dejaba una imagen. Quedaba por cuenta de los demás averiguar si detrás de la visita protocolar había alianzas en ciernes. Y la imagen buscada se completó en octubre de 1900 cuando el presidente Campos Salles visitó Buenos Aires. No hubo pactos, pero sí un apreciable acercamiento que cerraba la posibilidad de un eventual segundo frente".

No hubo guerra con Chile y se consolidó la amistad con Brasil. Cada país se dedicó a buscar la nueva acomodación que imponía la explosión capitalista finisecular. Brasil recibió al fin la ola inmigratoria cuyo camino le cerrara la esclavitud. En 1888, el año de la abolición, entraron 100.000 inmigrantes por el puerto de Santos, y poco después la masa aluvional llegó a superar a la de Argentina. Los cupos inmigratorios más importantes correspondieron a los italianos, alemanes, españoles y portugueses, y así como en nuestro país la zona de concentración de los nuevos habitantes fue el litoral, en Brasil el foco de atracción lo constituyeron San Pablo y Minas Gerais.

Al comenzar el presente siglo, Brasil, superados sus problemas internos, y Argentina, recuperada de un largo período de colapso, aparecían como las dos primeras potencias del continente, en un plano de apreciable paridad. En los veinte años pasados el desarrollo argentino, realmente excepcional, había alcanzado un progreso más rápido, equilibrado y sostenido que el del Brasil. Como se logró rápidamente un elevado índice de alfabetización y como no hubo severas contradicciones internas, ese desarrollo fue, además de acelerado, mucho más homogéneo y compacto que el de nuestro vecino. Brasil debió superar graves problemas económicos, como el emergente del caucho, ya que a partir de principios de siglo las plantaciones amazónicas tendieron a ser desplazadas en el mercado mundial por el producto de las Indias Orientales Holandesas (hoy Indonesia), además de las fluctuaciones del café que incidían severamente sobre los problemas inter-

nos, campo donde pronto habría de enfrentar la competencia de Colombia y África. Se mantenían en pleno vigor las diferencias regionales, ese permanente fantasma del Brasil, con su amenaza de disgregación y fractura. Desde los primeros tiempos del Imperio la integración de las diversas y contrapuestas regiones era asunto de primera importancia, sin salvar el cual Brasil no podía alcanzar la preeminencia política y económica continental que siempre fue su norte. Pero hasta entonces poco se había logrado por ese camino. Al contrario, el desarrollo económico acelerado de ciertas zonas y el descalabro de otras acentuaron la dicotomía, agravando el problema. Las zonas paulistas, fluminenses o mineiras eran mundos completamente distintos al noreste, el Amazonas o Mato Grosso, pese a estar incluidos en el mismo país. Ya se perfilaba claramente como triángulo vital brasileño el sector comprendido entre las ciudades de Río, São Paulo y Belo Horizonte, que engloba a la parte más dinámica de la enorme nación.

Un síntoma de las diferencias brutales que padece Brasil, de esos mundos que se juxtaponen sin mezclarse, tuvo lugar a fines de siglo con la llamada revuelta de los canudos, que tuvo por teatro al sertão bahiano. Allí reunía prosélitos un santón de nombre Antonio Conselheiro, manosa y predicador que arrastró en su estela a un número apreciable de seguidores que creían en él ciegamente, con cerrado fanatismo. Crearon un verdadero Estado teocrático cuyo jefe y dios era el Bom Jesus. Un día tuvieron problemas con las autoridades y mandaron a un centenar de soldados para dispersar la tribu. Los dispersados fueron los soldados. Recibidos a balazos fueron puestos en fuga, tras lo cual los vencedores se quedaron con las armas y municiones. Ante el descalabro se organizó una expedición más seria para terminar con el asunto drásticamente: les fue como a los otros. Cumplidamente derrotados, los represores debieron darse a la fuga. La noticia sacudió hondamente al Brasil. Era un escándalo sin atenuante, un verdadero agravio a las instituciones nacionales. De manera que se decidió aplastar sin remisión a los rebeldes. Enviaron nada menos que una brigada fuertemente armada, con órdenes precisas. Los rebeldes fueron prolijamente aniquilados, pero costó mucho trabajo y sangre alcanzar ese propósito. Los canudos se defendieron con ferocidad, produciendo fuertes bajas en las tropas, entre las que se contó el propio comandante de la brigada. Más allá de la anécdota, la rebelión bahiana, que no buscó fines políticos ni sociales, fue una expresión de la enorme miseria campesina del nordeste, miseria que cada día se acentuaba en contraste con la creciente riqueza de otros estratos del país.

A la inversa de la Argentina, donde prácticamente una sola oligarquía dominaba el plano político y sostenía su propia continuidad, en Brasil el poder debía negociarse entre varios grupos oligárquicos regionales, imponiendo el acuerdo y la negociación entre los más poderosos. Hemos dicho que la primera en ocupar el poder al establecerse la república fue la oligarquía paulista. A Campos Salles correspondió organizar la trenza de gobernadores que duraría hasta 1910. En Argentina la trenza venía desde 1880 pero había terminado, de Roca en adelante, bajo total dominio del presidente, que elegía no sólo a los go-

(8) Argentina-Chile. El secular diferendo, TODO ES HISTORIA, Nº 44, Diciembre de 1970.

ARGENTINA- BRASIL

bernadores sino también a su propio sucesor. Campos Salles no podía aspirar a tanto, pero implementó un sistema de satisfactorios resultados: el presidente y su mayoría parlamentaria apoyaban en todo trance a un gobernador y el gobernador respondía a la gentileza mandando al Congreso representantes que apoyarían en cualquier caso al presidente. El toma y daca brasileño no sería tan perfecto como el unívoco argentino, pero por un tiempo funcionó bien. También le permitió entregar la presidencia en paz a Francisco de Paula Rodrigues Alves, tercer paulista que accedía al poder conservando la dinastía, pero en adelante la presidencia debió alternarse con la oligarquía mineira, en un equilibrado carrusel.

Fue ésta una brillante época diplomática cuya estrella indiscutida era José María da Silva Paranhos, barón de Río Branco, proyectado a un indisputado primer plano por su triunfo en la cuestión de límites con Argentina sobre Estanislao Zeballos. Pero no fue la única victoria de este colosal diplomático que ganó para su patria más tierras de las que pudo conquistar con un ejército. En 1895 se planteó un conflicto en el límite con la Guayana francesa, en la región del Amapá. Decidido con Francia que el presidente de Suiza fuera árbitro, Río Branco fue abogado por Brasil, logrando en 1897 un fallo favorable a su país. Para tener una idea del beneficio, diremos que de 31.000 millas en litigio, Brasil se quedó con 30.000.

En 1900 los caucheros que se internaban por el Amazonas ocupando territorio boliviano, entraron en conflicto con las autoridades del Altiplano. Los plantadores y *stringueiros* que explotaban ilegalmente la región de Arce se alzaron en armas contra los bolivianos, generando un conflicto de imprevisibles consecuencias. La cancillería carioca supo moverse con su acostumbrada solvencia. Desde 1902 era canciller Río Branco de manera vitalicia, ya que sólo dejó el cargo por razones de fallecimiento un decenio después. Gracias a su habilidad no hubo guerra y Brasil se quedó con Acre. Por el tratado de Petrópolis de 1903 un extenso territorio de 197.000 kilómetros cuadrados pasó a dominio brasileño, cercenando otra porción de Bolivia. La operación le costó dos millones de libras esterlinas a Río de Janeiro. Pero no fue todo. Los problemas limítrofes con Bolivia recién concluyeron en 1928, llevando el linde al río Aguay, donde nunca pensarán llegar los portugueses.

El asunto con Bolivia generó a su vez un problema con Perú. Las cosas se pusieron ásperas en 1904, pero con Río Branco no se necesitaban cañones. En 1909 se resolvió el pleito: de 170.000 millas en disputa, Brasil se quedó con 155.000; lo restante fue reconocido peruano. También fue Río Branco el que logró convencer al gobierno de Ecuador que renunciara a la zona entre los ríos Caquetá y Amazonas, así como ganó frente a Colombia la cuestión del río Apaporis en 1901. En una palabra: gracias a José María da Silva Paranhos Brasil incorporó a su patrimonio, sin disparar un tiro ni generar irredentismos peligrosos, nada menos que 600.000 kilómetros cuadrados, ¡dos veces la provincia de Buenos Aires! Con

el Brasil alcanzó las colosales dimensiones que hoy posee y dio pie al orgulloso dicho **O Brasil sempre saiu vencedor**. Habría que agregar que siempre tuvo a mano un Río Branco.

LAS DOS POLITICAS

Paranhos logró reinsertar en el gobierno fluminense las metas imperialistas de las que fuera gran animador su padre y que se habían desvaído, trabajadas por los problemas internos de los últimos tiempos del Imperio y los primeros de la república. Sus victoriosas batallas diplomáticas, concebidas a fuerza de tesón y genio, insuflaron en Brasil un arrogante espíritu nacionalista, iniciando la segunda oleada tendiente a convertir a Brasil en la nación hegemónica del continente. Las constantes de la política exterior brasileña han derivado siempre de una premisa mayor, impedir a toda costa la unión de los países hispanohablantes que lo rodean, unión que implicaría el cerco del Brasil y el fin de sus sueños hegemónicos.

De los ocho países de raíz española fronterizos, Brasil sólo tiene en cuenta a tres como enemigos potenciales, que en orden decreciente son Argentina, Perú y Colombia. Al resto lo cubre con un olímpico desdén de superioridad. De los tres mencionados el más peligroso es Argentina, que por su extensión, población, civilización, desarrollo y potencial es el país mejor equipado para frenar las ambiciones hegemónicas del Brasil e incluso vertebrar una alianza que lleva al temido cerco. De allí que las mayores atenciones de la cancillería brasileña sean dedicadas a vigilar a nuestro país y sus eventuales pretensiones. En primer término, impidiendo toda posible reelaboración del virreinato del Río de la Plata, espectro nunca desaparecido de la mente de los geopolíticos brasileños. Ello se logra atizando desconfianzas, resquemores y disidencias en Bolivia, Paraguay y Uruguay contra la Argentina y alentando la infiltración económica brasileña en esos países para tornarlos geopolíticamente dependientes del Brasil. Todo ello sin descuidar a Chile, que sin tener fronteras ni problemas con Brasil, franquea las espaldas argentinas al tiempo que es un eventual gendarme contra Perú, aliado natural de nuestro país. En base a este esquema se implementó la política de Río Branco, reforzado por un criterio que no era novedoso, pero que entonces comenzó a aplicarse normativamente: buscar el apoyo de alguna gran potencia extracontinental para jugar a la carta de satélite favorito, "el país llave" y lograr de ese modo la ansiada hegemonía sudamericana.

Brasil heredó de Portugal la condición de satélite británico y lo siguió siendo hasta principios de este siglo. Pero desde los tiempos del Imperio los graves roces con Inglaterra a raíz del problema de la esclavitud, las humillaciones sufridas a manos de la escuadra británica, el triste asunto Christie, habían mellado sensiblemente la relación entre Río de Janeiro y Londres. El espíritu nacional brasileño, agraviado y profundamente herido por la prepotencia inglesa, generó un abismo con Gran Bretaña. Para colmo, de 1880 en adelante las inversiones inglesas tendieron a mostrar preferencia por la Argentina, donde llegaron a volcarse en cantidades mayores que en los propios dominios británicos. De ese modo, mientras la Argentina se convertía en una colonia económica de Londres, Brasil tendió a liberarse de la vieja tutela. Para ello lo favo-

reció la emergencia de los Estados Unidos y las respectivas economías complementarias. A la inversa de otras naciones —entre ellas la Argentina— la producción tropical brasileña no encontró las infranqueables barreras del proteccionismo norteamericano y pudo entrar libremente en ese extenso mercado. Al mismo tiempo, los capitales estadounidenses, aún en una etapa de evolución incipiente, hallaron un interesante campo de inversiones en Brasil y allí acudieron desde los primeros momentos de su expansión.

En 1901 la asunción del mando por Teodoro Roosevelt, creador de la espiritual filosofía del *big stick*, significó la iniciación de una agresiva política tendiente a convertir a los Estados Unidos en una de las grandes potencias mundiales y amo indiscutido de lo que consideraba su propia esfera de influencia. Aumentó vertiginosamente el poder naval norteamericano hasta llegar a ocupar el segundo lugar, detrás de Inglaterra; se asentó la hegemonía sobre Centroamérica y las Antillas y se decretó al Caribe lago norteamericano sin coparticipación de dominio. Brasil contempló con admiración no exenta de envidia esa eclosión nacionalista construida con abundancia de decisión y ausencia de escrúpulos y decidió ser en Sudamérica lo que los Estados Unidos eran en el norte, tomándolo por modelo.

A partir de entonces Brasil enganchó su carro a la popa de Washington. El primer signo visible de esa alianza potencial tuvo lugar en 1906, cuando Río Branco logró que la capital brasileña fuera sede de la Tercera Conferencia Panamericana, al tiempo que Washington elevaba a condición de embajada su representación en Río de Janeiro —en Buenos Aires mantuvieron encargado de negocios hasta 1918— y por fin el secretario de Estado, Elihu Root, aceptó la invitación para concurrir a las sesiones de la Conferencia, colmo de la gentileza, ya que era la primera vez en la historia que un funcionario de tal categoría salía del país en ejercicio de sus funciones.

Todo intento de hegemonía continental debía ir precedido o acompañado de la integración regional si quería ser coronada por el éxito. Era menester expandir la fuerza dinámica concentrada en una estrecha faja costera y llevarla al interior, sumar los extensos desiertos fronterizos, englobarlos activamente, "digerirlos" para incorporarlos a la Nación y lograr, a través de ellos, el acceso directo a las pequeñas naciones sobre las que se deseaba influir. Mato Grosso era un viejo problema. Más que Brasil propiamente dicho, había sido una colonia brasileña, alejada, distante, difícil de alcanzar por tierra. Ello había generado toda clase de problemas con la Confederación Argentina en tiempos de Rosas y con el Paraguay de los López, puesto que el Paraná era la principal vía de acceso. Mientras Brasil necesitara de ese río para llegar a Mato Grosso, su dominio real sería precario. La solución, a principios de siglo, era el ferrocarril. Para trazarlo, se eligió como punta de rieles a São Paulo, pero la línea no se dirigió hacia Cuiabá, capital de Mato Grosso, sino mucho más al sur, aproximándose a la frontera paraguaya, y una vez en Mato Grosso no se detuvo en la meseta central, sino que siguió hacia el oeste, en busca del río Paraguay. Allí una serie de enormes pantanos, interminables e insalubres, separan a Brasil de Bolivia. En medio de la región pantanosa, sobre la costa del río mencionado, se alza la ciudad de Corumbá, donde fue a dar el ferrocarril, a un paso del linde boliviano. De ese modo, al tiempo que se integraba el Mato Grosso al resto de Brasil, se dirigía la punta de lanza de la penetración económica hacia Santa Cruz de la Sierra. Pronto los rieles brasileños y bolivianos constituían una sola línea, en un intento de convertir a São Paulo en el puerto atlántico del Altiplano.

El ejército tomó activa participación en la labor de llevar a cabo la siempre soñada tarea de la "marcha hacia el oeste", y dentro del ejército se destacó netamente el coronel Cândido Mariano da Silva Rondon, nacido en Cuiabá, que hacia 1907 había completado una serie de expediciones severamente organizadas por el interior del país. Aparte de su Estado natal, las regiones del Amazonas, Góias y Pará fueron recorridas científicamente, buscando no sólo el conocimiento geográfico y el potencial económico, sino también la colonización definitiva y la explotación dinámica. Tendiendo hilos telegráficos, abriendo caminos, creando poblaciones, Rondon llevó la dominación efectiva de su país a los más recónditos lugares del extenso *sertao*. Merecidamente, en nuestros días un territorio del Brasil, sobre el linde con Bolivia, perpetúa su nombre: Rondonia.

Por la misma época que vamos tratando, la Argentina, devotamente atendida a Inglaterra en lo económico y a Francia en lo cultural, se replegaba sobre Buenos Aires y su *hinterland*, olvidando sus desiertos internos, las regiones sub-



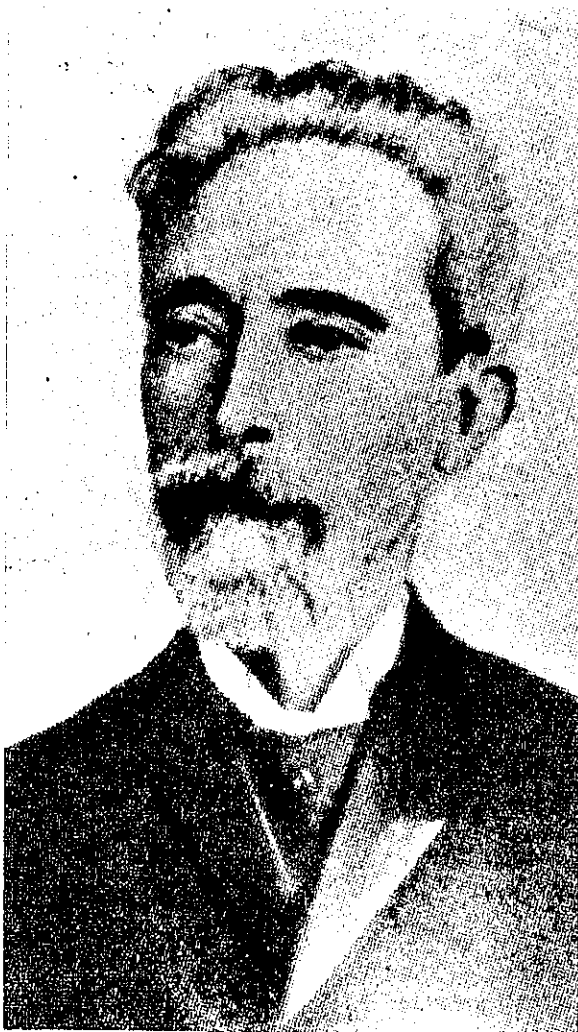
La princesa Isabel, hija de Pedro II, en cuyo nombre se sublevó la marina en 1893.

ARGENTINA-BRASIL

pobladas, las remotas fronteras vacías y desguarnecidas, olvido extensivo a los vecinos, muchas veces desorientados por una Argentina contradictoria, imprecisa, sin metas concretas fuera de las declamaciones literarias y grandilocuentes de los salones diplomáticos.

Es ésta también la época en que se organizan de acuerdo a pautas modernas los ejércitos de Brasil y Argentina. Desde los primeros años del siglo nuestro país contó con una Escuela Superior de Guerra para la formación de oficiales y jefes en el más alto nivel técnico. El desarrollo de una contienda dejó de ser cosa más o menos librada a la improvisación y comenzaron a elaborarse planes precisos, "hipótesis de guerra", calculando y milimetrando las posibilidades bélicas propias y ajenas. Lo discutible fue el método seguido. Tal vez influidos por la eventualidad de una guerra en dos frentes, es decir sometidos a

El canciller Quintino Bocayuva, firmante del Tratado de Montevideo con Estanislao Zeballos.



TODOS ES HISTORIA Nº 79

un doble ataque desde Chile y Brasil, los teóricos adoptaron frente a este último país una táctica defensiva. Ciertamente el triángulo vital brasileño Río-Sao Paulo-Belo Horizonte se halla enormemente alejado de la frontera y era inaccesible para los medios militares de la época, mientras nuestro propio triángulo vital, Buenos Aires-Santa Fe-Córdoba, se encuentra aterradoramente cerca del linde gracias a una secular y desastrosa política exterior, obligando por tanto a defenderlo a todo trapo y trance. Sea como ello fuere, en vez de proyectar la invasión de Río Grande do Sul en busca del Atlántico y Porto Alegre, nuestros técnicos prefirieron la táctica del retardo: primera línea defensiva sobre el río Uruguay, luego repliegue y línea de contención definitiva sobre el Paraná, cubriendo el triángulo vital. Los ríos de la Mesopotamia corren de norte a sur, favoreciendo el retardo de un avance enemigo y permitiendo consolidar la línea del Paraná. Todo está muy bien, pero el plan tiene sus costas: la Mesopotamia queda condenada a la invasión o sea a su eventual pérdida. Un viejo sueño brasileño lleva los lindes de ese país hasta el bajo Paraná. Además, toda táctica defensiva lleva implícita el espíritu de la derrota y desde entonces se condenó a la Mesopotamia a un prudente distanciamiento del resto del país. Nada de puentes sobre el Paraná, nada que permitiera un eventual cruce a la orilla occidental. Misiones, Corrientes y Entre Ríos pasaban a ser posibles campos de batalla, y esa filosofía retardó, no un avance brasileño, sino la integración del territorio mesopotámico al resto de la Nación. Como el río Paraná es, además de excelente vía de comunicación norte-sur, un no menos magnífico escollo para la relación este-oeste, toda la región oriental de la Mesopotamia terminó integrándose más cómodamente con Río Grande do Sul y la república del Uruguay que con el resto de la Argentina. Más aún, cuando al cabo se decidió romper el aislamiento mesopotámico y tender un puente, ese puente se levantó sobre el río Uruguay, uniendo a la Mesopotamia con Brasil entre Paso de las Libres y Uruguaiana. Los argentinos tuvimos que esperar al octavo decenio del siglo XX para ver túneles y puentes por debajo y por encima del río Paraná.

DE ZEBALLOS A CARCANO

A principios de siglo la tensión entre nuestro país y Chile generó una carrera armamentista ante la posible guerra. Ambas flotas fueron reforzadas hasta un poderío nunca alcanzado antes, sumándose las compras de acorazados cada vez más pesados y poderosos. En Brasil no dejó de preocupar el crecimiento potencial naval argentino y se dieron a la tarea de mejorar la flota propia. En 1902 se firmaron los Pactos de Mayo en Santiago de Chile que aventaron los peligros de guerra y establecieron la paz sobre bases duraderas. Dichos Pactos incluían una convención sobre limitación de armamentos navales que disponía el desarme de algunas unidades y la renuncia a la compra de otras. En Buenos Aires, si bien los Pactos fueron ratificados, la convención generó a su vez preocupación, ya que Brasil, ajeno al compromiso, siguió aumentando su flota. La convención tenía cinco años de vigencia y durante ese lapso nuestro país cumplió estrictamente lo estipulado, pero vencido el plazo se negó a renovarla y las cosas volvieron a ser como antes. La carrera armamentista era ahora con Brasil.

Una serie de sutiles reticencias echaban arena sobre los engranajes de las relaciones con Río de Janeiro. Ambos países se observaban con desconfianza, detectando cualquier movimiento sospechoso en el rival. Era menester manejar las cosas con cautela para evitar un agravamiento. Entonces el presidente Figueroa Alcorta nombró ministro de relaciones exteriores a Estanislao Zeballos, la persona más apropiada para llevar al naufragio cualquier política de avenimiento. El hombre entró con todo, impulsado por un nacionalismo primario, agresivo, ingenuo, y por su imbatible aborrecimiento al barón de Río Branco. Con la sutileza de una aplanadora, pronto estuvimos en discordia con gran parte de nuestros vecinos. Supo hacerle el juego a la cancillería brasileña con admirable constancia y vistosa pirotecnia. Dentro del clásico juego de Itamaraty de provocar disidencias y atizar recelos entre los países hispanohablantes, Brasil alentó al gobierno uruguayo para exigir la soberanía sobre la mitad del Río de la Plata, novedosa teoría que todavía está sobre el tapete, a setenta años vista. El asunto era de enfoque meramente diplomático, a resolver por las armas de la negociación y el acuerdo. Zeballos lo solucionó mandando a la flota de guerra a hacer maniobras delante de la costa uruguaya. Con lo cual deterioró las relaciones con Montevideo, erizó al nacionalismo uruguayo e indispuso a todos con la Argentina. Que era lo buscado por Río Branco.

Zeballos vivía convencido de que Brasil preparaba la guerra contra la Argentina. Razonaba que una vez lograda la superioridad naval atacaría, llevando en su estela al Uruguay, el Paraguay, y tal vez Bolivia. Para aventar el peligro elucubró soluciones un tanto tenebrosas. Propuso a Chile una alianza. Unidas ambas escuadras, impondrían la paridad al Brasil. En Santiago se desentendieron porque no les interesaban los problemas atlánticos y porque no tenían motivo alguno para molestar al Brasil. Entonces Zeballos se tornó truculento y planeó una guerra preventiva. La marina argentina estaba en magnificas condiciones. En cuanto al ejército, pasaba por el momento de mayor poderío de su historia, espléndidamente armado y adiestrado. Según las referencias a mano, Brasil no podría soportar un ataque llevado a cabo por 50.000 argentinos movilizados, cifra muy respetable para la época, que era la base preparada para enfrentar un conflicto con Chile poco antes. Reunió al gobierno y expuso el plan: se movilizarían las reservas, se pondría al país en pie de guerra y se enviaría un ultimátum al Brasil dándole seis días para responder. O limitaba su poderío naval o se le imponía por la fuerza. Los atónitos ministros escucharon a Zeballos sin comprenderlo del todo. Con grandes esfuerzos se acababa de evitar una guerra y ahora se salía al encuentro de otra. Pese a la reserva prometida en la reunión, el asunto trascendió. Lo pescó "La Nación" dándole a publicidad y ardió Troya. La alarma cundió por todos los sectores, se alzó un coro de protestas ante el canciller que usaba la diplomacia del hacha y se deterioraron aún más las relaciones con Brasil. El presidente Figueroa Alcorta no dudó un momento y pidió la renuncia a Zeballos, que se retiró airado⁽⁹⁾.

Pero como había declarado personalmente la guerra al Brasil, cometió otra indiscreción y en 1908 denunció al barón de Río Branco desde la "Revista de Derecho" de estar tejendo un cerco

diplomático en torno a la Argentina. Como prueba publicó un telegrama cifrado que llevaba el número 9, que la cancillería fluminense habría cursado a las representaciones brasileñas en varias naciones americanas. De acuerdo al texto, Argentina estaría elaborando un plan imperialista de vastas proporciones, ya que se trataría nada menos que de la reconstrucción del virreinato del Río de la Plata mediante el sencillo expediente de anexas Uruguay, Paraguay, Bolivia y Río Grande do Sul. Las representaciones brasileñas debían divulgar discretamente dichos planes al tiempo que aseguraban la amistosa protección de Brasil, ángel justiciero que cerraría el paso a las torvas intenciones de Buenos Aires.

Naturalmente, el asunto produjo revuelo, además de un ataque de ira a Río Branco. Pero no era fácil ganarle una partida al astuto canciller. De inmediato preparó una publicación oficial acusando sin mucho disimulo a Zeballos de falsificador. No negaba una base de realidad en el asunto. No era tan tonto como para hacerlo. Afirmaba que siendo Zeballos canciller, había conseguido una copia de un telegrama cifrado —el bendito N° 9 dirigido a la legación brasileña en Santiago de Chile, pero aseguraba que el texto había sido adulterado adrede. Como prueba, acompañaba el telegrama cifrado con la cifra correspondiente, demostrando que en ningún momento había girado órdenes del tipo denunciado. Su nota terminaba con una frase que, representando su pensamiento de fondo, no tardaría en abrirse camino⁽¹⁰⁾: "Estoy cada vez más convencido de que una cordial inteligencia entre la Argentina, Brasil y Chile sería de gran provecho para cada una de las tres naciones y tendría influencia benéfica dentro y fuera de nuestros países".

Era verdad. Contra lo que creía Zeballos, Río Branco de ningún modo quería la guerra. Era lo bastante estadista, lo suficientemente talentoso como para no ver cuánto de azaroso, de aleatorio y de ruinoso tiene un conflicto bélico. Para él, que había engrandecido a Brasil sin gastar una bala, no había mejor ejército que la diplomacia. Brasil debía tener armas suficientes y poderosas, pero aceitadas y bien guardadas como elemento disuasorio, no compulsivo. Además entreveía una política novedosa: para cubrir el flanco sur brasileño o impedir una alianza que cercara a Brasil liderada por la Argentina, el camino no era andar a los puntazos con Buenos Aires, sino lograr la alianza argentina. Trazado el eje Río de Janeiro-Buenos Aires, que hacía extensivo a Santiago de Chile, el resto del continente debía girar en su torno. Río Branco estaba convencido de que era el único sistema para terminar con las guerras en Sudamérica.

Empero de momento, y pese a la renuncia de Zeballos, las cosas no mejoraron. Más bien empeoraron lo suficiente como para que de Brasil no mandaran ninguna representación cuando nuestro país festejó su Centenario el 25 de Mayo de 1910, lo que fue considerado un agravio que generó expresiones hostiles frente a las representaciones consulares brasileñas. En el otro país ocurrió otro tanto frente a las argentinas y las

(9) Miguel Angel Cárcano. *Presidencia de José Figueroa Alcorta*, en *Historia Argentina Contemporánea*, Academia Nacional de la Historia, volumen I, sección 2ª, El Ateneo, Bs. As. 1963.

(10) Isidoro Ruiz Moreno, *Historia de las relaciones exteriores argentinas*, Ed. Perrot, Bs. As. 1961, pág. 86.

ARGENTINA-BRASIL

cosas se calentaron tanto que ambas cancillerías decidieron firmar un protocolo en agosto de 1910, lavándose las manos de dichos disturbios y afirmando la más duradera amistad, tras la cual la carrera armamentista siguió viento en popa.

En octubre de ese año cambiaba de presidente la Argentina. Cesaba Figueroa Alcorta y subía Roque Sáenz Peña. El nuevo mandatario, que se encontraba en Europa, sostenía ideas diametralmente opuestas a las de Zeballos y muy cercanas a las de Río Branco. Consideraba que la paz sudamericana sólo podría sostenerse en base a un firme entendimiento con Brasil. Algo debió captar Río Branco, que decidió aprovechar el cambio de mandatario para provocar un giro político. Al efecto, el embajador Dionisio da Gama insinuó en Buenos Aires la posibilidad de un acuerdo, y cuando Sáenz Peña llegó a Río en viaje a la Argentina, fue recibido poco menos que en triunfo. Tan magnífico y cortés fue el despliegue del gobierno brasileño después de tanto tiempo de desconfianza, que la noticia produjo en Buenos Aires una inmejorable impresión, aliviando sustancialmente los ánimos.

Ya en el cargo presidencial, Sáenz Peña machacó sobre caliente. En Brasil asumiría el poder el mariscal Hermes Rodrigues da Fonseca, sobrino de Deodoro, el fundador de la república. El presidente argentino envió como embajador extraordinario a Manuel A. Montes de Oca, ofreciendo con ello una muestra de distinción que correspondía a las gentilezas brasileñas. Pero no se quedó ahí pues agregó un enviado confidencial. Para el cargo, extremadamente delicado, ya que debía lograr la detención de la carrera armamentista, eligió a un hábil diplomático con firmes amistades en Río de Janeiro, que compartía sus propias ideas de convivencia con Brasil, don Ramón J. Cárcano. Desde la caída de Juárez Celman, este hombre, que había llegado a ser precandidato a presidente, vivía poco menos que "radiado de servicio". Pertenecía a una élite oligárquica que siempre se había opuesto al general Roca y había pagado su osadía con tres lustros de ostracismo. Con la emergencia de Sáenz Peña—que fuera hombre de Juárez Celman—y el fin político de Roca, Cárcano y su grupo volvieron al primer plano, y como inicio le correspondió la delicada misión ante Río Branco. Naturalmente, antes de hacer las valijas hubo discretos contactos con la cancillería brasileña y el embajador Dionisio da Gama, que aportó seguridades de que la misión sería recibida con los brazos abiertos para poner fin a la tensa situación.

Cabe destacar que la idea de Sáenz Peña tenía caracteres propios. Siempre siguiendo las líneas de la política atlántica que nos imponía la dependencia de Europa, el buscado acercamiento a Brasil era distinto a los lineamientos seguidos por Mitre-Elizalde o por el general Roca. Aquellos habían implementado una alianza en subordinación, convirtiendo a la Argentina en satélite de Brasil, basados en el principio de las fronteras ideológicas. Roca se había limitado a un aproximamiento superficial que no implicaba el menor compromiso, para adoptar posiciones ante

terceros países. Sáenz Peña, en cambio, buscaba una coordinación política conjunta en un plano de paridad, una suerte de "eje" que permitiera la formación de un bloque compacto frente a los Estados Unidos en expansión y como base de una hegemonía dual sobre el continente. Era, entre otras cosas, una resultante de la política probritánica que nuestro país seguía fielmente.

En marzo de 1911 Cárcano llegó a Río de Janeiro en medio de un espléndido recibimiento. Río Branco bajó especialmente de Petrópolis para entrevistar al enviado confidencial y poco después comenzaron las conversaciones. Miguel Ángel Cárcano, que acompañó a su padre, describe así el escenario de las entrevistas (11): "El barón recibió a Cárcano en Itamaraty, el palacio del Imperio, en su gabinete de trabajo amplio y luminoso. Sus ventanales permitían contemplar los jardines interiores. Cantidad de mapas colgaban de sus muros. En gran escala estaban indicadas las fronteras del Brasil que el barón había logrado trazar con habilidad y astucia definiendo los límites inciertos y los intrincados problemas que dejó la herencia colonial, tarea abrumadora y paciente de la cual se vanagloriaba por haberla llevado a cabo por negociaciones amistosas y el arbitraje. En el extremo de una de las largas mesas trabajaba el canciller en un lugar reducido, libre del cúmulo de documentos y expedientes amontonados sobre las sillas y en el suelo. Muchas veces sus secretarios lo hallaron escribiendo en altas horas de la noche alumbrado por un modestísimo candelil que nunca le faltaba. Junto a esa mesa tuvieron lugar las conversaciones confidenciales con Cárcano".

Río Branco habló largamente de su proyectada unión entre Brasil, Argentina y Chile para asegurar la paz, a lo que Cárcano, con plena lucidez, contestó que lo veía poco viable porque ello despertaría fuertes desconfianzas en el resto de los países sudamericanos, especialmente el Perú, razonamiento que años después se mostraría perfectamente correcto. Luego se habló de armamentos. Río Branco propuso un convenio por el cual las flotas se establecieran de acuerdo a la longitud de las costas. Amablemente, Cárcano desechó la idea. Sería canonizar la supremacía brasileña. El asunto amenazaba no tener salida, sobre todo porque cualquier pacto tendría que ir a los Congresos para su ratificación y allí podría ser despedazado empeorando las cosas. Ninguna solución corriente parecía adecuada, cuando Cárcano propuso a Río Branco no pactar nada, no firmar ningún papel. Sería simplemente un acuerdo de caballeros. Ambos países limitarían espontáneamente sus armamentos renunciando a la compra de nuevos buques de guerra. Río Branco aprobó vivamente la solución, pero necesitaba la palabra final del presidente. Esa noche Cárcano cenó con Río Branco y el mariscal Fonseca, ya en tren de despedida. En un momento de la conversación el enviado confidencial preguntó directamente al mandatario si podía comunicar al presidente argentino que Brasil limitaba su flota. Tras mover la cabeza, el mariscal se limitó a contestar "¡Puede!".

Antes de embarcar de regreso, Cárcano telegrafió la noticia a Sáenz Peña. Su misión había sido una de las más fulminantes y exitosas que Argentina llevara a cabo en Río de Janeiro (12).

(11) Miguel Ángel Cárcano. *Obra citada*, pág. 178.

(12) Ver detalles en Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*. Ed. Pampa y Cielo, Bs. As. 1965, pág. 276.

EL TRATADO DEL A B C

Río Branco no pudo llevar más adelante su política respecto de Argentina y Chile pues falleció en 1912. Empero, dejó sentado en Itamaraty todo un cuerpo doctrinario que se hizo tradición y sobre cuyos carriles marcharían sus sucesores durante mucho tiempo. Tampoco Sáenz Peña concluyó su presidencia, pero la muerte del presidente no significó un cambio de rumbo. El nuevo mandatario, Victorino de la Plaza y el canciller Jo-



Manuel Ferras de Campos Salles, presidente civil y paulista.

sé Luis Murature mantuvieron los mismos principios internacionales. Tuvo oportunidad de manifestarse a raíz del conflicto entre Estados Unidos y México que estuvo a punto de llevar a la guerra a esos dos países. Ya nos hemos referido a ese problema en otra oportunidad⁽¹³⁾. Recordemos simplemente que a mediados de 1914 Argentina, Brasil y Chile propusieron a Washington y México una mediación conjunta que fue aceptada y condujo al tratado de Niagara Falls que suavizó las relaciones en el hemisferio norte.

Murature decidió entonces aprovechar el excepcional momento de amistad que se vivía entre

los tres países más poderosos de Sudamérica. Retomando la idea de Río Branco inició conversaciones con las cancillerías de Río de Janeiro y Santiago de Chile tendientes a lograr un acuerdo entre los países. El canciller brasileño Lauro Müller aceptó las bases propuestas siguiendo la línea de su predecesor; lo llamativo fue la prontitud con que también aceptó Chile, hasta entonces reacto a los lineamientos políticos atlánticos. Hubo una serie de cabldeos, cambios de notas y modificaciones en los textos propuestos, hasta que el 25 de mayo de 1915 José Luis Murature por la Argentina, Lauro Müller por Brasil y Alejandro Lira por Chile firmaron en Buenos Aires el tratado conocido como del A. B. C., tendiente a solucionar los problemas que pudieron plantearse entre los firmantes en caso no previstos por previos acuerdos, estableciendo un mecanismo permanente y automático para solventar posibles disidencias. No era un pacto de alianza pero, desde ya, podía servir de base para ella, por lo cual despertó serios temores en las otras cancillerías americanas, tal como lo previera Cárcano. Tampoco gustó en Estados Unidos, pues el acercamiento del A. B. C. podía terminar en un bloque que sirviera de contrapeso a su creciente influencia, sobre todo en momentos que se agravaba la crisis mundial a raíz de la guerra europea. De modo que las presiones que se desencadenaron en contra fueron lo bastante poderosas como para anular el tratado. En nuestro país no fue nada popular, sobre todo en las filas del radicalismo, opuesto a todo tipo de bloque o alianza. Se llegó a decir que Murature era un "Zeballos al revés" y el asunto naufragó en el Congreso, pues aprobado por el Senado fue rechazado por los diputados, quedando sin ratificación. Además la marcha de los asuntos mundiales rápidamente veló la armonía entre Río de Janeiro y Buenos Aires.

El Viernes Santo de 1917, por razones sumamente particulares que nunca fueron explicadas claramente, el presidente Wilson declaró la guerra a Alemania y metió a los Estados Unidos en el conflicto europeo, ascendiéndolo a la categoría de mundial. Ya embarcado indisolublemente en la estela de Washington, Río de Janeiro hizo otro tanto el 26 de octubre, por motivos todavía más misteriosos para los intereses brasileños. Como Argentina mantuvo a machamartillo su neutralidad, la divergencia de criterio melló lo que hasta entonces fuera apacible entente. Para remate, desde 1916 era presidente argentino Hipólito Yrigoyen, que no simpatizaba con Brasil y era poco simpático a la cancillería fluminense.

Uruguay también rompió relaciones con Alemania y de pronto comenzó a cundir un rumor que por momentos alcanzó destellos de verosimilitud: las compactas minorías alemanas de Río Grande do Sul, poderosamente armadas y bien adiestradas, se aprestaban a sublevarse e invadir el Uruguay... ¿O sería que desde Río de Janeiro se proyectaba una intentona para recuperar la Cisplatina?... Por si acaso, el presidente Feliciano Viera, consciente de la indefensión del ejército uruguayo, mandó preguntar al presidente Yrigoyen si, en caso de ataque sobre la frontera brasileña, Argentina estaría dispuesta a entregar armas. La respuesta de don Hipólito fue terminante: "Si por desgracia el Uruguay viera invadido su territorio, tenga la más

(13) *Cómo fueron las relaciones argentino-norteamericanas*. Ed. Plus Ultra, Bs. As. 1970

ARGENTINA-BRASIL

absoluta seguridad el pueblo hermano de que mi gobierno no le vendería armas, sino que el ejército argentino cruzaría el Río de la Plata para defender la tierra uruguaya”.

Era la expresión de la política yrigoyeniana, opuesta a todo tipo de bloqueo o “eje” parcial pero partidaria de una firme solidaridad del cuerpo latinoamericano. El 15 de febrero de 1918 el presidente Viera comunicó al parlamento uruguayo la actitud de su colega Yrigoyen y los legisladores resolvieron agradecer oficialmente a don Hipólito su incondicional apoyo a la república oriental. El resto de la guerra transcurrió sin mayores novedades. Brasil no llegó a intervenir militarmente en la contienda. Una fuerza naval que se preparaba para operar en el Mediterráneo fue impedida de actuar por el armisticio, pero, al igual que Argentina, Brasil se benefició económicamente con el conflicto. Por primera vez desde el establecimiento de la división internacional del trabajo corrieron peligro las vías de comunicación con los centros metropolitanos y el esfuerzo de guerra obligó a reducir las exportaciones a los países manufactureros. Ello obligó a producir las a las naciones coloniales, dando un poderoso impulso a las industrias locales. En Argentina fue Buenos Aires el centro más favorecido por la novedosa tónica, acentuando el macrocefalismo del país; en Brasil fue Sao Paulo quien surgió como núcleo industrializador, pronunciando el desplazamiento demográfico hacia el sur.

Pero la guerra desubicó pronunciadamente a los estamentos políticos y sociales del vecino país, abocándolos al nuevo contexto que surgía de un mundo liberal profundamente resquebrajado por la contienda. En Argentina las convulsiones fueron mucho menores porque la oligarquía local había sido vencida en las urnas en 1916 con el acceso de Yrigoyen y las clases medias al poder: la revolución pacífica del sufragio impidió grandes estallidos. En Brasil, en cambio, donde persistía el juego oligárquico pasándose la pelota presidencial entre paulistas y mineiros, ajenos por completo a las nuevas clases e inquietudes, la emergencia de viejos problemas y flamantes exigencias habrían de generar un decenio de inquietudes políticas y sociales.

EL TENENTISMO

La década del veinte significó para la Argentina la cúspide de su periodo liberal. Etapa esencialmente tranquila, de auge económico y predominio de las clases medias, jamás, fueron más respetadas las libertades humanas y el ejercicio de la democracia. Los cuartelazos eran el exótico recuerdo de un remoto pasado; el estado de sitio una estipulación constitucional con escasa posibilidad de aplicación; la libertad de prensa era artículo sagrado y cerrar un diario una idea escandalosa, indigna del desarrollo alcanzado. La Argentina constituía una especie de mosca blanca en la constelación sudamericana, donde las convulsiones se yuxtaponían incesantemente. Hasta Brasil, tan estable y continuo, se estremecía con los borbotones que parecían surgir de

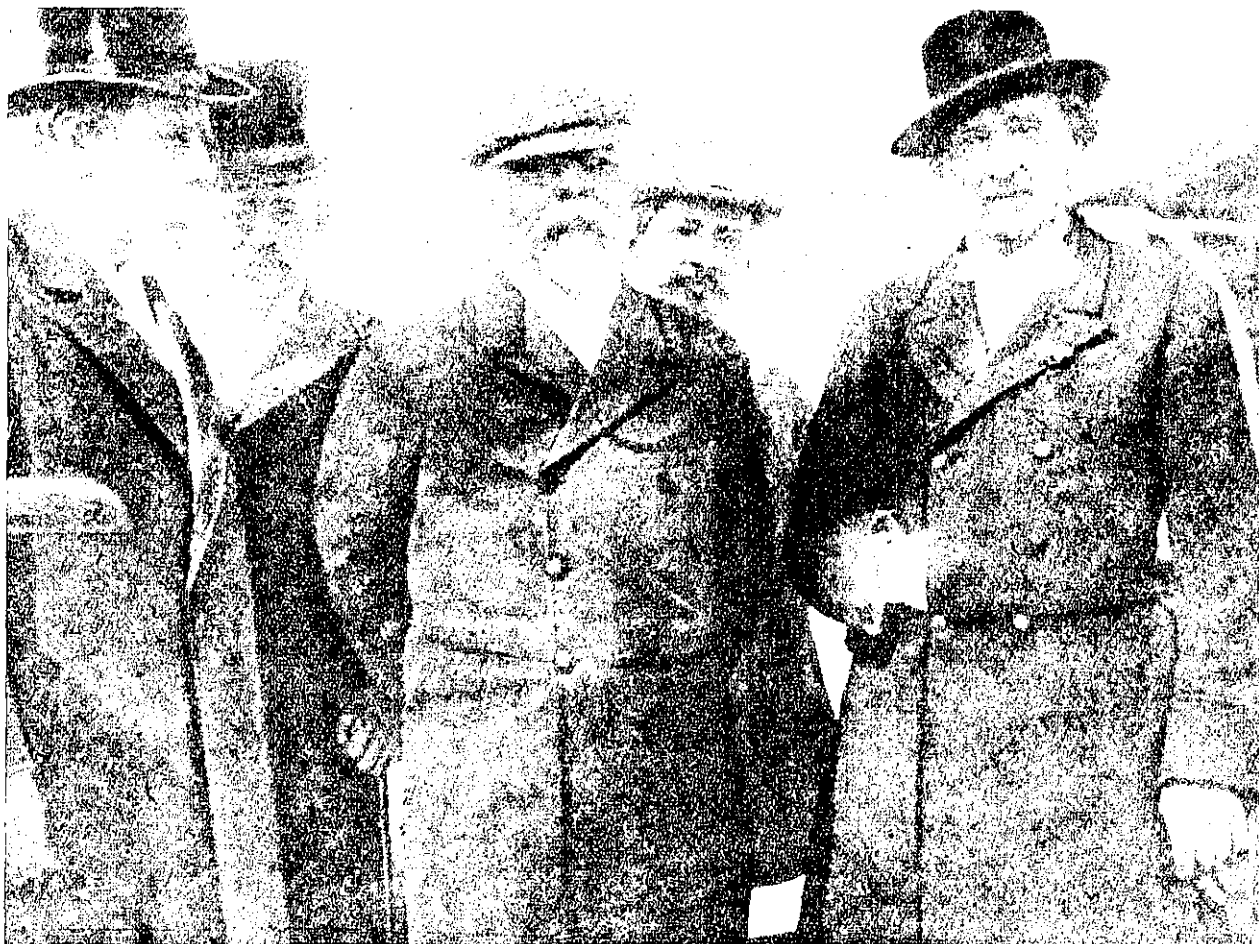
una tierra postergada y castigada bajo el esplendor de un imponente marco externo.

Mientras cundía el descontento social y se agravaban los problemas económicos, comenzó a inquietarse el ejército, que tras crear la república fuera dejado de lado discretamente por las oligarquías, que en adelante usufructuaron en poder sin concederle arte ni parte en la conducción nacional. Arturo da Silva Bernardes, representante de la oligarquía mineira y presidente entre 1922 y 1926, tuvo el dudoso privilegio de enfrentar durante su mandato el peor periodo de inestabilidad que conocieran los brasileños en muchos años.

El viejo Brasil de fachada liberal crujía por las bases mientras el sistema implantado desde los comienzos de la república se resquebrajaba a ojos vista, desorganizando el edificio estatal cuidadosamente elaborado, donde cada oligarquía tenía su lugar y disfrutaba de sus privilegios mientras la masa, ausente, se limitaba a ejercer el derecho de callar y obedecer. Las clases medias emergentes, cada día más inquietas, ya no se conformaban con un papel pasivo. Como siempre ocurre en estos casos, la que fuera clase dirigente progresista se convirtió en casta dominante represiva para conservar la manija del poder. Y la represión trajo consigo a la rebelión.

El ejército —sobre todo entre los oficiales de menor graduación provenientes de clase media— que hasta entonces actuara solamente por vías indirectas, manteniendo el acatamiento al poder civil y sosteniendo el *statu quo* político, comenzó a dar signos de incomodidad con su papel de convidado de piedra. Las viejas oligarquías ya no estaban en condiciones de modernizar un Estado con evidentes signos de atraso económico y social. Por lo demás, la gran mayoría de la población vivía sumergida en un infraconsumo crónico, corroída por la miseria y la explotación, sin la menor participación en la vida nacional. Únicamente estaban politizados los núcleos urbanos de clase media, pero de manera inorgánica e imperfecta. En esa situación, carente de una masa electoral poderosa —los analfabetos no votaban y casi todo el resto lo hacía por los patrones y caciques—, sin una base política sólida, sin partidos nacionales, el ejército se consideró la única institución capacitada para remodelar el Estado, dirigir la política y vertebrar un movimiento nacional que llevara al Brasil al plano que por su importancia le correspondía. Pero previamente debía sacarse del medio a las oligarquías, fuertemente atornilladas por una madeja de intereses propios y ajenos.

En julio de 1922 hubo sublevación en Río de Janeiro pero la intentona fue sofocada. Dos años después, y también en julio, volvió a estallar la rebelión militar, esta vez con caracteres más graves, en la ciudad de Sao Paulo. En razón de la cantidad de tenientes y jóvenes oficiales que en ella intervinieron y al hecho de que se buscaba no sólo un cambio de gobierno sino de estructuras, el movimiento fue llamado *tenentismo* y habría de tener amplias consecuencias. Durante un mes los *tenentes* fueron dueños de Sao Paulo, pero el sistema todavía era sólido. Apretado el movimiento rebelde por las fuerzas de represión, los rebeldes evacuaron la ciudad paulista y se replegaron hacia el sudoeste en dirección a Río Grande do Sul. Entre los oficiales que se sublevaron se contaba un joven capitán de 26 años llamado Luis Carlos Prestes, que habría de protagonizar una asombrosa aventura. Al frente de unos mil hombres entre soldados y voluntarios, durante



La visita de Campos Salles en 1900: (de izq. a derecha) el presidente Roca, el canciller Quirino Costa, Campos Salles, un diputado brasileño y el ex presidente Mitre.

tres años eludió con habilidad y destreza todas las fuerzas del ejército arrojadas en su contra, en una permanente contradanza para evitar encuentros directos y tratando de servir de detonante para una sublevación masiva del pueblo contra el régimen. Refugiándose en el sertao y mediante un constante desplazamiento, arrancó de Río Grande do Sul, atravesó el desierto de Santa Catarina, siguió la línea del río Paraná, cruzó por desoladas regiones de Minas Gerais hasta aparecer en Bahía, en la cuenca del San Francisco, desde donde, siempre acosado por las tropas regulares, volvió a internarse hacia el oeste, pasando por Mato Grosso hasta acercarse al límite con Bolivia. Esta épica marcha que cubrió nada menos que 25.000 kilómetros, convirtió a Prestes en una figura legendaria, un verdadero personaje de novela caballerescas. Y Caballero de la Esperanza lo llamaron. Finalmente vencido, cerrados los caminos, sus fuerzas se rindieron en 1927 y el capitán Prestes pasó a la Argentina exiliado. No había logrado su propósito de provocar una gran rebelión popular porque la enorme masa a la que él se dirigió, hundida aún en un mundo precapitalista y ajena a todo problema político y social, sólo tenía fuerzas para luchar por una precaria subsistencia. También pesó en su contra el temor de los grupos politizados brasileños a los

cambios demasiados bruscos, a las transiciones violentas. Al fracasar estas bases con las que él contara, fracasó el capitán Prestes.

Mientras el tenentismo parecía languidecer y Prestes recorría el sertao en busca de una revolución imposible, terminó su mandato Arturo da Silva Bernardes. Como era mineiro, de acuerdo a la calesita presidencial establecida correspondía el período 1926-1930 a un paulista. Y un paulista asumió el mando en la persona de Washington Luis Perelra da Souza. Las viejas oligarquías parecían tan sólidas como siempre. En cuanto a los tenentes, muchos fueron perdonados y reincorporados a filas. Sólo había sido un pecadito de juventud (para algunos lo fue en serio). Pero el malestar siguió su curso y poco después se le sumaron los vientos de la gravísima crisis económica que azotó al mundo occidental. En nuestro país la crisis arrastró consigo a la segunda presidencia de Yrigoyen poniendo punto final al período democrático iniciado en 1916 e iniciando la era neo-oligárquica que intentó restablecer los parámetros políticos, económicos y sociales del tiempo de Roca. En Brasil la historia tomó otro camino, pues la que cayó fue la oligarquía y lo que emergió fue el primer gobierno popular que tuvo ese país.

ARGENTINA-BRASIL

GETULIO VARGAS

La trenza interoligárquica no funcionaba ya como en sus mejores tiempos y a cada paso surgían disidencias entre sus grandes sacerdotes. El error final lo cometió Washington Luis cuando intentó romper la tradición en el peloteo de la sucesión presidencial. Correspondía a un mineiro, pero se empenó en consagrar a un coteirâneo paulista, Julios Prestes, sin parentesco con el capitán homónimo. Como candidato opositor, al frente de un grupo llamado Alianza Liberal, surgió el gobernador de Río Grande do Sul, Getulio Vargas. Nacido en São Borja sobre el río Uruguay, frente a las costas argentinas, en las tierras gaúchas que una vez fueron las Misiones Orientales, Vargas, a los 46 años de edad, era un caudillo nato con una sólida popularidad a cuestas. Silencioso, cauto, astuto, suave como una dama, exquisitamente cortés y mesurado, nunca faltaba en su rostro una ancha sonrisa bonachona. Bajo de estatura, retacón, macizo, nada en su aspecto físico o en sus modales dejaba entrever la enorme energía, la dura determinación de que era capaz. Ganó las elecciones porque no había opción posible, pero eso no fue obstáculo para el régimen, que se olvidó de las urnas y proclamó presidente a Prestes.

La píldora no estaba hecha para ser tragada por Vargas, que ya había tomado recaudos. Su ministro Oswaldo Aranha había elaborado pacientemente el paso siguiente a seguir, que era la rebelión. Por otra parte, todo Brasil estaba harto de las trenzas que trababan su desarrollo, y el ejército, acallado pero no sometido, esperaba el momento oportuno. Muchos tenientes de ayer veían con simpatía a Vargas, que hablaba un nuevo lenguaje. Parálba fue la primera en sublevarse. El 3 de octubre de 1930 la revolución estaba en la calle. Siguiéron Minas Gerais, Río Grande do Sul y luego Paraná, y de allí la rebelión se extendió por todo el Brasil. Vargas emprendió la marcha sobre Río de Janeiro, lo que suscitó comparaciones con la Marcha sobre Roma de Mussolini. Lo acompañó el entusiasmo popular en medio de una expectativa que auguraba nuevos tiempos para un nuevo Brasil. El 24 de octubre el ejército tomó cartas en el asunto. De acuerdo a la mejor tradición brasileña, los generales comunicaron gentilmente a Washington Luis que ya no contaba con su apoyo y en consecuencia quedaba depuesto. El 3 de noviembre de 1930 Vargas entró en la capital para iniciar una de las gestiones más notables y discutidas de la historia brasileña.

Nominado presidente constitucional por la Asamblea Constituyente, el primer escollo que debió salvar fue la crisis económica y el caudillaje local, dueño hasta entonces de las políticas regionales en beneficio de las oligarquías de grandes propietarios. Los sectores damnificados produjeron el alzamiento de São Paulo, el Estado más perjudicado por la emergencia de Vargas, que intentó recuperar por las armas su vieja preeminencia aprovechando la dramática caída de los precios del café con la natural repercusión económica, situación que Vargas no había lo-

grado dominar. Fracasado el intento, se iniciaron las reformas. Suprimió las barreras aduaneras que separaban a los Estados, dispuso una moratoria de la deuda externa, estableció el voto femenino y amplió la base electoral (hasta el advenimiento de Vargas sólo votaba el 5 % de la población), fortaleció el poder federal e inició, por primera vez en la historia brasileña, un esbozo de legislación social dirigida a amparar la enorme masa desprotegida que constituía la mayoría de la población; alentó el sindicalismo en un medio donde los avances en ese sentido no habían pasado del plano embrionario, lo cual permitió que lo llamaran comunista; y como organizó los gremios por medio del Estado y con ingerencia del mismo, permitió a otros llamarlo fascista. Las reformas convergieron en la constitución de 1934, eminentemente centralista, atenuando el poderoso y por momentos disolvente federalismo. Sin embargo, a pesar de su fuerte tono reformista, el gobierno de Vargas carecía de una precisa ubicación ideológica. Era el decenio de la eclosión del nazismo de Hitler, de la Italia de Mussolini, de la Rusia de Stalin y la España desgarrada como campo de batalla entre el nazifascismo y el comunismo, mientras las democracias occidentales se desvaían en una gris

El barón de Río Branco: dos veces la provincia de Buenos Aires sin disparar un tiro.





Ramón Cárcano: un estilo nuevo en nuestras relaciones con Brasil.

atonía, aparentemente resignadas de antemano a la derrota. La mayoría no dudaba que Vargas estableciera una dictadura; el problema consistía en qué signo adoptaría.

Con el comunismo las cosas fueron mal de entrada. En Río de Janeiro reapareció el capitán Prestes, el que fuera Caballero de la Esperanza. Durante su exilio en Buenos Aires se había convertido al marxismo, afiliándose al partido comunista. Viajó a Rusia para completar su adoctrinamiento y de Moscú lo fletaron a su patria para dirigir el sovietismo brasileño como secretario general del partido. El embarcarse en una doctrina y un pensamiento ajeno al de su país, terminó la frustración de Prestes; lo que empezara como impulso nacionalista hondamente brasileño terminó diluido en el internacionalismo alambicado y contradictorio del stalinismo. Tan desubicado estaba el comunismo —como en toda Latinoamérica— que tomó elegantemente la onda subversiva que en 1935 desembocó en el alzamiento abierto, irremisiblemente condenado al fracaso. Prestes fue a dar en la cárcel, de la que no salió en diez años.

Tres consecuencias tuvo la intentona de Prestes. Liberó a Vargas de una oposición minoritaria

pero agresiva, insufló de rebote a los núcleos fascistas que querían copar el régimen, y provocó en el ejército brasileño una incurable alergia, no sólo hacia el comunismo internacional, sino hacia todo tipo de izquierdismo, alergia que aún perdura con agudos signos de agravamiento. En cuanto al fascismo brasileño, fue el más poderoso de Sudamérica, alcanzando un predicamento e influencia como en ningún otro país del continente. En 1933 el paulista Plínio Salgado fundó el cuerpo de los camisas verdes, simple parodia vernácula de los camisas negras de Mussolini, de quienes tomaron todo el aparato pirotécnico y paramilitar grato a sus componentes. Fueron la base y fuerza de choque del partido integralista, que apoyó calurosamente a Getulio Vargas y fue a su vez favorecido por éste. El movimiento nazifascista alcanzó gran repercusión en el sur, donde abundaban las minorías alemanas no integradas, que mantenían sus comunidades cuidadosamente apartadas, con un sistema educacional propio que llegó a contar con dos mil escuelas de habla alemana, donde se mantenía en alto la veneración de la *Vaterland*. A medida que la década del treinta fue avanzado y en Europa se sumaron los espectaculares triunfos del Tercer Reich de Hitler, esa veneración se convirtió en incondicional admiración al Führer, y las minorías germanas no tuvieron empacho en tomar los símbolos y caracteres de la Alemania nazi, con abundancia de cruces gamadas, paso de gancho, y brazos en alto en saludo romano. Paulatinamente la influencia fue creciendo y los integralistas llegaron a acariciar la idea de copar a Vargas y su poder. El grave error que cometieron —y como ellos muchos latinoamericanos— fue no comprender que Vargas no era fascista ni nazi. Era un sutil político práctico que sólo obedecía a una tendencia y una sola ideología: el interés del Brasil según él lo entendía. Pero su actitud hacia el integralismo creó una imagen profascista de Vargas en el exterior. En Alemania aplaudieron estrepitosamente al presidente brasileño y presentaron a Brasil como modelo de nación moderna en lucha con las plutocracias. A la inversa, en Estados Unidos las características del gobierno de Vargas crearon preocupación y disgusto que no se molestaron en ocultar. Apretaban las clavijas y dio resultado. Si desde los tiempos de Río Branco Brasil jugaba al satélite favorito, debía portarse como satélite y seguir en la estela de Washington so pena de represalias.

Vargas sacó cálculos y dio marcha atrás. Necesitaba los capitales y los armamentos norteamericanos para lograr el desarrollo brasileño y la siempre suspirada hegemonía continental. Tal vez Alemania fuera un modelo a no perder de vista, pero las circunstancias no estaban dadas para prescindir de Estados Unidos, que podía volcar su favor hacia la Argentina, que con su careta democrática repudiaba a los totalitarismos; y ello rompería el equilibrio en contra del Brasil. A partir de ese momento los integralistas quedaron condenados.

Dado que la emergencia de Vargas coincidió en el tiempo con el establecimiento de la república neo-oligárquica en Argentina, con signo fuertemente liberal y pautas democráticas de fachada, pudiera creerse que el período fue de tensión y desinteligencia con Brasil. Nada de ello ocurrió. Poco antes de caer Yrigoyen se tuvo en Buenos Aires pruebas de que Chile proyectaba una invasión por sorpresa de la Patagonia. Una breve *blitzkrieg* daría al país trasandino el do-

ARGENTINA-BRASIL

minio del sur argentino. Una audaz misión cumplida por el alférez de navío Alberto Sautú Riestra puso en descubierto los preparativos chilenos (14). Al ser imposible la sorpresa, Chile desistió del plan y retiró fuerzas del linder, pero al subir al poder el general Agustín P. Justo tomó medidas para evitar problemas. Se creó la Gendarmería Nacional para cubrir las fronteras, se tomaron recaudos para activar y proteger la Patagonia, se equipó al ejército y la flota con moderno armamento —por primera vez se incorporaron tanques de guerra a las fuerzas de tierras— y se reconstruyó una aviación militar hasta entonces más simbólica que efectiva. Pero además Justo exhumó la política de Roca, siguiendo paso a paso y calcando al detalle lo hecho treinta años antes por su modelo político. Era menester volverse hacia Brasil para desalentar a Chile. Como primer medida el presidente Justo siguió el consejo de Sáenz Peña: a Río de Janeiro no se puede mandar como embajador al primer desdichado que salga al paso. Es de primera importancia para Argentina tener en Río un diplomático de primera magnitud, ducho en el oficio y conocedor del pueblo brasileño. Seleccionó cuidadosamente al candidato y eligió al mejor hombre posible, Ramón J. Cárcano, muy vinculado en Río de Janeiro y altamente respetado desde los tiempos de su amistad con el venerado barón de Río Branco. Bien dice su biógrafo (15): "No se tiene noticia de ningún embajador argentino que haya presentado en el Brasil credenciales como las de Cárcano". De entrada nació la simpatía entre el embajador y el presidente Vargas. Don Ramón, que podía expresarse en portugués y don Getúlio, que hablaba español —con acento correntino, como corresponde a un natural de São Borja— anudaron una relación que favoreció el acercamiento de ambos países. Pronto todo estuvo listo para repetir el gambito Roca-Campos Salles. En octubre de 1933 Agustín P. Justo visitó Brasil y en 1935 Getúlio Vargas viajó a la Argentina firmándose una serie de acuerdos, que aunque llegaban hasta el plano cultural, no implicaban una alianza formal. Pero si Argentina cuidaba sus espaldas al acercarse al Brasil, también Brasil protegía su flanco sur en un momento político sumamente difícil en que era menester eludir una serie de escollos internos antes de dar por asentado el régimen.

Hubo momentos de efusiva cortesía, como cuando el presidente Justo recibió el grado y las insignias de general brasileño, pero no todo fueron rosas. Hubo también momentos de tirantez y distanciamiento, sobre todo porque en el último decenio Brasil se sentía rezagado frente a la Argentina e intentaba alcanzar la paridad vigilando estrechamente a Buenos Aires. Las desconfianzas y resquemores renacieron con la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, continuación histórica de la guerra de la Triple Alianza e hija putativa de la desastrosa política argentina de entonces. Argentina volcó su apoyo al Paraguay con escaso disimulo, pasando armas y abastecimientos poco menos que a cielo abierto, generando el descontento y las sospechas de Itamaraty, que mostró simpatías hacia Bolivia, pero

sin llegar a permitirle pasar armas por su territorio, como solicitó oficialmente el gobierno de La Paz. Dos factores se oponían a ello: uno contundente, el veto de Estados Unidos; otro más silencioso, el deseo de no llegar a una tensión peligrosa con Buenos Aires. Las relaciones se enfriaron sensiblemente y alcanzaron muy bajas temperaturas cuando al conflicto se sumó una carrera de cancellerías para ganar la paz entre bolivianos y paraguayos. Hubo fintas, tacles, zancadillas y golpes de furca en abundancia para lograr el alto galardón que significaría poner fin a la guerra. No sólo estaban metidos en el asunto los ministros de Buenos Aires y Río de Janeiro, sino los de buena parte de América —norte y sur— y aún los de Europa, sea a través de la Liga de las Naciones o fuera de ella. La carrera la ganó al fin Carlos Saavedra Lamas en lo que fue un marcado triunfo diplomático argentino que aumentó sensiblemente el prestigio de nuestra cancellería. Saavedra Lamas ganó el Premio Nobel correspondiente, con profundo disgusto de Brasil.

En 1937 volvieron a erizarse las relaciones a raíz del arrendamiento de varios destructores norteamericanos a la flota brasileña. Volvía a amagar la carrera armamentista, apareciendo como proveedores Estados Unidos y Alemania, en el afán de Brasil de alcanzar el nivel de Argentina y la puja de la Argentina por mantener su preeminencia sobre Brasil. En esas circunstancias terminó la misión de Cárcano como embajador. Con 77 años a cuestas y una salud comprometida, don Ramón solicitó su relevo. Pero le queda una certeza: mientras Vargas fuera presidente no habría choques violentos con la Argentina. A punto de partir, obtuvo una muestra de especial distinción del mandatario brasileño, que aceptó cenar en la embajada argentina con su familia para despedir al embajador. La fecha comprometida era el 10 de noviembre de 1937.

EL ESTADO NOVO

Con las primeras luces del día Cárcano quedó convencido que no habría cena alguna. Getúlio Vargas había desencadenado un fulminante golpe de Estado con el pleno apoyo de las fuerzas armadas, estableciendo la dictadura y proclamando el Estado Novo como "estado de emergencia nacional". No era momento para banquetes ni floridas cortesías. Disuelto el Congreso, acuarteladas las tropas, desiertas las calles, transcurrió el día. A las 20 horas sonó el teléfono en la embajada argentina: el presidente Vargas anunciaba su próxima llegada para la comida. Cárcano anotó en sus memorias (16): "Después de oír esta respuesta el golpe de la mañana me pareció una operación de geometría. A las 21, en medio de una noche lluviosa, se detuvo el coche que conducía a Vargas y su familia en la embajada. Los brasileños sabemos cumplir nuestras promesas —dijo sonriendo Vargas a Cárcano. —Aunque haga mal tiempo, contestó con intención el embajador. —La noche está húmeda pero serena, y durante el día brilló el gran sol de Brasil, retrucó el presidente. —Esperemos que en esta noche también brillen las estrellas, fue la réplica

(14) Lo hemos tratado en *Argentina-Chile. El secular diferendo*. TODO ES HISTORIA, N° 45, enero de 1971.

(15) Ricardo Sáenz Hayes, *Ramón J. Cárcano*, Academia Argentina de Letras, Bs. As., 1960.

(16) *Mis primeros ochenta años*, pág. 406.

de Cárcano. Y durante cuatro horas el hombre que acababa de dirigir un golpe de Estado permaneció departiendo animada y despreocupadamente. "Ni una llamada telefónica, ni un mensaje, la menor interrupción en su visita, en circunstancias en que sus actos constituyen la preocupación de Brasil, desde el Amazonas al Uruguay", anotó con asombro Cárcano.

Lo primero que hizo Vargas tras el golpe de noviembre fue caer en peso sobre los fascistas. Pese a que el nombre de Estado Novo se parecía bastante al de Nuevo Orden impuesto por Hitler en Europa, se apresuró a hacer buena letra frente a Estados Unidos. Las fuerzas de choque paramilitares fueron drásticamente disueltas, el integralismo borrado del mapa, los jefes perseguidos y el mismo Plínio Salgado debió refugiarse en el exterior por varios años. Pero costó reducir un movimiento que había cobrado influencia y predicamento alentado por Vargas. En marzo de 1938 los integralistas intentaron un golpe de mano, ayudados por otros opositores, que estuvo a punto de eliminar a Vargas. En una verdadera operación de comandos cercaron la residencia presidencial con el mandatario adentro. Durante varias horas Getúlio y sus familiares resistieron a tiros logrando mantener a raya a los agresores, hasta que las fuerzas del ejército lo rescataron de la difícil situación. Así terminó el integralismo, como antes ocurriera con el comunismo, lo cual congeló las relaciones con Berlín y levantó sensiblemente las acciones brasileñas en Washington. En adelante, y como demostración de la vuelta a los viejos carriles pronorteamericanos, el embajador Jefferson Caffery se convirtió prácticamente en un funcionario más dentro del gobierno de Río, al que se consultaba y daba cuenta de los pasos a tomar, situación de dependencia que quedó canonizada cuando en ese marzo de 1938 se hizo cargo de la cancillería Oswaldo Aranha, convencido defensor de los Estados Unidos, campeón de la alianza incondicional con Washington y como tal, hombre gratisimo al departamento de Estado.

Liberado de la extrema derecha y de la extrema izquierda, Vargas se dio a la tarea de vertebrar el Estado Novo con un marcado tono nacionalista. La base legal fue la constitución de 1937, autoritaria, centralista, de tono corporativo, que otorgaba al presidente poderes casi omnímodos desconocidos hasta entonces en Brasil, mitigaba fuertemente el federalismo y disminuía las prerrogativas de los Estados. Era una dictadura constitucional destinada a modernizar el Brasil y como tal, plenamente apoyada por el ejército, firmemente cerrado detrás de Vargas. Una de sus metas fue la recuperación de las riquezas nacionales, hasta entonces descuidadas o en manos extranjeras. En 1938 se creó el Consejo Nacional del Petróleo y al año siguiente el Consejo Nacional de Energía Hidráulica y Eléctrica. Intentó poner trabas a las empresas extranjeras que dominaban la mayor parte de la economía brasileña, inició la nacionalización de los servicios públicos, compró varias líneas ferroviarias de acciones foráneas y alentó la expansión del capital nacional; logró concentrar en manos del gobierno federal el control de los medios de comunicación, sobre los que estableció la censura, y echó las bases para que Brasil diera el gran salto hacia potencia industrial. En 1941 creó la Compañía Nacional del Acero para fomentar la siderurgia, cuyo primer paso habría de ser el establecimiento en Volta Redonda de una gran



Luis Carlos Prestes, el caballero de la esperanza, cuando era capitán del ejército brasileño, hacia el año 1923.

planta que debía permanecer bajo control brasileño.

Pero las repetidas concesiones a los Estados Unidos, sin cuya tecnología y sus capitales se consideraba imposible alcanzar las metas propuestas, desviaron y desnaturalizaron los planes de Vargas, a lo que se sumó el agravamiento de la situación mundial. En 1939 estalló la guerra en Europa. Tras la caída de Francia fue evidente que tarde o temprano intervendrían los Estados Unidos y para éstos era de vital importancia la posición geopolítica de Brasil. Desde que el Caribe se convirtió en el Mediterráneo del Imperio Norteamericano, la costa norte de Brasil pasó a ser vital para la defensa del flanco sur de los Estados Unidos. Además la saliente del cabo de San Roque que se adentra en el Atlántico acercándose a África, lo convierte en trampolín imprescindible para alcanzar la región norafricana y la misma Europa. Además, en momentos que Sudamérica comenzaba a dar signos de inquietud, Brasil estaba inmejorablemente colocado para servir de control sobre una zona que Estados Unidos consideraba de su exclusiva influencia. Tres buenas razones para que Washington primara decisiva-

ARGENTINA-BRASIL

mente sobre Río de Janeiro y otras tantas para que Vargas aflojara sus pretensiones.

El presidente, convencido de que no era posible oponerse a las exigencias norteamericanas, atenuó sensiblemente su nacionalismo. Brasil sería el satélite favorito, pero pondría un precio. El *do ut des* que planteó Vargas fue el equipamiento industrial y el desarrollo del Brasil, con el que podría dejarse atrás a la Argentina y recuperar la hegemonía continental. Concedió bases militares en el territorio nacional, aceptó que las fuerzas armadas se subordinaran a las norteamericanas forjando sus planes como auxiliares de ellas y trazó su política exterior dentro de estrictos parámetros dictados desde Washington. A cambio de ello las fuerzas armadas brasileñas fueron rearmadas y equipadas con el último grito de la moda bélica, hasta un punto incomparable para Latinoamérica. Los capitales afluyeron masivamente pero fueron a apoderarse de los controles que Vargas quiso mantener en poder del Estado. La dependencia política y militar implicó, lógicamente, la subordinación económica. Al cabo se terminó Volta Redonda, pero para decepción de quienes tanto esperaron de ella, sus resultados, sabiamente dosificados desde afuera, fueron mucho menores de lo supuesto en el primer momento. Camino similar corrió el proceso de industrialización, parcial y estrictamente controlado para mantenerlo en permanente dependencia de la gran industria norteamericana, al tiempo que se acentuaban las diferencias regionales y los desniveles sociales a raíz de las distorsiones del proceso de desarrollo.

La íntima dependencia de Brasil a los Estados Unidos tornaba previsible la actitud de Río de Janeiro en el plano internacional. Cuando el 7 de diciembre de 1941 los japoneses atacaron Pearl Harbour, no quedó duda de lo que pasaría con Brasil, y en efecto, el 22 de agosto de 1942 Río de Janeiro se embarcó en el conflicto.

VARGAS Y PERON

Argentina había seguido un rumbo opuesto, aferrada a una estricta neutralidad. Consecuente consigo misma, la anglófila oligarquía gobernante nos mantenía apartados de la contienda favoreciendo a Inglaterra, de quien éramos el principal reservorio alimentario. Ello creó una situación difícil con los Estados Unidos, que comenzaron a mostrar los dientes a Buenos Aires sin lograr conmover al presidente Castillo. Cuando Brasil entró en la guerra, el gobierno argentino lo consideró país no beligerante, manteniendo las prerrogativas de que gozara en la paz y acordando cuanto pudiera ser útil a la defensa brasileña. Pero nada más. Poco después Argentina era el único país americano que no estaba en guerra.

El 4 de junio de 1943 terminó el período neooligárquico y el ejército se hizo cargo del poder. Por un momento hubo expectativa en Washington y en Río de Janeiro, en la suposición de que el gobierno militar rompería relaciones con el Eje Roma-Berlín-Tokio y entraría sin más en la guerra. En Brasil no dejó de preocupar la posibilidad, ya que la entrada de la Argentina en la contienda

implicaría la renovación de su armamento por los Estados Unidos, perspectiva poco grata para Río, que ya había logrado la preeminencia en ese campo sobre su vecino. Sin embargo no hubo cambio de política en Buenos Aires y el Departamento de Estado no ocultó su desengaño. Como primera demostración tendieron a ponerse violentos: Argentina fue acusada de nazi y puesta en rigurosa cuarentena; se congelaron créditos.



Prstes en la Unión Soviética, en 1934, cuando hacía cursos de adoctrinamiento comunista en Moscú.

se suspendió el intercambio y se rompieron relaciones al tiempo que se orquestaba un riguroso cerco diplomático y político, enquistando a nuestro país dentro de sus fronteras y trabando cualquier apertura hacia los países vecinos, que recibieron ayuda militar como si estuvieran a punto de ser invadidos por los nazis argentinos. Brasil fue armado hasta los dientes gracias a la ley de préstamos y arriendos. Nuestro país, que no renovaba equipos desde los tiempos de Justo, comenzó a retrasarse sideralmente frente a un material novedoso elaborado en base a la experiencia de la guerra. En la Mesopotamia los mili-



Getúlio Vargas, un movimiento populista de difícil etiquetamiento político.

tares argentinos contemplaban con creciente preocupación la concentración de tropas brasileñas en Río Grande do Sul, armadas con novísimos equipos abundantemente motorizados y de alta eficiencia, mientras ellos sólo tenían a mano vetustos elementos del tiempo de la guerra de 1914. Ello provocó de rebote la reacción defensiva argentina. En vista de que no vendrían armas de afuera, habría que fabricarlas adentro. Desde la presidencia del general Farrell el ejército comenzó a elaborar su propio material, reemplazando la importación de tecnología, circunstancia totalmente novedosa en Latinoamérica que fue cuidadosamente observada en Brasil.

Al cerco diplomático se unió coordinadamente una ofensiva brasileña para atraer a los países menores de la cuenta del Plata. Aparte de ofrecer zonas libres en el puerto de Santos a Paraguay y Bolivia con el fin de desviar de la Argentina el principal aflujo comercial, Vargas viajó a La Paz para consolidar relaciones; se firmaron acuerdos con Uruguay para la "defensa común", se otorgaron créditos en mancomún con Estados Unidos buscando volcar el centro de gravedad económico de dichos países hacia Brasil, asentando la hegemonía brasileña bajo el manto protector del departamento de Estado.

Pero en vista de que el gobierno argentino no cedía a las presiones norteamericanas, el secretario de Estado, Cordell Hull, un puritano inflexible y duro, tendió a ponerse truculento y en un momento de inspiración pensó zanjar las cosas mediante una invasión armada de la Argentina para derribar a la "dictadura nazifascista" de Buenos Aires. Cabe destacar que el Cordell Hull de quien estamos hablando es el mismo que poco después recibió el Premio Nobel de la Paz (igual que antaño su compatriota Teodoro Roosevelt, el del Gran Garrote), por motivos que la siempre sorprendente Academia de Suecia habrá sabido encontrar por ignotos caminos.

Para invadir a la Argentina hacía falta Brasil, y a tal efecto fueron apalabrados gobernantes y militares. Todos los abalorios fueron agitados ante sus ojos: desde las grandes banderas de la Libertad y la Democracia, hasta la gloria marcial y la hegemonía continental. Pero había tenido razón Cárcano: mientras Vargas fuera presidente no tomaría medidas agresivas contra nuestro país. Tampoco los militares estaban dispuestos a jugar a esa carta. La posición argentina ganaba simpatías en toda Latinoamérica, incluyendo Brasil, y un ataque en esas condiciones implicaría una severa pérdida de prestigio. Tampoco era segura la situación interna, dado que las graves contradicciones de la enorme república seguían en pie y podían agravarse hasta puntos inesperados en caso de guerra. Y tampoco era seguro lo que podría pasar con los argentinos, a pesar de su atraso material y técnico. Además, tampoco sería una contienda nacional. Brasil actuaría como títere, simple mano muerta de los Estados Unidos y una vez logrados los propósitos de Washington sería indudablemente frenado. De modo que el rechazo fue total y definitivo. Brasil mandó 25.000 hombres a luchar en Europa en una guerra que le era ajena, pero se negó a mover un soldado contra la Argentina.

El año 1945 habría de ser clave en ambos países. En Buenos Aires ascendía vertiginosamente la figura del coronel Juan Domingo Perón, al que se vislumbraba como heredero de la revolución del '43, mientras el proceso de modernización de estructuras continuaba aceleradamente. La aparición de Perón con ideas nacionales similares a las de Vargas suscitó profundas meditaciones en el Departamento de Estado. Una convergencia entre Río de Janeiro y Buenos Aires en tan especiales condiciones y con dos caudillos populares, era lo menos conveniente para Washington. Cerrados los caminos directos en la Argentina, comenzó la ofensiva contra Vargas en Brasil.

ARGENTINA- BRASIL

Para Getulio, la íntima alianza y subordinación a los Estados Unidos resultaron fatales para su Estado Novo e incluso para su posición como mandatario. Pese a las reformas llevadas a cabo, casi todas frenadas o desvirtuadas, las viejas oligarquías seguían intactas y de pie. Les había arrebatado el poder directo pero no la influencia, dejándola en condiciones de cobrarse el desquite. Había fracasado también en el intento de crear un gran partido nacional, el Socialdemócrata, para sostener su política integradora. Rápidamente dominado por los caciques locales y las tolderías regionales, el partido comenzó a volverse contra el jefe buscando dejarlo de lado. El ejército, que lo acompañara incondicionalmente durante un decenio, se apartó influido por los instructores norteamericanos y el Pentágono. Las clases medias, enormemente fortalecidas y alentadas durante su gobierno, también se alejaron encandiladas por la antinomia democracia-totalitarismo insuflada por la prensa liberal. Vargas con su imagen de dictador, sus pasados coqueteos con el fascismo, su estatismo dirigista, comenzó a aparecer como una figura anacrónica en un mundo que salía de una guerra donde fueran vencidos los totalitarismos. Aunque había sido un fiel aliado de los Estados Unidos, era ya un personaje molesto para el departamento de Estado, que deseaba un presidente más dúctil y "democrático" en Río de Janeiro. Sobre lo anterior, el desarrollo industrial, especialmente en la esfera siderúrgica, marchaba mucho más lento de lo esperado y pese a los esfuerzos de la empresa estatal de petróleo, Brasil seguía aún radicalmente dependiente de las importaciones de combustibles. Pese a sus grandes dotes de político, a la innata habilidad y astucia junto a la mente fría y realista que conservaba intacta, Getulio Vargas estaba condenado desde principios de 1945. La sentencia había sido dictada por sus viejos amigos norteamericanos.

Para frenar el golpe, Vargas convocó a elecciones. Con el prestigio de que aún disfrutaba y sabiendo que el partido socialdemócrata sería ganador, prestó para que el candidato fuera el general Eurico Gaspar Dutra, pero una vez proclamado, éste no tardó en poner distancia con el presidente. En octubre corrían insistentes rumores en Río de Janeiro. Vargas no entregaría el poder. Digitaría un golpe de Estado como el de 1937 y seguiría en el mando. También en Argentina pasaban cosas durante esos días. El gobierno militar perdía posiciones aceleradamente desde meses atrás, retrocediendo a la defensiva frente a los embates cada vez más violentos de una fuerte oposición atizada desde el exterior. Se declaró la guerra a Alemania y Japón sin mejorar las cosas, pero ello permitió reanudar relaciones interrumpidas con medio mundo. Los dos primeros países en mandar embajador a Buenos Aires fueron Inglaterra y Brasil. De Washington llegó un señor llamado Spruille Braden a derramar las iras del departamento de Estado y terminar con la "pandilla militar", especialmente con Juan Domingo Perón. Simultáneamente un cofrade de Braden, de su misma estructura mental e idéntico proceder cavernícola, Adolf Berle, cumplía en Río

TODO ES HISTORIA Nº 79



Cordell Hull: Brasil al servicio de una agresión contra la Argentina.

la sagrada misión de moverle el piso a Vargas. El 8 de octubre Braden pareció triunfar en Buenos Aires. Parte del ejército se levantó contra Perón obligándolo a renunciar a sus cargos y confinándolo en Martín García. Pero una semana después, el pueblo salió al rescate de su líder y Perón fue proyectado nuevamente al primer plano, ahora como candidato a presidente. La consternación fue enorme en Washington. Algo había fallado por la base. Era menester que el fallo no se repitiera en Río de Janeiro. Los rumores de golpe de Estado seguían agitando el ambiente. Era necesario impedir que Vargas orquestara un 17 de octubre en Brasil. Se obró rápida y eficientemente. Arreclaron los ataques contra Vargas, enquistándolo políticamente. Las presiones se intensificaron a cielo abierto. Los comandos fueron eficientemente motivados. No era posible esperar a una entrega normal del mando: Vargas debía irse ya mismo. El viejo caudillo comprendió que había perdido la partida. El 29 de octubre de 1945 renunció a la presidencia. El gobierno que comenzara 27 días después de la caída de Hipólito



Gaspar Dutra y Harry Truman en 1949: la teoría del "país llave" funcionando a pleno.

Yrigoyen, concluyó doce días después del triunfo de Perón, colocando a la gestión populista brasileña entre los dos grandes caudillajes argentinos de este siglo. Vargas había perdido el favor de las fuerzas armadas, pero conservaba intacto el amor de su pueblo, detalle al parecer secundario para los "democráticos" de Latinoamérica.

Y aquí debemos detener nuestro relato. La secuencia que hemos venido narrando, que comenzara como un litigio entre España y Portugal, para continuarse luego en América entre sus viejas colonias ya independizadas, fue un conflicto de países, de Estados individuales, similar a tantos otros ejemplos de la historia. El reordenamiento geopolítico surgido luego de la Segunda Guerra Mundial trastocó en buena parte la vieja escala de valores, agregando nuevos ingredientes y circunstancias. El mundo se achicó vertiginosamente con el fabuloso desarrollo de las comunicaciones, surgieron superpotencias dividiéndose el planeta en esferas de influencia, varió el concepto de explotación y aprovechamiento de los recursos naturales, entró en crisis el viejo

colonialismo, nació el Tercer Mundo y surgió cada vez más acuciante la necesidad de unir a las naciones en bloques para enfrentar los desafíos del nuevo tiempo. Entre los muchos problemas emergidos del actual contexto en que se mueven Argentina y Brasil, surgió el de la Cuenca del Plata, zona antaño incluida íntegramente en las posesiones españolas, hoy dividida entre cuatro naciones y cuya racional explotación dará la clave para el futuro de esta parte del continente. Nuestro tiempo es el de la Cuenta del Plata, que por su importancia y trascendencia merece estudio aparte, más detenido. Sobre el tema es nuestra intención retornar, tratando de analizar la conducta seguida por Argentina y Brasil ante el crucial desafío de la época y buscando también extraer conclusiones que nos permitan atisbar ese futuro donde ha de fijarse por mucho tiempo la posición de nuestro país en el mundo. Es decir, si seremos actores de la historia, o nos sentaremos en el montón de la platea para seguir pasivamente los movimientos de los amos del porvenir. ♦

LECTORES AMIGOS

PUJATO

Señor Director:

Mis primeras expresiones son para felicitarlo por su simpática y valiente revista recordando un venturoso y emocionado pasado. Digo emocionado porque en la portada de la revista N° 77 de octubre pasado está mi señor padre que vive en la gloria de Dios con el ex presidente Dr. Hipólito Yrigoyen. Mi padre, señor Luna, fue un gran caudillo de Diamante (Entre Ríos), ocupó varias veces la Intendencia Municipal y la Jefatura de Policía con gran autocracia moral. Su estampa de criollo que usted puede apreciar con su larga barba dice del estilo patriarcal de sus normas de vida. Nació el 12 de noviembre de 1855 y falleció el 4 de marzo de 1946, es decir que vivió 90 años y dando consejos en los instantes supremos de la muerte! Tuvo un culto de la amistad, sus amigos Hipólito Yrigoyen, Alem, Laurencena, Etchevehere, Melo, Jaureguiberry, Sagarna y otros más valoraron siempre su entereza moral y su patriotismo.

Usted, señor director, está cumpliendo una obra de gigante haciendo recordar el pasado glorioso de nuestra querida Entre Ríos que lleva justamente por estar rodeada por los dos caudalosos ríos de la república, su nombre tan simpático.

Pero señor Luna, los pueblos son ingratos, no hay una calle, un paseo, una avenida en mi querido pueblo natal, Diamante, que lo recuerde a mi padre, en cambio le han puesto el nombre de otras personas que nada hicieron.

José Pujato

Córdoba 827 - Piso 3 - Dpto. 5
Capital Federal

TODO ES HISTORIA N° 79

La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del ARCHIVO GENERAL DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.

TRADICIONES

En la nota editorial aparecida en el número del corriente mes, el Sr. Director se muestra contrariado por la reciente disposición del gobierno de la Pvcia. de Buenos Aires que anula los feriados conmemorativos de la revolución de los "Libres del Sur".

Según el Sr. Director, la dicha celebración sería, más que una exaltación del significado profundo de ese hecho histórico, de sus patrones, una causa que quizá no comprendía "por una ley de lealtad criolla y no por convicciones profundas".

Lamento disentir con el Sr. Director, pero no creo que nuestras oligarquías, pues de ellas se trata, se preocupasen demasiado de realzar las hazañas del gaucho. Salvo que entendieran por tal, al ser abstracto e idealizado que la historiografía liberal nos ha venido vendiendo, desde algún tiempo después que el verdadero gaucho, el de carne y hueso, fuese masacrado por la clase social a la que esa historiografía representa.

El confinamiento en los fortines de frontera, la muerte en los esteros paraguayos y las depredaciones y saqueos que durante los constantes levantamientos populares llevase a cabo el ejército "nacional" durante los años 1860 y 1870, fueron el pago real y efectivo con que las oligarquías antinacionales recompensaron, en su debido momento, el ahora mítico coraje de nuestros gauchos.

Pero aun cuando el Sr. Director estuviere en lo cierto, y todo se redujese al recuerdo de "una heroica tradición local", creo que existen "tradiciones" que es infamante seguir observando.

Si los lugareños que exaltaban esa fecha lo hacían "sin pararse a averiguar sus motivaciones profundas o sus implicancias económicas", es hora de que lo hagan; y si el Sr. Director, por último, cree que un hecho de esa significación puede seguir siendo interpretado a nivel epidémico, la indagación profunda del pasado nacional que se está llevando a cabo en los últimos

años --y en la que toma parte también TODO ES HISTORIA--, no tendría sentido alguno.

Osvaldo Juan Piuizzi
Buenos Aires

HERENCIA TECNOLÓGICA

Señor Director:

Guardo siempre un gran afecto por la revista que Ud. dirige y valorizo la gran obra que realiza en el esclarecimiento y divulgación de nuestra historia. En especial he leído con gran detenimiento los dos artículos del señor Juan Carlos Vedoya sobre la educación argentina en la 2ª mitad del siglo XIX, y es mi deseo que le transmita a ese concienzudo investigador mi más calurosa felicitación, tanto por las ideas que en esos trabajos se manejan (que comparto plenamente), como por el laborioso método que utiliza.

Con respecto al último de esos artículos, "Nuestra herencia tecnológica" publicado en el N° 77 de la revista, y con el solo objeto de proporcionar nuevos elementos para comprender nuestra realidad educativa de esos años, es que me permito remitirle un corto bosquejo de la existencia vital de nuestra Quinta Agronómica de la que él se ocupa en dicho artículo, y que le pueden servir para llegar a nuevas y sorprendentes conclusiones al respecto. Todos estos datos figuran en mi trabajo titulado "Reseña histórica de la evolución de los colegios medio-superiores en Mendoza hasta la creación de la Universidad Nacional de Cuyo (1757-1939)", que salió publicado en la "Memoria Histórica" que publicó la Facultad de Filosofía y Letras en 1965, la cual debe encontrarse en las bibliotecas universitarias de esa Capital.

Lo primero que cabe advertir es que si el señor Vedoya no ha encontrado otro antecedente más remoto de introducir la enseñanza agrícola que el proyecto presentado en la Legislatura de Buenos Aires por D. Eduardo Olivera en 1868, entonces resultaría que el primer instituto creado con esas características

en el país sería la **Quinta Agronómica mendocina que lo fue por el gobernador Segura el 19 de abril de 1853**. En efecto, tal instituto, que desde 1939 pasaría a formar parte de la Universidad Nacional de Cuyo como Facultad de Agronomía, es el de más viejo arraigo en nuestra ciudad y el que, a través de múltiples transformaciones, llega prácticamente a nuestros días. Por supuesto que su trayectoria no es continua y conoció prolongados intervalos en su funcionamiento: pero se trata del mismo instituto porque incluso su ubicación geográfica y su orientación agrícola es la misma.

El primer período de su historia va de 1853 a 1858 y en él se lo llama **Quinta Normal de Agricultura**. Surge por la ley mencionada de 1853 en la que se destinaban 4.000 pesos fuertes para instalar un Colegio de Artes y una Quinta modelo, para lo cual se usaría la quinta apropiada a los agustinos, y es en la que actualmente se levanta el Barrio Cívico de nuestra ciudad. Para dirigir la novel escuela fue traído de Chile el técnico francés Miguel Amable Pouget, quien puso toda su voluntad para llevar a cabo una obra para la que se necesitaban mucho más medios de los que el gobierno estaba dispuesto a invertir en ella. Prescindiendo de los detalles, en 1858 fue dejado cesante Pouget y la Quinta fue abandonada.

El segundo período es más largo y va de 1874 a 1891 y en él se lo llama de tres maneras: desde 1874 a 1880 constituye el Departamento de Enseñanza Profesional de Agricultura y depende del Colegio Nacional de Mendoza (su resurrección se produce por la ley de Avellaneda de 1872 creando departamentos agronómicos en los colegios nacionales de Tucumán, Salta y Mendoza, así como departamentos mineralógicos en los de San Juan y Catamarca, en un frustrado intento de hacer más práctico el contenido científico-teórico de los estudios que se seguían en los colegios nacionales de ese tiempo); a partir de 1881 el instituto cobra vida propia y se lo llama **Escuela Nacional de Agricultura** (en ella se podían recibir de capataces agrícolas con dos años de estudios, y de peritos agrícolas con seis); la última transformación de este período la sufre en 1886 cuando el gobierno nacional, para librarse de él, lo transfiere a la administración provincial que lo cierra en 1891 por falta de recursos para su sostenimiento.

El tercer y último período lo llena la historia de la **Escuela Nacional de Vitivinicultura** que empieza a funcionar en 1897, siempre en los mismos terrenos de la antigua Quinta Agronómica, y con varias peripecias en su existencia alcanza a ser entregado a la Universidad Nacional de Cuyo en 1939. De sus comienzos se ocupa el señor Vedoya con buen criterio.

En esto consiste mi colaboración y créame el autor de tan excelentes artículos que no la hago efectiva para cambiar la conclusión última de su trabajo (a saber el desproporcionado apoyo oficial hacia las escuelas humanísticas en detrimento de las técnicas) sino para completar su panorama desde una perspectiva provincial.

Esteban Fontana
Moldes 737
Mendoza

GENEALOGIA

Acabo de leer el último artículo de Juan C. Vedoya ("Nuestra Herencia Tecnológica"), tan documentado y lleno de preocupación por lo nacional, como todos los suyos. Tan solo a título de completar, más que de rectificar, los datos que Vedoya proporciona en ese trabajo, quisiera hacerle saber lo siguiente: dice el autor en la pág. 40, refiriéndose a las subcomisiones de Inmigración que debía crear la Comisión Central que en todo el litoral y Córdoba: ellas eran "por supuesto inexistentes". No sé si existieron Comisiones de Inmigración en el Litoral, pero me consta que sí existió una en Córdoba. Su comisión directiva la presidía en 1871 el Dr. Jerónimo del Barco y actuaba como Secretario don Sebastián Samper, el autor de los "Apuntes Estadísticos de la provincia de Córdoba". El 18 de diciembre del mismo año se eligió la nueva comisión que reemplazó a la anterior, resultando elegido Presidente el mismo Samper, a quien acompañaban como vocales el Dr. Antonio Garzón, don Francisco Delgado, Otto Pabst, Pablo Barrelier, G. M. Méndez y Juan Godd. Claro que su existencia no modificaba casi en nada el estado de cosas lamentable en que se desenvolvía la inmigración en Córdoba, pues la Comisión local no disponía de un peso para sus actividades. El 14 de marzo de 1871, por ejemplo, la comisión de Córdoba escribía a

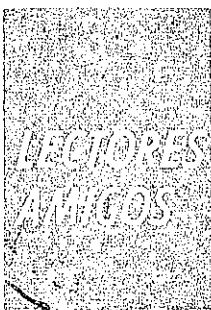
la central en Buenos Aires manifestándole que "Los primeros inmigrantes que llegaron fueron alojados y atendidos con los recursos que generosamente puso a su disposición de la Comisión el gobierno de la Provincia", pues ella no disponía de medio alguno. Y proponía tres diversas formas de allegárselos, que no sé si fueron tenidos en cuenta o no por la Comisión Central. Todo esto consta en el Informe de la Comisión Central de Inmigración de 1871, Imprenta Germania, Buenos Aires 1872. Y para disipar una duda que deja planteada León Benarós, en "El desván de Clio" al referirse a un tal Juan de Mitre, le diré que si también, que efectivamente "tenía algo que ver con el autor de la Historia de Belgrano". Nuestro eminente historiador Presbítero Pablo Cabrera, dice en uno de sus libros: "En opinión del eruditísimo Trelles, descendía del mencionado guerrero el eminente publicista y general argentino D. Bartolomé Mitre. En una visita que tuve el honor de hacer a este prócer, que, dicho sea de paso, me brindó una afectuosa acogida, al recaer nuestro entretián (que duró más de una hora) sobre los hombres y los sucesos del pasado de Córdoba, y evocar (yo) a designio el nombre del más viejo de los Mitre en tierra argentina, dijo el señor general, con un sí es no es de indiferencia: «de ese personaje desciendo yo, según ciertos apuntes de D. Manuel Ricardo Trelles, que obran en mi poder y que él me los obsequió». Y puso ante mi vista los pliegos aludidos, en uno de los cuales aparecía en bosquejo una especie de árbol genealógico, complementario del texto, que había sido recorrido por mí rápidamente". Dice Cabrera que Don Juan de Mitre "era un tanto rudo, arrebatado, violento y hasta cruel. Los indios, sus encomendados, le aborrecían de muerte, a punto de que sucumbió violentamente a manos de ellos". (Ppro. Pablo Cabrera, "Córdoba de la Nueva Andalucía", Publicación oficial, Imprenta de la Penitenciaría, Córdoba 1933, pág. 62, nota 42).

Roberto A. Ferrero
Dean Funes 2627
Córdoba

LOS LOMUTO

Señor Director:

En su carácter de Director de



esa importante revista, hago llegar a Ud. mi sincero reconocimiento por el honor que se me ha dispensado al utilizar y citar material de mi libro "EL MUNDO DE LOS AUTORES" (Historia de SADAIC), en la extraordinaria nota aparecida en el número de septiembre de 1973 bajo el título: "LOS LOMUTO - EL TANGO AL PODER", cuya firma corresponde al Sr. Daniel Y. Della Costa.

Honda satisfacción me ha causado tal hecho ya que, mediante el mismo y vuestra atención, he podido comprobar que toda mi vida al servicio de la causa autoral argentina (el próximo 11 de octubre de 1973 cumpliré 40 años de mi ingreso al Círculo Argentino de Autores y Compositores de Música), como asimismo el esfuerzo que para mí significó concretar mi modesto tomo, no han caído en el vacío y por el contrario y pese a diversos factores adversos, el mismo ha servido históricamente para dar a luz, en cierto modo y mediante las páginas de esa revista, a un concienzudo trabajo que involucra un importante aspecto de la vida argentina poco conocido por el público, tal como lo es la música popular de nuestro país y sus implicancias.

Usted Sr. Director a quien considero, aparte de sus reconocidas y valoradas condiciones literarias, profesionales y periodísticas, como uno de los más conspicuos autores actuales de nuestro acervo popular musical, comprenderá mejor que nadie el motivo de mi agradecimiento y la pasión que he sentido siempre por la defensa de todo aquello

que represente a nuestros autores y compositores.

Jesús Martínez Moirón
Brasil 410 - 2º piso "D"
Capital Federal

SUGESTIONES

Señor Director:

Me es grato dirigirme a Ud., con el objeto de hacerle llegar mi agradecimiento por la apasionante realidad que significa cada número de "Todo es historia" que ha llegado a mis manos.

Interesado en aquellos aspectos más misteriosos de la historia argentina y americana, me atrevo a sugerir el tratamiento de tres temas que, supongo, aún no han ocupado su revista.

Ellos son: 1) La historia del Monumento al Trabajador y mausoleo de la señora Eva Perón; 2) Realidad y fantasía en los personajes y lugares mencionados en la novela "Amalia" de José Mármol y 3) Leyenda y versiones sobre el establecimiento de Luis XVII en tierras americanas.

Angel Fumagalli
Malabia 1835
Capital Federal

MEMORIAS POSTUMAS

Señor Director:

En el número 78 de TODO ES HISTORIA revista que leo con sumo placer desde los primeros números, en página 27 en recuadro, el señor Zinny al hacer un resumen de las glorias del cordobés general José María Paz, "el manco", dice entre otras cosas que "entregó su alma a Dios en esta ciudad (Buenos Aires) a las cuatro menos cuarto de la mañana del 23 de octubre de 1854 a los 64 años de edad.

Como cordobés, interesado por hechos históricos de la república y más aún los que atañen a Córdoba y sus glorias, tenía en mi conocimiento que el ilustre "Manco" había expirado el día 22 de octubre de 1854.

Con este motivo releo sus "Memorias Póstumas", segunda edición, Tomo III, 1892, encontrando

do numerosos pasajes de su necrología, donde figura que el general Paz, falleció el día 22 de octubre de 1854.

Citaré algunos: Decreto de honores del Poder Ejecutivo de Buenos Aires fechado el día 22 de octubre que dice "Mañana a las 12 del día serán conducidos a su última morada, etc..." pág. 455; Diario "El Nacional" fechado el 23 de octubre dice: "Ayer a las seis menos cuarto de la mañana expiró en el lecho del dolor, el brigadier argentino don José María Paz" pág. 456; aviso de suscripción a favor de los hijos del finado general Paz dice "El Nacional" fechado el día 23 de octubre "Habiendo hecho el día de ayer una numerosa reunión, para levantar una suscripción etc..." pág. 459; crónica social del diario "El Nacional" fechado el día 23 de octubre que empieza diciendo "A las cinco y tres cuarto de la mañana del día de ayer, este ilustre patriota y esclarecido defensor de las libertades argentinas, había desaparecido de entre nosotros, etc..." pág. 462; "El Nacional" fechado el 24 de octubre de 1854 dice "En el día de ayer, los restos mortales del brigadier argentino don José María Paz fueron conducidos al cementerio del Norte", pág. 466. Estas son sólo algunas citas que menciono para no cansar al señor director.

Ante esta discrepancia de fechas, las del Sr. Zinny y las de las "Memorias Póstumas" y deseando saber la verdad histórica del seguro día de la muerte del general Paz (no interesa la hora, donde también hay discrepancias) es que molesto su benevolencia para aclararme a mí y también a sus numerosos lectores por los medios que usted crea conveniente la fecha exacta, del deceso del general don José María Paz.

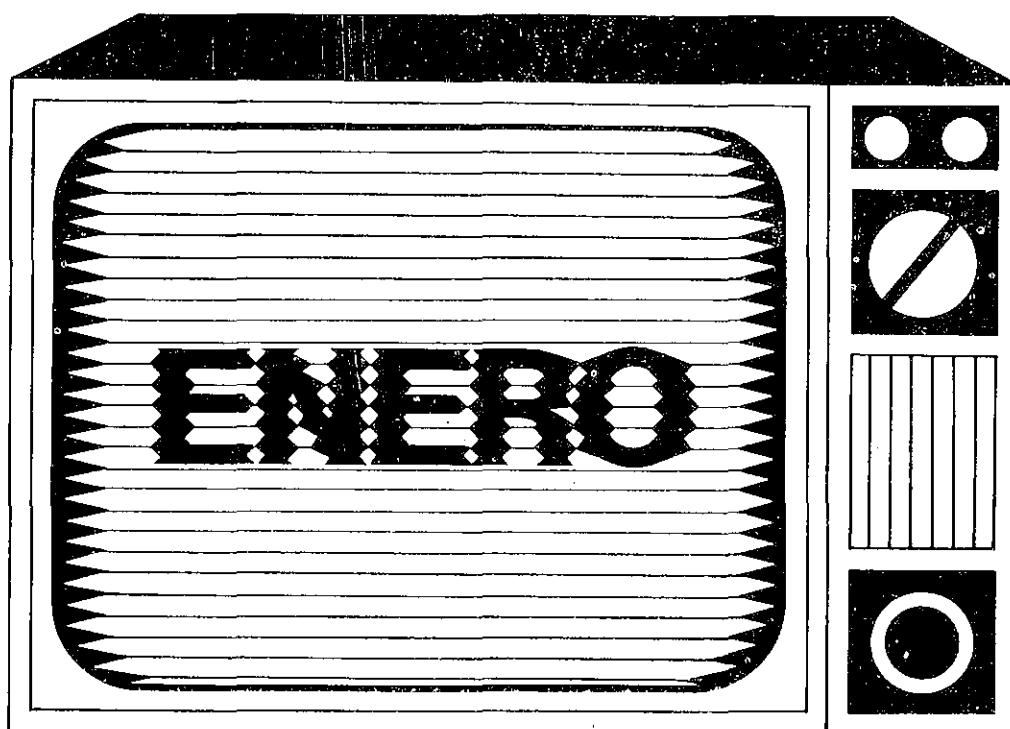
Otro aparte, el artículo "Argentina-Brasil: cuatro siglos de rivalidad" del señor Miguel Angel Scenna que se está publicando desde el número 76 de la revista es realmente "bárbaro", permítaseme la expresión, por ello mis felicitaciones.

Rubén O. Ortiz
San Gerónimo 2874
Córdoba

TODO ES HISTORIA Nº 79 - Diciembre de 1973. Editor responsable: TOR'S S.C.A. Director: FELIX LUNA. Redacción y Administración: México 4250/56. Tel. 99-2323. Registro de la Propiedad Intelectual Nº 1.037.539. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal: ANTONIO RUBBO. Garay 4226, Capital. Distribuidor en Interior y Exterior: SADYE S.A.C.I. Belgrano 355, Capital Federal.

Correo Argentina Central B	TARIFA REDUCIDA
	CONCESION Nº 8240

**EN ENERO
VERA
LO QUE HICIMOS
PENSANDO EN USTED**



(PIENSE EN NOSOTROS)

canal 7

Le presentamos a la familia FIAT 128.



FIAT 128 1300 L.



FIAT 128



FIAT 128 1300 FAMILIAR

Nuestros
concesionarios están eufóricos.

Hasta ahora tenían el
coche más premiado del mundo.

Desde hoy tienen la familia.

El FIAT 128 con parrilla nueva.

Su nuevo hermano, el 128 L, con el
mismo motor. Pero llevado a 1.290 c.c. y
que desarrolla 70 HP. SAE. Tiene una
excepcional elasticidad de marcha;
velocidad y comodidad durante largos
periodos; cosas que antes sólo se podían
alcanzar en coches de mayor cilindrada.

Usted puede apretar el fierro durante
horas sin que se presenten signos de
fatiga en los materiales.

La velocidad del 128 L va más
allá de los 145 km. horarios.

Y además, la presencia de su
bellísima hermana, la Familiar, que

agrega su
sorprendente practicidad y la
amplitud de su espacio interior
al que se accede fácilmente
por la quinta puerta trasera (de accionar
muy equilibrado, lo cual la hace liviana
a pesar de su tamaño).

Si usted rebate el respaldo del
asiento trasero, adentro le quedan
1.250 decímetros cúbicos. ¡Una barbaridad!

Bueno. Ya no le contamos más nada.

Hay demasiado qué hablar.

Vaya a charlar ya mismo con alguno
de nuestros eufóricos concesionarios.

Usted no puede comprar un coche
sin hablar antes con ellos. Lo van a
tratar como los dioses. Son gente

macanuda y le ofrecen la familia
más grande del mundo por el
lado de adentro.

FIAT
128

Casi la perfección.